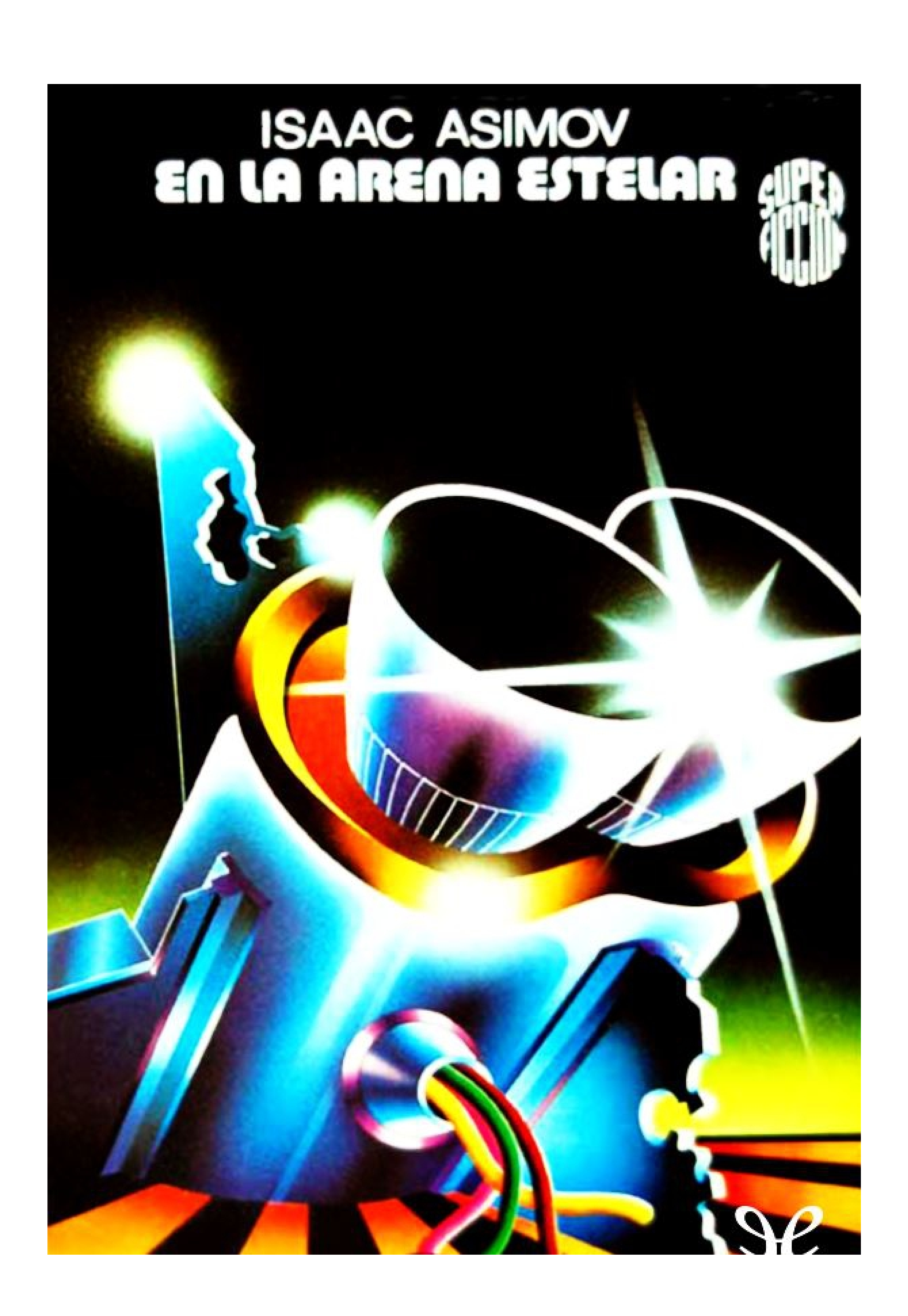
ISAAC ASIMOV

EN LA ARENA ESTELAR




ISAAC ASIMOV
EN LA ARENA ESTELAR
SUPER FICCIÓN



En la trayectoria de redescubrimiento del «Buen Doctor», Isaac Asimov, no podía faltar esta clásica «The Stars Like Dust», perteneciente a la epopeya de «Trantor» iniciada con la «Trilogía de la Fundación».

A través de los avatares personales del joven Biron Farrill se resumen la grandeza y la decadencia del imperio galáctico apropiadamente llamado de Tyrann, allá en las lejanías de la nebulosa de la Cabeza de Caballo, a muchos años-luz de la Tierra.

La sencillez de su estilo y el carácter muchas veces brillante o humorístico de sus relatos de aventuras suelen despistar a muchos lectores de Asimov. En espera de que este autor se decida algún día a revelarnos las ecuaciones matemáticas de la psicohistoria, no es descaminado tratar de adivinar qué clase de humanidad futura y de evolución histórica nos propone a través de sus expresiones noveladas de esas mismas ecuaciones.



Isaac Asimov

En la arena estelar

Saga de la Fundación: Trilogía del Imperio - 1

ePub r2.3
libra 17.05.16

Título original: *The Stars Like Dust*
Isaac Asimov, 1955
Traducción: Francisco Blanco

Editor digital: libra
ePub base r1.2



A Gertrude, con la
cual he estado casado,
muy satisfactoriamente,
durante 8 años, 1 mes,
2 semanas, 1 día, 2 horas,
45 minutos y algunos segundos.

1. El murmullo en el dormitorio

Había un tenue murmullo en el dormitorio, casi imperceptible, un ligero sonido irregular, inequívoco y mortífero.

Pero no fue eso lo que despertó a Biron Farrill, arrancándole de un sueño pesado y poco reparador. Volvió inquieto la cabeza de un lado a otro, luchando en vano contra el zumbido en la mesilla de noche.

Extendió torpemente una mano sin abrir los ojos y cerró el contacto.

—Dígame —musitó.

Una voz surgió instantáneamente del receptor. Era áspera y fuerte, pero a Biron le faltó la fuerza de voluntad para reducir el volumen.

—¿Puedo hablar con Biron Farrill?

—Sí, soy yo. ¿Qué desea?

—¿Puedo hablar con Biron Farrill? —repitió la voz con ansiedad.

Los ojos de Biron se abrieron a la densa oscuridad. Se dio cuenta de la desagradable sequedad de su lengua, y del sutil olor que flotaba en la habitación.

—Sí, Farrill al habla. ¿Quién es usted?

Como si no le hubiese oído, su interlocutor insistió.

—¿Hay alguien ahí? Quisiera hablar con Biron Farrill.

Biron se apoyó sobre un codo y contempló el lugar donde se hallaba el visófono. Accionó el control de la visión, y la pequeña pantalla se iluminó.

—Aquí estoy —dijo. Y reconoció las suaves y vagamente asimétricas facciones de Sander Jonti.

—Llámeme por la mañana, Jonti.

Se disponía a cerrar nuevamente el aparato, cuando Jonti dijo:

—¡Oiga! ¡Oiga! ¿Hay alguien ahí? ¿No es University Hall, habitación cinco dos seis? ¡Oiga!

De pronto Biron observó que la pequeña luz piloto indicadora del funcionamiento del circuito de emisión estaba pagada. Lanzó un juramente en voz baja y apretó el interruptor, pero éste siguió cerrado. En aquel momento Jonti cortó y la pantalla se convirtió en un simple cuadrado vacío e iluminado.

Biron cerró el aparato. Encorvó el hombro y trató de sumergirse nuevamente en la almohada. Se sentía molesto. En primer lugar, nadie tenía derecho a chillarle en plena noche. Echó un vistazo al reloj cuyas cifras levemente luminosas brillaban sobre la cabecera de la cama: eran las tres y cuarto. Las luces de la casa no se encenderían hasta dentro de cuatro horas.

Además, no le gustaba despertarse en la completa oscuridad de su habitación. El hábito de esos cuatro años no le había curtido lo bastante para acostumbrarle a los edificios del hombre terrestre, estructuras de cemento armado, bajas, gruesas y sin ventas. Se trataba de una tradición milenaria que databa de los días en que la primitiva bomba nuclear no había sido contrarrestada por la defensa del campo de fuerza.

Pero aquello había pasado. La guerra atómica había infligido lo peor a la Tierra. La mayor parte del planeta era extremadamente radiactivo y estéril. No quedaba nada que perder, y, sin embargo, la arquitectura reflejaba los antiguos temores, de modo que cuando Biron se despertó no había a su alrededor más que una oscuridad total.

Biron se alzó nuevamente sobre el codo. Aquello resultaba extraño. Esperó. No era que hubiese percibido el fatal murmullo del dormitorio. Era algo quizás aún menos perceptible, y desde luego infinitamente menos mortífero.

Echaba de menos el suave movimiento del aire, que uno daba por supuesto, aquella señal de la continua renovación. Trató de tragar saliva y no lo consiguió. La atmósfera parecía haberse hecho opresiva, al tiempo que se daba cuenta de la situación. El sistema de ventilación había dejado de funcionar; ahora verdaderamente se sentía enojado. Y ni siquiera podía usar el visófono para dar cuenta del hecho.

Lo intentó de nuevo, para asegurarse. Apareció el lechoso cuadrado de luz que lanzó una leve reflexión perlina sobre la cama. Funcionaba, pero no

emitía. Bien, no importaba. En todo caso, no harían nada para remediarlo antes que se hiciera de día.

Bostezó, buscando a tientas sus zapatillas, mientras se frotaba los ojos con las palmas de las manos. Conque no había ventilación, ¿verdad? Eso explicaba aquel olor raro. Frunció el ceño y olfateó intensamente varias veces. Fue inútil. Se trataba de algo familiar, pero no conseguía identificarlo.

Se dirigió al cuarto de baño y accionó automáticamente el interruptor de la luz, a pesar de que realmente no la necesitaba para servirse un vaso de agua. El interruptor funcionaba, pero la luz no se encendió. Lo probó varias veces, enojado. ¿Acaso no había nada que funcionase? Se encogió de hombros, bebió en la oscuridad, y se sintió mejor. Bostezó de nuevo mientras regresaba al dormitorio, donde probó el interruptor principal. No funcionaba ninguna luz.

Biron se sentó en la cama, colocó sus amplias manos sobres sus fornidos mulsos y consideró la situación. Normalmente, una cosa así habría suscitado una fuerte discusión con el personal de servicio. Nadie esperaba un servicio de hotel en un dormitorio universitario, pero ¡voto al Espacio!, uno habría de poder exigir ciertos mínimos de eficiencia, aunque eso no fuese de importancia vital precisamente ahora. Se acercaba el momento de la graduación y él había terminado. Dentro de tres días se despediría para siempre de la habitación y la universidad de la Tierra: y también de la misma Tierra.

De todos modos, podía informar de la anomalía, sin hacer ningún comentario especial. Podía salir y usar el teléfono del vestíbulo. Quizá le trajesen una luz automática, o incluso le instalasen un ventilador que le permitiese dormir sin sensaciones psicosomáticas de ahogo. Y en caso contrario, ¡al espacio con ellos! Sólo le quedaban dos noches más.

A la luz del inútil visófono localizó unos pantalones cortos. Se los puso junto con un suéter de una pieza, y decidió que aquello bastaría para su objeto. No se quitó las zapatillas. No había peligro de despertar a nadie, aunque hubiese marchado por los pasillos con zapatos de clavos, puesto que los gruesos tabiques de aquella estructura de hormigón eran casi a prueba de ruidos, pero no veía razón para cambiarse.

Se dirigió a la puerta y tiró de la palanqueta, la cual bajó suavemente, y se oyó el clic indicador de que se había activado la cerradura: con la sola diferencia de que eso no había ocurrido. Y aunque sus bíceps se abultaron con el esfuerzo, no pasó nada.

Se apartó de la puerta: aquello era ridículo. ¿Es que había un fallo general de fuerza? No era posible. El reloj funcionaba, y el visófono seguía recibiendo bien.

¡Un momento! Podían haber sido los muchachos, esas almas benditas. Lo hacían de vez en cuando. Era infantil, naturalmente, pero él mismo había tomado parte en esa clase de bromas pesadas. No hubiese sido difícil, por ejemplo, que uno de sus compañeros se hubiese introducido a escondidas durante el día para organizar el tinglado. Pero no, las luces y la ventilación funcionaban cuando se había acostado.

En ese caso tenía que haber sido durante la noche. El edificio era anticuado. No hacía falta ser un genio de la ingeniería para atrancar la puerta. Y ahora esperarían a la mañana siguiente para ver qué pasaba cuando el buenazo de Biron no pudiese salir. Probablemente le soltarían hacia el mediodía y se reirían mucho.

Biron esbozó una sonrisa de resignación. Bien, si eso era de lo que se trataba, no tenía importancia, pero era preciso hacer algo, tratar de solucionar el desaguisado.

Dio media vuelta y con la puntera golpeó algo que se deslizó por el suelo produciendo un ruido metálico. Apenas si podía distinguir su sombra moviéndose a través de la pálida luz del visófono. Se agachó y con un movimiento circular exploró el suelo bajo la cama. Extrajo el objeto y lo acercó a la luz. (No eran demasiado listos: debían haber inutilizado el visófono, en lugar de interferir solamente con el circuito emisor).

El objeto que sujetaba era un pequeño cilindro con un agujerito en la parte superior. Se lo acercó a la nariz y lo olió. Eso explicaba por lo menos el olor de la habitación. Era hypnita. Naturalmente, los chicos la habían tenido que usar para que no se despertase mientras manipulaban los circuitos.

Biron podía ahora reconstruir paso a paso lo ocurrido. Abrieron la puerta con una palanqueta, cosa sencilla. Quizás habían preparado la puerta

durante el día, para que pareciese cerrada, sin estarlo en realidad. No lo había comprobado. De todos modos, una vez abierta, debieron limitarse a poner un bote de hypnita dentro, y volvieron a cerrar. El anestésico saldría lentamente, elevando la concentración hasta dejarle del todo inconsciente. Entonces podían entrar, enmascarados, naturalmente. ¡Espacio! Un pañuelo húmedo era suficiente para cerrar el paso a la hypnita durante quince minutos, y ese tiempo era todo el que se necesitaba.

Aquello explicaba lo ocurrido con el sistema de ventilación. Había que eliminarlo para evitar que la hypnita se dispersase con excesiva rapidez. La eliminación del visófono le impedía pedir ayuda, y la puerta encallada no le dejaba salir; la ausencia de luces servía para inducir pánico. ¡Qué chicos tan simpáticos!

Biron soltó un gruñido. No podía molestarse demasiado; al fin y al cabo, una broma era una broma. Lo que le hubiese gustado hacer entonces era derribar la puerta y terminar de una vez. Los fuertes músculos de su torso se tensaron ante la idea, pero sabía que era inútil. La puerta había sido construida pensando en sacudidas atómicas. ¡Maldita tradición!

Pero tenía que encontrar alguna manera de solucionarlo. No podía permitir que se saliesen con la suya. Lo primero que necesitaba era luz, una verdadera luz, y no el resplandor fijo y poco eficaz del visófono. Eso no era un problema. Tenía una linterna automática en su armario ropero.

Por un momento, mientras manipulaba los controles de la puerta del armario, se preguntó si también la habrían inmovilizado. Pero se abrió sin esfuerzo, y desapareció suavemente en su cavidad de la pared. No había ninguna razón para inmovilizar el armario, y por otra parte no habían tenido mucho tiempo.

En aquel instante, cuando ya tenía la linterna en la mano y se daba la vuelta, toda la estructura de su teoría se hundió en un espantoso momento. Se quedó rígido, su abdomen se endureció, tensándose, y mantuvo la respiración, escuchando.

Por primera vez desde que se había despertado oyó el murmullo del dormitorio. Escuchó la apagada e irregular conversación que mantenía consigo mismo, y reconoció inmediatamente la naturaleza del sonido.

Era imposible no reconocerlo, era «el chasquido mortal de la Tierra»: un sonido inventado hacía mil años.

Para ser exacto: era el sonido de un contador de radicación que iba registrando las partículas cargadas y las duras ondas gamma que llegaban a él; los suaves impulsos electrónicos se fundían formando un leve murmullo. Era el sonido de un contador que contaba la única cosa que podía contar: ¡la muerte!

Despacio, de puntillas, Biron fue retrocediendo. Desde un par de metros de distancia proyectó el haz luminoso en dirección a las profundidades del armario. El contador estaba allí, en el distante rincón, aunque verlo no significó nada para él.

Había estado allí desde su ingreso en la universidad. La mayoría de los estudiantes recién llegados de los Mundos Externos compraban un contador durante la primera semana de su estancia en la Tierra. Al principio pensaban mucho en la radiactividad de la Tierra y sentían la necesidad de protección. Generalmente vendían los contadores a la siguiente promoción de alumnos, pero Biron había conservado el suyo; ahora se alegraba de ello.

Se dirigió a su escritorio, donde guardaba su reloj de pulsera mientras dormía. Su mano tembló un poco cuando lo sostuvo a la luz de la linterna. La correa del reloj era de plástico flexible entretejido y de una suavidad blanca casi líquida. Lo observó cuidadosamente desde ángulos diferentes; no había duda de que estaba blanco.

Aquella correa había sido otra de sus primeras compras. Una radiación enérgica la convertía en azul, y el azul en la Tierra era el color de la muerte. Si uno se perdía o se descuidaba, era fácil extraviarse durante el día sobre un trozo de suelo radiactivo. El gobierno cercaba tantas manchas radiactivas como podía, y, como es natural, nadie se acercaba nunca a las grandes superficies mortíferas que comenzaban algunos kilómetros fuera de la ciudad. Pero la correa era un seguro. Si en alguna ocasión se tornaba ligeramente azul, había que presentarse en el hospital para recibir tratamiento. No cabían discusiones. El compuesto de que estaba fabricada era precisamente tan sensible a la radiación como el propio cuerpo, y

podían utilizarse aparatos fotoeléctricos adecuados para medir la intensidad de la coloración azulada, con lo cual se podía determinar rápidamente la gravedad del caso.

Un azul oscuro brillante era el fin. Así como el color no desaparecería nunca, tampoco la persona contaminada podría descontaminarse. No había cura, escape ni esperanza. Sólo quedaba esperar en algún sitio de un día a una semana, y lo único que podía hacer el hospital era tomar las disposiciones finales para la cremación.

Pero, por lo menos, la correa estaba todavía blanca, y el tumulto de los pensamientos de Biron se calmó un poco.

De modo que no había mucha radiactividad. ¿Sería quizás otro aspecto de la broma? Biron pensó en ello y decidió que no podía ser. Nadie le haría tal broma a otro; por lo menos en la Tierra, donde la manipulación ilegal de material radiactivo se castigaba con la pena de muerte. Aquí, en la tierra, se tomaban la radiactividad en serio; no tenían más remedio. Nadie hubiese hecho una cosa así, sin una razón poderosísima.

Lo pensó cuidadosa y explícitamente, enfrentándose abiertamente con la idea. Una razón poderosísima, como, por ejemplo, un deseo de asesinar. Pero, ¿por qué? No podía haber motivo alguno. En sus veintitrés años de vida no había tenido nunca un enemigo serio. No tan serio, desde luego, como para que intentara asesinarle.

Agarró con las manos su corto cabello. Era una idea ridícula, pero no había manera de eludirla. Retrocedió cuidadosamente hacia el armario. Allí debía de haber algo que enviaba la radiación, algo que no estaba cuatro horas antes. Lo vio casi inmediatamente.

Era una cajita de no más de quince centímetros de lado. Biron la reconoció, y su labio inferior tembló ligeramente. No había visto una antes, pero había oído hablar de ellas. Levantó el contador y se lo llevó al dormitorio. El pequeño murmullo disminuyó, cesando casi por completo. Comenzó de nuevo cuando el delgado tabique de mica, a través del cual entraba la radiación, estuvo orientado hacia la caja. No le quedaba duda alguna. Era una bomba de radiación.

Aquellas radiaciones no eran mortales por sí mismas; no eran más que un detonador; en el interior de la pequeña caja se encontraba una diminuta

pila atómica. Isótopos artificiales de corta vida la calentaban lentamente, permeándola con partículas apropiadas. Cuando se alcanzase el umbral de calor y densidad de partículas, la pila reaccionaría. Generalmente no lo hacía en forma de explosión, si bien el calor de reacción serviría para fundir la caja, convirtiéndola en un pedazo de retorcido metal, sino que produciría un tremendo estallido de radicación que mataría a todo ser viviente en un radio desde unos dos metros hasta diez kilómetros, según el tamaño de la bomba.

No había manera de saber cuándo se alcanzaría el umbral. Quizás al cabo de horas, quizás al momento siguiente. Biron permaneció de pie, impotente, sujetando débilmente la linterna con sus húmedas manos. Media hora antes del visófono le había despertado, y entonces no tenía inquietud alguna. Ahora sabía que iba a morir.

Biron no quería morir, pero se encontraba acorralado, y no había dónde esconderse.

Conocía la geografía de la habitación. Estaba al final de un pasillo, de modo que solamente había otra habitación a uno de los lados y, desde luego, encima y debajo de él. La habitación del mismo piso estaba junto al cuarto de baño; los aseos de ambas habitaciones eran contiguos. Dudaba de que pudieran oírle.

Quedaba el cuarto de abajo.

Había en la habitación un par de sillas plegables, destinadas a las visitas. Cogió una de ellas, que produjo un chasquido al dar contra el suelo. La puso de canto, y el ruido se hizo más duro y más fuerte.

Esperó después de cada golpe, preguntándose si conseguiría despertar al que dormía abajo, y molestarle lo suficiente para que diese parte de la perturbación.

De improviso percibió un leve ruido, y esperó, con la silla alzada por encima de su cabeza. Volvió a oírse el ruido, algo así como un grito distante. Procedía de la dirección de la puerta.

Dejó caer la silla y contestó gritando. Pegó la oreja contra la hendedura donde la puerta se unía con la pared, pero el ajuste era bueno, e incluso allí el sonido era débil.

Pudo, no obstante, percibir que alguien pronunciaba su nombre.

—¡Farrill! ¡Farrill! —gritaron varias veces, y luego algo más que no entendió bien, quizá si estaba allí o si se sentía bien.

—¡Abrid la puerta! —contestó rugiendo.

Lo repitió tres o cuatro veces. Se hallaba en un estado de impaciencia febril. Quizás en aquel mismo instante la bomba estuviese a punto de estallar.

Le pareció que le oían. Por fin volvió a oírse una voz sofocada:

—¡Cuidado!…, algo…, demoledor…

Comprendió lo que significaba, y se alejó rápidamente de la puerta.

Oyó un par de sonidos breves, como chasquidos, y hasta percibió las vibraciones producidas en el aire de la habitación. Siguió un ruido terrible, y la puerta se abrió hacia dentro. Entró la luz del pasillo.

Biron salió precipitadamente, con los brazos extendidos.

—¡No entréis! —gritó—. Por amor de la Tierra, no entréis. ¡Hay una bomba de radiación!

Se enfrentó con dos hombres. Uno de ellos eran Jonti, y el otro Esbak, el superintendente, quien sólo estaba parcialmente vestido.

—¿Una bomba de radiación? —balbució Esbak.

Pero Jonti preguntó directamente:

—¿De que tamaño?

Tenía aún en la mano el demoledor, y eso era lo único que desdecía de su elegante aspecto, incluso a aquella hora de la noche.

Biron sólo pudo indicar el tamaño de la bomba con un gesto de las manos.

—Bien —dijo Jonti. Parecía muy sereno, y se volvió hacia el superintendente—: Será mejor evacuar las habitaciones de esta área, y si tienen pantallas de plomo en algún lugar de la universidad, haga que las traigan y las coloquen en el pasillo. Yo no permitiría que nadie entrase hasta la mañana. —Se volvió hacia Biron—: Probablemente su radio es de cuatro a seis metros. ¿Cómo entró aquí?

—No lo sé —dijo Biron. Se enjugó la frente con el dorso de la mano—. Si no le importa, tengo que sentarme.

Echó una ojeada a su muñeca, y se dio cuenta de que su reloj de pulsera estaba aún en la habitación. Sintió deseos de volver a entrar para buscarlo.

Ahora había movimiento, pues estaban sacando a los estudiantes de sus habitaciones.

—Venga conmigo —dijo Jonti—. Me parece que hará bien en sentarse.

—¿Por qué ha venido a mi habitación? —preguntó Biron—. No es que no se lo agradezca, usted ya me comprende.

Le llamé y no obtuve respuesta. Y tenía que verle.

—¿Verme a mí? —Hablaba con cuidado, tratando de dominar su respiración irregular—. ¿Por qué?

—Para advertirle de que su vida estaba en peligro.

Biron se rio nerviosamente.

—Ya me he enterado.

—Eso sólo ha sido la primera prueba. Volverán a intentarlo.

—¿Quiénes son ellos?

—Aquí no, Farrill —dijo Jonti—. Necesitamos estar solos. Usted es un hombre marcado y puede que ya me haya puesto en peligro yo también.

2. La red a través del espacio

La sala de estudiantes estaba vacía y oscura. Difícilmente podía haber sido de otro modo a las cuatro y media de la madrugada. Y, no obstante, Jonti vaciló un momento, mientras mantenía abierta la puerta, escuchando.

—No —dijo en voz baja—, deje apagadas las luces. Para hablar no las necesitamos.

—He tenido ya suficiente oscuridad por una noche —murmuró Biron.

—Deje la puerta entreabierta.

A Biron le faltaba voluntad para discutir. Se dejó caer en la silla más cercana y observó cómo el rectángulo de luz de la puerta se reducía a una estrecha línea. Ahora que todo había pasado, sentía los efectos.

Jonti detuvo la puerta y apoyó su bastoncillo sobre la línea de luz en el suelo.

—Obsérvelo. Nos indicará si alguien pasa, o si se mueve la puerta.

—Por favor, no estoy de humor para conspiraciones —dijo Biron—. Si no le importa, le agradeceré que me diga lo que ha de decirme. Me ha salvado la vida, y mañana me sentiré debidamente agradecido. Pero, por el momento, lo que deseo es un trago y un buen descanso.

—Me hago cargo de sus sentimientos —dijo Jonti—, pero de momento se ha evitado un descanso demasiado largo; desearía que no fuera sólo por un momento. ¿Sabe que conozco a su padre?

Era una pregunta abrupta y Biron alzó las cejas, gesto que pasó desapercibido en la oscuridad.

—Nunca me ha dicho que le conociese —respondió.

—Me hubiese extrañado si se lo hubiera dicho. No me conoce por el nombre que uso aquí. Y, por cierto, ¿ha sabido algo de su padre recientemente?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque corre peligro.

—¿Qué?

Jonti buscó en la oscuridad el brazo del otro y lo sujetó con fuerza.

—Por favor, siga hablando en voz baja.

Biron se dio cuenta por primera vez de que habían estado hablando en un murmullo.

—Seré más concreto —prosiguió Jonti—. Su padre ha sido detenido. ¿Comprende lo que significa eso?

—No, la verdad es que no lo entiendo. ¿Quién le ha detenido, y qué quiere usted decir? ¿Por qué me está fastidiando?

Las sienes de Biron latían violentamente. La hypnita y la proximidad de la muerte le imposibilitaban para contender con el hombre frío y elegante que tenía a su lado, tan cerca que sus murmullos resultaban tan claros como si hubieran sido gritos.

—Supongo que tendrá alguna idea del trabajo que su padre está realizando.

—Si conoce a mi padre, debe saber que es un ranchero de Widemos. Ese es su trabajo.

—Bueno, no hay razón para que se fie de mí, salvo por el hecho de que estoy arriesgando mi vida por usted. Pero ya sé todo lo que pueda decirme. Por ejemplo, sé que su padre ha estado conspirando contra los tyrannios.

—Lo niego —dijo enérgicamente Biron—. El servicio que me ha prestado esta noche no le da derecho a hacer tales afirmaciones sobre mi padre.

—Es necio ser tan evasivo, amigo mío, y me está haciendo perder el tiempo. ¿No se da cuenta de que la situación está ya más allá de la esgrima verbal? Lo diré claramente. Su padre ha sido arrestado por los tyrannios. Quizás esté ya muerto.

—No le creo —contestó Biron, levantándose a medias.

—Estoy en situación de saberlo.

—Acabemos con esto, Jonti. No estoy de humor para misterios y me molesta ese intento suyo de…

—Bien, ¿de qué? —La voz de Jonti perdió algo de su tono refinado—. ¿Qué gano yo contándole esto? ¿Acaso debo recordarle que lo que sé, y usted se niega a creer, me hizo comprender que intentarían eliminarle? Piense en lo que ha ocurrido, Farrill.

—Comience de nuevo y dígalo claramente —dijo Biron—. Le escucho.

—Muy bien. Supongo, Farrill, que sabe que soy un compatriota de los Reinos Nebulares, aunque me hago pasar por un vegano.

—Por su acento pensé que podría ser así. No me pareció importante.

—Pues es importante, amigo mío. Vine aquí porque a mí, como a su padre, no me gustaban los tyrannios. Hace cincuenta años que oprimen a nuestro pueblo. Son ya muchos años.

—No soy un político.

La voz de Jonti mostró otra vez un acento irritado.

—Oh, no soy uno de sus agentes que trata de comprometerle. Le estoy diciendo la verdad. Hace un año me cogieron, como ahora han cogido a su padre. Pero conseguí escaparme, y vine a la Tierra, donde creí que estaría a salvo hasta que estuviese preparado para regresar. Eso es todo lo que necesito contarle acerca de mí mismo.

—Es más de lo que he preguntado.

Biron no conseguía eliminar de su voz un tono poco amistoso. Jonti le afectaba desfavorablemente con su amanerada precisión.

—Ya lo sé. Pero es necesario que, por lo menos, le diga eso, pues fue así como conocí a su padre. Trabajaba conmigo, o mejor dicho, yo trabajaba con él. Me conocía, pero no oficialmente, como el noble más grande del planeta de Nefelos. ¿Comprende?

Biron, sumido en la oscuridad, asintió inútilmente con la cabeza.

—Sí —musitó.

—No es necesario entrar en más detalles. Incluso aquí he conservado mis fuentes de información, y sé que ha sido detenido. Lo sé. Si sólo hubiera sido una sospecha, este intento de asesinato a usted constituiría una prueba suficiente.

—¿De qué modo?

—Si los tyrannios tienen al padre, ¿cree que van a dejar al hijo en libertad?

—¿Acaso trata de decirme que los tyrannios pusieron esa bomba de radiación en mi cuarto? Es imposible.

—¿Por qué ha de ser imposible? ¿Es que no se hace cargo de su situación? Los tyrannios gobiernan en cincuenta mundos; numéricamente son superiores a razón de cien por uno. En tal situación, la fuerza por sí sola no basta. Su especialidad son los métodos tortuosos, la intriga y el asesinato. La red que tienen a través del espacio es grande y de estrecha malla. Tengo motivos para creer que se extiende a través de quinientos años luz, hasta la Tierra.

Biron estaba todavía bajo los efectos de la pesadilla. Allá fuera, en la distancia, se oían los leves ruidos de las pantallas de plomo que eran trasladadas a sus posiciones. Pensó que en su habitación el contador aún debía estar siseando.

—No es razonable. Esta semana regreso a Nefelos. Deben saberlo. ¿Para qué me iban a amatar aquí? Con sólo esperar, hubiese caído en sus manos.

Le satisfizo encontrar el fallo, pues estaba ansioso por creer su propia lógica. Jonti se aproximó aún más, y su aliento fragante agitó el cabello de las sienes de Biron.

—Su padre es popular. Ya que ha sido encarcelado por los tyrannios, su ejecución es una probabilidad con la que debe enfrentarse. Su muerte será tomada a mal incluso por la raza de esclavos acobardados que los tyrannios están tratando de criar. No tienen la intención de hacer mártires. Como nuevo ranchero de Widemos podría usted ser el centro de ese resentimiento, y ejecutarle doblaría el peligro para ellos. Pero les convendría que muriese accidentalmente en un mundo distante.

—No lo creo —dijo Biron. Era la única defensa que le quedaba.

Jonti se levantó y se puso sus finos guantes.

—Va demasiado lejos, Farrill. Su papel sería más convincente si no pretendiese una ignorancia tan completa. Es posible que su padre le haya estado ocultando la realidad para protegerle mejor, pero dudo que sus creencias no le hayan afectado en alguna medida. Su odio a los tyrannios no puede ser más que un reflejo del de su padre. No es posible que no esté dispuesto a combatirlos.

Biron se encogió de hombros.

—Es posible incluso que su padre reconozca que usted es ya un adulto, hasta el punto de utilizarle —dijo Jonti—. Es conveniente que usted esté en la Tierra y tal vez combine su educación con una misión determinada…, quizás una misión tal, que los tyrannios estén dispuestos a matarle para hacerla fracasar.

—Todo esto es un estúpido melodrama.

—¿De veras? Pues que así sea. Si la verdad no le convence ahora, los hechos le convencerán más tarde. Habrá otros atentados contra su vida, y el próximo tendrá éxito. Desde este momento, Farrill, es usted hombre muerto.

Biron levanto la mirada.

—¡Espere! ¿Cuál es su interés particular en este asunto?

—Soy un patriota. Quisiera que los Reinos fuesen libres de nuevo, con sus gobiernos de su propia elección.

—No. Digo su interés particular. No puedo aceptar un idealismo puro, porque no lo puedo creer en usted. —Las palabras de Biron sonaron agresivamente—. Sentiría que esto le ofendiese.

Jonti se volvió a sentar.

—Mis tierras han sido confiscadas —declaró—. Antes de mi exilio no resultaba agradable verse forzado a recibir órdenes de esos enanos. Y desde entonces se ha hecho más necesario aún volver a ser la clase de hombre que mi abuelo había sido antes de la llegada de los tyrannios. ¿Le basta eso como razón práctica para desear una revolución? ¡Y a falta de él, usted!

—¿Yo? Tengo veintitrés años y no sé nada de todo esto. Podría encontrar alguien mejor.

—Podría, sin duda. Pero no hay nadie más que sea el hijo de su padre. Si matan a su padre, usted será ranchero de Widemos, y como tal me será de utilidad, aunque no tuviese más que doce años y, además, fuese idiota. Le necesito por la misma razón por la que los tyrannios quieren librarse de usted. Y si mi necesidad no le convence, sin duda la de ellos debe convencerle. Había una bomba de radiación en su cuarto; no podría haber tenido más objeto que matarle. ¿Quién si no los tyrannios podría tener deseos de matarle?

Jonti esperó pacientemente el susurro del otro.

—Nadie —concluyó Biron—. Que yo sepa nadie podría desear matarme. ¡Así pues, es verdad lo de mi padre!

—¿Y cree que eso es un consuelo? ¿Quizás algún día le dedicarán un monumento con una inscripción radiante que pueda ser vista a veinte mil kilómetros a través del espacio? —Su voz se iba quebrando—. ¿Es que eso iba a hacerme feliz?

Jonti esperó, pero Biron no dijo nada más.

—¿Qué piensa hacer? —inquirió Jonti.

—Irme a casa.

—Entonces, es que aún no comprende su situación.

—Digo que me voy a casa. ¿Qué quiere que haga? Si mi padre está vivo le sacaré de allí. Y si ha muerto… entonces.

—¡Calma! —La voz del mayor de los dos hombres parecía fríamente molesta—. Delira como una criatura. No puede ir a Nefelos. ¿No se hace cargo de que no puede ir? ¿Estoy hablando con un niño o con un hombre de sentido común?

—¿Qué sugiere? —musitó Biron.

—¿Conoce al directo de Rhodia?

—¿El amigo de los tyrannios? Le conozco. Sé quién es. Todo el mundo en los Reinos sabe quién es. Hinrik V, director de Rhodia.

—¿Le conoce personalmente?

—No.

—Eso es lo que quería decir. Si no le ha visto no le conoce. Es un imbécil, Farrill, tal como suena. Pero cuando los tyrannios confisquen el rancho de Widemos, y lo confiscarán, lo miso que confiscaron mis tierras, se lo adjudicarán a Hinrik. Los tyrannios creerán así más seguras aquellas tierras, y allá es adonde tiene que ir.

—¿Por qué?

—Porque Hinrik tiene influencia sobre los tyrannios; tanta influencia como pueda tener un títere. Tal vez consiga que le rehabiliten.

—No veo por qué. Lo más probable es que me entregue a ellos.

—Efectivamente. Pero estará precavido, y puede tener una posibilidad de evitarlo. Recuerde que su título es valioso e importante, pero no es

suficiente por sí solo. En estos asuntos de conspiraciones hay que ser prácticos por encima de todo. La gente se unirá en torno a usted por razones sentimentales y por respeto a su nombre, pero para conservarlas necesitará dinero.

—Necesito tiempo para decidir —consideró Biron.

—No hay tiempo. Su tiempo expiró cuando dejaron la bomba de radiación en su cuarto. Actuemos enseguida: puedo darle una carta de presentación para Hinrik de Rhodia.

—¿Tanto le conoce?

—Sus sospechas nunca andan muy lejos, ¿verdad? Una vez fui jefe de una misión a la corte de Hinrik en representación del autarca de Lingane. Probablemente su imbécil cerebro no me recordará, pero no se atreverá a confesar que lo ha olvidado. Le servirá de presentación, y desde allí podrá improvisar. Tendré la carta preparada por la mañana. Hay una nave que sale para Rhodia a mediodía. Tengo billetes para usted. Yo también me voy, pero por otra ruta. No se entretenga. Aquí ya ha terminado, ¿verdad?

—Falta la entrega del diploma.

—Es sólo un trozo de pergamino. ¿Le importa?

—Ahora no.

—¿Tiene dinero?

—Suficiente.

—Muy bien. Si tuviera demasiado sería sospechoso —dijo Jonti con voz imperiosa—. ¡Farrill!

Biron salió de su estado cercano a la estupefacción.

—¿Qué?

—Reúnase con los demás. No diga a nadie que se va. Deje que hablen las obras.

Biron asintió como atontado. En el fondo de su mente quedaba el presentimiento de que no había cumplido su misión, y que también en aquella ocasión había fallado a su moribundo padre. Se sintió torturado por una amargura inútil. Debería haberle dicho más. Podía haber compartido los peligros. No debió permitirle que obrara en la ignorancia.

Y ahora que sabía la verdad o, por lo menos, sabía más que antes acerca del papel de su padre en la conspiración, resultaba aún más importante el

documento que debía haber obtenido de los archivos de la Tierra. Pero ya no quedaba tiempo para conseguirlo, ni para preocuparse de él, ni para salvar a su padre; quizá ni siquiera quedaba tiempo para vivir.

Mientras descendía al camino enladrillado que serpenteaba con escasa elegancia a través de la atmósfera seudorrústica que asumían desde la antigüedad todos los ambientes universitarios, podía ver enfrente el resplandor de las luces de la única calle importante de la ciudad. Más allá, ahogado durante el día, pero visible ahora, se percibía el eterno azul radiactivo del horizonte, mudo testigo de guerras prehistóricas.

Jonti contempló durante un momento el cielo. Habían pasado más de cincuenta años desde que los tyrannios vinieron para poner abrupto término a las vidas separadas de dos docenas de unidades políticas distantes y pendencieras en las profundidades, más allá de la Nebulosa. Ahora, de improviso y prematuramente, pesaba sobre ellas la paz de la estrangulación.

La tempestad que las había devastado con un inmenso estallido era algo de lo que aún no se habían recuperado. No había dejado más que una especie de espasmo que de vez en cuando agitaba un mundo aquí o allá. Organizar esos espasmos, sincronizarlos en un impulso oportuno, sería tarea larga y difícil. Jonti llevaba ya demasiado tiempo en la Tierra; era hora de regresar.

Los otros, allá en su patria, probablemente trataban en aquel preciso instante de entrar en contacto con él.

Apretó el paso.

Captó el haz de luz en cuanto entró en su habitación. Era un haz personal, por cuya seguridad no sentía todavía temor alguno, y que no presentaba ningún fallo en su secreto. No se requería un receptor especial; nada de metal y alambres para captar las débiles oleadas de electrones que susurraban a través del hiperespacio desde un mundo que distaba quinientos años luz.

En su habitación el espacio mismo estaba polarizado y dispuesto para la recepción. Su estructura había dejado de ser fortuita. No había manera de detectar tal polarización, excepto por medio del receptor. Y en aquel

volumen determinado de espacio sólo su propia mente podía actuar como receptor; puesto que solamente las características eléctricas de su propio sistema de células nerviosas podían resonar a las vibraciones del haz luminoso que transportaba el mensaje.

El mensaje era tan privado como las características únicas de sus propias ondas cerebrales, y en todo el universo, con sus cuatrimillones de seres humanos, la probabilidad de que se produjese un duplicado lo suficientemente semejante para permitir que un hombre pudiese captar la onda personal de otro era un número de veinte cifras contra uno.

El cerebro de Jonti se orientaba hacia la llamada que se deslizaba a través del espacio, del vacío incomprensible del hiperespacio.

—… llamando…, llamando…, llamando…, llamando…

Emitir no era tan sencillo como recibir. Se requería un dispositivo mecánico para establecer la onda portadora específica que devolvería el contacto hasta más allá de la Nebulosa. Ese dispositivo se encontraba dentro del botón de adorno que llevaba en el hombro derecho, y se activó automáticamente en cuanto entró en su volumen de polarización espacial, después de lo cual no tenía más que pensar concentradamente en su objetivo.

—Aquí estoy.

No era necesaria ninguna identificación más específica. La monótona repetición de la señal de la llamada cesó, y se convirtió en palabras que tomaron forma en su cerebro.

—Te saludamos, señor. Widemos ha sido ejecutado. Como es natural, la noticia aún no se ha hecho pública.

—No me sorprende. ¿Hubo alguien más implicado?

—No, señor. El ranchero no hizo manifestación alguna. Era un hombre valiente y leal.

—Sí. Pero se necesita algo más que simple valentía y lealtad, o de lo contrario no le hubiesen cogido. Un poco más de cobardía hubiese sido útil. ¡No importa! He hablado con su hijo, el nuevo ranchero, quien se ha enfrentado ya con la muerte. Lo utilizaremos.

—¿Puedo preguntar de qué manera, señor?

—Mejor será dejar que los hechos contesten tu pregunta. Lo cierto es que todavía no puedo predecir las consecuencias. Mañana saldrá al encuentro de Hinrik de Rhodia.

—¡Hinrik! Ese joven correrá un peligro terrible. ¿Se da cuenta de que…?

—Le he dicho todo lo que he podido —respondió Jonti, tajante—. No podemos fiarnos demasiado de él, hasta que le hayamos probado. En las circunstancias presentes no podemos considerarle más que un hombre que debe ser arriesgado, como cualquier otro. Podemos gastarlo, completamente. No me llaméis aquí otra vez, pues me voy de la Tierra.

Jonti hizo un gesto que significaba el fin de la conexión y la cortó mentalmente.

Se quedó pensativo y repasó con lentitud los acontecimientos del día y de la noche, sopesando cada uno de ellos. Poco a poco se sonrió. Todo había sido dispuesto perfectamente, y la comedia podía ahora seguir representándose por sí sola.

No se había dejado nada al azar.

3. El azar y el reloj de pulsera

La primera hora después de que una nave espacial se ha liberado de la servidumbre planetaria es la más prosaica. Hay la confusión de la salida, que esencialmente es muy semejante a la que debió acompañar la partida del primer tronco hueco en algún río primitivo.

Uno se acomoda y alguien se ocupa del equipaje; se produce le primer instante de extrañeza y de agitación sin sentido en torno a uno. Las intimidades pronunciadas en voz alta en el último momento; luego la calma, el sonido apagado de las esclusas seguido del suspiro lento del aire cuando los cierres se deslizan automáticamente hacia dentro, como gigantescas perforadoras que se cierran herméticamente.

Sigue el profundo silencio y las señales rojas que centellean en todas las habitaciones.

«Ajustarse los trajes de aceleración…, ajustarse los trajes de aceleración…, ajustarse los trajes de aceleración».

Los camareros recorren los pasillos llamando brevemente con los nudillos a cada puerta y abriéndola con brusquedad.

—Perdone. Póngase el traje.

Y uno lucha con los trajes, fríos, apretados, incómodos, pero conectados a un sistema hidráulico que absorbe las mareantes presiones de la partida.

Luego se percibe el lejano rumor de los motores a propulsión atómica que funcionan a baja potencia para maniobrar en la atmósfera, seguido al instante por el empuje hacia atrás contra el aceite de la montura del traje, que cede lentamente. Luego, muy despacio, uno es empujado de nuevo hacia delante, al disminuir la aceleración. Si consigue evitar las náuseas durante este periodo, uno estará probablemente libre de mareo espacial hasta el fin del viaje.

El mirador no se abrió a los pasajeros durante las tres primeras horas de vuelo, y cuando la atmósfera quedó atrás y las puertas dobles estaban a punto de separarse, había una larga cola que esperaba. Allí estaban reunidos no sólo todos los «planetarios» (en otras palabras, los que nunca habían estado antes en el espacio), sino también una buena parte de los viajeros de más experiencia.

Después de todo, la vista de la Tierra desde el espacio era una de las cosas obligadas para el turista.

El mirador era una burbuja en la «piel» de la nave, una burbuja de plástico transparente, duro como el acero, de forma curva y más de medio metro de espesor. La cubierta retráctil de acero al iridio que la protegía contra la abrasión de la atmósfera y de sus partículas de polvo había sido descorrida. Las luces estaban apagadas, y la galería llena de gente. Las caras que miraban a través de las barras brillaban a la luz de la Tierra que colgaba allá abajo, balón gigantesco que resplandecía con manchas anaranjadas, azules y blancas. El hemisferio visible parecía estar casi del todo iluminado por el sol; los continentes bajo las nubes eran de color anaranjado, como el desierto, con líneas delgadas y distantes de verde. Los mares eran azules, y se destacaban netamente frente al negro del espacio, allá donde se encontraban con el horizonte. Y por todas partes, en el negro limpio cielo, estaban las estrellas.

Los que observaban esperaron pacientemente.

No era el hemisferio iluminado lo que querían. El casquete polar, de un blanco cegador, iba deslizándose a la vista mientras la nave mantenía la pequeña, casi imperceptible aceleración que le iba sacando de la elíptica. Pronto la sombra de la noche fue adueñándose del globo, y la gran isla mundial de Eurasia-África apareció en escena majestuosamente, con su parte norte «hacia abajo».

Su suelo enfermo y sin vida escondía su horror bajo un juego de joyas inducido por la noche. La radiactividad del suelo era un inmenso mar azul iridiscente que centelleaba en festones extraños, los cuales indicaban la manera en que en otro tiempo habían caído las bombas nucleares, una

generación antes de que se hubiese desarrollado la defensa de los campos de fuerza contra las explosiones atómicas, para que ningún otro mundo pudiera suicidarse precisamente de aquel modo.

Los pasajeros siguieron contemplando hasta que, con el paso de las horas, la Tierra se convirtió en una media moneda brillante en un negro infinito.

Entre los que observaban se encontraba Biron Farrill. Estaba sentado solo, en primera fila, con los brazos apoyados sobre la barandilla, y la mirada pensativa y preocupada. No era así cómo había pensado dejar la Tierra. Se frotó la áspera barbilla con el brazo bronceado y se sintió culpable de no haberse afeitado aquella mañana. Dentro de un rato iría a su cuarto y se arreglaría. Entretanto, vacilaba en marcharse. Allí había gente, pero en su cuarto estaría solo.

¿O era ésta precisamente una razón para marcharse? No le gustaba el nuevo sentimiento que percibía en sí mismo, de ser perseguido, de no tener amigos.

No le quedaba ni un asomo de amistad; toda se había marchitado en el mismo instante en que le despertó la llamada telefónica, hacía menos de veinticuatro horas.

Incluso en el dormitorio se había convertido en un estorbo. El viejo Esbak se había precipitado sobre él a su regreso de la conversación con Jonti en la sala de estudiantes. Esbak estaba agitadísimo, y su voz resultaba excesivamente aguda.

—Señor Farrill, le he estado buscando. Ha sido un desgraciado incidente. No lo comprendo. ¿Tiene usted alguna explicación?

—No —había dicho Biron casi a voz en grito—, no la tengo. ¿Cuándo podré entrar en mi habitación y sacar mis cosas?

—Seguramente por la mañana. Acabamos de traer el equipo para investigar la habitación. Y no queda vestigio ninguno de radiactividad por encima del nivel normal del fondo. Por fortuna se ha podido usted librar a tiempo; se ha debido escapar por muy pocos minutos.

—Sí, sí, pero si me lo permite, desearía descansar.

—Le ruego que utilice mi habitación hasta mañana; y luego le alojaremos de nuevo por los pocos días que le quedan. Perdón, señor Farrill,

pero si no le molesta, hay otro asunto…

Evidentemente, se mostraba demasiado cortés.

—¿Qué otro asunto? —preguntó Biron en tono de cansancio.

—¿Sabe usted de alguien que haya podido estar interesado en…, bueno, en liquidarle?

—¡Liquidarme así! Desde luego que no.

—¿Cuáles son entonces sus planes? Como es natural, las autoridades de la escuela lamentarían mucho que hubiese publicidad a consecuencia de este incidente.

¡Era notable aquella insistencia en referirse a ello como a un «incidente»!

—Le comprendo. Pero no se preocupe. No me interesan ni las investigaciones. Me marcho pronto de la Tierra, y prefiero que no se me perturben mis planes. No voy a acusar a nadie; al fin y al cabo, aún estoy vivo.

El alivio de Esbak fue casi indecoroso. Eso era todo lo que querían de él. Nada desagradable. No era sino un incidente que debía ser olvidado.

Entró nuevamente en su antigua habitación a las siete de la mañana. Estaba tranquilo, y no se oía murmullo alguno en el armario. La bomba ya no estaba allí, ni tampoco el contador. Probablemente Esbak se los había llevado, y los habría tirado al lago. Así se destruían las pruebas, pero eso era asunto de la escuela. Metió sus cosas en las maletas y pasó por la oficina para que le asignasen otra habitación. Observó que las luces funcionaban nuevamente, lo mismo que el visófono. El único vestigio de la noche pasada era la torcida puerta, con su cerradura fundida.

Le dieron otro cuarto, lo cual establecía, para cualquiera que pudiera estar escuchando, su intención de quedarse. Luego, utilizando el teléfono del vestíbulo, llamó a un taxi aéreo. No creía que nadie le hubiera visto. Que la escuela explicase como quisiese su desaparición.

En el puerto espacial había visto a Jonti durante un instante. Se miraron solamente de reojo. Jonti no dijo nada, ni dio muestras de haberle reconocido, pero cuando hubo pasado junto a él, en la mano de Biron quedó un pequeño globo negro, que era una cápsula personal, y un billete para Rhodia.

Se entretuvo un momento con la cápsula personal, que no estaba sellada. Más tarde leyó el mensaje en su habitación. Era una sencilla presentación con un mínimo de palabras.

Mientras contemplaba desde el mirador cómo la Tierra se iba empequeñeciendo con el paso del tiempo, dedicó durante un rato sus pensamientos a Sander Jonti. Le conocía sólo muy superficialmente hasta que Jonti penetró de un modo devastador en su vida, primero para salvarla y luego para dirigirla por un camino nuevo y desconocido. Biron conocía su nombre, le saludaba al pasar y a veces había cambiado con él algunas palabras puramente formularias, pero eso era todo. No le gustaba aquel hombre, su frialdad, su excesiva corrección en el vestir, su personalidad amanerada. Pero todo eso no tenía nada que ver con la situación actual.

Biron se frotó su áspera barbilla con la mano inquieta y suspiró. La verdad era que deseaba ardientemente la presencia de Jonti. Aquel hombre, por lo menos, dominaba los acontecimientos. Supo lo que había que hacer. Y ahora que Biron estaba solo se sentía muy joven, muy desamparado, sin amigos, y casi asustado.

Con todo ello evitaba conscientemente pensar en su padre. No hubiese servido de nada.

—Señor Malaine.

Repitieron el nombre dos o tres veces antes de que Biron reaccionase ante le respetuoso golpe sobre el hombre, y levantase la mirada.

—Señor Malaine —dijo de nuevo el robot mensajero, y durante cinco segundos Biron le contempló sin responder, hasta que recordó que aquél era su nombre provisional. Estaba ligeramente escrito a lápiz en el billete que Jonti le había dado. Le habían reservado un camarote bajo aquel nombre.

—Sí. ¿Qué ocurre? Yo soy Malaine.

La voz del mensajero silbó débilmente mientras el carrete interior emitía su mensaje.

—Me han pedido que le informe que le han cambiado de camarote, y que su equipaje ha sido trasladado. Si va usted a ver al sobrecargo le

entregarán su nueva llave. Esperamos que eso no le ocasione ninguna molestia.

—¿A qué viene todo esto? —Biron giró rápidamente en su asiento, y algunos de los pocos pasajeros que aún quedaban en el mirador le contemplaron ante la violencia de su respuesta—. ¿Cuál es el motivo?

Naturalmente, no servía de nada discutir con una máquina que ya había desempeñado su función. El mensajero había inclinado respetuosamente su cabeza automática, sin alterar su expresión imitativa de una suave sonrisa humana, y se había ido.

Biron salió del mirador y abordó al oficial de la nave que estaba junto a la puerta de un modo algo más enérgico de lo que se había propuesto.

—Oiga. Tengo que ver al capitán.

El oficial no mostró sorpresa alguna.

—¿Es importante, señor?

—¡Tan cierto como el Espacio, que es importante! Me acaban de cambiar de camarote sin mi permiso, y me gustaría saber a qué se debe.

Incluso ya en aquel instante, Biron se dio cuenta de que su ira no guardaba proporción con la causa, pero respondía a una acumulación de resentimientos. Casi le habían obligado a abandonar la Tierra como un criminal en fuga, iba no sabía adónde, para hacer no sabía qué, y ahora no le dejaban en paz a bordo de la nave. Era demasiado.

Con todo, tenía la inquietante sensación de que si Jonti hubiese estado en su lugar habría obrado de modo diferente, quizá más prudentemente. Claro que él no era Jonti.

—Llamaré al sobrecargo —dijo el oficial.

—Deseo ver al capitán —insistió Biron.

—Bien, como desee —y después de una breve conversación a través del pequeño comunicador de la nave, que pendía de su solapa, añadió cortésmente—: le llamarán; haga el favor de esperar.

El capitán Hirm Gordell era un hombre más bien bajo y corpulento; al entrar Biron se levantó cortésmente y se inclinó sobre su escritorio para estrecharle la mano.

—Señor Malaine —dijo—, lamento que hayamos tenido que molestarle.

Su cara era rectangular, el cabello de color gris de acero, su pequeño y bien cuidado bigote de un tono algo más oscuro, y sonreía ligeramente.

—También yo lo lamento —dijo Biron—. Había reservado un camarote al cual tenía derecho y creo que ni siquiera usted, señor, estaba autorizado a cambiarlo sin mi permiso.

—De acuerdo, señor Malaine. Pero, como usted comprenderá, ha sido un caso de fuerza mayor. Ha llegado en el último instante una persona importante e insistió en que le desplazásemos a un camarote más cercano al centro de gravedad de la nave. Está delicado del corazón y es importante para él que la gravedad de la nave sea la menor posible. No teníamos elección.

—Está bien, pero, ¿por qué tenían que desplazarme precisamente a mí?

—Alguien tenía que ser. Usted viaja solo, es joven, y pensamos que no tendría dificultad en asimilar una gravedad ligeramente mayor. —Recorrió con la mirada el musculoso cuerpo de Biron de pies a cabeza—. Además, encontrará usted que su nuevo camarote está mejor equipado que el anterior. No ha perdido usted con el cambio; ciertamente que no.

El capitán salió de detrás de su escritorio.

—¿Me permite que le enseñe personalmente su nuevo alojamiento?

A Biron le resultó difícil mantener su resentimiento. Todo aquel asunto parecía razonable, pero a la vez, extrañamente, no lo parecía tanto.

—¿Querrá usted acompañarme a mi mesa para la cena de mañana? Nuestro primer salto está fijado a esa hora.

Biron se oyó decir a sí mismo:

—Gracias. Me sentiré muy honrado.

No obstante, la invitación le pareció extraña. Aceptaba que el capitán no pretendía más que apaciguarle, pero sin duda el método era más enérgico de lo necesario.

La mesa del capitán era larga y ocupaba por completo una de las paredes del salón. Biron se encontró cerca del centro asumiendo una preferencia inadecuada sobre otros comensales. Y no obstante, estaba ante él la tarjeta con su nombre. El mayordomo había insistido; no había ningún error.

Biron no era excesivamente modesto. Como hijo del ranchero de Widemos, no había sido nunca necesario desarrollar en él tal característica. Pero, como Biron Malaine, no era más que un ciudadano ordinario, y esas cosas no deberían suceder a ciudadanos ordinarios.

En primer lugar, el capitán tenía toda la razón en lo referente a su nuevo camarote. Era en verdad más completo. El camarote primitivo estaba de acuerdo con la categoría indicada en su billete, sencillo y de segunda clase, mientras que el que lo había reemplazado era uno de primera y doble. Tenía anexo un cuarto de baño, privado, naturalmente, con ducha y secador de aire.

Estaba cerca del «territorio de los oficiales», y la presencia de uniformes era casi abrumadora. Le habían llevado el almuerzo a su cuarto en un servicio de plata. Poco antes de la cena hizo su repentina aparición el peluquero. Quizá todo eso era lo que cabía esperar cuando se viaja en primera en una nave espacial de lujo, pero era demasiado bueno para Biron Malaine.

Era realmente demasiado, pues poco antes de llegar el barbero, Biron acababa de regresar de un paseo vespertino que le había conducido por los pasillos a lo largo de una ruta deliberadamente tortuosa. Por todas partes se había encontrado con miembros de la tripulación, corteses, serviles. Consiguió desprenderse de ellos y llegó al 140D, su primer camarote, en el que nunca había dormido.

Se detuvo para encender un cigarrillo, y en el instante que empleó en ello el único pasajero que estaba a la vista desapareció tras un recodo del pasillo. Biron tocó suavemente el llamador luminoso, pero no obtuvo respuesta.

No le habían quitado aún la llave del primer camarote. Un descuido, sin duda. Colocó la delgada chapa de metal en su orificio, y la especial opacidad contenida en la envoltura de aluminio activó el pequeño fototubo. Se abrió la puerta, y Biron dio un paso al interior.

Fue todo lo que necesitaba. Salió, y la puerta se cerró automáticamente tras él. Se había dado cuenta inmediatamente. Su antiguo camarote no estaba ocupado; ni por un personaje importante de corazón delicado, ni por nadie. La cama y el mobiliario estaban demasiado bien arreglados; no había

baúles, ni objetos de tocador: faltaba incluso el ambiente de los lugares ocupados.

De modo que el lujo que le rodeaba no tenía más objeto que impedirle que hiciese nada por recuperar su antiguo camarote. Le estaban sobornando para que se quedase fuera de él sin protestar. ¿Por qué? ¿Era la habitación lo que les interesaba, o era él mismo?

Y ahora se encontraba sentado a la mesa del capitán, con aquellas preguntas sin contestar. Se levantó cortésmente con los demás, cuando entró el capitán, el cual se dirigió al entarimado sobre el que estaba dispuesta la larga mesa, y ocupó su lugar.

¿Por qué le habían desplazado?

Sonaba música en la nave, y se habían corrido las puertas que separaban el comedor del mirador. Las luces estaban bajas, y eran de un tono anaranjado. Lo peor del mareo espacial, que pudo haberse producido después de la aceleración original o como consecuencia de la exposición a las pequeñas diferencias de gravedad entre distintas partes de la nave, había pasado ya, y el comedor estaba lleno.

El capitán se inclinó ligeramente hacía delante, y se dirigió a Biron.

—Buenas noches, señor Malaine. ¿Qué le parece su nuevo camarote?

—Casi demasiado satisfactorio, señor. Un poco lujoso para mi modo de vivir.

Dijo estas palabras con voz monótona, y le pareció apreciar una momentánea sensación de desaliento en la cara del capitán.

A los postres se abrió nuevamente la piel de la burbuja de cristal del mirador, y se bajaron las luces hasta casi apagarlas. En aquella pantalla amplia y oscura no se veía ni el sol, ni la Tierra, ningún planeta. Estaban frente a la Vía Láctea, ante una vista transversal de la lente galáctica, que se dibujaba con trazo luminoso entre las firmes y brillantes estrellas.

Automáticamente se extinguió el rumor de la conversación. Se desplazaron algunas sillas, de modo que todos quedaron cara a las estrellas. Los comensales se habían convertido en un grupo de espectadores, y la música no era sino un vago murmullo.

La voz de los amplificadores resonó clara y equilibrada en el silencio.

—¡Señoras y caballero! Estamos a punto de dar el primer salto. Supongo que la mayoría de ustedes conocen, por lo menos teóricamente, lo que es un salto. Pero otros muchos de ustedes, en realidad, más de la mitad, nunca lo ha experimentado. Es especialmente a ellos a quienes deseó hablar.

»El salto es exactamente lo que su nombre indica. En la misma estructura del espacio-tiempo es imposible viajar más rápidamente que la luz. Es una ley natural que fue descubierta quizá por uno de los antiguos, el tradicional Einstein, a quien se atribuyen demasiadas cosas. Y, como es natural, incluso a la velocidad de la luz se tardarían años, de tiempo en reposo, en llegar a las estrellas.

»Por ello salimos de la estructura del espacio-tiempo para penetrar en el poco conocido dominio del hiperespacio, donde distancia y tiempo carecen de sentido. Es algo así como atravesar un delgado istmo para pasar de un océano a otro, en lugar de permanecer en el mar y rodear un continente para recorrer la misma distancia.

»Naturalmente, se requiere un gran cantidad de energía para entrar en este «espacio dentro del espacio», como algunos lo llaman, así como muchos y complicados cálculos para asegurar nuevamente la entrada en el espacio-tiempo, en el punto adecuado. El resultado del consumo de tal energía e inteligencia hace posible atravesar distancias inmensas en un tiempo cero. Sólo gracias al salto son posibles los viajes interestelares.

»El salto que estamos a punto de efectuar tendrá lugar dentro de diez minutos. Se les advertirá. Nunca se produce más que una pequeña molestia momentánea; confío, por lo tanto, en que todos permanecerán tranquilos. Muchas gracias.

Se apagaron las luces del todo, y no quedaron sino las estrellas.

Pareció transcurrir mucho tiempo antes de que un terso anuncio llenase momentáneamente el aire:

—El salto se producirá exactamente dentro de un minuto. —La misma voz comenzó entonces a contar segundos hacia atrás—: Cincuenta…, cuarenta…, treinta…, diez…, cinco…, tres…, uno…

Fue algo así como si se hubiese producido una discontinuidad en la existencia, un golpe que solamente conmovía lo más profundo de los

huesos del hombre.

En aquella inmensurable fracción de segundo habían pasado cien años luz, y la nave, que un momento antes estaba en las afueras del sistema solar, se encontraba ahora en las profundidades del espacio interestelar.

Alguien cerca de Biron exclamó con voz temblorosa:

—¡Miren las estrellas!

En un instante aquel murmullo se extendió a través de las mesas y corrió silbando por el amplio salón:

—¡Las estrellas! ¡Mirad!

En aquella misma inmensurable fracción de segundo la vista de las estrellas había cambiado radicalmente. El centro de la gran galaxia, la cual se extiende por treinta mil años luz desde una punta a la otra, se hallaba ahora más cerca, y las estrellas se habían espesado, extendiéndose sobre el aterciopelado y negro vacío como un fino polvo, frente al cual se destacaban a intervalos las más brillantes estrellas cercanas.

Biron, contra su voluntad, recordó el principio de un poema que él mismo había escrito a la sentimental edad de diecinueve años, en ocasión de su primer viaje espacial; aquel que le había llevado a la Tierra que ahora abandonaba. Sus labios se movieron en silencio:

Las estrellas, cual polvo, me envuelven
en nieblas vivientes de luz,
y me parece contemplar todo el espacio
en una inmensa visión.

Se encendieron entonces las luces, y los pensamientos de Biron salieron del espacio tan abruptamente como habían penetrado en él. Estaba de nuevo en el salón de una nave espacial, en una cena que tocaba a su fin y entre el zumbido de una conversación que se elevaba nuevamente a un nivel prosaico.

Miró su reloj de pulsera, desvió a medias la mirada y luego, muy lentamente, volvió a contemplarlo. Lo miró fijamente durante un largo minuto. Era el reloj de pulsera que había dejado en su dormitorio aquella noche; había resistido la radiación asesina de la bomba, y lo había recogido

a la mañana siguiente con el resto de sus cosas. ¿Cuántas veces lo había contemplado, anotado mentalmente la hora, sin darse cuenta de la otra información que le proporcionaba a voz en grito?

Porque la pulsera estaba blanco, no azul. Era blanca.

Lentamente los acontecimientos de aquella noche, todos ellos, aparecieron en su lugar. ¡Era extraño cómo un solo hecho podía eliminar de todos ellos la confusión!

Se levantó abruptamente murmurando:

—Perdón.

Era una falta de etiqueta retirarse antes que el capitán, pero no le importaba gran cosa.

Se dirigió precipitadamente a su camarote, subiendo con rapidez por las rampas, en lugar de esperar a los ascensores ingrávidos. Cerró la puerta tras de sí y miró rápidamente en el cuarto de baño y en los armarios de pared. No tenía verdaderas esperanzas de encontrar a nadie. Lo que habían tenido que hacer, debían de haberlo hecho hacía horas.

Examinó cuidadosamente su equipaje. Lo habían hecho muy bien. Casi sin dejar señales de que habían entrado y salido, habían sacado cuidadosamente sus documentos de identidad, un paquete de cartas de su padre, e incluso su presentación capsular para Hinrik de Rhodia.

Era para eso que le habían desplazado. No les interesaba ni su viejo ni su nuevo camarote, sino sencillamente el proceso del traslado. Durante cerca de una hora habían legítimamente, ¡legítimamente, por el Espacio!, manipulado su equipaje, realizando así sus intenciones.

Biron se hundió en la amplia cama y pensó con frenesí, aunque de nada le sirvió. La trampa había sido perfecta. Todo estaba planeado. Si no hubiese sido por la coincidencia, imposible de predecir, de haber dejado su reloj de pulsera en el cuarto de baño aquella noche, ni tan siquiera ahora se hubiese dado cuenta de lo tupida que era la red de los tyrannios a través del espacio.

La señal de su puerta zumbó suavemente.

—Entre —dijo.

Era el mayordomo, quien dijo respetuosamente:

—El capitán desea saber si puede hacer algo por usted. Parecía que no se encontraba bien cuando dejó la mesa.

—Estoy bien.

¡Cómo le observaban! Y en aquel instante supo que no había escapatoria posible, y que la nave le llevaba cortés, pero inexorablemente, hacia la muerte.

4. ¿Libre?

Sander Jonti se enfrentó fríamente con la mirada del otro y dijo:

—¿Desaparecido, dice?

Rizzet se pasó la mano pos su roja cara.

—Algo ha desaparecido. No conozco su identidad. Evidentemente, podría haber sido el documento que buscábamos. Todo lo que sabemos acerca de él es que estaba fechado entre los siglos quince al veinte del calendario primitivo de la Tierra, y que es peligroso.

—¿Existe alguna razón definitiva para pensar que el documento que falta es ése?

—Solamente una evidencia circunstancial. El gobierno de la Tierra lo guardaba cuidadosamente.

—No haga caso de eso. Un terrestre trata siempre con veneración cualquier documento que haga referencia a su pasado pregaláctico. Es su ridícula veneración por la tradición.

—Pero éste fue robado, y, sin embargo, nunca se anunció el hecho. ¿Para qué guardaban una funda vacía?

—Puedo imaginarme que harían con eso antes de verse obligados a admitir que ha sido robada una sagrada reliquia. Pero no puedo creer que, después de todo, el joven Farrill lo hubiese conseguido… Creía que lo tenía usted bajo observación.

Rizzet se sonrió.

—Él no lo consiguió.

—¿Cómo lo sabe?

El agente de Jonti hizo estallar su bomba.

—Porque hace veinte años que desapareció el documento.

—Entonces no puede tratarse del mismo. No hace más de seis meses que el ranchero se enteró de su existencia.

—En tal caso, otro le ganó por diecinueve años y medio.

Jonti reflexionó y dijo:

—No importa; no puede importar.

—¿Y por qué?

—Porque hace meses que estoy aquí, en la Tierra. Antes de que viniese era fácil que pudiese haber información valiosa aquí, en el planeta. Pero fíjese ahora. Cuando la Tierra era el único planeta habitado en toda la galaxia, era un lugar primitivo, desde el punto de vista militar. La única arma que habían inventado era una bomba de reacción nuclear burda y poco eficiente, para lo cual ni siquiera habían desarrollada la defensa lógica. —Extendió su brazo con delicado gesto en la dirección en que el azul horizonte resplandecía con ponzoñosa radiactividad, más allá del grueso hormigón de la habitación, y prosiguió—: Como residente temporal aquí veo todo esto con perfecta claridad. Es ridículo suponer que pueda aprenderse algo de una sociedad con aquel bajo nivel de tecnología militar. Siempre está de moda suponer que hay artes y ciencias perdidas, y siempre hay esas gentes que hacen un culto de primitivismo y dan atribuciones ridículas a las civilizaciones prehistóricas de la Tierra.

—Sim embargo —dijo Rizzet—, el ranchero era un hombre sensato. Nos dijo específicamente que era el documento más peligroso que conocía. Recuerdo sus palabras, puedo citarlas: «Es una cuestión de muerte para los tyrannios, y de muerte también para nosotros; pero representaría vida definitiva para la galaxia».

—El ranchero, como todos los seres humanos, pudo equivocarse.

—Piense, señor, que no tenemos idea de la naturaleza de tal documento. Podrían, por ejemplo, ser las notas de laboratorio de alguien, que no hubiesen sido nunca publicadas. Podría ser algo que se refiriese a una arma que los terrestres no hubiesen nunca reconocido como tal; algo que en apariencia no fuese un arma.

—Tonterías. Usted es un militar, y debería saberlo. Si hay una ciencia que ha sido constantemente estudiada por el hombre, y con éxito, es la

tecnología militar. Ningún arma militar hubiese permanecido sin realizar durante diez mil años. Creo, Rizzet, que volveremos a Lingane.

Rizzet se encogió de hombros. No estaba convencido.

Ni mucho menos lo estaba Jonti. Había sido robado, y eso era importante. ¡Había valido la pena robarlo! Alguien de la galaxia lo tenía ahora.

Involuntariamente se le ocurrió la idea de que quizá lo tuviesen los tyrannios. El ranchero había sido de los más evasivo en esta cuestión. Ni siquiera había confiado suficientemente en el mismo Jonti. El ranchero había dicho que llevaba consigo la muerte; no se podía utilizar sin que se convirtiese en una arma de dos filos. Los labios de Jonti se cerraron con furia. ¡Aquel necio y sus estúpidas insinuaciones! Y ahora había caído en manos de los tyrannios.

¿Qué sucedería si un hombre como Aratap estuviese ahora en posesión de tal secreto, como muy bien pudiera ser? Aratap. Era el único hombre, ahora que había desaparecido el ranchero, que seguía siendo imposible de predecir, el más peligroso de todos los tyrannios.

Simok Aratap era un hombre pequeño; algo patizambo y de ojos estrechos. Tenía el aspecto rechoncho, y los gruesos miembros del tyrannio medio, pero a pesar de que se enfrentaba con un ejemplar excepcionalmente robusto y bien musculado de los mundos dominados, era completamente dueño de sí mismo. Era el heredero confiado (en la segunda generación) de aquellos que habían dejado sus ventoso y áridos mundos y se habían desparramado por el vacío para capturar y encadenar los populosos y ricos planetas de las Regiones Nebulares.

Su padre dirigió un escuadrón de pequeñas y rápidas naves que atacaban y desaparecía, y luego atacaban de nuevo, hasta aniquilar a las grandes y pesadas naves titánicas que se les habían opuesto.

Los mundos de la Nebulosa habían combatido a la manera antigua, pero los tyrannios aprendieron una nueva forma. Cuando las grandes y resplandecientes naves de las armadas rivales intentaron combatir en solitario, se encontraron atacando al vacío y desperdiciando sus reservas de

energía. Los tyrannios, en cambio, abandonando el uso de la fuerza por sí sola, acentuaron la velocidad y la cooperación, en tal forma que los Reinos rivales cayeron sucesivamente uno tras otro; cada uno de ellos había esperado (casi alegrándose de la derrota de sus vecinos), falsamente seguros tras las defensas de sus naves de acero, hasta que les llegaba el turno.

Pero hacía cincuenta años que aquellas guerras. Ahora las Regiones Nebulares eran satrapías que no requerían más que actos de ocupación imposición de impuestos. Antes había mundos que conquistar, pensaba Aratap con desgana, pero ahora poca cosa quedaba por hacer salvo enfrentarse individualmente con algunos hombres.

Miró al joven con quien se enfrentaba. Era un hombre muy joven, alto y de amplios hombres, en verdad; cara absorta y vivaz, pelo ridículamente corto, lo que era sin duda una afectación universitaria. De un modo extraoficial, Aratap le compadecía. Estaba evidentemente asustado.

Biron no identificó el sentimiento que percibía en sí mismo como «miedo». Si le hubiesen pedido que diese un nombre a tal emoción, la hubiese descrito como «tensión». Toda su vida había considerado a los tyrannios como señores dominantes. Su padre, a pesar de ser fuerte y vital, indiscutido en su propio domino, respetuosamente escuchado en otros, era callado y casi humilde en presencia de los tyrannios.

Iban de vez en cuando a Widemos en visitas de cortesía, con preguntas sobre el tributo anual que llamaban impuestos, el ranchero de Widemos era el responsable de la cobranza y entrega de tales fondos en nombre del plantea Nefelos, y los tyrannios se limitaban a examinar superficialmente sus libros.

El mismo ranchero les ayudaba a salir de sus pequeñas naves. A las horas de comer se sentaban a la cabecera de la mesa, y se les servía los primeros; cuando hablaban, toda otra conversación cesaba instantáneamente.

De niño le había extrañado que tales hombres pequeños y feos fuesen tratados con tanta consideración, pero cuando creció se dio cuenta de que para su padre eran lo miso que su padre era para un mozo de establo.

Incluso aprendió a hablarles respetuosamente y darles tratamiento de «excelencia».

Lo había aprendido tan bien que ahora que se enfrentaba con uno de ellos, uno de los tyrannios, se sentía estremecer de tensión.

La nave que había considerado su prisión se convirtió oficialmente en tal el día que aterrizó en Rhodia. Llamaron a su puerta y entraron dos hoscos tripulantes que permanecieron de pie a su lado. El capitán, que les seguía, había dicho secamente:

—Biron Farrill, queda detenido en virtud del poder que tengo conferido como capitán de esta nave, y le retengo para ser interrogado por el comisario del Gran Rey.

El comisario era este pequeño tyrannio que estaba ahora sentado frente a él, al parecer distraído y desinteresado. El «Gran Rey» era el Khan de los tyrannios, que vivía aún en el legendario palacio de piedra de su planeta patrio.

Biron miró furtivamente a su alrededor. No le habían sujeto físicamente en modo alguno, pero junto a él se encontraban cuatro guardias vestidos con el azul pizarra de la policía exterior tyrannia, dos a cada lado. Estaban armados. Un quinto policía, con la insignia de comandante, se sentaba junto al escritorio del comisario. Este habló por primera vez:

—Como ya debe saber —su voz era aguda y penetrante—, el antiguo ranchero de Widemos, su padre, ha sido ejecutado por traición.

Sus apagados ojos estaban fijos en los de Biron. No parecían traslucir más que suavidad.

Biron permaneció imperturbable. Le preocupaba poder hacer nada. Hubiese sido mucho más satisfactorio poderles gritar, precipitándose sobre ellos, pero no por eso su padre hubiese estado menos muerto. Le pareció comprender la razón de esta manifestación inicial. Tenía por objeto quebrantarle, hacer que se delatase a sí mismo. Pues bien, no lo haría.

—Soy Biron Malaine, de la Tierra —dijo con voz monótona—. Si duda de mi identidad, desearía comunicarme con el cónsul terrestre.

—Sí, claro, pero ahora se trata de un trámite puramente oficioso. Dice usted que es Biron Malaine, de la Tierra. Y no obstante —Aratap señaló los papeles que tenía delante—, hay aquí cartas que fueron escritas por

Widemos a su hijo. Hay un recibo de inscripción en la universidad y billetes para los ejercicios iniciales a nombre de un tal Biron Farrill. Fueron hallados en su equipaje.

Biron se sintió desesperado, pero no dejó que se adivinase.

—Mi equipaje fue registrado ilegalmente, de modo que niego que puedan ser aceptados como evidencia.

—No estamos ante un tribunal de justicia, señor Farrill, o Malaine. ¿Cómo puede explicarlo?

—Si fueron hallados en mi equipaje, es que fueron puestos por alguna otra persona.

El comisario dejó pasar esta observación, lo cual asombró a Biron. Sus afirmaciones sonaban tan huecas, tan disparatadas… Y, sin embargo, el comisario no hizo ningún comentario sobre ellas, sino que solamente golpeó la cápsula negra con el dedo.

—¿Y esta presentación para el director de Rhodia? ¿Tampoco es suya?

—Sí; ésta es mía. —Biron lo había pensado. La presentación no citaba su nombre. Añadió—: Hay una conspiración para asesinar al director…

Se detuvo, estupefacto. Cuando por fin puso en palabras el principio de su cuidadosamente preparado discurso sonaba muy poco convincente. ¿Acaso el comisario le estaba sonriendo cínicamente?

Pero Aratap no hacía eso. Se limitó a suspirar un poco y con gesto rápido y experimentado se quitó las lentes de contacto y las colocó cuidadosamente en un vaso con solución salina que tenía delante, sobre el escritorio. Sus desnudos ojos parecía algo lacrimosos.

—¿Y usted lo sabe? ¿Desde la Tierra, a quinientos años luz? Nuestra policía, aquí en Rhodia, no ha oído hablar de ello.

—La policía está aquí, pero la conspiración se fragua en la Tierra.

—Ya. ¿Y es usted agente suyo? ¿O va usted a informar a Hinrik en contra de ellos?

—Lo segundo, naturalmente.

—¿De veras? ¿Y por qué desea usted informarle?

—Por la importante recompensa que espero lograr.

Aratap se sonrío.

—Eso, por lo menos, suena a verdad, y da cierto aire de autenticidad a sus manifestaciones anteriores. ¿Y cuáles son los detalles de la conspiración de que se habla?

—Eso es exclusivamente para el director.

Hubo un vacilación; luego Aratap se encogió de hombreos.

—Muy bien. A los tyrannios no les interesa la política local ni se inmiscuyen en ella. Concertaremos una entrevista entre usted y el director, y eso será nuestra contribución a su seguridad. Mis hombres le guardarán hasta que haya sido recogido su equipaje, y después quedará en libertad para marcharse. Llévenselo.

Esta última orden se dirigía a los hombres armados, quienes salieron con Biron. Aratap se volvió a poner sus lentes de contacto, acción que eliminó instantáneamente aquel aire de vaga incompetencia que su ausencia había parecido inducir. El comandante había quedado junto a él.

—Me parece que vigilaremos al joven Farrill —le dijo Aratap.

El oficial asintió secamente.

—Bien. Por un momento creí que le había convencido. A mí su historia me pareció por completo incoherente.

—Desde luego. Eso es precisamente lo que hace que sea maniobrable por ahora. Todos los jovenzuelos que aprenden nociones de intriga interestelar en las películas de espías del video pueden ser manejados con facilidad. Evidentemente, es el hijo del exranchero.

Ahora fue el comandante quien vaciló.

—¿Está seguro? La acusación que tenemos contra él es vaga y poco satisfactoria.

—¿Quiere decir que después de todo podría tratarse de una evidencia falsificada? ¿Con qué objeto?

—Podría ser un reclamo, sacrificado para desviar nuestra atención de un Biron Farrill real que estuviese en otro lado.

—No; sería improbablemente teatral. Además, tenemos un fotocubo.

—¡Cómo! ¿Del muchacho?

—Del hijo del ranchero. ¿Le gustaría verlo?

—Desde luego.

Aratap levantó el pisapapeles de encima de su escritorio; era un sencillo cubo de cristal de unos ocho centímetros de lado, negro y opaco.

—Tenía la intención de haberle confrontado con él, si me hubiese parecido oportuno —dijo el comisario—. Se trata de un proceso ingenioso, comandante. No sé si usted lo conoce. Ha sido recientemente ideado en los mundos interiores. Por fuera parece un fotocubo corriente, pero cuando se le da la vuelta se produce un reajuste molecular automático que lo hace completamente opaco. Es una chuchería simpática.

Dio la vuelta al cubo. La opacidad se estremeció un instante, y luego comenzó a aclararse lentamente como si se tratara de una niebla oscura que se dispersase a impulsos del viento. Aratap lo observó con calma manteniendo las manos cruzadas sobre el pecho.

El cubo quedó cristalino como el agua, y en su interior se veía sonreír alegremente una cara, viva y exacta, atrapada y solidificada para siempre.

—Es un artículo procedente de las posesiones del exranchero —dijo Aratap—. ¿Qué le parece?

—Sin duda se trata de aquel joven.

—Sí. —El funcionario tyrannio contempló pensativo el fotocubo—. No sé por qué no se podrían tomar seis fotografías en el mismo cubo, utilizando este mismo proceso. Tiene seis caras, y apoyando alternativamente el cubo sobre cada una de ellas se podrían inducir unas series de nuevas orientaciones moleculares. ¡Seis fotografías conectadas, que fluyen la una en la otra a medida que se va girando el cubo! ¡Un fenómeno estático que se convierte en dinámico y que adquiere nueva amplitud y nueva visión! Comandante, sería una nueva forma de arte.

Un entusiasmo creciente se había apoderado de su voz. Pero el silencioso comandante permanecía levemente desdeñoso, y Aratap abandonó sus reflexiones artísticas para decir abruptamente:

—Así pues, ¿vigilará a Farrill?

—Ciertamente.

—Vigile también a Hinrik.

—¿A Hinrik?

—Desde luego. Es precisamente la razón para libertar al muchacho. Quiero la respuesta a algunas preguntas. ¿Para qué va Farrill a ver a Hinrik?

El difunto ranchero no jugaba solo. Había, tenía que haber tras él, necesariamente, una conspiración bien organizada. Y todavía no hemos localizado el mecanismo de tal organización.

—Pero, evidentemente, Hinrik no podía estar comprometido. Le falta inteligencia, aun suponiendo que tuviese el valor suficiente.

—De acuerdo. Pero precisamente porque es medio idiota, podría servirles de instrumento. De ser así, representa un punto débil en nuestro esquema, y es evidente que no podemos rechazar tal posibilidad.

Hizo un gesto vago; el comandante saludó, giró sobres sus talones y salió.

Aratap suspiró, dio vueltas pensativamente al cubo sobre su mano y contempló cómo volvía la oscuridad, cual marea de tinta.

La vida era más sencilla que en tiempos de su padre. Aplastar un planeta tenía una grandeza cruel, mientras que maniobrar cuidadosamente un joven ignorante era sólo pura crueldad. Pero, no obstante, necesaria.

5. Inquieta se alza la cabeza

Como hábitat del *Homo sapiens* el Directorio de Rhodia no es antiguo, si se le compara con la Tierra. No es antiguo ni siquiera comparado con los mundos centáuricos o sirios. Así, por ejemplo, hacía doscientos años que los planetas de Arcturus habían sido colonizados, cuando las primeras naves espaciales rodearon la Nebulosa de la Herradura y encontraron el nido de cien planetas con oxígeno y agua. Estaban muy juntos y constituían un verdadero hallazgo, porque aunque el espacio está infestado de planetas, hay muy pocos que satisfagan las necesidades químicas del organismo humano.

En la galaxia hay más de cien mil millones de estrellas radiantes. Entre todas ellas hay unos quinientos mil millones de planetas, algunos de los cuales tienen gravedades superiores al ciento veinte y otros inferiores al sesenta por ciento de la Tierra, y, por lo tanto, son a la larga intolerables. Algunos son demasiado calientes, otros demasiado fríos. Algunos tienen atmósfera venenosa. Se conocen atmósferas planetarias formadas en su mayor parte, o totalmente, por neón, metano, amoníaco, cloro, incluso tetracloruro de silicio. Algunos planetas carecen de agua, y otros han sido descritos como océanos de dióxido de azufre casi puro. Otros carecen de carbono.

Cualquiera de estas deficiencias es suficiente, de modo que sólo es habitable un mundo de cada cien mil. Aun así, estas cifras permiten estimar que existen unos cuatro millones de mundos habitables.

El número exacto de los habitados actualmente es discutible. Según el «Almanaque Galáctico», que evidentemente tiene que valerse de informaciones imperfectas, Rhodia hacía el número 1,098 entre los mundos colonizados por el hombre.

Y resulta irónico que Tyrann, que al fin y al cabo fue el conquistador de Rhodia, hiciera el número 1,099 de los colonizados.

La estructura de la historia en la región Trans-Nebular fue muy semejante a la de las demás en aquel período de desarrollo y expansión. Se establecieron repúblicas planetarias en rápida sucesión, cada una de ellas con un gobierno limitado a su propio mundo. Al extenderse la economía, los planetas vecinos iban siendo colonizados e integrados en la sociedad central. Así se establecieron pequeños «imperios» que inevitablemente entraron en colisión.

Primero uno de estos gobiernos y luego otro establecieron su hegemonía sobre regiones apreciables que variaban según los vaivenes de la guerra y el liderazgo.

Sólo Rhodia mantenía una estabilidad prolongada bajo la hábil dinastía de los Hinriads. Estaban quizás en camino de establecer finalmente un imperio Trans-Nebular universal al cabo de otro siglo, o dos, cuando llegaron los tyrannios y lo hicieron en diez años.

Resultó una ironía que fuesen precisamente los hombres de Tyrann. Hasta entonces, y durante los setecientos años de su existencia, Tyrann había hecho poca cosa más que mantener una precaria autonomía, gracias en gran parte al poco atractivo de su árido paisaje, el cual, debido a la escasez de agua, era en gran parte un desierto.

Pero el Directorio de Rhodia continuó incluso después del advenimiento de los tyrannios. Hasta había crecido. Los Hinriads eran populares entre los suyos, de modo que su existencia constituía un sencillo método de control. A los tyrannios no les importaba quién recibía las aclamaciones, mientras fuesen ellos los que recibían los impuestos.

Evidentemente los directores no eran ya los antiguos Hinriads. El Directorio había sido siempre electivo entre los miembros de la familia, a fin de que pudiese ser elegido el más capaz. Y por la misma razón se habían estimulado las adopciones en la familia.

Pero ahora los tyrannios podrían influir en las elecciones por otras razones, y así, por ejemplo, veinte años antes había sido elegido Hinrik (quinto de ese nombre). A los tyrannios les había parecido una útil elección.

En la época de su elección, Hinrik era un hombre apuesto, y aún producía afecto cuando se dirigía al Consejo de Rhodia. Su cabello se había agrisado de un modo uniforme, y su espeso bigote era aún, por extraño que fuese, tan negro como los ojos de su hija.

Precisamente en aquel momento se enfrentaba con esa hija, que estaba furiosa. Era ella solamente unos cuantos centímetros más baja que él, y al director le faltaba poco para el metro ochenta. La muchacha era un terremoto de ojos y cabellos oscuros, y en aquel instante estaba de un humor más tenebroso aún.

—¡No puedo hacerlo, no lo haré! —repitió.

—Pero Arta, Arta, sé razonable —dijo Hinrik—. ¿Qué puedo hacer yo? ¿Qué voy a hacer? En mi posición, ¿qué elección me queda?

—¡Si mamá viviese, ella sí que hubiese encontrado una solución!

Golpeó el suelo con el pie. Su nombre entero era Artemisa, nombre real que había sido llevado al menos por una hembra de cada generación de Hinriads.

—Sí, sí, sin duda. ¡Bendita sea! ¡Y cómo era tu madre! A veces pareces haber salido del todo a ella, y en nada a mí. Pero, Arta, sin duda que no le has dado una oportunidad. ¿Has observado sus… buenos puntos?

—¿Cuáles son?

—Los que…

Hizo un gesto vago, reflexionó un poco, y lo dejó correr. Se acercó a ella, dispuesto a poner una consoladora mano sobre su hombre, pero la muchacha se apartó vivamente. Su túnica escarlata resplandecía en el aire.

—He pasado una tarde con él —dijo amargamente—. Intentó besarme. ¡Fue algo asqueroso!

—Pero todo el mundo se besa, querida. No es lo mismo que en tiempos de tu abuela, de venerada memoria. Los besos no son nada, menos que nada. ¡Sangre joven, Arta, sangre joven!

—Sangre joven, ¡bah! La única vez que ese horrible hombrecillo ha tenido sangre joven en sus venas en los últimos quince años ha sido

inmediatamente después de una transfusión. Es diez centímetros más bajo que yo, padre. ¿Cómo voy a dejar que me vean en público con un pigmeo?

—Es un hombre importante, muy importante.

—Eso no añade ni un centímetro a su estatura. Es patizambo, como todos ellos, y le huele mal el aliento.

—¿Le huele mal el aliento?

Artemisa hizo con la nariz un mohín a su padre.

—Exacto; huele mal. Tiene un olor desagradable. No me gustó, y se lo hice saber.

Hinrik abrió la boca, asombrado, y dijo en un murmullo ahogado:

—¿Se lo hiciste saber? ¿Le hiciste creer que un alto funcionario de la corte real de Tyrann puede tener una característica personal desagradable?

—Efectivamente. ¡Has de saber que tengo buen olfato! De otro modo que cuando se acercó demasiado me tapé la nariz y le di un empujón. ¡Vaya hombre! Digno de admiración. Se cayó de espaldas, patas arriba.

Hizo un gesto con los dedos, como ilustrando sus palabras, el cual pasó inadvertido a Hinrik; éste gruñó sordamente y se cubrió la cara con las manos. Luego miró tristemente a través de sus dedos.

—¿Qué ocurrirá ahora? ¿Cómo pudiste hacer tal cosa?

—No me sirvió de nada. ¿Sabes lo que dijo? ¿Lo sabes? ¡Fue la última gota, el límite! Decidí entonces que no podría soportar a aquel hombre aunque midiese tres metros.

—Pero… ¿qué dijo?

—Pues dijo…, como en el vídeo, papá…, dijo: «¡Ah! Vaya briosa muchacha. ¡Me gusta aún más así!». Y mientras tanto dos sirvientes le ayudaban a levantarse. Pero no volvió a tratar de echarme el aliento a la cara.

Hinrik se dejó caer en una silla, se inclinó hacia delante y contempló a Artemisa con detenimiento.

—¿Y no podrías sencillamente simular que te casabas? No sería necesario que lo tomases en serio. ¿Por qué no tan sólo por conveniencia política…?

—¿Qué quieres decir, padre? ¿Tendré que cruzar los dedos de la mano izquierda mientras firmo el contrato con la derecha?

Hinrik pareció algo confuso.

—No, desde luego. ¿De qué serviría eso? ¿De qué modo el cruce de los dedos alteraría la validez del contrato? La verdad, Arta, me sorprende tu estupidez.

Artemisa suspiró.

—Pues entonces, ¿qué quieres decir?

—¿A qué te refieres? Ya vez, me has perturbado. No puedo concentrarme bien cuando discutes conmigo. ¿Qué estaba diciendo?

—Que debía disimular que me casaba, o algo así. ¿Recuerdas?

—Oh, sí. Quiero decir que no es necesario que lo tomes demasiado en serio, ¿comprendes?

—Supongo que podré tener amantes.

Hinrik se puso rígido y frunció el ceño.

—¡Arta! Te he educado como una muchacha modesta y respetable. Y lo mismo hizo tu madre. ¿Cómo puede decir tales cosas? ¡Es vergonzoso!

—¿Pero no es eso lo que quieres decir?

—Yo puedo decirlo. Soy un hombre, un hombre maduro. Una muchacha como tú no debería repetirlo.

—Pues bien, lo he repetido, y ahí se queda. No me importa tener amantes. —Puso los brazos en jarras y las mangas de su túnica resbalaron dejando al descubierto sus hombros redondos y morenos—. ¿Qué haré entre un amante y otro? Él será siempre mi marido, y no puedo soportar precisamente esa idea.

—Pero es viejo, querida. Tu vida con él no duraría mucho.

—Duraría demasiado, gracias. Hace cinco minutos tenía la sangre joven. ¿Recuerdas?

Hinrik extendió sus manos y las dejó caer.

—Arta, ese hombre es un tyrannio, y uno de los poderosos. Se le considera muy bien en la corte del Khan.

—Es posible. Quizás el Khan también huele mal.

En la boca de Hinrik se dibujó una mueca de horror. Automáticamente miró por encima del hombre. Luego dijo con voz ronca:

—Nunca repitas semejante cosa.

—La diré si tengo ganas. Y, además, ese hombre ya tiene tres mujeres. No hablo del Khan, sino del hombre con quien quieres que me case —dijo anticipándose a su padre.

—Pero han muerto —explicó animosamente Hinrik—. Arta, no están vivas. No lo creas. ¿Cómo puedes haberte figurado que iba a permitir que mi hija se casase con un bígamo? Exigiremos que presente documentos. Se casó con ellas consecutivamente, no a la vez, y ahora ellas están todas muertas.

—No me sorprende.

—¡Oh, maldita sea! ¿Qué voy a hacer? —Hizo un último esfuerzo por conservar su dignidad—. Arta, es el precio de ser una Hinriad, y la hija de un director.

—Nunca he pedido ser una Hinriad ni la hija de un director.

—Eso no tiene nada que ver con el asunto. Se trata sencillamente de que la historia de toda la galaxia indica que hay ocasiones en que las razones de estado, la seguridad de los planetas, el mejor interés de los pueblos requiere que…, bueno…

—Que alguna infeliz muchacha se prostituya.

—¡Oh, qué vulgaridad! Algún día, ya verás, ya verás…, algún día dirás algo así en público.

—Pues bien, así son las cosas, y no lo haré. Antes moriría. Antes haría cualquier cosa. Puedes estar seguro.

El director se levantó y extendió los brazos hacia ella. Sus labios temblaban y no dijo nada. La muchacha se precipitó hacia su padre llorando desesperadamente y se aferró a él.

—¡No puedo, papá, no puedo! ¡No me obligues a hacerlo!

Él la acarició torpemente.

—Pero si no lo haces, ¿qué sucederá? Si los tyrannios están descontentos me destituirán, me encarcelarán, quizá me ejecu… —ahogo la palabra—. Los tiempos que corremos son muy delicados, Arta, muy desdichados. La semana pasada fue condenado el ranchero de Widemos, y creo que ha sido ejecutado. ¿Te acuerdas de él, Arta? Hace medio año estuvo en la corte. Era un hombre de cabeza redonda y ojos profundos. Al principio te asustaba.

—Me acuerdo.

—Pues bien, probablemente ha muerto. Y, ¿quién sabe? Quizá yo sea el siguiente. Tu pobre, inofensivo padre, el siguiente. Estos tiempos son malos. Estuvo en nuestra corte, y eso es muy sospechoso.

De repente la muchacha se apartó de él.

—¿Y por qué tendría que ser sospechoso? Tú no estabas comprometido con él, ¿verdad?

—¿Yo? Claro que no. Pero si insultamos abiertamente al Khan de Tyrann rechazando una alianza con uno de sus favoritos, quizás incluso se les ocurra creerlo.

El retorcimiento de manos de Hinrik fue interrumpido por el zumbido sordo de la extensión telefónica. Hinrik se sobresaltó.

—Recibiré la comunicación en mi cuarto. Tú quédate y descansa; te encontrarás mejor después de una siesta. Ya verás, ya verás. Ahora estás algo nerviosa.

Artemisa le siguió con la mirada mientras salía y frunció el ceño. Su fisonomía denotaba una intensa concentración, y durante unos minutos permaneció en una inmovilidad absoluta, sólo alterada por la suave marea de sus senos.

Se oyó ruido de pisadas junto a la puerta, y la chica se volvió.

—¿Qué ocurre? —preguntó con un tono de voz más agudo de lo que había sido su intención.

Era Hinrik, y su cara aparecía lívida de miedo.

—Era el comandante Andros quien llamaba.

—¿De la policía exterior?

Hinrik no pudo hacer otra cosa que asentir.

—¡Pero seguro que no pueden…! —gritó Artemisa.

Estuvo a punto de expresar en palabras aquella horrible idea, pero esperó en vano una aclaración.

—Hay un joven que solicita audiencia. No le conozco. ¿Para qué habrá venido aquí? Es de la Tierra.

Mientras hablaba, tenía que hacer pausas para tomar aliento, y vacilaba, como si su mente estuviese girando vertiginosamente.

La muchacha corrió hacia él y le sujetó por el codo.

—Siéntate, padre —le dijo secamente—. Dime lo que ha ocurrido.

Le sacudió, haciéndole reaccionar. Parte del pánico desapareció del rostro de su padre.

—No lo sé exactamente —mumuró—. Hay un joven que va a venir con detalles referentes a una conspiración contra mi vida. ¡Contra mi vida! Y me dicen que tengo que escucharle. —Sonrío como un necio—. El pueblo me quiere. Nadie podría querer matarme. ¿No es cierto?

Observaba ansiosamente a la muchacha, y se tranquilizó cuando ella le dijo:

—Naturalmente que nadie puede querer matarte.

—¿Crees que podrían ser ellos?

—¿Quiénes?

—Los tyrannios —mumuró—. El ranchero de Widemos estuvo ayer aquí, y lo han matado. —Su voz subió de tono—. Y ahora envían a alguien para que me mate a mí.

Artemisa le agarró el hombro con tal fuerza que le hizo concentrarse de inmediato en el dolor.

—¡Padre! —exclamó la muchacha—. ¡Siéntate y cálmate! Ni una palabra más. Escúchame: nadie te va a matar. ¿Me oyes? Nadie te va a matar. Hace seis meses que estuvo aquí el ranchero. ¿Recuerdas? ¿No fue hace seis meses? Piensa.

—¿Hace ya tanto tiempo? —murmuró el director—. Sí, sí, así debe ser.

—Pues ahora quédate aquí y descansa. Estás demasiado agitado. Yo misma veré al joven, y te lo traeré si no hay peligro.

—¿Lo harás así, Arta? ¿Lo harás? No dañará a una mujer. Seguro que no.

La chica se inclinó y le besó una mejilla.

—Ten cuidado —murmuró él, cerrando cansadamente los ojos.

6. ¡Ése lleva una corona!

Biron Farrill esperaba inquieto en uno de los edificios externos del complejo palaciego. Por primera vez en su vida experimentaba la deprimente sensación de ser un provinciano.

La mansión de Widemos, donde creció, había parecido hermosa a sus ojos, y su memoria le atribuía ahora un brillo puramente bárbaro. Sus líneas curvadas, su trabajo de filigrana, sus torrecillas cuidadosamente trabajadas, sus recargadas «ventanas falsas»… Se estremeció al pensar en ellas.

Pero aquello…, aquello era diferente.

El complejo palaciego de Rhodia no era solamente una ostentosa masa construida por lo pequeños señores de un reino de ganaderos, ni tampoco la expresión infantil de un mundo moribundo y a punto de desaparecer. Era la culminación, en piedra, de la dinastía de los Hinriad.

Los edificios eran majestuosos y tranquilos. Sus líneas rectas y verticales se alargaban hacia el centro de cada una de las estructuras, pero evitando efectos afeminados tales como los de las agujas. Parecían hoscos, y sin embargo se elevaban y culminaban en tal forma que impresionaban al espectador sin revelar a primera vista la razón de ello. Eran reservados, suficientes, orgullosos.

Y lo que sucedía con cada uno de los edificios por separado ocurría con su conjunto: subían *in crescendo* hasta el palacio central. Uno por uno habían ido desapareciendo hasta los pocos artificios que quedaban en el estilo masculino de Rhodia. Incluso se había prescindido de las «ventanas falsas», tan apreciadas como decoración, y tan inútiles en un edificio ventilado e iluminado artificialmente. Y eso se había llevado a cabo sin perder nada.

No había sino líneas y planos, una abstracción geométrica que atraía la mirada hacia el cielo.

El comandante tyrannio se detuvo un momento a su lado al salir de la habitación interior.

—Ahora será recibido —dijo.

Biron asintió con la cabeza, y poco después un hombre más alto, con un uniforme escarlata y canela, le saludó juntando los talones. De repente se le ocurrió a Biron que quienes ostentaban el verdadero poder no necesitaban exhibición externa y podía contentarse con el azul pizarra. Recordó el espléndido formulismo de la vida de un ranchero, y se mordió los labios al pensar en su inutilidad.

—¿Biron Malaine? —preguntó el guardia rhodiano, y Biron se levantó para seguirle.

Había un pequeño y resplandeciente vagón monocarril delicadamente suspendido por medio de fuerzas magnéticas sobre un eje de metal rojizo. Biron no había visto nunca uno semejante y se detuvo antes de entrar en él.

El pequeño vagón, capaz para cinco o seis personas a lo sumo, oscilaba a impulsos del viento, como una grácil lágrima que reflejaba el resplandor del espléndido sol de Rhodia. El carril único era delgado, apenas algo más que un cable, y corría a lo largo de la parte inferior del vagón sin tocarlo. Biron se inclinó y vio el azul cielo entre las dos partes. Mientras lo miraba, y por espacio de un instante, una ráfaga de viento lo alzó, de modo que quedó suspendido algunos centímetros por encima del carril, como impaciente por volar, y tirando de la invisible fuerza que lo sujetaba. Luego descendió aleteando acercándose cada vez más al carril, pero sin llegar a tocarlo nunca.

—Entre —dijo impacientemente el guardia tras él; Biron ascendió dos peldaños y entró en el vagón.

Los peldaños permanecieron en el exterior el tiempo suficiente para que le siguiese el guardia, y luego se alzaron silenciosa y suavemente encajando

en su lugar de tal modo que la superficie externa del vagón no presentaba solución de continuidad.

Biron se dio cuenta de que la opacidad externa del vagón era una ilusión. Una vez dentro se encontró sentado en una burbuja transparente. Al mover un pequeño mando el vagón se elevó. Subía con facilidad, hendiendo el aire que silbaba a su paso. Por un momento Biron captó el panorama del complejo palaciego desde el vértice del arco.

Las estructuras aparecieron en un espléndido conjunto (¿es que podían haber sido originalmente concebidas de otro modo que para ser vistas desde el aire?), unidas entre sí por los resplandecientes hilos de cobre a lo largo de uno o dos de los cuales se deslizaban las gráciles burbujas de los vagones.

Sintió que le oprimían hacia delante, y el vagón se detuvo con una especia de paso de danza. El viaje había durado escasamente dos minutos.

Se abrió una puerta delantera; Biron entró y la puerta se cerró tras él. No había nadie en aquella habitación, que era pequeña y desnuda. De momento nadie le empujaba, pero no por ello se sentía tranquilo. No se hacía ilusiones. Desde aquella maldita noche, eran otros los que forzaban sus movimientos.

Jonti le puso a bordo de la nave. El comisario tyrannio le había puesto aquí. Y a cada movimiento aumentó su desesperación.

A Biron le parecía evidente que no había engañado al tyrannio. Resultó demasiado fácil librarse de él. El comisario podía haber llamado al cónsul terrestre. Podía haber hiperradiado a la Tierra, o haber tomado sus estructuras retinales. Tales cosas eran rutinarias, y no podían haber sido omitidas accidentalmente.

Recordó el análisis que Jonti había hecho de la situación y que, en parte, aún podía ser cierto. Los tyrannios no le matarían inmediatamente, creando así un nuevo mártir. Pero Hinrik era un títere suyo, y tan capaz como ellos de ordenar una ejecución. Entonces le mataría uno de los suyos, y los tyrannios sólo serían unos desdeñosos espectadores.

Biron apretó fuertemente los puños. Era alto y fuerte, pero estaba desarmado. Los hombres que vendrían a buscarle llevarían demoledores y

látigos neurónicos. Se dio cuenta de que retrocedía hacia la pared. Se volvió rápidamente al oír el pequeño ruido de la puerta que se abría a su izquierda. El hombre que entró estaba armado y llevaba uniforme, pero le acompañaba una muchacha. Se tranquilizó un poco. En otras circunstancias hubiese observado a la muchacha con detenimiento, pues merecía tanto observación como aprobación, pero en aquel preciso momento no se fijó especialmente en ella.

Ambos se acercaron, deteniéndose a unos metros de él. Biron mantuvo la vista fija en el demoledor del guardia.

—Le hablaré yo primero, teniente.

Al volverse hacia Biron, una pequeña línea vertical apareció entre los ojos de la muchacha.

—¿Es usted el hombre que posee esa historia de una conspiración para asesinar al director?

—Me dijeron que vería al director —replicó Biron.

—Eso es imposible. Si tiene algo que decir, dígamelo a mí. Si su información es cierta y útil, será usted bien tratado.

—¿Puedo preguntar quién es usted? ¿Cómo sé que está usted autorizada para hablar en nombre del director?

La muchacha pareció enojarse.

—Soy su hija. Le ruego que conteste a mis preguntas. ¿Es usted de fuera del sistema?

—Soy de la Tierra…, Alteza.

Aquel tratamiento complació a la muchacha.

—¿Dónde está eso?

—Es un pequeño planeta en el sector de Sirio, Alteza.

—¿Y cómo se llama usted?

—Biron Malaine, Alteza.

La chica le contempló pensativamente:

—¿De la Tierra? ¿Puede usted pilotar una nave espacial?

Biron casi se sonrió. Le estaba probando. Ella sabía muy bien que la navegación espacial era una de las ciencias prohibidas en los mundos controlados por los tyrannios.

—Sí, Alteza.

Podría demostrarlo cuando llegase la hora de la prueba, si es que le dejaban vivir hasta entonces. En la Tierra la navegación espacial no era un ciencia prohibida y en cuatro años se podía aprender mucho.

—Muy bien. ¿Qué es lo que tiene que decir?

Biron se decidió de repente. No se había atrevido si el guardia hubiese estado solo. Pero aquí había una muchacha, y si no mentía y realmente era la hija del director, podía ser un factor persuasivo a su favor.

—No hay conspiración de asesinato, Alteza —dijo.

La muchacha se sobresaltó. Y se volvió con impaciencia hacia su compañero.

—¿Quiere hacerse usted cargo, teniente? Sáquele la verdad.

Biron adelantó un paso y se enfrentó con el frío demoledor del guardia.

—Espere, Alteza. ¡Escúcheme! Era la única manera de ver al director. ¿No comprende?

Alzó la voz y la lanzó tras la figura de la muchacha que se retiraba.

—Por lo menos, ¿quiere usted decir a su excelencia que soy Biron Farrill y que pido mi derecho de asilo?

Era un clavo ardiendo al que asirse. Las antiguas costumbres feudales habían ido perdiendo su fuerza al paso de las generaciones, incluso antes de la llegada de los tyrannios. Ahora eran arcaísmos, pero no quedaba otra solución. No quedaba absolutamente nada más.

La chica se volvió y arqueó las cejas.

—¿Es que ahora pretende ser del orden aristocrático? Hace un momento su nombre era Malaine.

Una nueva voz resonó inesperadamente:

—En efecto. Pero el segundo nombre es el correcto. Usted es verdaderamente Biron Farrill, mi buen amigo. Naturalmente que lo es. La semejanza no deja lugar a dudas.

Un hombrecillo sonriente se hallaba junto a la puerta. Sus ojos, muy separados y brillantes, examinaban detenidamente a Biron con divertida agudeza. Inclinó su delgada cara hacia arriba, mirando a Biron, y se dirigió a la muchacha.

—¿No lo reconoces tú también, Artemisa?

Artemisa se precipitó hacia él, y dijo con voz turbada:

—Tío Gil, ¿qué estás haciendo aquí?

—Cuidarme de mis intereses, Artemisa. Recuerda que si hubiera un asesinato yo sería el Hinriad más cercano a la posibles sucesión. —Gillbret oth Hinriad guiñó un ojo y añadió—: Oh, dile al teniente que se vaya. No hay ningún peligro.

—¿Has estado sondando nuevamente en el comunicador? —preguntó la chica sin hacerle caso.

—Pues claro. ¿O es que quieres privarme de esa diversión? Es muy agradable escucharles a hurtadillas.

—No lo será si te cogen.

—El peligro es parte del juego, querida. La parte divertida. Al fin y al cabo, los tyrannios no dudan en sondar el palacio. No podemos hacer gran cosa sin que ellos lo sepan. ¿Es que no vas a presentarme?

—No, no voy a presentarte —dijo secamente—. Esto no es asunto tuyo.

—Entonces seré yo quien te presente. Cuando oí su nombre dejé de escuchar y entré. —Pasó por delante de Artemisa, llegó hasta Biron, lo inspeccionó con una sonrisa impersonal, y dijo—: Éste es Biron Farrill.

—Lo he dicho yo mismo —dijo Biron. Más de la mitad de su atención estaba fija en el teniente, quien mantenía aún el demoledor en posición de fuego.

—Pero no has añadido que eres el hijo del ranchero de Widemos.

—Lo hubiera dicho si no me hubiese usted interrumpido. De todos modos, ahora ya sabe la historia. Evidentemente, tenía que escapar de los tyrannios, sin darles mi verdadero nombre.

Biron esperó. Había llegado la hora. Si no le arrestaban inmediatamente, quedaba aún una leve esperanza.

—Comprendo —dijo Artemisa—. Es realmente un asunto para el director. Entonces, ¿está seguro de que no hay ninguna conspiración?

—Ninguna, Alteza.

—Bien, tío Gil, ¿quieres quedarte con el señor Farrill? Teniente, ¿quiere usted venir conmigo?

Biron se sintió débil, y le hubiera gustado poderse sentar, pero Gillbret no hizo ninguna propuesta en tal sentido, sino que continuó inspeccionándole con un interés casi clínico.

—El hijo del ranchero. ¡Es divertido!

Biron decidió llamarle la atención. Estaba cansado de monosílabos cautelosos y cuidadosas frases.

—Sí, el hijo del ranchero —dijo abruptamente—. Es una situación congénita. ¿Puedo serle útil en algo más?

Gillbret no se mostró ofendido. Su delgada cara se arrugó aún más, y su sonrisa se ensanchó.

—Podrías satisfacer mi curiosidad —dijo—. ¿Has venido realmente en busca de asilo? ¿Aquí?

—Preferiría discutir esto con el director, señor.

—Oh, déjate ya de tonterías, joven. Pronto te darás cuenta de que no es posible hacer gran cosa con el director. ¿Por qué te figuras que has tenido que tratar con su hija hace un momento? Es una idea divertida, si lo piensas bien.

—¿Lo encuentra usted todo divertido?

—¿Y por qué no? Como actitud respecto a la vida, resulta divertida. Es el único adjetivo que encaja. Observa el universo, joven. Si no puedes conseguir que te divierta, más vale que te cortes el pescuezo, pues no es mucho lo bueno que hay en él. Por cierto, no me he presentado. Soy el primo del director.

—Le felicito —dijo Biron fríamente.

Gillbret se encogió de hombros.

—Tienes razón. No impresiono mucho. Y por lo visto es probable que continúe así indefinidamente, puesto que después de todo no cabe esperar ningún asesinato.

—A menos que organice uno usted mismo.

—¡Querido señor, vaya un sentido del humor! Tendrás que irte acostumbrando al hecho de que nadie me toma en serio. Mi observación era sólo una expresión de cinismo. No creas que Hinrik haya sido siempre así. No fue nunca un gran cerebro, ciertamente, pero cada año se vuelve más imposible. Olvido que todavía no le has visto. ¡Pero ya le verás! Le oigo venir. Cuando te hable, recuerda que es el gobernante del mayor de los reinos Trans-Nebulares. ¡Será una idea divertida!

Hinrik llevaba su dignidad con la facilidad de la experiencia. Recibió la reverencia penosamente ceremoniosa de Biron con la condescendencia adecuada.

—¿Qué es lo que te trae aquí, señor? —preguntó con un vestigio de sequedad.

Artemisa estaba de pie junto a su padre, y ahora Biron observó, con cierta sorpresa, que era muy bonita.

—Excelencia —dijo—. He venido en defensa del buen nombre de mi padre. Usted debe saber que su ejecución fue injusta.

Hinrik apartó la mirada.

—Conocía muy poco a su padre. Estuvo en Rhodia una o dos veces. —Hizo una pausa, y su voz se quebró ligeramente—. Usted se parece mucho a él. Sí, mucho. Pero le juzgaron, ¿sabe? De acuerdo con la ley. La verdad, ignoro los detalles.

—Exactamente, excelencia. Pero me gustaría conocer esos detalles. Estoy seguro de que mi padre no fue un traidor.

Hinrik le interrumpió precipitadamente:

—Como hijo suyo, es naturalmente comprensible que defienda a su padre, pero la verdad es que resulta difícil discutir ahora tales asuntos de estado. De hecho es algo muy irregular. ¿Por qué no se ve a Aratap?

—No le conozco, excelencia.

—¡Aratap! ¡El comisario de los tyrannios!

—Ya le he visto, y ha sido él quien me ha enviado aquí. Naturalmente, ya se hará usted cargo de que no me atreveré a que los tyrannios…

Pero Hinrik se puso rígido y se llevó una mano a los labios, como para impedir que le temblasen, lo que hacía que sus palabras resultasen ahogadas.

—¿Dice que Aratap le envió aquí?

—Me fue necesario decirle…

—No repita lo que le dijo. Lo sé —dijo Hinrik—. No puedo hacer nada por usted, ranchero… Señor Farrill. No entra sólo bajo mi jurisdicción. El Consejo Ejecutivo… Deja de empujarme, Arta. ¿Cómo voy a fijarme en las

cosas si me distraes?… debe ser consultado. ¡Gillbret! ¿Quieres ocuparte del señor Farrill? Ya veré lo que se puede hacer. Sí, consultaré al Consejo Ejecutivo. Son formulismos legales, ya sabe. Muy importe. Muy importante.

Giro sobre sus talones, murmurando algo. Artemisa se quedó rezagada un momento y tocó la manga de Biron.

—Un momento. ¿Era cierto lo que dijo acerca de que podía pilotar una nave espacial?

—Completamente cierto —dijo Biron, sonriéndole. Ella, tras un momento de vacilación, le devolvió brevemente la sonrisa.

—Gillbret —dijo la muchacha—. Luego quiero hablar contigo.

Se marchó apresuradamente. Biron la siguió con la mirada hasta que Gillbret le tiró de la manga.

—Me figuro que tendrás hambre o sed —le dijo—. ¿Quieres tal vez tomar un baño? Supongo que continúan las amenidades cotidianas de la vida, ¿verdad?

—Sí, gracias —dijo Biron. Su tensión había desaparecido casi por completo. Por un momento se sintió relajado, estupendamente. Era bonita, muy bonita.

Pero Hinrik estaba intranquilo. En sus habitaciones privadas sus pensamientos giraban febrilmente. De cualquier modo que lo mirase, no podía evitar una conclusión inevitable. ¡Era una celada! Aratap le había enviado, y era una trampa.

Ocultó la cabeza entre las manos para aquietar el martilleo de sus sienes, y pronto supo lo que no tenía más remedio que hacer.

7. Músico de la mente

A su debido tiempo, la noche desciende sobre todos los planetas habitables. Quizá no siempre a intervalos respetables, puesto que los períodos de rotación observados varían desde quince a cincuenta y dos horas. Tal hecho requiere un penoso ajuste psicológico por parte de todos aquellos que viajan de un planeta a otro.

En muchos planetas tales adaptaciones se realizan con eficacia y en consecuencia se ajustan los períodos de vigilia y de sueño. En muchos más el uso casi universal de atmósferas acondicionadas y de luz artificial hace que la cuestión del día y de la noche sea secundaria, salvo por lo que tañe a la agricultura. Y en pocos planetas (los más extremos) se establecen divisiones arbitrarias que prescinden de los triviales hechos de luz y oscuridad.

Pero siempre, cualesquiera que sean las convenciones sociales, la llegada de la noche tiene un significado psicológico profundo y persistente, que data de los días de la existencia arbórea prehumana del hombre. La noche será siempre un tiempo de miedo e inseguridad, y el corazón se hundirá con el sol.

En el interior del palacio central no había ningún mecanismo sensor que permitiese saber la llegada de la noche, y, sin embargo, Biron la sintió a través de algún instinto indefinido oculto en los desconocidos pasadizos del cerebro humano. Sabía que afuera la negrura de la noche estaba apenas mitigada por el inútil centelleo de las estrellas. Sabía que si era la estación adecuada del año, el irregular «agujero del espacio» llamado Nebulosa de la Herradura (tan bien conocida en todos los reinos Trans-Nebulares) ocultaba la mitad de las estrellas que en otro caso hubiesen sido visibles.

Y se sintió de nuevo deprimido.

No había visto a Artemisa desde su breve conversación con el director, y descubrió que aquello le molestaba. Estuvo esperando la cena con ilusión, pensando que podría hablarle. En lugar de ello, había comido solo, con dos guardias malhumorados apostados fuera de la puerta. Hasta el mismo Gillbret le había dejado solo, probablemente para comer una cena menos solitaria, en la compañía que cabría esperar en un sitio como el palacio de Hinriads.

De modo que cuando Gillbret volvió y dijo que Artemisa y él habían estado hablando de Biron, obtuvo una respuesta rápida e interesada. No hizo más que divertirle, y así se lo dijo.

—Ante todo quiero enseñarte mi laboratorio —añadió Gillbret. Hizo un gesto, y los dos guardianes se fueron.

—¿Qué clase de laboratorio? —preguntó Biron, mostrando una evidente falta de interés.

—Construyo ciertos aparatos —respondió vagamente.

A primera vista no parecía un laboratorio. Más bien se asemejaba a una biblioteca, con un adornado escritorio en un rincón.

Biron miró lentamente en derredor y preguntó:

—¿Y aquí construye usted aparatos? ¿Qué clase de aparatos?

—Bien, son instrumentos especiales de sondeo para espiar los rayos espías de los tyrannios de una manera totalmente nueva. Algo que no pueden detectar. Así fue como supe de ti, tan pronto llegó la primera noticia de Aratap. Y tengo algunos otros trastos divertidos. Por ejemplo, mi visisonor. ¿Te gusta la música?

—Según cuál.

—Bien. He inventado un instrumento, pero no sé si puedo llamar propiamente música a lo que emite. —Un estante de libros filmados se deslizó hacia afuera a un simple contacto—. Realmente no es un escondite muy bueno, pero como nadie me toma en serio, no lo registran. Divertido, ¿no te parece? Pero se me olvidaba que no resulta fácil divertirte.

Era una especie de caja, algo burda, que tenía aquel aspecto especial de falta de brillo y de barniz que caracteriza al objeto fabricado en casa. Uno

de los lados estaba cuajado de pequeños pomos brillantes. Lo depositó con aquel lado hacia arriba.

—¿Verdad que es bonito? —dijo Gillbret—, ¿pero a quién interesa? Apaga las luces. ¡No, no! No hay interruptores ni contactos. Solamente desea que las luces se apaguen. ¡Deséalo intensamente! Decide que quieres que se apaguen.

Y las luces se apagaron, salvo por un leve resplandor perlino en el techo que dio a las caras de los dos hombres un aspecto fantasmal en la oscuridad. Gillbret se rio lentamente ante la exclamación de Biron.

—Es uno de los trucos de mi visisonor. Está sintonizado con la mente, lo mismo que las cápsulas personales. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—No; a decir verdad, no lo comprendo.

—Bien —dijo—, te lo voy a explicar. El campo eléctrico de las células de tu cerebro crea otro inducido en el instrumento. Matemáticamente es bastante sencillo, pero que yo sepa nadie hasta ahora había metido todos los circuitos necesarios en una caja de este tamaño. En general se requiere una planta generadora de un metro y medio para hacerlo. Y también funciona a la inversa. Puedo cerrar estos circuitos y hacer que impresionen directamente tu cerebro, de modo que verás y oirás sin ninguna intervención directa de los ojos ni oídos. ¡Fíjate!

Al principio no había nada en que fijarse. Luego algo indefinido arañó levemente los rabillos de los ojos de Biron, algo que pronto se convirtió en una bola azul-violeta suspendida en el aire, que le seguí cuando él se apartaba, y permanecía inalterada cuando cerraba los ojos. Y un claro tono musical la acompañaba. Era parte de ella, era ella misma.

Crecía y se expansionaba, y Biron se fue dando cuenta de que existía en el interior de su cráneo. No era realmente un color, sino un sonido coloreado, pero sin ruido. Era tangible, pero imperceptible.

La bola fue girando y adquiriendo una iridiscencia, mientras el tono musical se fue elevando hasta flotar por encima de él, como una casaca de seda. Luego explotó en forma tal que unas gotas de color le salpicaron, produciéndole unas quemaduras momentáneas que desaparecieron sin dejar dolor.

Nuevamente se alzaron burbujas de un verde reluciente, mientras oía un suave y dulce murmullo. Biron, confuso trató de alcanzarlas, y entonces se dio cuenta de que no podía ver sus manos ni sentir su movimiento. Sólo había las pequeñas burbujas que llenaban su mente con exclusión de todo lo demás.

Gritó en forma inaudible, y la fantasía cesó. Gillbret se encontraba nuevamente de pie a su lado en una habitación iluminada, y se estaba riendo. Biron sintió un fuerte mareo, y se enjugó tembloroso su fría y húmeda frente. Luego se sentó con brusquedad.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, en tono tan firme como le fue posible.

—Yo no lo sé —contestó Gillbret—. Estaba fuera de todo ello. ¿No comprendes? Era algo de lo cual tu cerebro carecía de experiencia previa. Tu cerebro percibía directamente y no tenía modo de interpretar tal fenómeno. Así que mientras te concentrabas en la sensación, tu cerebro no podía hacer más que tratar inútilmente de forzar el efecto, intentando que se ajustase a los antiguos caminos ya conocidos. Trata separada y simultáneamente de interpretarlo como visión, sonido y tacto. Y de paso, ¿percibiste algún olor? A veces me ha parecido notarlo. Si este experimento se efectuase con perros creo que la sensación tomaría casi exclusivamente la forma de un olor. Algún día me gustaría ensayarlo con animales.

»Por otra parte, si no le haces caso, si no le atacas, se desvanece. Es lo que hago yo cuando quiero observar sus efectos sobre otros, y no resulta difícil. —Puso su pequeña mano venosa sobre el instrumento, y jugueteó con los mandos—. A veces me parece que si fuese posible estudiar esto, bien, se podrían componer sinfonías en un nuevo medio; hacer cosas que no serían posibles con el simple sonido o la visión. Pero me temo que a mí me falte la capacidad suficiente.

—Quisiera hacerle una pregunta —dijo Biron, abruptamente.

—Hazla sin reparo.

—¿Por qué no utiliza su habilidad científica en cosas útiles, en vez de…?

—¿De malgastarla en chucherías inútiles? No lo sé. Quizá no sean del todo inútiles. Esto no es legal, ¿sabes?

—¿Qué es lo que no es legal?

—El visisonor. Ni tampoco mis instrumentos para espiar. Si los tyrannios lo supiesen, podría fácilmente suponer una sentencia de muerte.

—Sin duda bromea…

—Ni mucho menos. Es bien evidente que fuiste educado en un rancho de ganado. Los jóvenes no pueden recordar cómo eran las cosas en los tiempos pasados. —Su cabeza se inclinó repentinamente hacia un lado, y sus ojos se entrecerraron. Preguntó—: ¿Eres enemigo del régimen tyrannio? Habla con libertad. Te diré francamente que yo sí lo soy. Y te diré también que tu padre lo era.

—Sí, lo soy —dijo Biron tranquilamente.

—¿Por qué?

—Son extraños, forasteros. ¿Qué derecho tienen a gobernar en Nefelos o en Rhodia?

—¿Has pensado siempre así?

Biron no respondió. Gillbret soltó un bufido.

—En otras palabras; no decidiste que eran extraños y forasteros hasta que hubieron ejecutado a tu padre, lo cual, al fin y al cabo, era sencillamente su derecho. ¡Oh! No te sulfures; pero piénsalo desapasionadamente. Créeme que estoy de tu parte, ¡pero piensa! Tu padre era ranchero. ¿Qué derecho tenían sus pastores? Si uno de ellos hubiese robado ganado para su propio uso o para vendérselo a otros, ¿cuál había sido su castigo? Iría a la cárcel por ladrón. Si hubiese conspirado para asesinar a tu padre, cualquiera que fuese la razón, incluso una que a él le pareciera legítima, ¿qué hubiese sucedido? Indudablemente, su ejecución. ¿Y qué derecho tiene tu padre de castigar a sus semejantes? ¡Él era tyrannio de los pastores!

»Tu padre, tanto para ti como para mí, era un patriota. Pero eso, ¿qué importa? Para los tyrannios era un traidor, y lo eliminaron. ¿Es que puedes desconocer la necesidad de la defensa propia? Los Hinriads han sido bastante sanguinarios en su tiempo, lee la historia, amigo mío. Todos los gobiernos matan como algo natural en el orden de las cosas.

»De modo que tienes que encontrar una razón mejor para odiar a los tyrannios. No creas que es suficiente reemplazar unos gobernantes por otros, que el simple cambio trae consigo la libertad.

Biron golpeó con el puño la palma de su mano.

—Toda esa filosofía objetiva está muy bien; es muy consoladora para el hombre que vive aislado. Pero ¿qué pensaría si hubiese sido su padre quien hubiese sido asesinado?

—¿Y acaso no lo fue? Mi padre era director antes de Hinrik, y lo mataron. Oh, no violentamente, sino con sutileza. Quebrantaron su espíritu, como están quebrantando ahora el de Hinrik. Cuando mi padre murió no me quisieron a mí como director. Hinrik era alto, elegante, y, por encima de todo, flexible. Pero, por lo visto, no lo bastante flexible. Le persiguieron continuamente y le están convirtiendo en un títere, se están asegurando de que no pueda ni siquiera rascarse sin su permiso. Ya le has visto. Cada mes está peor. Su estado de temor constante es patéticamente psicopático. Pero no es por esto, por todo esto, que quiero destruir el gobierno de los tyrannios.

—¿No? —dijo Biron—. ¿Es que ha inventado una razón completamente nueva?

—Más bien diría una razón completamente vieja. Los tyrannios están destruyendo el derecho de veinte mil millones de seres humanos a tomar parte en el desarrollo de la especie. Tú has ido a la universidad; has estudiado el ciclo económico. Se coloniza un planeta —empezó a contar con los dedos— y el primer problema es que pueda alimentarse. Se convierte en un mundo agrícola y ganadero. Comienza a cavar el suelo en busca de mineral en bruto que exportar, envía su excedente agrícola al extranjero para comprar artículos de lujo y maquinaria. Esta es la segunda etapa. Luego, al aumentar la población y las inversiones de capital extranjero, empieza a desarrollarse una civilización industrial, lo cual constituye la tercera etapa. Finalmente el mundo está mecanizado, importa alimentos, exporta maquinaria, invierte en el desarrollo de mundos más primitivos, y así sucesivamente. El cuarto paso.

»Los mundos mecanizados son siempre los más densamente poblados, los más poderoso militarmente, puesto que la guerra es función de las máquinas, y acostumbran a estar rodeados por una franja de mundos agrícolas que dependen de aquél.

»¿Pero qué nos ha ocurrido a nosotros? Estábamos en la tercera etapa, y nuestra industria estaba creciendo. ¿Y ahora? El crecimiento ha sido detenido, congelado; ha sido obligado a replegarse. Entorpecería el control de los tyrannios sobre nuestras necesidades industriales. Por su parte es una inversión a corto plazo, porque finalmente llegaremos a dejar de ser provechosos, a medida que nos vayamos empobreciendo. Pero, entretanto, se aprovechan.

»Además, si nos industrializamos, podríamos fabricar instrumentos bélicos. Por lo tanto se detiene la industrialización, se prohíbe la investigación científica. Y al final el pueblo se acostumbra tanto a ello, que incluso no se da cuenta de que le falta algo. Hasta el punto de que te sorprendes cuando te digo que podría ser ejecutado por construir un visisonor.

»Naturalmente, algún día derrotaremos a los tyrannios. Es casi inevitable. No pueden gobernar siempre; nadie consigue hacerlo. Se duermen en los laureles. Se casarán con otros de razas diferentes y perderán mucho sus tradiciones propias. Se corromperán. Pero tardarán siglos en llegar a eso, porque la historia no tiene prisa. Y cuando hayan transcurrido aquellos siglos, todos seremos aún mundos agrícolas, sin herencia científica ni industrial que pueda ser tenida en cuenta, mientras que todos nuestros vecinos, los que no están bajo el control de los tyrannios serán fuertes y estarán urbanizados. Los reinos serán para siempre áreas semicoloniales. Nunca se pondrán a la altura, y sólo seremos observadores en el gran drama del progreso humano.

—Lo que me dice no me es por completo desconocido —declaró Biron.

—Naturalmente, puesto que fuiste educado en la Tierra. La Tierra ocupa una posición especial en el desarrollo social.

—¿Cómo es eso?

—¡Piénsalo! Desde el descubrimiento de la navegación interestelar toda la galaxia ha estado sometida a una expansión constante. Siempre hemos sido una sociedad en crecimiento, y, por lo tanto, una sociedad no madura. Es obvio que la sociedad humana sólo alcanzó su madurez en un lugar y en un tiempo determinados, y eso fue la Tierra inmediatamente antes de su catástrofe. Teníamos allí una sociedad que había perdido de momento toda

posibilidad de expansionarse geográficamente, y que por lo tanto tenía que enfrentarse con problemas tales como el exceso de población, el agotamiento de los recursos y así sucesivamente; problemas que no se han presentado nunca a ninguna otra población de la galaxia.

»Se vieron obligados a estudiar a fondo las ciencias sociales. Es una lástima que hayamos perdido mucho, o todo aquello. Pero aquí hay algo divertido; cuando Hinrik era joven, era un gran primitivista. Tenía una biblioteca sobre asuntos terrestres sin rival en la galaxia; desde que es director la ha abandonado, junto con todo lo demás. Sin embargo, en cierto modo la he heredado yo. Su literatura, los fragmentos que sobreviven, es fascinadora. Tiene un sabor introspectivo del que carece nuestra civilización galáctica, tan extrovertida. Es de lo más divertido.

—Me tranquiliza —dijo Biron—. Ha hablado en serio durante tanto tiempo que empezaba a preguntarme si habría perdido su sentido del humor.

Gillbret se encogió de hombros.

—Me estoy dejando llevar, y eso es algo estupendo. Debe ser la primera vez desde hace meses. ¿Sabes lo que es representar un papel? ¿Dividir deliberadamente tu personalidad durante veinticuatro horas cada día? ¿Incluso entre amigos? ¿Incluso cuando estás solo, para no olvidarte nunca por descuido? ¿Ser en todo momento un *dilettante*? ¿Estar siempre divertido? ¿No ser tenido en cuenta para nada? ¿Ser tan afeminado y tan ligeramente ridículo que has llegado a convencer a todos tus conocidos de que no sirves para nada? Y todo ello para que tu vida esté a salvo, aunque eso signifique que apenas valga la pena vivirla. Pero, a pesar de todo, de vez en cuando puedo enfrentarme con ellos.

Levantó la mirada, y su voz sonó ansiosa, casi suplicante.

—Tú puedes pilotar una nave. Yo no; ¿verdad que es raro? Hablas de mi habilidad científica y, sin embargo, no sé pilotar ni un sencillo cochecillo espacial. Pero tú si sabes; de lo que se deduce que tienes que marcharte de Rhodia.

No había posibilidad de equivocarse en la súplica, pero Biron frunció el ceño.

—¿Por qué?

Gillbret siguió hablando con rapidez.

—Como ya dije, Artemisa y yo hemos estado hablando de ti y hemos organizado esto. Cuando salgas de aquí ve directamente a su habitación, donde te está esperando. He dibujado un diagrama, para que no tengas que preguntar el camino por los pasillos. —Tendió a Biron una pequeña hoja de metalene—. Si alguien te detiene, di que te ha llamado el director, y sigue adelante. No pasará nada si no vacilas…

—¡Un momento! —dijo Biron.

No lo iba a hacer otra vez. Jonti le había despachado a Rhodia, y la consecuencia había sido conseguir que le condujesen ante los tyrannios. El comisario tyrannio le había despachado al palacio central antes de que hubiese podido dirigirse allí en secreto, con el resultado de que se encontraba sujeto, sin preparación previa, a los caprichos de un títere inseguro. ¡Pero de ahí ya no pasaba! A partir de aquel momento sus movimientos podrían estar estrictamente limitados, pero, ¡por el espacio y el tiempo!, serían los suyos propios. Se sentía muy decidido a que así fuese.

—Estoy aquí por algo que es para mí importante, señor. No voy a marcharme.

—¡Cómo! ¡No seas idiota, joven! —Por un instante fue nuevamente el viejo Gillbret quien se manifestaba—: ¿Crees que conseguirás hacer algo aquí? ¿No ves que Hinrik llamará a los tyrannios y te encarcelarán antes de veinticuatro horas? Y la única razón por la cual esperará tanto es porque le cuesta mucho trabajo decidir cualquier cosa. Es mi primo, y le conozco; puedes estar seguro.

—Y aunque fuese así —dijo Biron—, ¿qué le puede importar a usted? ¿Por qué tiene usted que interesarse tanto por mí?

No iba dejar que lo manejasen. Nunca más iba a ser el títere huidizo de otro hombre.

Pero Gillbret seguía allí de pie, contemplándole.

—Quiero que me lleves contigo. Soy yo mismo quien me interesa. No puedo soportar por más tiempo la vida bajo los tyrannios. Si Artemisa y yo no nos hemos marchado hace ya mucho tiempo, es solamente porque ninguno de los dos sabe pilotar una nave espacial. Se trata de nuestras vidas.

Biron sintió que su resolución comenzaba a flaquear.

—¿La hija del director? ¿Y qué tiene que ver ella con todo esto?

—Creo que de todos nosotros es la más desesperada. Para las mujeres existe una muerte especial. ¿Cuál puede ser el porvenir de una hija de un director, que es joven, atractiva y soltera? ¿Y quién puede ser, en los tiempos que corremos, el delicioso galán? Pues solamente un viejo lascivo funcionario de la corte de los tyrannios que ha enterrado ya a tres esposas.

—¡Pero seguramente el director no permitirá tal cosa!

—El director lo permitirá todo. Nadie se preocupa de su permiso.

Biron pensó en Artemisa tal como la había visto por última vez. Llevaba entonces el cabello peinado hacia atrás desde la frente; caía liso y sencillo, sin más que una onda a la altura del hombro. Piel clara y transparente, ojos negros, labios rojos. ¡Alta, joven, sonriente! Descripción que probablemente correspondía a la de cien millones de muchachas en la galaxia. Sería ridículo permitir que aquello influyese en él. No obstante dijo:

—¿Hay alguna nave a punto?

La cara de Gillbret se arrugó bajo el impacto de una repentina sonrisa. Pero antes de que pudiese decir una sola palabra. Llamaron con fuerza a la puerta. No se trataba de una tranquila interrupción del haz de fotones, no era el suave sonido de unos nudillos sobre el plástico. Era un resonar metálico, el trueno avasallador del arma de la autoridad.

—Será mejor que abras la puerta —dijo Gillbret.

Biron así lo hizo, y dos hombres uniformados penetraron en la habitación. El que iba delante saludó a Gillbret con abrupta eficiencia, y luego, encarándose a Biron, dijo:

—Biron Farrill, en nombre del comisario residente de Tyrann y del director de Rhodia, queda usted arrestado.

—¿De qué se me acusa?

—De alta traición.

La cara de Gillbret se torció por un instante con un gesto de infinita perplejidad, y apartó la mirada.

—Por esta vez Hinrik ha ido deprisa, más deprisa de lo que yo había supuesto. ¡Es una divertida idea!

Era otra vez el viejo Gillbret, que sonreía indiferente, y alzaba levemente las cejas, como si estuviera presenciando un hecho desagradable con un ligero sentimiento de pesar.

—Haga el favor de seguirme —dijo el guardia.

Biron percibió el látigo neurónico que el otro sostenía con displicencia.

8. Las faldas de una dama

La garganta de Biron se estaba secando. En lucha limpia podía haber vencido a cualquiera de los guardias. Lo sabía, y ansiaba encontrar una oportunidad. Incluso quizás hubiera podido medirse con los dos a la vez. Pero llevaban látigos, y no hubiese podido levantar un brazo sin que se lo hicieran sentir. Mentalmente se rindió. No podía hacer otra cosa.

—Dejadle que se lleve su capa —dijo Gillbret.

Biron, sorprendido, miró rápidamente en dirección a Gillbret y se retractó de su rendición. Sabía que no llevaba capa.

El guardia que había sacado el látigo juntó los talones en señal de respeto. Señalo a Biron con el látigo:

—Ya ha oído usted al señor. ¡Coja su capa y no se entretenga!

Biron fue retrocediendo lo más lentamente que podía. Llegó hasta la librería y se inclinó, palpando tras la silla en busca de la inexistente capa. Y mientras sus dedos manipulaban el espacio vacío, observaba ansiosamente a Gillbret.

El visisonor no era para los guardias más que un objeto extraño. Para ellos no significaba nada el hecho de que Gillbret manipulase delicadamente los mandos. Biron observó con fijeza la boca del látigo, dejando que llenase su mente. Desde luego, no debía entrar en ella más que lo que viese y oyese (o creyera que veía u oía).

¿Pero cuánto tiempo?

—¿Está su capa detrás de aquella silla? —preguntó el guardia armado— ¡Levántese!

Adelantó impacientemente un paso, y se detuvo. Sus ojos se contrajeron de asombro, y miró vivamente hacia su izquierda.

¡Había llegado el momento! Biron se enderezó, lanzándose hacia delante y hacia abajo. Agarró las piernas del guardia y tiró de ellas. El guardia cayó pesadamente, mientras el amplio puño de Biron se cerraba sobre la mano del otro guardia, buscando el látigo neurónico que sujetaba.

El otro guardia llevaba el látigo desenfundado, pero de momento no le servía de nada. Con su mano libre barría furiosamente el espacio delante de sus ojos.

Resonó la aguda risa de Gillbret:

—¿Te molesta algo, Farrill?

—No veo absolutamente nada —gruñó, y añadió—: salvo este látigo que ahora he cogido.

—Bien, entonces vete. No van a detenerte. Sus mentes están llenas de visiones y sonidos que no existe. —Gillbret se apartó saltando por encima de los cuerpos que se retorcían.

Biron liberó sus manos y se alzó. Descargó su brazo precisamente por debajo de las costillas del otro. La cara del guardia se retorció de dolor, y su cuerpo se dobló convulsivamente. Biron se levantó con el látigo en la mano.

—¡Cuidado! —gritó Gillbret.

Pero Biron no se volvió con suficiente rapidez. El segundo guardia se le vino encima, derribándole. Fue un ataque a ciegas. Era imposible saber qué era lo que el guardia creía agarrar. Ciertamente, en aquel instante no sabía nada de Biron. Éste sintió en su oreja la respiración del guardia, y oyó el gorgoteo continuo e incoherente de su garganta.

Biron se retorció tratando de hacer funcionar el arma que había capturado, y se estremeció al contemplar los vacíos ojos que debían estar percibiendo algún horror invisible para todos los demás.

Biron tensó las piernas y desplazó su peso tratando de liberarse, pero todo fue inútil. Tres veces sintió como el látigo del guardia oprimía duramente su cadera, y se estremeció al contacto.

Entonces el gorgoteo del guardia se disolvió formando palabras. Aulló:

—¡Me las pagaréis todos!

Apareció el pálido y casi invisible centelleo del aire ionizado en el trayecto del haz de energía del látigo, que barrió ampliamente el aire y encontró el pie de Biron.

Fue algo así como si hubiese pisado un baño de plomo fundido. O como si hubiese sido separado por el mordisco de un tiburón. En realidad nada le había ocurrido físicamente. Lo único que había sucedido era que los terminales nerviosos que gobernaban la sensación del dolor habían sido estimulados al máximo. El plomo hirviente no podía haber hecho más.

Biron dio un enloquecedor aullido y se derrumbó. Ni siquiera se le ocurrió que la lucha había terminado. Nada importaba excepto el insoportable dolor.

Y, sin embargo, a pesar de que Biron no se había dado cuenta, la presa del guardia se había relajado, y unos minutos más tarde, cuando el joven pudo esforzarse para abrir los ojos y enjugó sus lágrimas, encontró al guardia de espaldas a la pared, tratando débilmente de empujar la nada con sus manos y riéndose estúpidamente. El primer guardia estaba aún tendido sobre su espalda, con las piernas y los brazos extendidos. Estaba consciente pero silencioso. Sus ojos seguían algo en su trayectoria irregular, y su cuerpo temblaba un poco. Tenía espuma en los labios.

Biron se levantó con dificultad, y se dirigió cojeando hacía la pared. Utilizó el mando del látigo, y el guardia se desplomó. Se acercó entonces al primero, el cual tampoco se defendió; sus ojos continuaron moviéndose silenciosamente hasta que el golpe le dejó inconsciente.

Biron volvió a sentarse y se dispuso a cuidarse el pie. Se sacó el calcetín y contempló con sorpresa la piel intacta. La tocó y gruñó al percibir la sensación de quemadura. Alzó la vista hacia Gillbret, quien había dejado el visisonor y se frotaba una de sus delgadas mejillas con la palma de la mano.

—Gracias —dijo Biron—, por la ayuda de su instrumento.

Gillbret se encogió de hombros.

—Pronto vendrán otros —dijo—. Ve al cuarto de Artemisa, ¡por favor! ¡Pronto!

Biron comprendió que tenía razón. El pie le dolía ya mucho menos, pero lo sentía hinchado y ardiente. Se puso el calcetín y metió el zapato debajo del brazo. Tenía ya un látigo y quitó el otro al segundo guardia, metiéndoselo con dificultad en el cinturón.

Al llegar a la puerta se volvió, y preguntó con una sensación de asco:

—¿Qué les hizo usted ver, señor?

—No lo sé, no puedo controlarlo. No hice más que largarles toda la fuerza posible, y lo demás dependió de sus complejos. No te detengas hablando. ¿Tienes el plano para llegar al cuarto de Artemisa?

Biron asintió con la cabeza y avanzó a lo largo del pasillo. Estaba casi vacío. No podía caminar rápidamente, pues si intentaba hacerlo cojeaba.

Miró su reloj, y recordó entonces que no había tenido aún tiempo de ajustarlo a la cronometría local de Rhodia. Todavía estaba adaptado al tiempo patrón interestelar que utilizaba a bordo de la nave, donde cien minutos constituían una hora, y mil un día. De modo que el número 877 que resplandecía en cifras rosadas en la fría esfera metálica del reloj no significaba nada ahora.

Pero, en fin, debía de ser bien entrada la noche, o por lo menos el período del sueño planetario (suponiendo que los dos no coincidieran), pues de lo contrario los salones no hubiesen estado tan vacíos, y los bajorrelieves de las paredes no hubiesen reflejado la luz sin nadie que los mirase. Tocó uno de ellos al pasar, una escena de coronación, y vio que eran bidimensionales. No obstante, producían la ilusión perfecta de estar separados de las paredes.

Era lo bastante curioso para detenerse momentáneamente a fin de examinar el efecto. Luego recordó que no debía perder tiempo y se apresuró a seguir su camino.

La vaciedad del pasillo le pareció otro signo de la decadencia de Rhodia. Ahora que se había convertido en un rebelde se percataba de todos esos símbolos de declinación. Si hubiera sido el centro de una potencia independiente, el palacio hubiese siempre tenido centinelas y guardianes nocturnos.

Consultó el burdo mapa de Gillbret y dobló a la derecha, avanzando a lo largo de una rampa ancha y curva. En otro tiempo quizás hubo allí procesiones, pero nada de eso quedaría ahora.

Se inclinó ante la puerta indicada y tocó la señal fotónica. La puerta se entreabrió primero, y luego se abrió del todo.

—Entre, joven.

Era Artemisa: Biron entró, y la puerta se cerró rápida y silenciosamente. Biron miró en silencio a la muchacha. Recordaba con cierto malestar que su

camisa estaba desgarrada por el hombro, de modo que una de las mangas colgaba suelta, que sus ropas estaban sucias, y que le sangraba la cara. Recordó el zapato que aún llevaba en la mano, lo dejó caer, y metió el pie en él.

—¿Le importa si me siento? —preguntó.

La chica le siguió hasta la silla, y permaneció de pie junto a él, ligeramente molesta.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué le pasa en el pie?

—Me hice daño —dijo brevemente—. ¿Está preparada para marcharse?

La muchacha se animó.

—Entonces, ¿va a llevarnos?

Pero Biron no estaba de humor para cortesías. El pie le dolía aún, y se lo sujetó con la mano.

—Mire, lléveme a una nave. Me marcho de este maldito planeta, y si quiere venir conmigo la llevo.

La muchacha frunció el ceño.

—Podría mostrarse algo más amable. ¿Se ha peleado?

—Sí, con los guardias de su padre, que querían arrestarme por traición. En eso quedó mi derecho de asilo.

—¡Oh, lo siento!

—Yo también lo siento. No es sorprendente que los tyrannios puedan dominar cincuenta mundos con un puñado de hombres. Les ayudamos. Hombres como su padre harían lo imposible para conservar el poder; olvidarían los deberes básicos de un sencillo caballero… ¡No importa!

—He dicho que lo sentía, señor ranchero. —Empleó el título con frío orgullo—. Le ruego que no se erija en juez de mi padre. Desconoce todos los hechos.

—No me interesa discutirlos. Tendremos que salir apresuradamente, antes de que aparezcan más preciosos guardias de su padre. Bueno, no quiero herir sus sentimientos. Está bien, discúlpeme.

La aspereza de Biron privaba de sentido a sus excusas, pero, ¡qué diablos!, era la primera vez que le había herido con un látigo neurónico, y no resultaba precisamente divertido. ¡Y, por el espacio!, le debían asilo. Por lo menos eso.

Artemisa se sintió enojada, y no con su padre, naturalmente, sino con aquel estúpido joven, pensó que era en verdad muy joven. Casi un chiquillo; tal vez era más joven que ella.

Sonó el comunicador, y la chica dijo secamente:

—Espera un momento, ya vamos.

Era la voz de Gillbret, que sonaba lejana.

—Arta, ¿todo marcha por ahí?

—Está aquí —murmuró ella.

—Bien. No digas nada. Escucha. No salgas de tu cuarto. Que se quede contigo. Van a registrar el palacio, y no hay manera de evitarlo. Trataré de pensar algo, pero entretanto, no te muevas.

No esperó respuesta y se interrumpió el contacto.

—De modo que así estamos —dijo Biron. También él había oído—. ¿Debo quedarme y comprometerla, o salir y entregarme? Supongo que no hay razón para esperar asilo en ningún lugar de Rhodia.

—¡Oh, cállese, bruto, necio! —dijo ella con un grito contenido.

Se contemplaron mutuamente. Biron estaba ofendido. En cierto modo también estaba tratando de ayudarla. No había razón para que ella le insultase.

—Está bien —dijo fríamente y sin convicción—. Tiene usted derecho a sus propias opiniones.

—No debería decir las cosas que dice de mi padre. Usted no sabe lo que es ser director. Trabaja para su pueblo, a pesar de todo lo que pueda usted pensar.

—Oh, sí, sin duda. Me ha vendido a los tyrannios para ayudar a su pueblo. Es muy lógico.

—En cierto modo sí lo es. Les ha mostrado que es leal. De no ser así, podrían deponerle y asumir el gobierno directo de Rhodia. ¿Es que eso sería mejor?

—Si un noble no puede encontrar asilo…

—Oh, usted no piensa más que en sí mismo. Ése es su defecto.

—No me parece que sea particularmente egoísta no querer morir. Sobre todo por nada. Antes de desaparecer tengo que pelear un poco. Mi padre les combatió.

Sabía que empezaba a parecer melodramático, pero aquella muchacha le hacía reaccionar así.

—¿Y de qué le sirvió a su padre? —preguntó la muchacha.

—De nada, me figuro. Le mataron.

Artemisa se sintió apenada.

—No hago más que decir que lo siento, pero esta vez es de veras. Estoy trastornada. —Luego, como en defensa propia, añadió—: Yo también tengo mis dificultades.

Biron lo recordó.

—Ya lo sé. Bueno, empecemos de nuevo.

Trató de sonreír. Por otra parte, su pie se encontraba mejor.

Ella trató de parecer despreocupada.

—Y no es usted verdaderamente bruto.

Biron se sintió embarazado.

—Oh, bueno…

Se detuvo, y Artemisa se llevó la mano a la boca. Rápidamente volvieron sus cabezas en dirección a la puerta. Se oía un repentino ruido de muchos pies que avanzaban en orden sobre el mosaico de plástico semielástico que cubría el pasillo exterior. La mayor parte pasó de largo, pero oyeron un leve y disciplinado sonido de talones que se juntaban ante la puerta, y percibieron el zumbido de llamada de la señal nocturna.

Gillbret tenía que actuar con rapidez. Primero debía ocultar el visisonor. Por vez primera deseó haber tenido un escondrijo mejor. Maldijo a Hinrik por haberse decidido tan pronto esta vez, por no haber esperado hasta la mañana. Tenía que escaparse; quizá no tuviese oportunidad.

Luego llamó al capitán de la guardia. No podía ignorar el pequeño hecho de que había dos guardias inconscientes y un prisionero fugado.

El capitán de la guardia lo tomó muy en serio. Hizo que se llevasen a los dos hombres inconscientes, y se enfrentó con Gillbret.

—Señor, no he acabado de comprender por su mensaje qué es exactamente lo que ha ocurrido —dijo.

—Pues lo que usted ve —contestó Gillbret—. Vinieron a arrestarle, y el joven no se sometió. Se ha ido, el espacio sabe dónde.

—Eso importa poco, señor —dijo el capitán—. Esta noche el palacio se ve honrado con la presencia de un personaje, de modo que está bien guardado a pesar de la hora. ¿Pero cómo pudo escaparse? Mis hombres estaban armados, pero él no.

—Peleó como un tigre. Desde esta silla, tras la cual me escondí…

—Lamento, señor, que no pensase usted en ayudar a mis hombres contra un acusado de traición.

—Vaya una idea divertida, capitán —dijo Gillbret, adoptando un aire desdeñoso—. Si sus hombres en doble número y armados, necesitaban mi ayuda, ya es hora de que reclute otros hombres.

—¡Está bien! Registraremos el palacio, le encontraremos y ya veremos si puede repetir su hazaña.

—Le acompañaré, capitán.

Ahora fue el capitán quien arqueó las cejas. Era su turno.

—No se lo aconsejaría, señor. Podría haber algún peligro.

Era la clase de observación que no se debía hacer a un Hinriad, Gillbret lo sabía, pero se limitó a sonreír y permitió que las arrugas llenasen su delgada cara.

—Ya lo sé —dijo—, pero a veces hasta el peligro me divierte.

La compañía de guardias tardó cinco minutos en formar. Gillbret, solo en su habitación durante aquel tiempo, llamó a Artemisa.

Biron y Artemisa se habían quedado petrificados ante el zumbido de la pequeña señal, la cual sonó por segunda vez; luego se oyeron unos prudentes golpes en la puerta, y la voz de Gillbret que decía:

—Déjeme probar, capitán. —Y luego, en voz más alta—: ¡Artemisa!

Biron sonrió aliviado y se adelantó hacia la puerta, pero la muchacha le cubrió la boca con la mano y dijo en voz alta:

—Un momento, tío Gil.

Indicó desesperadamente la pared con un dedo.

Biron no podía hacer más que mirar como estúpido. La pared era completamente lisa. Artemisa hizo una mueca y pasó a toda prisa junto a él. Su mano sobre la pared hizo que una parte de la misma se deslizase sin ruido hacia un lado, descubriendo un tocador. Con un gesto de los labios indicó a Biron que se metiera dentro, mientras sus manos manipulaban el alfiler de adorno de su hombro derecho. Al abrirse aquel alfiler se interrumpió el pequeño largo de su vestido. Dio un paso, y salió fuera de él.

Biron dio la vuelta y después de cruzar lo que había sido la pared, y mientras ésta se volvía a cerrar tuvo el tiempo justo de ver cómo la muchacha se echaba sobre los hombros una bata de piel blanca. El vestido escarlata yacía arrugado sobre la silla.

Biron miro en derredor suyo preguntándose si registrarían el cuarto de Artemisa. Si lo hacían se encontraría indefenso, pues el tocador no tenía otra entrada, y no había nada en él que pudiese servir de escondrijo mejor.

A lo largo de una de las paredes colgaba una hilera de vestidos. Y el aire resplandecía débilmente delante de ellos. Su mano pasó fácilmente a través del resplandor, y solamente sintió una leve picazón al atravesarlo con la muñeca, pues su objeto era únicamente repeler el polvo, a fin de que el espacio detrás de él permaneciese asépticamente limpio.

Podría esconderse tras las faldas. Eso era precisamente lo que en realidad estaba haciendo. Había maltratado a dos guardias, con la ayuda de Gillbret, para llegar allí, pero ahora que había llegado se escondía literalmente tras las faldas de una dama.

De modo incongruente, se puso a pensar que le hubiera gustado haberse dado la vuelta un poco antes de que la pared se cerrase tras él. La chica tenía realmente una figura notable. Era ridículo que se hubiese portado de una manera tan infantil y desagradable. Era evidente que ella no tenía la culpa de las faltas de su padre.

Y ahora lo único que podía hacer era esperar, contemplando la lisa pared y esperando el ruido de pies en la habitación de al lado, el momento en que la pared se abriese una vez más y se enfrentara de nuevo con las bocas de los látigos, pero esta vez sin un visisonor que le ayudase.

Y esperó, con un látigo neurónico en cada mano.

9. Los pantalones de un dueño y señor

—¿Qué ocurre? —Artemisa no tenía por qué fingir intranquilidad. Se dirigió a Gillbret, quien estaba junto a la puerta, al lado del capitán de la guardia. Media docena de hombres uniformados estaban discretamente a la expectativa a corta distancia. Y luego, rápidamente, añadió—: ¿Le ha ocurrido algo a mi padre?

—No, no —la tranquilizó Gillbret—, no ha ocurrido nada que pueda afectarte en modo alguno. ¿Estabas durmiendo?

—Casi —replicó— y hace ya horas que mis chicas han salido. No había nadie para contestar, salvo yo misma, y me han dado ustedes un susto terrible.

Luego, de improviso, se volvió hacia el capitán, con un serio ademán.

—¿Qué desean de mí, capitán? Dígalo pronto, por favor. Éstas no son horas para una audiencia en regla.

Gillbret intervino antes de que el otro tuviese tiempo de abrir la boca.

—Algo muy divertido, Arta. Aquel joven, ¿cómo se llama?, ya sabes, se ha escapado, rompiendo dos cabezas a su paso. Le estamos buscando ahora con igualdad de fuerzas; un pelotón de soldados para un fugitivo. Y aquí me tienes, sobre la pista, entusiasmando al capitán con mi celo y mi valentía.

Artemisa pareció quedarse absolutamente estupefacta.

El capitán murmuró una imprecación; sus labios apenas se movieron. Luego dijo:

—Por favor, señor, no se expresa usted con claridad y estamos perdiendo miserablemente el tiempo. Señora, el hombre que dice ser el hijo del ranchero de Widemos ha sido arrestado por traición. Ha conseguido escaparse, y ahora anda suelto. Debemos registrar el palacio en su busca, habitación por habitación.

Artemisa retrocedió un paso frunciendo el ceño.

—¿Incluso mi habitación?

—Si su excelencia lo permite.

—¡Pues no lo permito! ¡Si hubiese un hombre desconocido en mi habitación lo sabría, sin duda alguna! Y la sugerencia de que yo pueda tener tratos con tal hombre, o con cualquier otro hombre, a estas horas de la noche, es una solemne impertinencia. Le ruego observe el respeto debido a mi rango, capitán.

Aquel estallido hizo su efecto. El capitán no pudo hacer más que saludar y decir:

—No tenía intención de sugerir nada de eso, señora. Perdone la molestia a estas horas de la noche. Su afirmación de que no ha visto al fugitivo es, naturalmente, suficiente. En las circunstancias presentes era necesario confirmar la seguridad de su excelencia. Se trata de un hombre peligroso.

—Seguramente no será tan peligroso como para que no puedan entendérselas con él, usted y su compañía.

La aguda voz de Gillbret se interpuso de nuevo.

—Capitán, venga. Mientras usted se entretiene en cortesías con mi sobrina, nuestro hombre habrá tenido tiempo de saquear la armería. Propongo que deje usted un guardia a la puerta de esta dama, de modo que no se perturbe lo que le queda de sueño. A no ser, querida —hizo bailar sus dedos frente a Artemisa—, que quieras unirte a nosotros.

—Será suficiente con cerrar la puerta y retirarme, gracias —dijo Artemisa con frialdad.

—Escoge un guardia grande —gritó Gillbret—. Ése mismo. Qué hermoso uniforme llevan nuestros guardias, Artemisa. Puedes reconocer un guardia desde lejos con sólo verle el uniforme.

—Excelencia —dijo el capitán con impaciencia—, no hay tiempo que perder; está retrasándonos.

A un gesto suyo, un guardia se separó del pelotón, saludó a Artemisa a través de la puerta que ya se cerraba, y luego el capitán. El ruido de pisadas ordenadas se desvaneció en ambas direcciones.

Artemisa esperó, luego abrió silenciosamente unos centímetros la puerta. El guardia estaba allí, plantado, con las piernas separadas, la espalda

rígida, la mano derecha armada, y la izquierda sobre su botón de alarma. Era el guardia propuesto por Gillbret, uno alto, tan alto como Biron de Widemos, aunque no tan ancho de espaldas.

En aquel momento se le ocurrió a la muchacha que Biron, si bien era joven y, por lo tanto, poco razonable en algunos de sus puntos de vista, era por lo menos robusto y musculoso, lo que resultaba conveniente. Había sido una tontería mostrarse desagradable con él. Y tenía bastante buena facha.

Biron se irguió al abrirse la puerta. Contuvo la respiración y apretó los dedos.

Artemisa miró los látigos.

—¡Tenga cuidado!

Respiró aliviado y metió un látigo en cada bolsillo. Resultaban así bastante incómodos, pero no tenía fundas apropiadas.

—Eso era solamente en caso de que alguien me estuviera buscando.

—Salga y hable en voz baja.

Llevaba todavía su bata de noche, tejida con un material suave desconocido para Biron, y adornada con pequeños mechones de una piel plateada; se sujetaba al cuerpo gracias a alguna leve atracción estática propia del material, de modo que no requería botones, cierres, lazos ni campos de costura. Y, en consecuencia, tampoco hacía mucho más que esfumar levemente los contornos de la figura de Artemisa.

Biron sintió que sus orejas enrojecían, y paladeó la sensación.

Artemisa esperó, hizo un gesto circular con su dedo índice y preguntó:

—¿Le importa?

Biron la miró a la cara.

—¿Qué? ¡Oh, perdón!

Se volvió de espaldas y permaneció vagamente atento al suave crujido del cambio de las prendas exteriores. No se le ocurrió preguntarse por qué la muchacha no había utilizado el tocador o por qué, mejor aún, no se había cambiado antes de abrir la puerta. La psicología femenina presenta abismos que, cuando se carece de experiencia, desafían al análisis.

Cuando Biron se volvió, iba vestida de negro, con un traje de dos piezas que no alcanzaba la rodilla, y que tenía el aspecto consistente de las prendas destinadas más bien al aire libre que a los salones de baile.

—¿Nos vamos, pues? —dijo Biron de inmediato.

La chica hizo un gesto con la cabeza.

—Primeramente tendrá que hacer su trabajo. Necesita usted otras ropas. Póngase al lado de la puerta y haré entrar al guardia.

—¿Qué guardia?

Artemisa sonrió.

—Han dejado un guardia a la puerta, a sugerencia de tío Gil.

La puerta del pasillo se abrió silenciosamente unos cuantos centímetros, deslizándose sobre su carril. El guardia estaba aún allí, rígidamente inmóvil.

—¡Guardia! —gritó ella—. ¡Entre, pronto!

No había ninguna razón para que un simple soldado vacilase en obedecer a la hija del director. Entró mientras la puerta seguía aún abriéndose.

—A la orden, exce… —empezó a decir impetuosamente, y sus rodillas se doblaron bajo el peso que cayó sobre sus hombros, mientras sus palabras quedaban cortadas, sin tan sólo un chillido de interrupción, por el antebrazo que se cerró alrededor de su laringe.

Artemisa cerró precipitadamente la puerta y observó la escena con sensaciones próximas a la náusea. La vida en el palacio de los Hinriads era tranquila, casi decadente, y hasta entonces nunca había visto la cara de un hombre congestionada con sangre, y cómo su boca se entreabría resoplando inútilmente bajo los efectos de la asfixia. Apartó la mirada.

Biron descubrió sus dientes al esforzarse en estrechar el círculo de huesos y músculos alrededor de la garganta del otro. Durante un minuto las debilitadas manos del guardia tiraron inútilmente del brazo de Biron, mientras sus pies descargaban golpes sin objeto. Biron le levantó del suelo sin aflojar su presa.

Y entonces las manos del guardia cayeron a sus lados, sus piernas colgaron flojas, y los convulsivos e inútiles movimientos de su pecho comenzaron a calmarse. Biron lo depositó suavemente sobre el suelo. El guardia quedó extendido, relajado, como un saco que hubiese sido vaciado.

—¿Está muerto? —preguntó Artemisa en un horrorizado murmullo.

—Lo dudo —dijo Biron—. Se necesitan tres o cuatro minutos de presa para matar a un hombre. Pero estará inconsciente durante un rato. ¿Tiene algo para atarle?

La chica movió la cabeza. De momento se sintió completamente inútil.

—Debe usted tener algunas medias de cellita —dijo Biron—. Servirán para el caso. —Había quitado ya al guardia sus armas y sus prendas exteriores—. Y me gustaría lavarme. La verdad es que me es necesario.

Resultaba agradable sumergirse en la niebla detergente del baño de Artemisa. Le dejó quizás algo demasiado perfumado, pero tenía la esperanza de que el aire libre dispersaría la fragancia. Por lo menos estaba limpio, y ello no había requerido más que su paso a través de las pequeñas gotitas suspendidas, proyectadas violentamente contra su cuerpo por una corriente de aire caliente. No se necesitaba ninguna cámara secadora especial, pues se salía del baño no solamente limpio, sino también seco. Ni en Widemos ni en la Tierra tenían nada semejante.

El uniforme del guardia le iba un poco estrecho, y a Biron no le gustó la manera en que aquella gorra militar cónica, y bastante fea, encajaba en su braquicéfala cabeza. Se contempló con cierto disgusto.

—¿Qué parezco?

—Un soldado de veras —respondió ella.

—Tendrá que llevar uno de esos látigos; yo no puedo llevar tres.

La chica cogió el arma con dos dedos y la dejó caer en su bolsa, que pendía de su cinturón por la acción de otra microfuerza, de modo que sus manos permanecían libres.

—Será mejor que nos vayamos ahora. No diga ni una palabra si nos encontramos con alguien; déjeme hablar a mí. Su acento no es bueno, y además, no sería correcto que hablase en mi presencia, a menos de que se le dirigiese directamente la palabra. ¡Recuerde! No es más que un simple soldado.

El guardia que yacía sobre el suelo había comenzado a agitarse un poco y a mover los ojos. Sus muñecas y sus tobillos estaban atados juntos a la

espalda con medias que tenían una resistencia a la tracción superior a la de una cantidad igual de acero. Su lengua se movía inútilmente tras la mordaza.

Le habían sacado de en medio, de modo que no fue necesario pasar por encima de él para alcanzar la puerta.

—Por aquí —susurró Artemisa.

Al torcer por vez primera oyeron tras ellos una pisada, y una mano ligera cayó sobre el hombro de Biron.

Biron se apartó rápidamente y se volvió, cogiendo con una mano el brazo del otro, mientras que con la otra mano esgrimía un látigo.

Pero no era sino Gillbret, quien dijo:

—¡Calma muchacho!

Biron soltó su presa.

Gillbret se frotó el brazo dolorido.

—Te he estado esperando, pero eso no es razón para que me rompas un hueso. Deja que te mire con admiración, Farrill. Parece que se te haya encogido la ropa, pero no está mal, no está mal. Nadie te mirará dos veces con este traje. Es la ventaja de un uniforme. Se da por sentado que un uniforme de soldado contiene un soldado, y nada más.

—Tío Gil —murmuró con apremio Artemisa—, no hables tanto. ¿Dónde están los otros guardias?

—A todo el mundo le molestan unas cuantas palabras —dijo malhumorado—. Lo demás guardias están camino de la torre. Han decidido que nuestro amigo no se encuentra en los niveles inferiores, de modo que han dejado hombres en las salidas principales y en las rampas, y además el sistema de alarma general está en funcionamiento. Pero podemos pasar a través de él.

—¿No le echarán de menos, señor? —preguntó Biron.

—¿A mí? El capitán se alegró de verme desaparecer, a pesar de todas sus cortesías. No me buscarán, te lo aseguro.

Hablaban en murmullos, pero ahora incluso éstos cesaron. Al pie de la rampa se alzaba un guardia, mientras que otros dos estaban a ambos lados de la gran puerta labrada que conducía al exterior.

Gillbret preguntó en voz muy alta:

—¿Hay noticias del prisionero que se ha escapado, soldados?

—No, excelencia —dijo el que estaba más cerca. Juntó los talones y saludó.

—Bueno, pues abrid bien los ojos.

Pasaron junto a los guardias y salieron al exterior, al tiempo que uno de los guardias junto a la puerta neutralizaba cuidadosamente aquella sección de la alarma mientras salían.

Fuera era de noche. El cielo estaba limpio y estrellado, y la masa irregular de la Nebulosa Oscura disipaba los puntitos de luz cercanos al horizonte. El palacio central, a su espalda, era una oscura mole, y el campo del palacio estaba a menos de un kilómetro de distancia.

Pero al cabo de cinco minutos de caminar a lo largo del silencioso sendero, Gillbret comenzó a mostrarse agitado.

—Hay algo que no marcha —dijo.

—Tío Gil —dijo Artemisa—. ¿No te habrás olvidado de disponer que estuviese a punto la nave?

—Naturalmente que no —respondió tan secamente como es posible cuando se habla en murmullos—, pero ¿por qué está iluminada la torre del campo? Debería estar a oscuras.

Señaló a través de los árboles, donde la torre brillaba como un panal de luz blanca. Generalmente, aquello hubiese indicado actividad en el campo; naves que llegaban del espacio o que partían hacia él.

—No había nada anunciado para esta noche —musitó Gillbret—. De eso estoy seguro.

Desde cierta distancia vieron la respuesta, o por menos Gillbret la vio. Se detuvo de pronto y extendió los brazos para detener a los demás.

—No es más que eso —dijo, y se rio histéricamtne—. ¡Están aquí! ¡Los tyrannios! ¿No comprendéis? Aquello es el crucero acorazado particular de Aratap.

Biron lo vio, débilmente brillando bajo las luces, destacándose de las demás naves menos distinguidas. Era más liso, más delgado, más felino que las naves de Rhodia.

—El capitán dijo que hoy se recibía a un «personaje» pero yo no hice caso —dijo Gillbret—. Ahora no podemos hacer nada. No podemos luchar

contra los tyrannios.

Biron sintió que algo se quebraba de repente.

—¿Y por qué no? —dijo con salvaje furia—. ¿Por qué no podemos luchar contra ellos? No tienen ninguna razón para sospechar nada anormal, y estamos armados. Tomemos la propia nave del comisario. ¡Dejémosle sin pantalones!

Se adelantó, saliendo de la oscuridad relativa de los árboles y entrando en el despejado campo. Los otros le siguieron. No había razón para esconderse. Eran dos miembros de la familia real con un soldado de escolta.

Pero ahora luchaban contra los tyrannios.

Simok Aratap de Tyrann había quedado impresionado la primera vez que vio el palacio de Rhodia, unos años antes, pero resultó ser solamente una cáscara lo que le había impresionado. El interior no era más que una enmohecida reliquia. Dos generaciones antes las cámaras legislativas de Rhodia se reunían en aquellos locales, donde también se hallaban la mayor parte de las oficinas administrativas. El palacio central había sido el palpitante corazón de una docena de mundos.

Pero ahora las cámaras legislativas (que existían aún, ya que el Khan nunca interfería con los legalismos locales) se reunían una vez al año para ratificar las órdenes ejecutivas de los doces meses anteriores. Era sencillamente un formulismo, nominalmente, el consejo ejecutivo todavía se hallaba reunido en sesión continua, pero estaba compuesto por una docena de hombres que permanecían en sus heredades nueve semanas de cada diez. Las diversas oficinas ejecutivas aún permanecían activas, puesto que no era posible gobernar sin ellas, tanto si era el director como si era el Khan quien mandaba, pero ahora estaban diseminadas por el planeta; dependían menos del director y estaban bajo la influencia de sus nuevos amos, los tyrannios. Todo lo cual hacía que el palacio fuese más majestuoso que antes por lo que se refería a la piedra y el metal, pero eso era todo. Servía de habitación a la familia del director, a un grupo de sirvientes apenas adecuado, y aun cuerpo de guardias nativos absolutamente insuficientes.

Aratap se sentía incómodo en aquella cáscara y, además, insatisfecho. Era tarde, estaba cansado, sus ojos ardían de tal modo que ansiaba poder quitarse las lentes de contacto, y, por encima de todo, se sentía decepcionado.

¡No había un esquema! De vez en cuando echaba una ojeada a su ayudante militar, pero el comandante estaba escuchando al director con fría estolidez. Aratap, por su parte, prestaba poca atención.

—¡El hijo de Widemos! ¿De veras? —decía, abstraído. Y luego añadió —: ¿De modo que lo arrestó? ¡Perfectamente!

Pero significaba poco para él, puesto que los hechos carecían de estructura. Aratap tenía una mente bien ordenada que no podía soportar la idea de hechos individuales amontonados y desunidos, sin una ordenación adecuada.

Widemos había sido un traidor, y su hijo había intentado entrevistarse con el director de Rhodia. Lo había intentado primeramente en secreto, y cuando eso falló lo había procurado abiertamente por medio de su ridícula historia de una conspiración de asesinato. Seguramente aquello debía haber sido el principio de un plan.

Y ahora se desmoronaba. Hinrik entregaba al muchacho con precipitación indecente. Al parecer no podía ni tan siquiera esperar una noche. Y eso no encajaba de ninguna manera. O bien Aratap no se había enterado de todos los hechos.

Enfocó nuevamente su atención sobre el director. Hinrik empezaba a repetirse, y Aratap sintió una punzada de compasión. Aquel hombre había sido convertido en un cobarde tal, que incluso los tyrannios se impacientaban con él. Y, sin embargo, no había otra manera; solamente el miedo podía asegurar una lealtad absoluta. El miedo, y nada más.

Widemos no tuvo miedo, y a pesar de que su interés estuvo ligado en todo al mantenimiento del gobierno tyrannio, se había revelado. Hinrik tenía miedo, y ahí estaba la diferencia.

Y era precisamente porque Hinrik tenía miedo que estaba ahí sentado, diciendo incoherencias al tratar de ganarse un gesto de aprobación. Aratap sabía muy bien que el comandante no haría tal gesto. No tenía imaginación.

Aratap suspiró y deseó que tampoco él la hubiese tenido. La política era un asunto repugnante.

—Efectivamente —dijo con viveza—. Alabo su rápida decisión y su lealtad en el servicio del Khan. Puede tener la seguridad de que será informado.

Hinrik se alegró visiblemente; su alivio era evidente.

—Haga, pues, que lo traigan —dijo Aratap— y veremos qué es lo que ese joven gallito tiene que decir.

Reprimió un deseo de bostezar. Lo que el «gallito» tuviese que decir no le interesaba lo más mínimo.

Hinrik tenía la intención, llegado aquel instante, de llamar al capitán de la guardia, pero eso no fue necesario, pues el capitán se alzaba, precisamente entonces, y sin previo aviso, junto a la puerta.

—Excelencia —gritó, y entró sin pedir permiso.

—¿Qué ocurre, capitán? —preguntó Hinrik vacilante.

—Excelencia, el prisionero ha escapado.

Aratap sintió que parte de su cansancio se desvanecía. ¿Qué sucedía?

—¡Detalles, capitán! —ordenó, enderezándose sobre su asiento.

El capitán se los dio en pocas palabras, y concluyó diciendo:

—Excelencia, solicito su permiso para proclamar una alarma general. Hace solamente unos minutos que ha huido.

—Sí, desde luego —tartamudeó Hinrik—, desde luego. Alarma general, sin duda. Es lo que se impone. ¡Rápido! ¡Rápido! Comisario, no puedo comprender cómo ha podido suceder. Capitán, utilice hasta el último hombre. Habrá una investigación. Comisario, si es necesario se destrozará hasta el último de los guardias. ¡Se le destrozará! ¡Se le destrozará!

Repitió la última palabra casi hasta llegar a la histeria, pero el capitán permaneció en pie a su lado.

—¿Qué espera? —dijo Aratap.

—¿Podría hablar a su excelencia en privado? —dijo abruptamente el capitán.

Hinrik lanzó una rápida y asustada mirada al imperturbado comisario, y consiguió expresar cierta indignación.

—No hay secretos para los soldados del Khan, nuestros amigos, nuestros…

—Diga lo que tenga que decir, capitán —dijo Aratap suavemente.

El capitán juntó secamente los talones y dijo:

—Puesto que se me ordena hablar, excelencia, lamento informarle que la señorita Artemisa y el señor Gillbret acompañaban al prisionero en su huida.

—¿Se atrevió, pues, a raptarlos? —Hinrik se había alzado—. ¡Y mis guardias lo han permitido!

—No fueron raptados, excelencia. Le acompañaban voluntariamente.

—¿Y cómo lo sabes?

Aratap estaba contentísimo, y despierto del todo. Después de todo, aquello tenía estructura. Mejor estructura de lo que había podido imaginarse.

—Tenemos el testimonio del guardia al que redujeron —dijo el capitán— y de los guardias que, sin darse cuenta, permitieron que saliesen del edificio. —Se detuvo, y añadió con determinación—: Cuando me entrevisté con la señorita Artemisa a la puerta de sus habitaciones privadas me dijo que había estado a punto de dormirse. Fue solamente más tarde que me di cuenta de que su cara estaba cuidadosamente maquillada. Cuando volví, era ya tarde. Acepto mi responsabilidad por haber conducido mal este asunto; después de lo sucedido esta noche solicitaré a su excelencia que acepte mi dimisión, pero antes, ¿tengo su permiso para hacer sonar la alarma general? Sin su autoridad no puedo interferir con miembros de la familia real.

Pero Hinrik estaba vacilante sobre sus piernas y le miraba con expresión perdida.

—Capitán, valdría más que se ocupase usted de la salud de su director. Le sugiero que llame a su médico.

—¡La alarma general! —repitió el capitán.

—¡No habrá alarma general! —dijo Aratap—. ¿Comprende? ¡Nada de alarma general! ¡No se volverá a prender al prisionero! ¡El incidente queda liquidado! Que sus hombres regresen a sus cuarteles y a sus deberes ordinarios, y ocúpese de su director. ¡Vamos, comandante!

El comandante tyrannio habló con sequedad una vez hubieron dejado tras de sí la mole del palacio central.

—Aratap —dijo—. Me imagino que sabe lo que está haciendo. Por eso mantuve cerrada la boca ahí dentro.

—Gracias, comandante. —A Aratap le gustaba el aire nocturno de un planeta lleno de verdor y de vida. En cierto modo Tyrann era más hermoso, pero de una belleza terrible, de rocas y montañas. Era seco, ¡seco!, prosiguió—: Usted no sabe manejar a Hinrik, comandante Andros. En sus manos se marchitaría y quebrantaría. Es útil, pero hay que tratarle con suavidad para que continúe siéndolo.

El comandante dejó pasar aquella observación.

—No es eso a lo que me refiero. ¿Por qué no da la alarma general? ¿Es que no quiere cogerlos?

—¿Y usted? —Aratap se detuvo—. Sentémonos aquí un momento, Andros. Un banco en un sendero junto al césped. ¿Qué hay más hermoso, y qué lugar está más a salvo de los espías? ¿Para qué quiere al joven, comandante?

—¿Para qué voy a querer a un traidor y a un conspirador?

—¿Para qué, en verdad, si solamente se captura a unos cuantos instrumentos, mientras se deja intacta la fuente del veneno? ¿A quién se tiene? A un cachorro, a una muchacha tonta y a un idiota senil.

Se oía cercano el leve rumor de una cascada artificial. Pequeña, pero decorativa. Aquello sí que era una maravilla para Aratap. Imagínese agua desbordante que se pierde, que corre indefinidamente saltando por las rocas y a lo largo del suelo. No había conseguido nunca librarse de cierta indignación ante tal espectáculo.

—Tal como están las cosas —dijo el comandante— no tenemos nada.

—Tenemos un esquema. Cuando llegó el joven, le pusimos en contacto con Hinrik, y eso nos preocupó porque Hinrik es lo que es. Pero era lo mejor que podíamos hacer. Ahora vemos que no se trataba en absoluto de Hinrik: que Hinrik era una dirección falsa. Era la hija y al primo de Hinrik a quienes buscaban, y eso es más comprensible.

—¿Por qué no nos llamó antes? Esperó hasta la medianoche.

—Porque es el instrumento del primo que llega hasta él, y estoy seguro de que fue Gillbret quien sugirió esta entrevista nocturna como prueba de gran celo por su parte.

—¿Quiere decir que no nos hicieron venir a propósito? ¿Para que fuésemos testigos de esta huida?

—No, no fue por esa razón. Pregúnteselo usted mismo. ¿Adónde tiene intención de ir esa gente?

El comandante se encogió de hombros.

—Rhodia es grande.

—Sí, si se tratase solamente del joven Farrill. ¿Pero a qué sitio de Rhodia podrían ir dos miembros de la familia real sin ser reconocidos? Especialmente la muchacha.

—Entonces, ¿tendrán que salir del planeta? Sí, de acuerdo.

—Y, ¿desde dónde? Pueden llegar andando al campo del palacio en quince minutos. ¿Se da usted cuenta ahora del motivo por el que estamos aquí?

—¡Nuestra nave! —dijo el comandante.

—Naturalmente. Una nave tyrannia deberá parecerles genial. De no ser así, hubiesen tenido que escoger entre cargueros. Farrill ha sido educado en la Tierra, y estoy seguro de que sabe pilotar un crucero.

—Este es otro asunto. ¿Por qué permitimos a la nobleza que envía a sus hijos en todas direcciones? ¿Por qué un sujeto tiene que saber más de navegación de la necesaria para el comercio local? Educamos soldados en contra nuestra.

—No obstante —dijo Aratap con cortés indiferencia—, y aunque es cierto que Farrill tiene una educación extranjera, es el algo que debemos de tener en cuenta de un modo objetivo, sin enfadarnos. El hecho es que tengo la seguridad de que se han llevado nuestro crucero.

—No puedo creerlo.

—Tiene usted su emisor de bolsillo. Establezca contacto con la nave, si es que puede.

El comandante trató de hacerlo, inútilmente.

—Pruebe la torre del campo —dijo Aratap.

El comandante así lo hizo, y una vocecita salió del minúsculo receptor, hablando agitadamente.

—Pero excelencia, no lo comprendo… Debe haber un error. Su piloto despegó hace diez minutos.

—¿Ve? —dijo sonriendo Aratap—. Establezca el esquema, y cada pequeño acontecimiento se hace inevitable. Ya hora, ¿ve usted las consecuencias?

El comandante las vio. Se dio una palmada en el muslo, y soltó una carcajada.

—¡Claro! —dijo.

—Bueno —dijo Aratap—, como es natural, ellos no podían saberlo, pero se han condenado. Si se hubiese contentado con el carguero más lento de Rhodia que hubiesen encontrado sobre el campo, hubiesen escapado con seguridad y, ¿cómo se dice?, esta noche me hubiesen dejado sin pantalones. Pero tal como están las cosas, todavía llevo los pantalones, y nada puede salvarles a ellos. Y cuando les haga volver, a mi hora oportuna —recalcó con satisfacción las palabras—, tendré también en mis manos el resto de la conspiración.

Suspiró, y se dio cuenta de que nuevamente tenía sueño.

—Bien, hemos estado de suerte y ahora no hay prisa. Llame a la base central, y diga que envíen otra nave a buscarnos.

10. ¡Quizá!

La educación espacionáutica de Biron Farrill en la tierra había sido en gran parte académica. Siguió los diversos cursos universitarios en las diferentes fases de ingeniería espacial, las cuales, y a pesar de dedicar medio semestre a la teoría del motor hiperatómico, daban poco de sí cuando se trataba de manipular en realidad una nave en el espacio. Los pilotos mejores y más adiestrados aprendían su arte en el espacio, y no en las aulas.

Consiguió despegar sin grandes dificultades, aunque ello se debió más a la suerte que a su verdadera pericia. El «Implacable» respondió a los mandos mucho más rápidamente de lo que Biron había esperado. En la Tierra había pilotado naves en viajes de ida y vuelta al espacio, pero todas habían sido de modelos anticuados y poco briosos, que se conservaban para uso de los estudiantes. Eran suaves y estaban muy gastadas, y se levantaban con esfuerzo, alzándose lentamente en espiral a través de la atmósfera, hacia el espacio.

El «Implacable», sin embargo, despegó sin esfuerzo, saltando hacia adelante y silbando en el aire, de tal modo que Biron cayó hacia atrás en su asiento y estuvo a punto de dislocarse un hombro. Artemisa y Gillbret, quienes con la mayor precaución propia de la inexperiencia se habían puesto los cinturones, solamente se golpearon contra la red acolchada. El prisionero tyrannio permaneció yaciente junto a la pared, tirando de sus ligaduras y maldiciendo monótonamente.

Biron se enderezó tambaleándose e hizo callar a patadas al tyrannio, y se dirigió nuevamente a su asiento, avanzando junto a la pared, asiéndose al pasamanos que la bordeaba para conseguir vencer la aceleración. Algunos estallidos de energía liberada hicieron vibrar la nave, reduciendo el aumento de velocidad que se hizo así soportable.

Se encontraban ya en la zona más elevada de la atmósfera de Rhodia. El cielo era de un color violeta oscuro, y el casco de la nave estaba caliente debido a la fricción del aire, tanto que el calor se sentía en el interior.

Costó horas situar la nave en una órbita alrededor de Rhodia. Biron no encontraba la manera de calcular fácilmente la velocidad para vencer la gravedad de Rhodia. Tenía que buscarla acelerando y reduciendo, variando la velocidad con bruscas liberaciones de energía hacia delante y atrás y observando el masómetro, que indicaba su distancia de la superficie del planeta, midiendo la intensidad del campo gravitatorio. Afortunadamente el masómetro estaba ya calibrado para la masa y el radio de Rhodia. Biron no hubiese conseguido ajustar el calibrado por sí mismo, sin una considerable experimentación previa.

Por fin el masómetro se mantuvo fijo durante dos horas, sin presentar una variación apreciable. Biron se permitió descansar, y los otros se liberaron de sus cinturones.

—No tiene usted precisamente la mano suave, señor ranchero —dijo Artemisa.

—Soy yo quien pilota, señora —respondió secamente Biron—. Si usted puede hacerlo mejor, estaré encantado de que lo pruebe, pero solamente después de que yo haya desembarcado.

—Calma, calma, calma —pidió Gillbret—. La nave es demasiado estrecha para andarse con mezquindades y, además, puesto que hemos de estar comprimidos en la incómoda familiaridad de esta jaula movediza, propongo que dejemos a un lado todos los «excelencias» y «señorías» y demás tratamientos que acabarían por hacer nuestra conversación totalmente insoportable. Yo soy Gillbret, tú eres Biron Farrill y ella es Artemisa. Propongo que nos aprendamos de memoria esta forma de entendernos, o cualquier otra variante que deseéis sugerir. Y en cuanto a pilotar la nave, ¿por qué no utilizamos la ayuda de nuestro amigo tyrannio?

El tyrannio le miró enfurecido.

—No —dijo Biron—. No podemos fiarnos de él en modo alguno. Y mi manera de pilotar irá mejorando a medida que me vaya acostumbrando a esta nave. Todavía no se han roto la cabeza, ¿verdad?

Aún le dolía el hombro a consecuencia de la primera sacudida y, como de costumbre, el dolor le hacía mostrarse desagradable.

—Bueno —dijo Gillbret—, ¿y qué hacemos con él?

—No me gustaría matarle a sangre fría —dijo Biron— y tampoco nos serviría de nada. No conseguiríamos sino excitar más a los tyrannios. Matar a uno de la raza superior es un pecado imperdonable.

—¿Y qué alternativas hay?

—Le desembarcaremos.

—Bien, ¿pero dónde?

—En Rhodia.

—¿Cómo?

—Es el único lugar en que no nos buscarán. Además, de todos modos pronto tendremos que aterrizar.

—¿Por qué?

—Pues porque ésta es la nave del comisario, quien la ha estado usando para ir de una parte a otra del planeta. No está condicionada para viajes espaciales. Antes de que vayamos a ninguna otra parte hemos de hacer un inventario detallado de lo que hay en la nave, y asegurarnos de que por lo menos tenemos comida y agua suficientes.

Artemisa asentía enérgicamente con la cabeza.

—Es cierto. ¡Muy bien! Nunca hubiese pensado en ello. ¡Eso ha sido un rasgo inteligente, Biron!

Biron hizo un gesto de indiferencia, aunque apreció el cumplido. Era la primera vez que la chica le llamaba por su nombre de pila. Cuando se lo proponía, podía ser muy agradable.

—Pero radiarán inmediatamente nuestra situación —dijo Gillbret.

—No lo creo —dijo Biron—. En primer lugar, supongo que en Rhodia no faltarán áreas desoladas. No tenemos por qué depositarle en el centro de una ciudad, ni en el de una de las guarniciones tyrannias. Además, quizá no tenga tantas ganas de entrar en contacto con sus oficiales superiores como usted se figura… Diga, soldado, ¿qué le ocurriría a un militar que no hubiese evitado el robo del crucero particular del comisario del Khan?

El prisionero no respondió, pero la línea de sus labios empalideció y se contrajo.

A Biron no le hubiese gustado hallarse en el lugar del soldado. Era cierto que apenas se lo podía culpar. No tenía razón para suponer que podía ocurrir algo desagradable por el solo hecho de mostrarse correcto con unos miembros de la familia real de Rhodia. Ajustándose a la letra del código militar tyrannio, se había negado a permitir que subiesen a bordo sin el permiso de su superior. Aunque el director de Rhodia en persona hubiese pedido permiso para entrar, se lo hubiese tenido que negar. Pero ellos se habían aproximado y cuando comprendió que debía haber seguido aún más estrictamente el código militar y tener a punto su arma era ya demasiado tarde. Un látigo neurónico le estaba tocando prácticamente el pecho.

Ni siquiera entonces se rindió sin lucha. Fue necesaria una descarga del látigo en su pecho para detenerle. Sin embargo no podría evitar el consejo de guerra y la condena. Nadie dudaba de ello, y el soldado menos que nadie.

Dos días después aterrizaron en las afueras de la ciudad de Southwark. La eligieron a propósito porque se hallaba lejos de los principales centros de población de Rhodia. Ataron al soldado tyrannio a una unidad de repulsión y lo dejaron caer revoloteando a unos ochenta kilómetros de la población más cercana.

El aterrizaje, en una playa desierta, fue bastante suave, y Biron, por ser el que con menos probabilidad sería reconocido, hizo las compras necesarias. Todo el dinero tyrannio que Gillbret había tenido la prudencia de llevar consigo, apenas había bastado para las necesidades esenciales, pues gran parte fue invertido en un pequeño biciclo con remolque para transportar los suministros en pequeñas porciones.

—Podías haber hecho durar más el dinero —dijo Artemisa— si no hubieses malgastado tanto en aquella bazofia tyrannia.

—Creo que no podía hacer nada más —dijo Biron acaloradamente—. Puede que para ti sea una bazofia tyrannia, pero es un alimento bien equilibrado y nos servirá mejor que cualquier otra cosa que hubiera comprado.

Se sentía bastante molesto. Sacar todo aquello de la ciudad y transportarlo a bordo había sido un trabajo de estibador portuario, además de arriesgado, pues lo había tenido que comprar en una de las

administraciones de la ciudad regentadas por los tyrannios. Esperaba que los otros apreciarían su esfuerzo.

Y, por otra parte, no había alternativa. Las fuerzas tyrannias habían organizado una técnica de suministros adaptado estrictamente al hecho de que utilizaban naves pequeñas. No se podían permitir los grandes espacios de almacenaje de otras flotas donde los cuerpos de animales enteros colgaban en hileras. Tuvieron que idear un concentrado alimenticio estandarizado que contuviese lo necesario desde el punto de vista calórico y de factores nutritivos, y no preocuparse de más. Sólo ocupaba la veinteava parte del espacio que requeriría una cantidad equivalente de elementos animales, y podía ser almacenado como ladrillos en el almacén de baja temperatura.

—Bueno, pues sabe pésimamente —dijo Artemisa.

—Ya te acostumbrarás —dijo Biron, imitando su tono de voz en tal forma que la chica se ruborizó y dio media vuelta, enojada.

Biron sabía que a la chica le molestaba la falta de espacio con todas sus consecuencias. No solo se trataba de la monotonía en la alimentación, debido a que así podían almacenarse más calorías por centímetro cuadrado, sino más bien de hechos tales como la falta de dormitorios separados. Había la sala de máquinas y la sala de mandos, que ocupaban la mayor parte del espacio de la nave. (Al fin y al cabo, pensó Biron, aquella era una nave de guerra, y no un yate de recreo). Luego estaba el almacén y una pequeña cabina, con dos hileras de tres literas a cada lado. El tocador estaba situado en un nicho junto al exterior de la cabina.

Todo esto suponía hacinamiento, falta total de reserva, imposibilidad de estar solo; y significaba que Artemisa tenía que adaptarse al hecho de que a bordo no había vestidos femeninos, ni espejos, ni facilidades para lavarse.

Pues bien, tendría que acostumbrarse. A Biron le parecía que ya había hecho bastante por ella y se había apartado demasiado de su camino. ¿Por qué no podía mostrarse un poco más amable, y sonreír de vez en cuando? Tenía una bonita sonrisa, y había que admitir que no era mala, salvo por su genio. Pero, ¡oh, qué genio!

Bien, ¿para qué perder el tiempo pensando en ella?

Lo peor era lo del agua. En primer lugar, Tyrann era un planeta muy árido, donde escaseaba el agua y donde los hombres conocían su valor, de modo que la nave no la llevaba para lavarse. Lo soldados se podían lavar, junto con sus efectos personales, cuando aterrizaban en algún planeta. Durante los viajes, un poco de suciedad no les hacía ningún daño. Ni siquiera había agua suficiente para beber en los trayectos largos. Al fin y al cabo, el agua no se podía concentrar ni deshidratar, sino que tenía que ser transportada en masa, y el problema se agravaba por el hecho de que el contenido acuoso de los concentrados alimenticios era muy bajo.

Había a bordo aparatos de destilación para utilizar el agua perdida por el cuerpo, pero cuando Biron se dio cuenta de su función se sintió asqueado y dispuso la eliminación de los productos de desecho, sin intentar recuperar el agua. Químicamente era un proceso lógico, pero se necesitaba una educación especial para aceptarlo.

El segundo despegue fue, relativamente, un modelo de suavidad, y Biron se entretuvo luego un buen rato jugando con los mandos. El tablero de control sólo tenía una remota semejanza con lo de las naves que había manejado en la Tierra. Era extraordinariamente compacto. A medida que Biron iba aclarando la función de un contacto o de una esfera, anotaba instrucciones detalladas en papeles que sujetaba adecuadamente en el tablero.

Gillbret entró en la cabina de mandos. Biron miró por encima del hombro, y dijo:

—Supongo que Artemisa está en la cabina, ¿verdad?

—No podría estar en ningún otro lugar sin salir de la nave.

—Cuando la vea, dígale que me preparé una litera aquí, en la cabina de mandos, y le aconsejo a usted que haga lo mismo, y que dejemos la otra cabina para ella sola. —Y añadió rezongando—: Es una chica muy infantil.

—Tú también tienes tus rarezas, Biron —dijo Gillbret—. Has de recordar la clase de vida a que está acostumbrada.

—Está bien, lo recuerdo, ¿y qué? ¿A qué clase de vida cree usted que yo estoy acostumbrado? No nací en las mina ni en un asteroide, ¿sabe? Nací

en el mayor rancho de Nefelos. Pero cuando uno se encuentra atrapado en una situación determinada, tiene que acomodarse lo mejor que puede. ¡Qué diablos!, no puedo ensanchar el casco de la nave. Cabe el agua y algunos alimentos, y nada más; y no puedo remediar el hecho de que no haya ducha. ¡Se mete conmigo como si yo hubiera fabricado personalmente esta nave!

Le aliviaba chillar a Gillbret. Le aliviaba poder chillar a quienquiera que fuese. Pero la puerta se abrió de nuevo, y allí estaba Artemisa.

—Yo en tu caso, Farrill, no gritaría —dijo ella en tono glacial—. Se te puede oír claramente desde toda la nave.

—Eso no me preocupa —dijo Biron—. Y si la nave te molesta, recuerda que si tu padre no hubiese tratado de matarme a mí, y de casarte a ti, ninguno de nosotros dos estaría aquí.

—No hables de mi padre.

—Hablaré de quien me plazca.

Gillbret se tapó los oídos con las manos.

—¡Por favor! —exclamó. Esto detuvo de momento la discusión y Gillbret aprovecho para decir—: ¿Qué os parecería si ahora discutiésemos la cuestión de nuestro destino? Es evidente que cuanto antes lleguemos a algún otro sitio y salgamos de esta nave, tanto más cómodos estaremos.

—Estoy de acuerdo, Gill —dijo Biron—. Vamos a donde no tenga que oír su cháchara. ¡Mujeres en naves espaciales!

Artemisa no le hizo caso y se dirigió exclusivamente a Gillbret.

—¿Por qué no salimos por completo fuera del área Nebular?

—No sé por lo que se refiere a ti —dijo Biron enseguida—, pero yo tengo que recuperar mi rancho, y hacer lo que pueda sobre el asunto del asesinato de mi padre. Me quedo en los reinos.

—No quise decir que teníamos que marcharnos para siempre —dijo Artemisa—, sino solamente hasta que hubiese pasado lo peor de la búsqueda. Además, no veo que es lo que intentas hacer acerca de tu rancho. No lo recuperarás a menos de que el Impero Tyrannio caiga hecho pedazos, y no te imagino a ti haciéndolo.

—No te preocupes de lo que intente hacer. Es asunto mío.

—¿Podría hacer una sugerencia? —preguntó suavemente Gillbret. Aceptó el silencio como consentimiento y prosiguió—: Entonces

supongamos que sea yo quien os diga a dónde hay que ir, y lo que tenemos que hacer exactamente para ayudar a hacer saltar el Imperio en pedazos, tal como ha dicho Arta.

—¡Oh! ¿Y cómo se propone hacerlo? —inquirió Biron.

—Mi querido amigo, adoptas una actitud muy divertida. ¿Es que no te fías de mí? Me miras como si creyeses que cualquier empresa en la que estuviese interesado tenía que ser forzosamente una necedad. Yo te saqué de palacio.

—Ya lo sé. Estoy perfectamente dispuesto a escucharte.

—Pues entonces, hazlo. He estado esperando durante veinte años mi oportunidad de escaparme de ellos. Si hubiera sido un ciudadano particular, lo hubiese podido conseguir hace tiempo; pero debido a mi rango he estado siempre bajo la mirada del público. Y, no obstante, de no haber sido por el hecho de que nací Hinriad, no habría asistido a la coronación del actual Khan de Tyrann, y en tal caso jamás habría descubierto accidentalmente el secreto que algún día les destruirá.

—Prosigue —dijo Biron.

—El viaje de Rhodia a Tyrann se efectuó, como es natural, en una nave tyrannia, lo mismo que el viaje de regreso. Una nave muy semejante a ésta, pero bastante mayor. El viaje careció de incidentes. La estancia en Tyrann fue en cierto modo divertida, pero acerca de lo que ahora nos interesa, estuvo igualmente desprovista de incidentes. Pero durante nuestro viaje de regreso fuimos alcanzados por un meteoro.

—¿Cómo?

Gillbret hizo un ademán con la mano.

—Sé perfectamente que es un accidente improbable. La incidencia de meteoros en el espacio, especialmente en el espacio interestelar, es lo suficientemente pequeña para que las probabilidades de colisión con una nave sean absolutamente insignificantes, pero a veces ocurre, como ya sabéis. Y ocurrió en nuestro caso. Como es natural, cualquier meteoro que da efectivamente en el blanco, incluso cuando es sólo del tamaño de un alfiler, como lo son la mayoría de ellos, puede penetrar el casco de cualquier nave, excepto las más acorazadas.

—Ya lo sé —dijo Biron—. Es cuestión de su momento, que es el producto de su masa por su velocidad. La velocidad compensa de sobras la falta de masa.

Lo dijo con displicencia, como si fuese una lección, y se dio cuenta que estaba mirando a hurtadillas a Artemisa. La chica se había sentado para escuchar a Gillbret, y estaba tan cerca de él que casi se tocaban. Biron pensó que tenía un hermoso perfil, a pesar de que su cabello estaba cada vez más desaliñado. No llevaba su chaquetilla, y a pesar de haber transcurrido ya cuarenta y ocho horas, la esponjosa blancura de su blusa estaba aún lisa y estirada. Biron se preguntó cómo se las arreglaba.

Pensó que aquel viaje podría ser maravilloso, con tal de que la chica aprendiese a portarse bien. La dificultad estaba en que nadie la había controlado nunca. Eso era todo. Ciertamente su padre no lo había hecho, y ella se había acostumbrado a hacer lo que le daba la gana. Si hubiese nacido plebeya, hubiese sido una criatura encantadora.

Había comenzado a dejarse envolver por un ensueño en el cual él la dominaba como era debido, y la conducía un estado de justa apreciación de sí mismo, cuando la muchacha se volvió hacía él y se enfrentó tranquilamente con su mirada. Biron apartó la suya e instantáneamente fijó su atención en Gillbret. Había perdido unas cuantas frases.

—No tengo la más remota idea de por qué había fallado la pantalla de la nave. Fue una de aquellas cosas de las cuales nunca se sabrá la explicación, pero el hecho era que había fallado. En cualquier caso, el meteoro había hecho blanco en la parte central de la nave. Era del tamaño de un guijarro, y al perforar el casco su velocidad se redujo justo lo suficiente para que no pudiese salir por el otro lado. De haber sido así, el daño no hubiese sido mucho, puesto que en muy poco tiempo se hubiese podido reparar provisionalmente el casco.

»Pero lo que ocurrió fue que entró en la sala de mandos, rebotó en la pared opuesta y luego de un lado a otro hasta detenerse. No debió tardar más que una fracción de segundos en pararse, pero con una velocidad inicial de doscientos kilómetros por minutos debió cruzar la sala unas cien

veces. Los dos hombres de la tripulación quedaron destrozados y yo conseguí escaparme debido solamente a que en aquel momento estaba en la cabina.

»Oí el sonido metálico que hizo el meteoro cuando penetró en el casco, y luego el ruido de sus rebotes, así como los espantosos gritos de los tripulantes. Cuando llegué a la sala de mandos, no había sino sangre y jirones de carne por todas partes. Lo que ocurrió luego es algo que sólo recuerdo vagamente, si bien durante años lo he ido reviviendo paso a paso en mis pesadillas.

»El frío sonido del aire al escaparse me condujo al agujero del meteoro. Puse sobre él un disco de metal, y la presión del aire cerró el agujero bastante bien. Encontré sobre el suelo el pequeño guijarro procedente del espacio. Estaba caliente al tacto, pero al golpearlo con una llave inglesa se partió en dos pedazos. El interior que quedó expuesto al aire se recubrió inmediatamente de escarcha. Estaba aún a la temperatura del espacio.

»Até una cuerda a la muñeca de cada uno de los cadáveres, y luego cada cuerda a un imán de remolque. Los lancé por la esclusa de aire, oí el ruido metálico de los imanes sobre el casco, y supe que los helados cuerpos seguirían a la nave donde quiera que fuésemos. Sabía que al regresar a Rhodia necesitaría la evidencia de los cuerpos para demostrar que había sido un meteoro y no yo, quien los había matado.

»¿Pero cómo iba a regresar? Me encontraba por completo perdido. No había manera de que pudiese dirigir la nave, y no me atrevía a probar nada, allá en las profundidades del espacio interestelar. Ni siquiera sabía utilizar el sistema de comunicación subetérico, de manera que no podía enviar un SOS. Lo único que me cabía hacer era dejar que la nave siguiese su propio rumbo.

—Pero eso no era posible, ¿verdad? —dijo Biron. Se preguntaba si Gillbret lo estaba inventando todo, bien por pura imaginación romántica, o por alguna razón desconocida—. ¿Y los saltos a través del hiperespacio? Sin duda se las arregló de algún modo para hacerlo, o de lo contrario no estaría usted aquí.

—Una nave tyrannia —contestó Gillbret—, una vez tiene los mandos correctamente ajustados, dará automáticamente todos los saltos que sean

necesarios.

Biron dejó transparentar sus dudas. ¿Acaso Gillbret le tomaba por tonto?

—Está usted inventado eso —dijo.

—No. Es una de sus malditas invenciones militares, que les hicieron ganar sus guerras. La verdad es que no derrotaron cincuenta sistemas planetarios, que les superaban en población y recursos lo menos cien veces, sencillamente jugando al tute, ¿sabes? Es cierto que nos atacaron de uno en uno, y utilizaron más hábilmente a nuestros traidores, pero también había una razón militar. Todo el mundo sabe que sus tácticas eran superiores a las nuestras, y ello se debió en parte al salto automático, que permitía una facilidad de maniobra de sus naves mucho mayor y hacía posible unos planes de batalla mucho más complejos que los que nosotros podíamos preparar.

»Admitiré que esa técnica suya es uno de sus secretos mejor guardados. Yo nunca la conocí hasta que me encontré encerrado a solas en el «Sanguinario», los tyrannios tienen la molesta costumbre de dar nombres desagradables a sus naves, aunque quizá sea bueno psicológicamente, y observé cómo se producía. Yo vi cómo daba los saltos sin que nadie tocase los mandos.

—¿Y quiere decir que esta nave también puede hacerlo?

—No lo sé, pero no me sorprendería.

Biron se volvió al tablero de mandos. Todavía quedaban docenas de contactos de cuya utilidad no tenía aún ni la más remota idea. ¡Bien, ya vería más tarde! Se volvió nuevamente hacia Gillbret.

—¿Y la nave le llevó a casa?

—No, no fue así. Aquel meteoro que rebotó por la sala de mandos no dejó de tocar el tablero. Hubiese sido sorprendente si hubiera sido así. Algunas esferas quedaron destrozadas, y la caja abollada y malparada. No había manera de saber en qué forma se habían alterado los mandos, pero sin duda algo ocurrió, pues la nave nunca me condujo a Rhodia.

»A su tiempo, y como era lógico, comenzó a desacelerar, y me di cuenta de que teóricamente el viaje había terminado. No podía saber dónde estaba, pero conseguí manipular la placa de visión y me di cuenta de que me

hallaba lo bastante cerca de un planeta como para que apareciese en forma de disco en el telescopio. Era una suerte increíble, pues el disco iba aumentando de tamaño; la nave se dirigía directamente al planeta. Bueno, no directamente. Si hubiese permitido que la nave derivase, hubiese pasado a un millón y medio de kilómetros del planeta, pero a aquella distancia podía usar la radio etérica ordinaria, y sabía cómo hacerlo. Cuando todo aquello hubo terminado comencé a interesarme en la electrónica y decidí que nunca más iba a sentirme tan desesperado. Sentirse desesperado e impotente es una de las cosas que no son nada divertidas.

—De modo que empleó la radio —apuntó Biron.

—Exacto; y así fue como vinieron y me cogieron.

—¿Quiénes?

—Los hombres del planeta. Estaba habitado.

—Vaya, la suerte le acompañó. ¿Y qué planeta era?

—No lo sé.

—¿Quiere usted decir que no se lo dijeron?

—Divertido, ¿verdad? No me lo dijeron. ¡Pero estaba en algún lugar de los Reinos Nebulares!

—¿Y cómo lo supo?

—Porque sabían que la nave en que me encontraba era una nave tyrannia. La conocían de vista, y casi la hicieron añicos antes de que pudiese convencerles de que yo era el único ser viviente a bordo.

Biron puso sus grandes manos sobre las rodillas, y las apretó nerviosamente.

—Eso sí que no lo comprendo. Si sabían que era una nave tyrannia, e intentaban destrozarla, ¿no es eso la mejor prueba de que aquel mundo no estaba en los Reinos Nebulares, de que estaba en cualquier otra parte, excepto allí?

—¡No, por la galaxia! —Los ojos de Gillbret brillaban, y su voz se elevaba entusiasmada—. Estaba en los Reinos. Me llevaron a la superficie, y vaya un mundo era aquel. Allí había hombres de todas las partes de los Reinos. Podía darme cuenta por sus acentos. Y no tenían miedo a los tyrannios. Aquel lugar era un arsenal. Desde el espacio no era posible darse cuenta. Podía haber pasado por un viejo mundo ganadero, pero la vida del

planeta era subterránea. En lugar de los reinos, muchachos, está todavía aquel planeta que no tiene miedo a los tyrannios, y que destruirá a los tyrannios como hubiese entonces destruido la nave en que me hallaba, si los tripulantes hubiesen estado aún vivos.

Biron sintió cómo le latía el corazón en el pecho. Por un momento quiso creerlo.

Después de todo, ¿quién sabe? ¡Quizá…!

11. ¡O quizá no!

¡O quizá no… !

—¿Y cómo se enteró de que era un arsenal? —preguntó Biron—. ¿Cuánto tiempo se quedó allí? ¿Qué fue lo que vio?

Gillbret se impacientó.

—No se trata exactamente de lo que vi. No me llevaron en visita de inspección, ni cosa que se le parezca. —Se calmó haciendo un esfuerzo—. Mira, lo que ocurrió fue lo siguiente: cuando me sacaron de la nave me encontraba en bastante mal estado. Apenas probé bocado de tan asustado como estaba, es terrible verse abandonado en el espacio, y cuando salí aún debía parecer más enfermo de lo que estaba en realidad.

»Me identifiqué a medias, y me condujeron bajo tierra. Con la nave, desde luego. Supongo que la nave les interesaba más que yo mismo, pues les proporcionaba una oportunidad de estudiar la ingeniería espacial tyrannia. Me llevaron a lo que debía ser un hospital.

—Pero, ¿qué viste, tío? —pregunto Artemisa.

—¿Nunca te ha contado esto antes? —interrumpió Biron.

—No —dijo Artemisa.

—Hasta ahora no le he contado nunca a nadie —declaró Gillbret—. Como he dicho, me llevaron a un hospital, donde pasé por laboratorios de investigación que deben ser mejores que todos los que tenemos en Rhodia. Durante el trayecto al hospital vi fábricas en las que se trabajaban metales. Las naves que me habían capturado eran ciertamente diferentes de todo lo que yo había nunca visto antes.

»Entonces me pareció todo tan claro, que en los años siguientes no lo he dudado nunca. Pienso en ello como en mi «mundo de rebelión», y sé que algún día enjambres de naves saldrán de él para atacar a los tyrannios, y que

los mundos dominados serán llamados a unirse con los jefes de la rebelión. Año tras año me he dicho a mí mismo: «quizá sea éste». Y cada vez casi deseaba que no lo fuese, porque ansiaba poder escaparme para unirme a ellos y tomar parte en el gran ataque. No quería que empezasen sin mí. —Rio nerviosamente y prosiguió—: Supongo que la mayoría de la gente se hubiese divertido mucho de haber sabido lo que me rondaba por la cabeza. ¡Precisamente por mi cabeza! Nadie tiene gran opinión de mí, ya lo sabes.

—¿Y todo eso ocurrió hace veinte años, y no han atacado? —preguntó Biron—. ¿No han dado señales de vida? ¿No se han visto naves desconocidas? ¿No ha habido incidentes? Y todavía cree…

—Sí, aún creo en ello —contestó Gillbret con vehemencia—. Veinte años no es mucho tiempo para organizar una rebelión contra un planeta que gobierna a cincuenta sistemas. Estuve allí justamente al principio de la rebelión; deben de haber estado perforando el planeta con sus preparativos subterráneos, ideando nuevas naves y armas, entrenando más hombres, organizado el ataque.

»Sólo en las aventuras del vídeo los hombres se alzan en armas automáticamente, y un arma que se requiere cierto día, se inventa al siguiente, se produce en masa en el tercero y se utiliza al cuarto. Se necesita tiempo para estas cosas, Biron, y los hombres del mundo de la rebelión deben saber que tienen que estar preparados antes de dar el golpe. No les sería posible intentarlo dos veces.

»¿Y a qué llamas incidentes? Naves tyrannias han desaparecido y no han sido halladas nunca más. Podrás decir que el espacio es muy grande, y que es posible que simplemente se hayan extraviado, pero, ¿y si hubiesen sido capturadas por los rebeldes? Tal fue el caso del «Incansable», hace un par de años. Señaló la presencia de un objeto lo bastante cerca para que estimulase su masómetro, y nunca más se supo nada de él. Pudo haber sido un meteoro, pero, ¿lo fue en realidad? La búsqueda duró meses. Nunca lo encontraron. Mi opinión es que está en poder de los rebeldes. El «Incansable» era una nave nueva, un modelo experimental. Sería precisamente lo que hubiesen querido.

—Y una vez aterrizado allí —dijo Biron—, ¿por qué no se quedó?

—¿Crees acaso que no tuve ganas? No tuve alternativa. Les escuché cuando creían que estaba inconsciente, y me enteré de algo más acerca de ellos. Entonces estaban empezando, no podían permitir que se les descubriese. Sabían que yo era Gillbret oth Hinriad. Había suficientes elementos de identificación a bordo, además de que yo mismo se lo había dicho. Sabían que si no regresaba a Rhodia habría una investigación en gran escala que no cesaría fácilmente. No podían arriesgarse a tal investigación, de manera que tenían que arreglárselas para devolverme a Rhodia. Y allá fue adonde me llevaron.

—¡Cómo! —exclamó Biron—. Pero si eso debió de ser un riego aún mayor. ¿Cómo lo hicieron?

—No lo sé. —Gillbret pasó sus delgados dedos a través de sus grises cabellos, mientras sus ojos parecían tratar inútilmente de penetrar en la profundidad de su memoria. Me anestesiaron, supongo. De eso no recuerdo nada. Después de un cierto punto no hay nada. Solamente puedo recordar que abrí los ojos y me encontraba nuevamente en el «Sanguinario»; estaba en el espacio, en el exterior de Rhodia.

—¿Y los dos tripulantes muertos estaban aún atados a los imanes de remolque? ¿No los habían quitado en el mundo de la rebelión? —preguntó Biron.

—Estaban allí.

—¿Y había alguna evidencia que indicase que usted había estado en el mundo de la rebelión?

—Ninguna; sólo lo que yo recordaba.

—¿Y cómo sabía usted que se encontraba precisamente en el espacio exterior de Rhodia?

—No lo sabía. Sabía que estaba cerca de un planeta, pues el masómetro así lo indicaba. Utilicé nuevamente la radio, y esta vez fueron naves de Rhodia las que vinieron en mi busca. Relaté mi historia al que era entonces comisario tyrannio, con algunas modificaciones adecuadas. Naturalmente, no mencioné para nada el mundo de la rebelión. Y dije que el meteoro nos había alcanzado inmediatamente después del último salto. No quería que sospechasen mi conocimiento de que una nave tyrannia podía dar los saltos automáticamente.

—¿Cree usted que los del mundo de la rebelión descubrieron ese pequeño detalle? ¿Se lo dijo usted?

—No se lo dije. No tuve ocasión. No estuve allí el tiempo suficiente, por lo menos consciente. Pero no sé cuánto tiempo estuve inconsciente, ni lo que consiguieron descubrir por sí mismos.

Biron contempló la placa visora. A juzgar por la rigidez de la imagen que presentaba, la nave muy bien podría estar anclada en el espacio. El «Implacable» navegaba a una velocidad de quince mil kilómetros por hora, pero eso era bien poco comparado con las inmensidades del espacio. Las estrellas aparecían duras, brillantes, inmóviles. Tenían una calidad hipnótica.

—Y entonces, ¿a dónde vamos? Supongo que usted aún no sabe dónde está el mundo de la rebelión.

—No. Pero creo conocer a quien lo sabe —dijo Gillbret con entusiasmo.

—¿Quién es?

—El autarca de Lingane.

—¿Lingane? —Biron arrugó el entrecejo. Le parecía que había oído aquel nombre hacía tiempo, pero se había olvidado de las circunstancias—. ¿Y por qué precisamente a él?

—Lingane fue el último reino capturado por los tyrannios. No está, ¿cómo diríamos?, tan pacificado como los demás. ¿Te das cuenta de la relación?

—Sólo hasta cierto punto.

—Y si quieres otra razón, piensa en tu padre.

—¿Mi padre? —Por un momento Biron olvidó que su padre había muerto, y le vio allí, alto y lleno de vida; pero luego recordó, y sintió que un frío estremecimiento recorría su cuerpo—. ¿Y qué tiene que ver mi padre con esto?

—Estuvo hace seis meses en la corte y me enteré de algo de lo que quería. Escuché a hurtadillas algunas de sus conversaciones con mi primo Hinrik.

—Oh, tío —dijo impaciente Artemisa.

—¿Sí, querida?

—No tenías ningún derecho a escuchar las discusiones privadas de mi padre.

Gillbret se encogió de hombros.

—Evidentemente, pero resultaba divertido, además de útil.

—Espere —terció Biron, sintiendo que su excitación aumentaba—. ¿Dijo usted que hace seis meses mi padre estuvo en Rhodia?

—Sí.

—Dígame. Cuándo estuvo allí, ¿tuvo acceso a la colección de primitivismo del director? Usted me dijo una vez que el director tenía una gran biblioteca sobre cuestiones referentes a la Tierra.

—Supongo que sí. La biblioteca es muy famosa, y se suele ofrecer a los visitantes distinguidos, si quieren usarla; normalmente no les interesa, pero a tu padre sí. La verdad es que lo recuerdo perfectamente; estuvo allí casi un día entero.

Los datos concordaban. Hacía medio año que su padre le había pedido ayuda por vez primera.

—Supongo que usted conoce bien la biblioteca —dijo Biron.

—Por supuesto.

—¿Hay en la biblioteca algo que sugiera que en la Tierra existe un documento de gran valor militar?

La cara de Gillbret reflejó su evidente ignorancia del asunto.

—En algún momento de los últimos siglos de la prehistoria de la Tierra debió existir tal documento —dijo Biron—. Solamente puedo decirle que mi padre creía que se trataba del artículo más valioso de toda la galaxia, y al mismo tiempo el más mortífero. Yo tenía que haberlo obtenido para él, pero tuve que marcharme de la Tierra demasiado pronto, y además —su voz se quebró— mi padre murió también demasiado pronto.

Pero Gillbret continuó mostrando ignorancia.

—No sé de qué estás hablando.

—Usted no me comprende. Mi padre me habló de ello por vez primera hace seis meses. Se debió enterar en la biblioteca de Rhodia. Si usted la ha revisado, ¿podría decirme qué pudo ser lo que encontró en ella?

Pero lo único que Gillbret podía hacer era menear la cabeza.

—Bueno, continúe su relato —pidió Biron.

—Tu padre y mi primo hablaron del autarca de Lingane —dijo Gillbret —. A pesar de la cuidadosa fraseología empleada por tu padre, Biron, resultaba evidente que el autarca era el inspirador y la cabeza de la conspiración. Y luego —vaciló—, llegó una misión de Lingane con el autarca a la cabeza. Y yo…, yo… le hablé del mundo de la rebelión.

—Hace un momento dijo que no había hablado de ello a nadie —dijo Biron.

—Excepto al autarca. Tenía que saber la verdad.

—¿Y qué le dijo?

—Prácticamente nada. Pero era lógico que tuviese que ser cauteloso. ¿Podía fiarse de mí? Yo podía haber estado trabajando para los tyrannios. ¿Cómo podía él saberlo? Pero no cerró del todo la puerta. Es la única clave que tenemos.

—¿De veras? —dijo Biron—. Pues entonces iremos a Lingane. Supongo que lo mismo da un sitio que otro.

La referencia a su padre le había deprimido, y, de momento, nada importaba mucho. ¡Así, pues, a Lingane!

¡A Lingane! Estaba pronto dicho. Pero, ¿cómo se hace para orientar la nave hacia un pequeño punto luminoso que está a treinta y cinco años luz de distancia? ¡A trescientos billones de kilómetros! ¡A un tres con catorce ceros detrás! A quince mil kilómetros por hora (velocidad de crucero del «Implacable»), se tardarían más de dos millones de años en llegar.

Biron hojeó el «Almanaque de Efemérides Galácticas» con un sentimiento semejante a la desesperación. Allá figuraban detalladamente decenas de millares de estrellas, cuya posición venía concisamente indicada por medio de tres números. Había cientos de páginas de tales números, simbolizados por las letras griegas ρ (ro), θ (theta) y Φ (fi).

ρ era la distancia al centro galáctico en parsecs; θ, la separación angular, a lo largo del plano de la lente galáctica y a partir de la línea básica estándar (es decir, la línea que conecta el centro galáctico y el Sol del planeta Tierra); Φ, la separación angular desde la línea básica en el plano perpendicular al de la lente galáctica. Las dos últimas medidas iban

expresadas en radianes. Dados estos tres números, se podía localizar exactamente cualquier estrella en toda aquella inmensidad espacial.

Es decir, podía localizarse en una fecha determinada. Además de la posición de la estrella en el día concreto para el que se calcularon todos los datos, se tenía que conocer la velocidad propia de la estrella, así como su dirección. Era una corrección relativamente pequeña, pero necesaria. Un millón de kilómetros no es casi nada comparado con las distancias estelares, pero es una larga distancia para una nave.

Había también, como es natural, el problema de la propia posición de la nave. Se podía calcular la distancia a Rhodia por medio de la lectura del masómetro, o, mejor dicho, la distancia al sol de Rhodia, puesto que a aquella distancia en el espacio el campo gravitatorio del sol contrarrestaba el de cualquiera de los planetas. La dirección en que se movían referida a la línea básica galáctica era más difícil de determinar. Biron tenía que localizar a otras dos estrellas conocidas además del sol de Rhodia. Basándose en sus posiciones aparentes y en la distancia conocida al sol de Rhodia, podía establecer su posición presente.

Lo hizo algo rudimentariamente, pero tenía la seguridad de que su cálculo tenía suficiente exactitud. Sabiendo su propia posición y la del sol de Lingane, lo único que tenía que hacer era ajustar los mandos a la dirección y fuerza necesarios para el impulso hiperatómico.

Biron se sentía solo e inquieto, pero no asustado. Rechazó esa palabra. En cambio estaba realmente inquieto. Calculaba cuidadosamente los elementos del salto para seis horas más tarde. Quería tener tiempo de sobras para comprobar sus números. Y quizá tuviese una oportunidad de hacer una pequeña siesta. Había sacado de la cabina los elementos de la cama, y estaba ahora preparado para hacerla.

Probablemente los otros dos estaban durmiendo en la cabina. Se dijo a sí mismo que era lo mejor, pues no quería a su alrededor nadie que le molestase, y, sin embargo, cuando oyó por la parte de afuera el leve ruido de unos pies descalzos, levantó la vista con cierto interés.

—Hola —dijo—, ¿por qué no estás durmiendo?

Artemisa se detuvo en la puerta, vacilando.

—¿Te importa que entre? —preguntó en voz baja—. ¿No te estorbaré?

—Depende de lo que hagas.

—Procuraré portarme bien.

Biron pensó con recelo que la muchacha parecía excesivamente humilde. Pronto descubrió la razón.

—Tengo un miedo terrible —dijo—. ¿Y tú?

A Biron le hubiera gustado decir que no, en modo alguno. Pero no le salieron esas palabras. Sonrió, algo avergonzado.

—Sí, tengo un poco de miedo.

Por raro que parezca, eso consoló a la muchacha. Se arrodilló en el suelo, junto a él, y miró los gruesos libros que estaban frente al piloto, y las hojas de cálculos.

—¿Tenían todos estos libros aquí?

—Desde luego. No podrían pilotar una nave sin ellos.

—¿Y tú entiendes todo eso?

—No, no todo. Desearía entenderlo. Espero que entenderé lo suficiente. Tendremos que saltar a Lingane, ¿sabes?

—¿Es difícil hacerlo?

—No lo es si sabemos las cifras, que están todas aquí, tienes los mandos, que también están, y tienes experiencia, de la cual yo carezco. Por ejemplo, se debería hacer en varios saltos, pero yo voy a tratar de hacerlo en uno solo, porque habrá menos probabilidades de que se presenten dificultades, a pesar de que eso significa malgastar energía.

No debía decírselo; no serviría de nada decírselo; sería cobarde asustarla, y sería difícil tratarla si se asustaba de veras, si sentía verdadero pánico. Biron se repetía todo eso, y, sin embargo, no le servía de nada. Quería compartirlo con alguien. Quería sacárselo de la cabeza.

—Hay ciertas cosas que debería saber —dijo—, pero que no sé. Cosas tales como si la densidad de masas desde aquí a Lingane afecta al recorrido del salto, puesto que la densidad de la masa es lo que regula la curvatura de esta parte del universo. La Efemérides, es decir, ese librote gordo, menciona las correcciones de curvatura que es preciso efectuar en ciertos saltos estandarizados, y a partir de éstas se supone que uno podrá calcular sus correcciones particulares, pero cuando se tiene a una supergigante a menos

de diez años luz, entonces todos los cálculos fallan. Ni siquiera estoy seguro de haber usado correctamente el computador.

—Pero, ¿qué sucedería si te equivocases?

—Podría suceder que volviésemos a entrar en el espacio demasiado cerca del sol de Lingane.

Ella reflexionó durante un rato sobre estas palabras.

—No tienes idea de lo mejor que me siento —dijo al fin.

—¿Después de lo que acabo de decir?

—Naturalmente. Allí, en mi litera, me sentía desamparada y perdida entre tanto vacío en todas direcciones. Ahora sé que vamos a algún sitio, y que el vacío está bajo nuestro control.

Biron se sintió satisfecho. ¡Qué diferente se mostraba la chica!

—Bueno, no estoy seguro de que realmente esté bajo nuestro control.

—Sí, lo está —le atajó ella—. Sé que puedes manejar la nave.

Biron se dijo que quizá podría.

Artemisa estaba sentada frente a él, con las largas y desnudas piernas cruzadas. No llevaba encima más que su delgada ropa interior, pero parecía no darse cuenta del hecho, a diferencia de lo que ocurría a Biron.

—¿Sabes? —dijo la muchacha—. Cuando estaba en la litera tenía una sensación extraña, casi como si estuviese flotando. Eso fue una de las cosas que me asustaron; cada vez que me volvía daba un pequeño salto en el aire y volvía a caer lentamente, como si el aire tuviese muelles.

—No dormirías en una de las literas altas, ¿verdad?

—Pues sí. Las de abajo me dan claustrofobia, con otro colchón a unos centímetros por encima de la cabeza.

—Eso lo explica —rio Biron—. La fuerza gravitatoria de la nave está en dirección a la base, y disminuye a medida que nos apartamos de ella. En la litera de arriba pesas probablemente diez o quince kilos menos que sobre el suelo. ¿Has viajado alguna vez en una nave de pasajeros? ¿En una verdaderamente grande?

—Una vez, cuando mi padre y yo visitamos Tyrann el año pasado.

—Pues bien, en las naves de pasajeros hacen que la gravedad se dirija en todas partes hacia el casco externo, de modo que su eje mayor esté

siempre «arriba». Por esa razón los motores están siempre situados a lo largo de un cilindro sobre el eje mayor. Allí no hay gravedad.

—Se debe requerir mucha energía para mantener una gravedad artificial.

—La suficiente para iluminar a toda una pequeña ciudad.

—No hay ningún peligro de que nos quedemos sin combustible, ¿verdad?

—No te preocupes por eso. La energía se obtiene por conversión total de materia en energía. El combustible será lo último que se nos acabará. Antes se gastará el casco externo.

La chica estaba enfrente de Biron, y éste se dio cuenta de que ella se había quitado el maquillaje de la cara, y se preguntó cómo lo habría hecho; probablemente con un pañuelo y la menor cantidad posible de agua potable. El resultado no la perjudicaba, pues su piel blanca y clara resaltaba de un modo aún más perfecto, frente al negro de sus ojos y de sus cabellos. Biron pensó en que sus ojos eran muy cálidos.

El silencio duraba demasiado, y Biron lo rompió apresuradamente.

—Tú no viajas mucho, ¿verdad? Quiero decir que solamente has ido una vez en una nave de pasajeros.

La muchacha asintió.

—Y fue más que suficiente. Si no hubiese ido a Tyrann, aquel cochino chambelán no me hubiese conocido y… prefiero no hablar de eso.

Biron no insistió.

—¿Eso es normal? —preguntó—. Quiero decir, el no salir de viaje.

—Me temo que sí. Mi padre está siempre de viaje en visitas oficiales, inaugurando exposiciones agrícolas y consagrando edificios. Generalmente, hace unos discursos que le escribe Aratap. Pero por lo que a nosotros se refiere, cuanto más nos quedamos en palacio, tanto más contentos están los tyrannios. ¡Pobre Gillbret! La única vez que salió de Rhodia fue para representar a mi padre en la coronación del Khan. Y nunca más le han dejado que se metiese en una nave.

Bajo la mirada y, distraídamente, se puso a hacer pliegues con la tela de la manga de Biron, junto a la muñeca.

—Biron —dijo.

—Sí… Arta. —Tartamudeó un poco, pero al fin la llamó por su diminutivo.

—¿Crees que la historia de tío Gil puede ser cierta?

—No lo sé.

—¿Crees que puede ser un producto de su imaginación? Ha estado meditando desde hace años sobres los tyrannios, y nunca ha podido hacer nada, salvo montar sus rayos de espionaje, lo cual es infantil, y él lo sabe. Quizás ha estado soñando despierto, y en el curso de los años ha llegado a creerlo. Le conozco bien, ¿sabes?

—Podría ser, pero sigámosle un poco la corriente. En cualquier caso, podemos ir a Lingane.

Estaban el uno junto al otro. Él podía extender los brazos y tocarla, abrazarla, besarla. Y eso fue lo que hizo. Fue un completo *non sequitur*. A Biron le pareció que nada había conducido a ello. En un instante, la chica, suave y sedosa, se halló en sus brazos, y sus labios se unieron.

Su primer impulso fue decir que lo sentía, excusarse tontamente; pero cuando se separó y se dispuso a hablar, la chica no intentó en modo alguno escapar, sino que apoyó la cabeza en su brazo izquierdo. Sus ojos permanecieron cerrados.

De modo que no dijo nada, sino que la volvió a besar, lenta y profundamente. Era lo mejor que podía haber hecho, y pronto se dio cuenta de que era así.

Al final ella dijo, algo soñadoramente:

—¿No tienes hambre? Te traeré un poco de concentrado y te lo calentaré. Y luego, si quieres dormir, vigilaré en tu lugar. Y…, y será mejor que me ponga algo más de ropa.

Antes de salir por la puerta, se volvió hacia él.

—El concentrado alimenticio sabe muy bien, una vez te has acostumbrado. Gracias por conseguirlo.

Por alguna extraña razón, aquellas palabras, más aún que los besos, sellaron el tratado de paz entre ambos.

Cuando Gillbret entró en la sala de mandos, algunas horas después, no se mostró sorprendido al encontrar a Biron y Artemisa conservando de un modo absurdo, y no hizo observación alguna sobre el hecho de que el brazo de Biron estaba alrededor de la cintura de Artemisa.

—¿Cuándo saltamos, Biron? —preguntó.

—Dentro de media hora —contestó Biron.

Pasó media hora; los mandos estaban ajustados, y la conversación languideció y acabó por extinguirse. A la hora cero Biron aspiró profundamente e hizo girar una palanca a todo lo largo de su arco, de izquierda a derecha.

No ocurrió como en la nave de pasajeros. El «Implacable» era más pequeño, y, por consiguiente, el salto fue menos suave. Biron vaciló, y durante una fracción de segundo todo lo que había a bordo osciló.

Luego volvió la suavidad y la solidez.

Las estrellas de la placa visora habían cambiado. Biron hizo girar la nave, de modo que el campo de estrellas se elevó, mientras cada una de ellas se desplazaba trazando un majestuoso arco. Finalmente apareció una estrella, que era de un blanco brillante y mayor que un punto. Era una pequeña esfera, una mota de arena ardiente. Biron la captó, equilibró la nave antes de perderla y dirigió hacia ella el telescopio, conectando el dispositivo espectroscópico.

Consultó nuevamente la «Efemérides», y estudió la sección sobre *Características Espaciales*. Luego abandonó el asiento del piloto.

—Está aún demasiado lejos —dijo—. Tendré que acercarme. Pero, en fin, aquello es el sol de Lingane.

Era el primer salto que había efectuado en su vida, y había sido un éxito.

12. Viene el autarca

El autarca de Lingane estaba considerando el asunto, pero sus facciones frías y bien dominadas apenas se arrugaban bajo el impacto de su esfuerzo mental.

—Y esperó cuarenta y ocho horas para decírmelo —dijo.

—No había ninguna razón para decírselo antes —replicó Rizzet audazmente—. Si le bombardeásemos con toda clase de cosas, la vida sería para usted una carga. Se lo decimos ahora porque no lo entendemos. Es extraño, y en nuestra situación no nos podemos permitir nada extraño.

El autarca apoyó una pierna sobre el resplandeciente alféizar de la ventana y miró hacia fuera, pensativo. La ventana misma representaba quizá lo más extraño en la arquitectura linganiana. Era de tamaño regular y estaba dispuesta al extremo de un entrante de metro y medio que se iba estrechando suavemente en dirección a ella. Era extraordinariamente clara, muy gruesa y curvada con exactitud; era más bien una lente que una ventana, y dirigía hacia el interior, como un embudo, la luz de todas las direcciones, de modo que al mirar el exterior lo que se veía era un panorama en miniatura.

Desde cada una de las ventanas del feudo del autarca podía verse un campo que abarcaba la mitad del horizonte desde el cenit al nadir. La pequeñez y la distorsión aumentaba junto a los bordes, pero eso procuraba por sí solo cierto sabor especial a lo que se veía; el pequeño y pleno movimiento de la ciudad, las órbitas curvas y ascendentes de los estratosféricos en forma de media luna que partían del aeropuerto. Uno se acostumbraba tanto a ello, que abrir la ventana para permitir que entrase la insípida realidad no hubiese parecido natural. Cuando la posición del Sol convertía las ventanas-lentes en focos de una luz y un calor insoportables,

se cubrían automáticamente, en vez de abrirse, haciéndose opacas gracias a un desplazamiento de la polarización característica del cristal.

Ciertamente, la teoría de que la arquitectura de un planeta refleja su situación en la galaxia parecía verse confirmada en el caso de Lingane y sus ventanas especiales.

A semejanza de sus ventanas, Lingane era pequeño, y, sin embargo, dominaba una vista panorámica. Era un «estado planetario» en una galaxia que en aquella época había superado tal etapa de desarrollo económico y político. Donde la mayoría de las unidades políticas eran conglomerados de sistemas estelares, Lingane seguía siendo lo que había sido desde siglos: un mundo habitado solitario, lo cual no le impedía ser rico. La verdad era que apenas parecía posible que Lingane no lo fuese.

Es difícil poder predecir cuándo un mundo está situado de tal modo que muchas de las rutas de los saltos pueden utilizarlo como punto intermedio, o incluso cuando no tienen más remedio que utilizarlo en interés de una economía óptima. Depende en gran parte del tipo de desarrollo de aquellas regiones del espacio. Hay el problema de la distribución de los planetas naturalmente habitables, el del orden en que son colonizados y desarrollados y el del tipo de economía a que pertenecen.

Lingane descubrió pronto su propio valor, lo cual fue el punto crucial de su historia. Después del hecho de poseer realmente una posición estratégica, lo más importante es la capacidad de apreciar y explotar tal posición. Lingane se había dedicado a ocupar pequeños planetoides que carecían de recursos para mantener una población independiente, por la sola razón de que contribuirían a mantener el monopolio comercial de Lingane, y construyeron estaciones de servicio en aquellas rocas, en las que se hallaba todo lo que podía necesitar una nave, desde recambios hiperatómicos hasta nuevos libros-carrete. Estas estaciones crecieron hasta convertirse en grandes establecimientos comerciales. Desde todos los confines de los Reinos Nebulares afluían pieles, minerales, grano, carne, madera; y desde los Reinos Interiores llegaba maquinaria, instrumentos, medicamentos y toda clase de otros productos manufacturados en una corriente parecida.

Así, a semejanza de sus ventanas, la pequeñez de Lingane contemplaba toda la galaxia. Era un planeta solitario, pero no le iba mal.

—Comience con la nave correo, Rizzet —dijo el autarca sin moverse de la ventana—. ¿Dónde se encontró por primera vez con ese crucero?

—A menos de ciento cincuenta mil kilómetros de Lingane. Las coordenadas exactas poco importan. Desde entonces se les ha estado observando. La cuestión es que, incluso entonces, el crucero tyrannio estaba ya en órbita alrededor del planeta.

—¿Cómo si no tuviese intención de aterrizar, sino más bien como si estuviese esperando algo?

—Sí.

—¿Y no hay manera de saber cuánto tiempo hacía que estaba esperando?

—Me temo que eso es imposible. No les había visto nadie más. Lo hemos comprobado minuciosamente.

—Está bien —dijo el autarca—. Dejemos eso de momento. Detuvieron la nave mensajera, lo cual constituye, naturalmente, una interferencia con el correo, y una violación de nuestro reglamento de asociación con Tyrann.

—Dudo de que fuesen tyrannios. Su actitud vacilante más bien tiende a sugerir a alguien fuera de la ley, a prisioneros que huyen.

—¿Se refiere a los hombres del crucero tyrannio? Quizá sea eso lo que quieren que nosotros creamos. En todo caso, su única acción declarada fue pedir que se me transmitiese un mensaje.

—Así es. Directamente al autarca.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—¿Y no entraron en ningún momento en la nave mensajera?

—Todas las comunicaciones se efectuaron a través de tres kilómetros de espacio vacía, y fue capturada en la red de la nave.

—¿Y la comunicación fue solamente auditiva, o también visual?

—Visión total. Y de eso se trata. El que hablaba ha sido descrito como un joven de «porte aristocrático», sea lo que sea lo que quiere decir eso.

El puño del autarca se cerró lentamente.

—¿De veras? ¿Y no se tomó una impresión fotográfica de su cara? Eso fue una equivocación.

—Desgraciadamente no había razón para que el capitán pudiese prever la importancia de hacerlo. ¡Si es que tiene alguna importancia! ¿Es que todo eso significa algo para usted, señor?

—¿Y éste es el mensaje?

—Exacto. Un tremendo mensaje de una palabra que debíamos haberle entregado directamente a usted; lo cual no hicimos, naturalmente. Por ejemplo, podía haber sido una cápsula de fisión. De esta manera se han cometido asesinatos.

—Sí, y precisamente de autarcas —dijo el autarca—. Solamente una palabra: «Gillbret».

El autarca mantenía su calma indiferente, pero se iba acumulando cierta falta de certidumbre que no le gustaba. No le complacía que le hiciese percibir limitaciones. Un autarca no debería sentir limitaciones, y en Lingane no sentía ninguna, como no fuese impuesta por alguna ley natural.

No siempre hubo un autarca. En sus primero tiempos Lingane había sido gobernado por dinastías de príncipes mercaderes. Las familias que habían establecido primero las estaciones de servicio subplanetarias eran los aristócratas del estado. No poseían tierras y, por tanto, no podían competir en posición social con los rancheros y granjeros de los mundos vecinos. Pero eran ricos en recursos financieros y por lo tanto podían comprar y vender a aquellos mismos rancheros y granjeros, y de hecho a veces lo hacían, por razones de alta finanza.

Y Lingane sufrió la suerte corriente de un planeta gobernado (o desgobernado) en tales circunstancias. La balanza de poder oscilaba entre una familia y otra. Los diversos grupos se turnaban en el exilio. Las intrigas y las revoluciones palaciegas eran crónicas, de modo que si el directorio de Rhodia era el principal ejemplo de estabilidad y desarrollo ordenado en aquel sector, Lingane era un ejemplo de inquietud y de desorden. «Tan voluble como Lingane», decía la gente.

Juzgando por la experiencia, el resultado era inevitable. A medida que los estados planetarios vecinos se fueron consolidando en estados agrupados, los conflictos civiles de Lingane se fueron haciendo cada vez más peligrosos para el planeta. Al final la población ordinaria estaba perfectamente dispuesta a sacrificar cualquier cosa con tal de conseguir una

clama general. Y de este modo cambiaron una plutocracia por una autocracia, y perdieron poca libertad en el cambio. El poder de varios se concentró en uno solo, pero éste se mostraba con mucha frecuencia muy amistoso para con el pueblo, al que utilizaba como contrapeso frente a los mercaderes que nunca llegaron a reconciliarse.

Bajo la autarquía, Lingane aumentó su riqueza y su fuerza. Incluso los tyrannios, al atacar treinta años antes, cuando estaban en el punto culminante de su poderío, fueron detenidos. Y las consecuencias de ello habían sido permanentes. Desde el año en que los tyrannios atacaron a Lingane no habían conquistado ningún otro planeta.

Otros plantas de los Reinos Nebulares eran simples vasallos de los tyrannios, pero Lingane era un Estado asociado, teóricamente un «aliado» semejante a Tyrann, con derechos garantizados por el reglamento de asociación.

El autarca no se engañaba respecto a la situación. Los ultranacionalistas del planeta podían permitirse el lujo de considerarse libres, pero el autarca sabía que el peligro de Tyrann había sido contenido a corta distancia durante la pasada generación; sólo a corta distancia.

Y podría ser que ahora se estuviera acercando rápidamente el abrazo final y mortífero, tanto tiempo pospuesto. Y la verdad era que él les había proporcionado la oportunidad que habían estado esperando. Los organización que había levantado, por ineficaz que fuese, constituía motivo suficiente para una acción punitiva de cualquier clase que los tyrannios quisiesen emprender. Legalmente, Lingane no tendría razón.

¿Era aquel crucero el primer síntoma del abrazo mortal?

—¿Se ha puesto esa nave bajo vigilancia? —preguntó el autarca.

—Ya he dicho que se les observa. Dos de nuestros cargueros se encuentran a alcance de masómetro.

—Y bien, ¿qué le parece?

—No sé. El único Gillbret que conozco, cuyo nombre por sí solo puede significar algo, es Gillbret oth Hinriad de Rhodia. ¿Ha tenido usted tratos con él?

—Le vi durante mi última visita a Rhodia —dijo el autarca.

—No le dijo nada, naturalmente.

Los ojos de Rizzet se estrecharon.

—Pensé que quizás usted no tuvo suficiente precaución y que los tyrannios se beneficiaron de una falta de prudencia semejante por parte de ese Gillbret, pues los Hinriads son notoriamente débiles en estos tiempos, y que lo de ahora podría ser una trampa para que usted se traicionase a sí mismo.

—Lo dudo. Este asunto se presenta en un momento raro. He estado ausente de Lingane durante un año o más. Llegué la semana pasada, y volveré a partir dentro de unos días. Un mensaje así llega a mí precisamente cuando puede llegarme.

—¿No cree usted que es una coincidencia?

—No creo en coincidencias. Y existe un solo modo en el cual todo esto no sería una coincidencia. Así que voy a visitar esa nave, solo.

—¡Imposible, señor!

Rizzet estaba asombrado. Una pequeña cicatriz que tenía sobre la sien derecha se enrojeció súbitamente.

—¿Me lo prohíbe? —preguntó secamente el autarca.

Al fin y al cabo era el autarca. Rizzet pareció acongojado y dijo:

—Como usted lo desee, señor.

A bordo del «Implacable» la espera se iba haciendo cada vez más desagradable. Durante dos días no se habían separado de su órbita.

Gillbret vigilaba los mandos con atención incansable. Su voz traslucía la tensión que le embargaba.

—¿No dirías tú que se están moviendo?

Biron levantó la mirada. Se estaba afeitando, manipulando con extremo cuidado el pulverizador erosivo de los tyrannios.

—No —dijo—, no se están moviendo. ¿Por qué habrían de moverse? Nos están vigilando, y continuarán haciéndolo.

Concentró su atención en la difícil área sobre el labio superior, y frunció el ceño con impaciencia al sentir en su lengua el gusto ligeramente agrio de la pulverización. Los tyrannios sabían manejarla con una gracia que era casi poética. En manos de un experto era sin duda el método más rápido y mejor

que existía, de entre los no permanentes. En esencia, era un abrasivo finísimo impulsado por aire que eliminaba los pelos sin dañar la piel. Lo cierto era que la piel sólo sentía algo así como la suave presión de lo que podía ser una corriente de aire.

Sin embargo, a Biron le causaba cierta repugnancia, pues conocía la leyenda, hecho cierto o lo que fuese de que la incidencia del cáncer facial era mayor entre los tyrannios que entre otros grupos culturales, y algunos lo atribuían a la pulverización para afeitarse que aquéllos utilizaban. Por vez primera Biron se preguntó si no sería mejor hacerse depilar por completo la cara. En ciertas partes de la galaxia era lo más corriente. Rechazó la idea; la depilación era permanente, y la moda podía cambiar, implantando bigotes o patillas.

Biron se estaba contemplando la cara en el espejo, preguntándose qué aspecto tendría si se dejase patillas hasta el ángulo de la mandíbula, cuando Artemisa apareció junto a la puerta:

—Creí que te ibas a dormir —dijo.

—Me dormí, y luego me desperté.

Levantó la mirada hacia ella y sonrió. La chica le acarició la mejilla.

—Es suave. Parece que tengas dieciocho años.

Biron se llevó a los labios la mano de la muchacha.

—No te dejes engañar por eso —dijo.

—¿Nos vigilan aún? —preguntó ella.

—Sí. ¿Verdad que son pesados estos interludios que le dan a uno tiempo para descansar y preocuparse?

—Este interludio no me parece pesado.

—Ahora hablas de otro de sus aspectos, Arta.

—¿Por qué no nos cruzamos con ellos y aterrizamos en Lingane?

—Lo hemos pensado, pero no creo que estemos preparados para esta clase de riesgo. Podemos permitirnos esperar hasta que la reserva de agua disminuya algo.

—Te digo que se están moviendo —dijo Gillbret elevando el tono de voz.

Biron se dirigió al tablero de mandos y observó los masómetros. Luego se volvió a Gillbret.

—No. Las dos naves no se han movido con relación a nosotros, Gillbret. Lo que ha alterado el masómetro es que una tercera nave se ha unido a ellas. Con la aproximación con que puedo decirlo, está a ocho mil kilómetros, a unos 46 grados ρ 192 φ de la línea nave-planeta, si es que no me equivoco en las convenciones, en el sentido de las agujas del reloj, y viceversa. Los números son, respectivamente, 314 y 168 grados. —Se detuvo para tomar otra lectura—. Me parece que se acercan. Es una nave pequeña. ¿Cree que puede entrar en contacto, Gillbret?

—Puedo probarlo —dijo Gillbret.

—Bien. Nada de visión. Contentémonos con sonido, hasta que tengamos alguna idea de lo que viene.

Era asombroso contemplar a Gillbret a los mandos de la radio etérica. Evidentemente poseía talento innato. Entrar en contacto con un punto asilado del espacio por medio de un estrecho haz de radio es algo que no deja de ser, después de todo, una tarea en la cual la información del tablero de mandos de la nave sólo puede participar un poco. Tenía una idea de la distancia de la nave, con una aproximación, en más o en menos, de ciento cincuenta kilómetros. Disponía de dos ángulos, cada uno de los cuales podía muy bien presentar un error de cinco a seis grados en cualquier dirección.

Eso dejaba un volumen de unos cuarenta millones de kilómetros cúbicos en los cuales pudiera estar la nave. El resto era cosa del operador humano, y un haz de radio no era sino un dedo explorador que recorría una sección de menos de un kilómetros en su punto de máxima amplitud, a una distancia de recepción posible. Se decía que un operador experimentado podía percibir por el tacto de los mandos el grado de error del haz. Naturalmente, esa teoría era absurda desde un punto de vista científico, pero a menudo parecía que no cabía otra explicación posible.

Al cabo de menos de diez minutos el medidor de la actividad de la radio subía rápidamente, y el «Implacable» comenzaba a emitir y a recibir.

Otros diez minutos después Biron pudo recostarse en el asiento.

—Envían a bordo a un hombre —dijo.

—¿Debemos permitírselo? —preguntó Artemisa.

—¿Y por qué no? Es sólo un hombre. Estamos armados.

—Pero, ¿y si dejamos que su nave se acerque demasiado?

—Somos un crucero tyrannio, Arta. Tenemos una potencia de tres a cinco veces mayor que la suya, aunque fuese la mejor nave de guerra de que dispone Lingane. Su preciado reglamento de asociación no les permite gran cosa, y nosotros tenemos cinco demoledores de gran calibre.

—¿Y tú sabes cómo emplear los demoledores tyrannios? No tenía ni idea de que lo supieses —dijo Artemisa.

A Biron le desagradó mucho tener que cerrar la llave a la admiración, pero no tuvo más remedio.

—Desgraciadamente, no; por lo menos, todavía no. Pero la nave lingania no está enterada de eso, ¿comprendes?

Media hora más tarde la placa visora mostró una nave. Era un aparato pequeño y achatado, provisto de dos juegos de cuatro aletas, como si tuviese que realizar con frecuencia vuelos estratosféricos.

En cuanto apareció en el telescopio, Gillbret gritó entusiasmado:

—Es el yate del autarca. Es su yate particular, estoy seguro. Ya os dije que bastaría mencionar mi nombre para conseguir su atención —dijo con una amplia sonrisa.

La nave lingania entró en período de desaceleración y ajuste de velocidad, hasta que apareció inmóvil en la placa visora. Se oyó una voz débil en el receptor.

—¿Listos para el abordaje?

—¡Listos! —Respondió Biron—. Solamente una persona.

—Una persona —respondieron.

Era algo semejante a una serpiente que se desenrosca. La cuerda de red metálica se desprendió de la nave lingania y se proyectó hacia el exterior, lanzada a modo de arpón. Su grueso fue creciendo en la placa visora, y el cilindro magnetizado en que terminaba fue aumentando de tamaño. A medida que se acercaba se dirigía hacia le borde del cono de visión. Luego viró en redondo.

El sonido del contacto fue huevo y resonante. El peso magnetizado quedó anclado, y el cable apareció como un tela de araña que no formaba

una curva normal, sino que conservaba todos los pliegues y resaltos que formó en el momento del contacto, los cuales avanzaban individual y lentamente hacia delante bajo la influencia de la inercia.

Con facilidad y precaución, la nave lingania se fue apartando y el cable se enderezó, quedando allí suspendido, tenso y fino, adelgazándose en el espacio hasta convertirse en algo casi invisible que resplandecía con increíble esbeltez a la luz del sol de Lingane.

No era la forma acostumbrada de abordar. Generalmente, las dos naves maniobraban hasta casi tocarse, de modo que las esclusas de aire extensibles podían juntarse bajo la influencia de fuertes campos magnéticos. Entonces las naves quedaban unidas por un túnel a través del espacio, y era posible pasar de la una a la otra sin más protección que la que se requería a bordo de la nave. Como es natural, tal forma de abordaje requería confianza mutua.

Al hacerlo por el cable a través del espacio, era imprescindible un traje espacial. El linganio que se acercaba iba embutido en el suyo, un artefacto grueso de red metálica extendida por el aire, y cuyas junturas requerían un esfuerzo muscular considerable para ser movidas. Incluso a la distancia a que se encontraba, Biron podía ver cómo, al flexionar los brazos, saltaba la juntura, yendo a detenerse en la ranura siguiente.

Era preciso ajustar cuidadosamente las velocidades mutuas de ambas naves. Una aceleración descuidada por parte de uno cualquiera de los dos soltaría el cable y proyectaría al viajero a través del espacio, haciéndolo fácil presa del lejano sol y del impulso inicial del cable al soltarse, sin ninguna fricción ni obstrucción que lo detuviese hasta la eternidad.

El linganio que se acercaba se movía con confianza y rapidez. Cuando llegó algo más cerca fue fácil ver que no se trataba simplemente de un avance mano sobre mano; cada vez que la mano delantera se flexionaba, empujándole hacia delante, se soltaba y flotaba unos cuantos metros en la misma dirección, antes de que la otra mano descendiera y se agarrara de nuevo.

Era algo simiesco a través del espacio; aquel hombre espacial era un resplandeciente mono de metal.

—¿Y qué pasa si falla? —preguntó Artemisa.

—Parece demasiado experto para que le ocurra eso —respondió Biron —, pero si fallase, como brillaría al sol, le recogeríamos de nuevo.

El linganio estaba ahora cerca, y había desaparecido del campo de la placa visora. Al cabo de otros cinco segundos se oyó el sonido de unos pies sobre el casco de la nave.

Biron hizo bajar la palanca que encendía las señales que indicaban el contorno de la esclusa de aire de la nave. Un momento después, y en respuesta a una imperiosa serie de golpes, se abrió la puerta exterior. Se oyó un fuerte golpe justamente al otro lado de una sección ciega en la pared de la cabina del piloto. La puerta exterior se cerró, aquella sección de la pared se deslizó, ocultándose, y un hombre penetró en el interior.

Su traje quedó instantáneamente cubierto de una escarcha que ocultaba el grueso cristal del casco, convirtiéndolo en un montículo blanco. Todo él irradiaba frío; Biron dio más potencia a los calentadores, y entró una bocanada de aire caliente y seco. Durante un instante la escarcha permaneció aún sobre el traje, y luego comenzó a aclararse, convirtiéndose en rocío.

Los torpes dedos metálicos del linganio hurgaban en los cierres del casco, como si estuviese impaciente dentro de su nívea blancura. Por fin se lo quitó y al pasar por la cabeza el suave aislante del interior le revolvió el cabello.

—¡Su excelencia! —exclamó Gillbret, y luego, dirigiéndose a Biron con voz triunfante añadió—: Biron, es el autarca en persona.

Pero Biron sólo pudo decir con voz que trataba en vano de ocultar su estupefacción:

—¡Jonti!

13. El autarca se queda

El autarca apartó suavemente su traje espacial con el pie y se apoderó de la mayor de las sillas acolchadas.

—Hacía tiempo que no me ejercitaba de esta manera —dijo—, pero se dice que, una vez aprendido, ya no se olvida nunca, y por lo que parece así ha sido en mi caso. ¡Hola, Farrill! Buenos días, señor Gillbret. ¡Y si recuerdo bien, esta dama es la señorita Artemisa, la hija del director!

Colocó cuidadosamente un largo cigarrillo entre sus labios y lo encendió con una simple aspiración. El oloroso tabaco llenó el aire con su agradable olor.

—No esperaba verle de nuevo tan pronto, Farrill —dijo.

—¡O tal vez nunca más! —dijo Biron con acritud.

—Nunca se sabe —acordó el autarca—. Naturalmente, con un mensaje que sólo decía «Gillbret», sabiendo que Gillbret no era capaz de pilotar una nave espacial, y, además, teniendo en cuenta que yo mismo envié a Rhodia a un joven que sí sabe pilotarla y es perfectamente capaz de robar un crucero tyrannio en su desesperación por escapar; y finalmente, al saber que uno de los hombres en el crucero era un joven de porte aristocrático, la conclusión resultaba obvia. No me sorprende verle.

—Me parece que sí le sorprende —dijo Biron—. Creo que le asombra. Como el asesino que es usted, debería asombrarle. ¿Cree que le voy a la zaga en mis deducciones?

—Tengo muy buen opinión de usted, Farrill.

El autarca permanecía por completo imperturbable, y Biron se sintió incómodo y estúpido al expresar su resentimiento. Se volvió furiosamente hacia los otros.

—Este hombre es Sander Jonti, el Sander Jonti de quien os he hablado. Es posible que además sea el autarca de Lingane, o cincuenta autarcas juntos, pero para mí es Sander Jonti.

—Es el hombre que… —empezó a decir Artemisa.

Gillbret se llevó su delgada y vacilante mano a la cabeza.

—Reprímete, Biron. ¿Estás loco?

—¡Este es aquel hombre! ¡No estoy loco! —gritó Biron. Se reprimió haciendo un esfuerzo—. Está bien. Supongo que no sirve de nada chillar. Salga de mi nave, Jonti. Ya ve que lo digo con bastante calma. Salga de mi nave.

—Pero querido Farrill, ¿por qué razón?

Gillbret hacía ruidos incoherentes con su garganta, pero Biron le apartó bruscamente a un lado y se enfrentó con el autarca que seguía sentado.

—Cometió usted un error, Jonti. No podía saber anticipadamente que cuando salí de mi dormitorio en la Tierra iba a dejar allí dentro mi reloj de pulsera. Y da la casualidad de que la correa de mi reloj de pulsera es un indicador de radiación.

El autarca lanzó al aire un anillo de humo y sonrió plácidamente. Biron prosiguió:

—Y aquella correo nunca se tornó azul, Jonti. Aquella noche no hubo bomba en mi cuarto. ¡Sólo una bomba falsa, deliberadamente colocada! Y si lo niega, es usted un embustero, Jonti, o autarca, o lo que quiera usted llamarse a sí mismo. Aún más: usted fue quien colocó la falsa bomba. Me utilizó con hypnita y dispuso el resto de la comedia de aquella noche. Todo está perfectamente claro, ¿sabe? Si me hubiese abandonado, habría dormido toda la noche y no hubiese notado nada anormal. Así pues, ¿quién me llamó por el visófono hasta asegurarse de que me había despertado? Es decir, que me había despertado para encontrar la bomba, la cual había sido deliberadamente colocada junto a un contador para que no pudiese dejar de encontrarla. Y ¿quién demolió mi puerta para que pudiese marcharme antes de descubrir que, al fin y al cabo, la bomba era inofensiva? ¡Aquella noche se debió usted divertir mucho, Jonti!

Biron hizo una pausa para ver el efecto que había producido, pero el autarca no hizo sino inclinarse, expresando un cortés interés. Biron sintió

que su furia iba en aumento. Era algo así como golpear almohadas, batir agua o dar patadas en el aire. Prosiguió con voz ronca:

—Mi padre estaba a punto de ser ejecutado; de eso bien pronto me hubiese enterado. Quizás hubiese ido a Nefelos, o quizá no, pues habría seguido mi instinto y nada más. Luego me habría enfrentado, abiertamente o no, con los tyrannios, pero hubiera sabido cuáles eran mis posibilidades, y me hubiera preparado para hacer frente a lo que pudiera suceder.

»Pero usted quería que yo fuese a Rhodia, a ver a Hinrik. Y normalmente no podía esperar que yo hiciese lo que usted quería. No era fácil que acudiese a usted en busca de consejo, a menos que pudiese preparar una situación adecuada, que es precisamente lo que hizo.

»Creí que me iban a asesinar, y no podía pensar en ninguna razón para ello, pero usted sí. Usted parecía haberme salvado la vida y saberlo todo; por ejemplo lo que yo tenía que hacer. Me encontraba confundido, desequilibrado, y seguí su consejo.

Biron se detuvo para recobrar el aliento, esperando una respuesta, pero no la obtuvo.

—No me explicó que la nave en que salí de la Tierra era una nave de Rhodia y que había cuidado de informar al capitán de mi verdadera identidad —prosiguió a voz en grito—. No me explicó que su intención era que cayese en manos de los tyrannios en cuanto aterrizase en Rhodia. ¿Acaso niega todo esto?

Hubo una larga pausa, durante la cual Jonti apagó la colilla de su cigarrillo aplastándola lentamente.

Gillbret se retorcía las manos.

—Biron, estás poniéndote en ridículo. El autarca no…

Entonces Jonti levantó la mirada y dijo quedamente:

—El autarca, sí… Lo admito todo. Tiene razón, Biron, y le felicito por su clarividencia. La bomba era falsa, y fui yo quien la puso y le envié a Rhodia con la intención de que los tyrannios le arrestasen.

La cara de Biron se distendió. Parte de la futilidad de la vida se había desvanecido.

—Algún día, Jonti, ajustaremos cuentas —dijo—. De momento parece que es usted el autarca de Lingane, y que tiene tres naves que le esperan allí

afuera, y eso me entorpece algo más de lo que me gustaría. Sin embargo, el «Implacable» es mío, y yo soy su piloto. Póngase el traje y salga. El cable espacial está todavía en su lugar.

—No es su nave. Es usted un pirata, más que un piloto.

—La posesión es aquí la ley. Le doy cinco minutos para que se ponga el traje.

—¡Por favor, nada de tragedias! Nos necesitamos mutuamente, y no tengo intención de marcharme.

—Yo no le necesito. No le necesitaría ni siquiera si toda la armada tyrannia se estuviese acercando a nosotros en este mismo instante, y usted pudiese hacerla desaparecer del espacio.

—Farrill —dijo Jonti—, está usted hablando y obrando como un adolescente. Ha dicho lo que quería. ¿Puedo hablar yo ahora?

—No. No veo ninguna razón para escucharle.

Artemisa chilló. Biron hizo un movimiento, pero se detuvo en el acto. Rojo de ira al verse frustrado, permaneció tenso pero impotente.

—Y ahora, ¿la ve? —preguntó Jonti—. La verdad es que tomé ciertas precauciones. Lamento ser poco sutil y tener que utilizar un arma como amenaza. Pero me imagino que me servirá para obligarles a que me escuchen.

El arma que sujetaba era un demoledor de bolsillo. No había sido ideado para producir dolor o para inmovilizar: ¡mataba!

—Hace años que estoy organizando a Lingane en contra de los tyrannios —prosiguió—. ¿Sabe lo que eso significa? No ha sido fácil. Ha sido casi imposible. Los Reinos Interiores no ofrecen ayuda alguna; lo sabemos por experiencia. Los Reinos Nebulares no tiene más salvación que la que ellos mismos se procuren, pero convencer de esto a nuestros jefes nativos no es cosa fácil. Su padre, Biron, era un activista, y le mataron. No se trata de un juego, recuérdelo.

»La captura de su padre fue para nosotros una crisis. Era cuestión de vida o de horrible muerte. Estaba en nuestros círculos interiores y era evidente que los tyrannios no andaban lejos de nosotros; había que despistarles, y para hacerlo no podía detenerme en consideraciones de honor y de integridad, que de nada sirven.

»No podía dirigirme a usted y decirle: “Farrill, tenemos que despistar a los tyrannios. Usted es el hijo del ranchero, y, por lo tanto, sospechoso. Vaya y hágase amigo de Hinrik de Rhodia, para que los tyrannios vuelvan la mirada hacia allá; apártelos de Lingane. Puede ser peligroso, quizá pierda la vida, pero los ideales por los que murió su padre están por encima de todo lo demás”.

»Quizá lo hubiese comprendido y hubiese actuado en consecuencia, pero no podía permitirme el lujo del experimento y obre para que usted actuara sin saberlo. Le aseguro que me resultó muy penoso, pero no me quedaba otro camino. Pensé que quizá no sobreviviría, se lo digo francamente. Pero usted podía ser sacrificado, también le digo esto con franqueza. Tal como han salido las cosas, resulta que ha sobrevivido, y me alegro.

»Y hay otro asunto, cuestión de cierto documento…

—¿Qué documento?

—¡Alto ahí! Ya le dije que su padre trabajaba para mí, de modo que yo sabía lo que él sabía. Usted tenía que obtener aquel documento y al principio parecía que era la persona adecuada. Estaba en la Tierra, legítimamente, era joven y no era fácil que sospechasen de usted, al principio, quiero decir.

»Luego, cuando arrestaron a su padre, usted se convirtió en una persona peligrosa. Iba a ser objeto de las sospechas de los tyrannios, y no podíamos permitir que usted se apoderase del documento, puesto que entonces iría a parar casi inevitablemente a manos de ellos. Teníamos que apartarle de la Tierra antes de que pudiese completar su misión. Ya ve como todo se explica.

—¿De modo que ahora lo tiene *usted*?

—No, no lo tengo —dijo el autarca—. Desde hace años que falta de la Tierra cierto documento que podría haber sido aquél. Si efectivamente es aquél, no sé quién lo tiene. ¿Puedo apartar ya el demoledor? Se hace pesado.

—Apártelo —dijo Biron.

—¿Qué le dijo su padre del documento? —preguntó el autarca tras haber apartado el arma.

—Nada que usted no sepa, puesto que trabajaba para usted.

El autarca sonrió, pero su sonrisa era forzada.

—¡Desde luego!

—¿Ha terminado ya su explicación?

—Sí. Totalmente.

—Entonces —dijo Biron—, salga de la nave.

—Espera un poco, Biron —terció Gillbret—. No se trata sólo de una cuestión personal. También estamos aquí Artemisa y yo, ¿sabes? También tenemos algo que decir. Por lo que a mí se refiere, encuentro que lo que el autarca dice parece razonable. Te recuerdo que en Rhodia te salvé la vida, y creo que hay que tener en cuenta mi punto de vista.

—¡Muy bien! ¡Me salvó la vida! —gritó Biron, e indicó la esclusa de aire con un dedo—. Márchese, pues, con él. Váyase. Salga de aquí también. Usted quería encontrar al autarca. ¡Aquí está! Me comprometí a conducirle hasta él, y mi responsabilidad ha terminado. No pretenda decirme a mí lo que yo tengo que hacer.

Se volvió hacia Artemisa, sin poder reprimir aún parte de su ira.

—Y tú, ¿qué? También salvaste mi vida. Todos os habéis dedicado a salvar mi vida. ¿También quieres marcharte con él?

—No me pongas las palabras en la boca, Biron —dijo la chica con clama—. Si quisiese marcharme con él, lo diría.

—No te sientas obligada a nada. Puedes marcharte cuando quieras.

La muchacha pareció ofenderse y se apartó. Como solía ocurrirle, Biron se daba cuenta de que cierta parte más sosegada de sí mismo sabía que estaba obrando de un modo infantil, Jonti le había hecho aparecer como un necio, y no podía contener su resentimiento. Además, ¿por qué tenían todos que aceptar con tanta tranquilidad la tesis de que lo correcto era echar a Biron Farrill a los tyrannios, como se echa un hueso a un perro, para que no saltasen sobre el cuello de Jonti? ¿Quién diablos se figuraban que era él?

Pensó la falsa bomba, en la nave rhodiana, en los tyrannios, en aquella agitaba noche en Rhodia, y se compadeció de sí mismo.

—¿Y bien, Farrill? —dijo el autarca.

—¿Y bien, Biron? —añadió Gillbret.

Biron se volvió a Artemisa.

—¿Tu qué opinas?

—Pues pienso que todavía tiene allí tres naves, y que, además, es el autarca de Lingane. No creo que te quede elección posible.

El autarca la miró y expresó su admiración.

—Es usted una muchacha inteligente, señorita. Es adecuado que una mente semejante se encuentre en un exterior tan agradable.

Durante un momento su mirada se posó en ella.

—¿Cuáles son las condiciones? —preguntó Biron.

—Permítanme el uso de sus nombres y de su talento y les conduciré a lo que el señor Gillbret ha llamado el mundo de la rebelión.

—¿Cree que existe en realidad? —dijo Biron agriamente.

Casi simultáneamente, Gillbret exclamó:

—¡Entonces, es el de usted!

El autarca sonrió.

—Creo que existe el mundo que el señor Gillbret ha descrito, pero no es el mío.

—¿No es el suyo? —dijo Gillbret decepcionado.

—¿Qué importa, si puedo encontrarlo?

—¿Cómo? —preguntó Biron.

—No es tan fácil como pueden figurarse —dijo el autarca—. Si aceptamos la historia tal como nos ha sido relatada, tenemos que creer que existe un mundo en rebelión contra los tyrannios, un mundo situado en algún lugar del Sector Nebular, y que los tyrannios no han podido descubrir en veinte años. Para que tal situación haya sido posible, no hay más que un lugar en el Sector donde tal planeta puede existir.

—¿Y dónde está?

—¿No les parece que la solución es obvia? ¿No les parece inevitable que tal mundo no puede existir sino en el interior de la misma Nebulosa?

—¿Dentro de la Nebulosa?

—La Gran Galaxia, naturalmente —dijo Gillbret.

Y en aquel instante la solución pareció, efectivamente, obvia e ineludible.

—Pero, ¿puede la gente vivir en mundos en el interior de la Nebulosa? —aventuró Artemisa con timidez.

—¿Y por qué no? —dijo el autarca—. No se confundan al pensar en la Nebulosa. Es como una neblina negra en el espacio, pero no un gas tóxico. Se trata de una masa increíblemente tenue de átomos de sodio, potasio y calcio que absorbe y oscurece la luz de las estrellas que están en su interior, y, como es natural, la de las que están frente al observador. Por lo demás, es inofensiva, y en la proximidad inmediata de una estrella es prácticamente inobservable.

»Me excuso por parecer pedante, pero he pasado los últimos meses en la universidad de la Tierra recogiendo datos astronómicos sobre la Nebulosa.

—¿Y por qué allí? —dijo Biron—. Es una cuestión sin importancia, pero como le conocí a usted allí, tengo curiosidad por saberlo.

—No hay en ello ningún misterio. Al principio salí de Lingane por asuntos particulares cuya naturaleza exacta carece de importancia. Hace unos seis meses visité Rhodia. Mi agente Widemos, su padre, Biron, había fracasado en sus negociaciones con el director, a quien había confiado en atraer a nuestro lado. Traté de conseguir algo más, pero fracasé también, ya que Hinrik, y presento mis excusas a la dama, no es del fuste necesario para nuestra clase de trabajo.

—Escucha, escucha —murmuró Biron.

—Pero allí conocí a Gillbret —prosiguió el autarca— como quizá les haya dicho ya. De modo que fui a la Tierra porque ése es el hogar original de la Humanidad. Fue de la Tierra de donde partieron la mayoría de las exploraciones iniciales de la galaxia. Es en la Tierra donde se encuentran la mayoría de los documentos. La Nebulosa de la Cabeza de Caballo fue explorada con detenimiento; por lo menos la atravesaron varias veces. Nunca fue colonizada, puesto que las dificultades para viajar por un volumen de espacio donde no pueden verificarse observaciones estelares son demasiado grandes. Pero todo lo que yo necesitaba eran las exploraciones mismas.

»Y ahora escuchen atentamente. La nave tyrannia en la que quedó aislado el señor Gillbret fue alcanzada por un meteoro después del primer salto. Suponiendo que el viaje de Tyrann a Rhodia transcurriese por la ruta comercial normal, y no hay ninguna razón para suponer que no fuera así, queda establecido el punto del espacio en que la nave dejó su ruta. Apenas

si habría adelantado cerca de un millón de kilómetros en el espacio ordinario entre los dos primeros saltos, y podemos considerar tal longitud como un punto en el espacio.

»Es posible admitir otra suposición. Al averiarse los paneles de mando, era perfectamente posible que el meteoro hubiese alterado la dirección de los saltos, y que para ello solamente se necesitaría interferir con el movimiento del giróscopo de la nave, lo cual sería difícil, pero no imposible. Pero alterar la energía de los impulsos hiperatómicos requeriría destrozar por completo las máquinas, las cuales, como es sabido, no fueron alcanzadas por el meteoro.

»Al permanecer inalterada la energía del impulso, la longitud de los cuatro saltos restantes no debía haber resultado modificada, así como tampoco sus direcciones relativas. Sería algo análogo a tener un alambre torcido inclinado desde un solo punto en una dirección desconocida, a un ángulo desconocido. La posición final de la nave se encontraría en algún punto de la superficie de una esfera imaginaria, cuyo centro sería aquel punto del espacio donde el meteoro dio en el blanco, y cuyo radio sería la suma vectorial de los saltos restantes.

»Yo calculé esa esfera, y encontré que su superficie corta una gran extensión de la Nebulosa de la Cabeza de Caballo. Unos seis mil grados cuadrados de la superficie de la esfera, o sea la cuarta parte de la superficie total, se encuentra en la Nebulosa. Por lo tanto, sólo queda hallar una estrella que se encuentre en el interior de la Nebulosa a un millón y medio de kilómetros, aproximadamente, de la superficie imaginaria de que estamos hablando. Recordarán que cuando la nave de Gillbret se detuvo, se encontraba cerca de una estrella.

»¿Y cuántas estrellas del interior de la Nebulosa suponen que se pueden encontrar a esa distancia de la superficie de la esfera? Recuerden que hay cien mil millones de estrellas radiantes en la galaxia.

Biron se encontró absorbido en el asunto, casi contra su voluntad.

—Centenares, me figuro.

—¡Cinco! —replicó el autarca—. Solo cinco. No se dejen embobar por aquellos cien mil millones. El volumen de la galaxia es de unos siete billones de años luz, de modo que por término medio hay sesenta años luz

cúbicos por estrella. Es una lástima no saber cuáles de esas cinco tienen planetas habitables, ya que podríamos reducir el número de posibilidades a una. Desgraciadamente, los primeros exploradores no tenían tiempo de realizar observaciones detalladas. Determinaron las posiciones de las estrellas, sus movimientos propios y tipos espectrales.

—¿De modo que uno de aquellos sistemas estelares se encuentra situado el mundo de la rebelión? —preguntó Biron.

—Esa conclusión es la única que concuerda con los hechos que conocemos.

—Suponiendo que pueda aceptarse la historia de Gil.

—Así lo acepto.

—Mi historia es cierta —interrumpió Gillbret apasionadamente—. Lo juro.

—Estoy a punto de partir para investigar cada uno de aquellos cinco mundos —dijo el autarca—. Mis motivos para hacerlo son obvios; como autarca de Lingane puedo asumir una parte igual en sus esfuerzos.

—Y con dos Hinriads y un Widemos a su lado, su demanda de una parte igual, y probablemente de una posición fuerte y segura en los nuevos y libres mundos del porvenir, sería tanto mejor —dijo Biron.

—Su cinismo no me asusta, Farrill. La respuesta es evidente: sí. Si ha de haber una rebelión triunfante, es igualmente obvio la conveniencia de estar del lado de Lingane.

—Por otra parte, cualquier corsario vencedor o un capitán rebelde podría ser recompensado con la autarquía de Lingane.

—O con el rancho de Widemos. ¿Por qué no?

—¿Y si la rebelión fracasa?

—Habrá tiempo de pensar en ello cuando encontremos lo que buscamos.

—Iré con usted —dijo Biron lentamente.

—¡Bien! Tomemos disposiciones para que les transborden desde esta nave.

—¿Por qué?

—Será mejor para ustedes. Esta nave es un juguete.

—Es una nave de guerra tyrannia. Haríamos mal en abandonarla.

—Como tal nave tyrannia, sería peligrosamente notoria.

—Pero no en la Nebulosa. Lo siento, Jonti. Me uno a usted porque es lo más práctico. También yo puedo ser franco. Quiero encontrar el mundo de la rebelión, pero entre nosotros dos no hay amistad alguna. Me quedo junto a mis propios controles.

—Biron —dijo suavemente Artemisa—. Esta nave es realmente demasiado pequeña para nosotros tres.

—Tal como está ahora, sí, Arta. Pero se le puede agregar un remolque. Jonti lo sabe tan bien como yo. Entonces tendríamos todo el espacio que necesitamos y seguiríamos siendo los amos de nuestros propios controles. Y, además, ocultaría eficazmente la naturaleza de nuestra nave.

El autarca reflexionó.

—Si no ha de haber entre nosotros ni amistad ni confianza, Farrill, entonces debo protegerme. Pueden tener su propia nave, y, además, un remolque equipado como quieran. Pero necesito alguna garantía de que su conducta será la que debe ser. Por lo menos la señorita Artemisa tiene que venir conmigo.

—¡No! —dijo Biron.

El autarca arqueó las cejas.

—¿No? Que hable la dama.

Se volvió hacia Artemisa, y las aletas de su nariz se agitaron levemente.

—Creo que la situación sería muy cómoda para usted, señorita.

—Para usted, al menos, no sería precisamente cómoda —comentó la muchacha—. Preferiría ahorrarle la incomodidad y quedarme aquí.

—Creo que usted lo pensaría mejor si… —comenzó a decir el autarca mientras dos pequeñas arrugas que se formaron sobre el puente de su nariz estropeaban la serenidad de su expresión.

—Me parece que no —dijo Biron—. La señorita Artemisa ha hecho su elección.

—Entonces, ¿usted la aprueba, Farrill? —dijo el autarca sonriendo nuevamente.

—¡Totalmente! Nosotros tres nos quedamos en el «Implacable». Sobre eso no puede haber discusión.

—Eliges tu compañía de un modo extraño.

—¿Sí?

—Asó lo creo. —El autarca parecía estar absorto en la contemplación de sus uñas—. Está tan enojado conmigo porque le engañé y puse su vida en peligro. Así pues, es raro que se comporte tan amistosamente con la hija de un hombre como Hinrik, quien en cuanto a engaño es ciertamente mi maestro.

—Conozco a Hinrik, y sus opiniones sobre él no me harán cambiar en absoluto.

—¿Lo sabe todo acerca de Hinrik?

—Sé lo bastante.

—¿Sabe que mató a su padre? —El dedo del autarca apuntó a Artemisa —. ¿Sabe que la muchacha a la que tanto le interesa mantener bajo su protección es la hija del asesino de su padre?

14. El autarca se marcha

Por un momento la escena permaneció inalterada. El autarca había encendido otro cigarrillo. Parecía tranquilo, imperturbable. Gillbret se había hundido en el asiento del piloto, con la cara contraída como si fuese a echarse a llorar. Las bandas del equipo del piloto destinadas a absorber las presiones, colgaban ajunto a él y aumentaban el lúgubre efecto.

Biron, pálido y con los puños crispados, se enfrentaba con el autarca. Artemisa estaba tensa y tenía la mirada fija en Biron.

La radio comenzó a hacer señales, y sus pequeños chasquidos resonaron con el estruendo de platillos en la pequeña cabina del piloto.

Gillbret se irguió e hizo girar el asiento.

—Me temo que he estado más hablador de lo que había supuesto —dijo perezosamente el autarca—. Le dije a Rizzet que viniese a buscarme si no había regresado al cabo de una hora.

La pantalla visual mostraba ahora la cara hirsuta de Rizzet.

—Quiere hablar con usted —dijo Gillbret al autarca, y se apartó para dejarle paso.

El autarca se levantó de la silla y se adelantó de manera que su propia cabeza quedase dentro de la zona de transmisión visual.

—Estoy perfectamente sano y salvo, Rizzet.

La pregunta del otro se oyó con claridad.

—¿Quiénes son los otros miembros de la tripulación, señor?

De repente Biron se alzó junto al autarca.

—Soy el ranchero de Widemos —dijo con orgullo.

Rizzet sonrió satisfecho. En la pantalla apareció una mano que saludaba marcialmente.

—Se le saluda, señor.

—Regresaré pronto con una joven dama —interrumpió el autarca—. Prepárese para maniobrar y unir las esclusas de aire de contacto.

Cortó la comunicación visual entre las dos naves. Luego se volvió a Biron.

—Les aseguré que usted estaba a bordo de la nave. En caso contrario había cierta objeción a que yo viniese aquí solo. Su padre era muy popular entre mis hombres.

—Y por esta razón puede utilizar mi nombre. —El autarca se encogió de hombres, y Biron añadió—: Es todo lo que puede utilizar. Su última afirmación al oficial es inexacta.

—¿En qué sentido?

—Artemisa oth Hinriad se queda conmigo.

—¿A pesar de lo que le he dicho?

—No me ha dicho usted nada —dijo Biron secamente—. No ha hecho sino una afirmación, pero en ningún caso es probable que acepte su simple palabra. Se lo digo dejándome de cortesías. Confío en que me comprenderá.

—¿Es que lo que sabe de Hinrik es de tal naturaleza que mi afirmación le parece poco plausible en sí misma?

Biron vaciló. Era evidente a simple vista que la observación había surtido efecto, y no contestó.

—Yo digo que no es verdad —dijo Artemisa—. ¿Tiene usted alguna prueba?

—Prueba directa, naturalmente que no. Yo no estuve presente en ninguna de las conferencias entre su padre y los tyrannios. Pero puedo presentar ciertos hechos y dejar que usted saque sus propias conclusiones. En primer lugar, el antiguo ranchero de Widemos visitó a Hinrik hace seis meses. Eso ya lo he dicho, y ahora puedo añadir que se mostró demasiado entusiasta en sus esfuerzos, o quizá que estimó en demasía la discreción de Hinrik. En todo caso, habló más de lo que debía. El Señor Gillbret puede ratificar esto.

Gillbret afirmó con la cabeza. Se volvió hacia Artemisa, quien con los ojos iracundos y llenos de lágrimas se había vuelto hacia él.

—Lo siento, Arta, pero es cierto. Ya te lo dije. Fue por Widemos que oí hablar del autarca.

—Y fue para mí una suerte —dijo el autarca— que el señor Gillbret hubiese ideado unos oídos mecánicos de tan largo alcance, con los cuales podía satisfacer su aguda curiosidad acerca de las entrevistas de estado del director. Cuando Gillbret se me acercó por vez primera, sin saberlo me advirtió del peligro. Me marché lo antes que pude, pero el daño, como es natural, ya estaba hecho.

»Ahora bien, por lo que sabemos, fue el único error de Widemos, e Hinrik, ciertamente, no tiene una reputación envidiable como hombre de gran independencia y valor. Su padre, Farrill, fue arrestado al cabo de medio año. Si no fue por Hinrik, el padre de esta muchacha, ¿por quién fue?

—¿Y no le advirtió usted?

—En nuestros asuntos nos arriesgamos, Farrill, pero le advertimos. Después de aquello no estableció contacto alguno, ni siquiera indirecto, con ninguno de nosotros, y destruyó todas las pruebas que le relacionaban con nosotros. Algunos creíamos que debía abandonar este sector, o por lo menos esconderse, pero se negó a hacerlo.

»Creo que puedo comprender por qué se negó. Alterar su manera de vivir hubiese probado la verdad de lo que los tyrannios debían de haber averiguado, y hubiera comprometido todo el movimiento. Decidió arriesgar sólo su vida y permaneció en campo abierto.

»Durante cerca de medio año los tyrannios estuvieron esperando un gesto que le traicionara. Estos tyrannios son pacientes… No hizo tal gesto, de modo que cuando no pudieron esperar más sólo le encontraron a él en la red.

—Es mentira —gritó Artemisa—. Es todo mentira. Es una historia cómoda e hipócrita, es una historia falsa, sin nada de verdad en ella. Si todo lo que está diciendo fuese cierto, le estarían observando a usted. Se hallaría usted en peligro, y no estaría sentado aquí, tan sonriente y perdiendo el tiempo.

—Señorita, no estoy perdiendo el tiempo. He hecho ya todo lo que he podido para desacreditar a su padre como fuente de información, y creo que algo he conseguido. Los tyrannios se preguntarán si tienen que seguir escuchando a un hombre cuya hija y cuyo primo son evidentemente unos traidores. Además, si están dispuestos a seguir haciéndole caso, yo estoy a

punto de desaparecer en la nebulosa, donde no me encontrarán. Me parece que mis acciones más bien tienden a probar mi historia que a refutarla.

Biron aspiró profundamente y dijo:

—Demos la entrevista por terminada, Jonti. Nos hemos puesto de acuerdo por lo menos en que le acompañaremos, y en que usted nos concederá los suministros que necesitamos. Eso es suficiente. Aunque todo lo que acaba de decir fuese cierto, no tiene nada que ver con el asunto. La hija del director de Rhodia no heredará los crímenes de su padre. Artemisa oth Hinriad se quedará aquí conmigo, siempre y cuando ella esté de acuerdo.

—Lo estoy —dijo Artemisa.

—Bien. Creo que con esto hemos terminado. Y de paso, le advierto que si usted va armado, también yo lo estoy; quizá sus naves sean de combate, pero la mía es un crucero tyrannio.

—No sea tonto, Farrill, mis intenciones son amistosas. ¿Quiere que la muchacha se quede aquí? Pues que así sea. ¿Puedo salir por la esclusa de contacto?

Biron asintió.

—Hasta ahí nos fiaremos de usted.

Las dos naves maniobraron para acercarse, hasta que las flexibles extensiones de la esclusa de aire se enfrentaron. Cautelosamente oscilaron, en busca de un ajuste perfecto. Gillbret estaba junto a la radio.

—Volverán a intentar establecer contacto dentro de dos minutos —dijo.

El campo magnético había sido establecido tres veces, ya cada vez los tubos se habían aproximado el uno al otro y se habían juntado algo descentrado, dejando entre ellos grandes medias lunas de espacio.

—Dos minutos —repitió Biron, y esperó ansiosamente.

El segundero siguió moviéndose y el campo magnético se formó por cuarta vez; las luces disminuyeron de intensidad al ajustarse a aquel repentino consumo de energía. Las extensiones de la esclusa de aire se proyectaron nuevamente hacia delante, vacilando al borde de la inestabilidad, y luego, con una sacudida silenciosa reverberó en la cabina del piloto, se ajustaron exactamente, y las grapas se cerraron automáticamente. Se había formado un cierre hermético.

Biron se pasó lentamente el dorso de la mano por la frente y parte de su tensión se desvaneció.

—Ya está —dijo.

El autarca levantó su traje espacial, bajo el cual había todavía una pequeña película de humedad.

—Gracias —dijo afablemente—. Volverá en seguido uno de mis oficiales, con quien pueden arreglar todos los detalles necesarios referentes a los suministros.

El autarca partió.

—Por favor, Gil —dijo Biron—, ocúpate del oficial de Jonti por un rato. Cuando entre, interrumpe el contacto con la esclusa; todo lo que tienes que hacer es cerrar el campo magnético. Éste es el interruptor fotónico que tienes que utilizar.

Pero oyó tras él un paso apresurado y una voz suave.

—Biron —dijo Artemisa—. Quiero hablarte.

Biron se enfrentó con ella.

—Más tarde, si no te importa, Arta.

La chica le miraba fijamente.

—No, ahora.

El gesto de sus brazos sugería que quería abrazarle, pero no estaba segura de cómo sería recibida.

—No creíste lo que dijo acerca de mi padre, ¿verdad?

—No tiene nada que ver —dijo Biron.

—Biron —comenzó a decir, y se detuvo. Le resultaba difícil decirlo. Lo intentó de nuevo—: Biron, ya sé que parte de lo que ha ocurrido entre nosotros ha sido porque estamos juntos, y solos ante un peligro, pero…

Se detuvo nuevamente.

—Arta, si lo que estás tratando de decir es que eres un Hinriad, no es necesario —dijo Biron—. Ya lo sé, y en adelante no te consideraré obligada a nada más.

—¡Oh, no! —Le cogió un brazo y puso su suave mejilla junto al fornido hombro de Biron. Comenzó a hablar rápidamente—: No es nada de eso. No importan nada ni los Hinriad ni los de Widemos. Yo… te quiero, Biron. —La muchacha alzó la mirada, encontrándose con la de Biron—. Creo que tú

también me quieres. Creo que lo admitirías si pudieses olvidarte de que soy una Hinriad. Quizá lo harás ahora, después de que yo he hablado. El dijiste al autarca que no me culparías de los hechos de mi padre. No me culpes tampoco de su rango.

Los brazos de la chica estaban ahora alrededor de su cuello, y Biron podía sentir la blandura de sus senos junto a él, y el calor de su aliento sobres sus labios. Biron levantó lentamente sus brazos y cogió con suavidad a la muchacha por los codos. Y con la misma suavidad le desprendió sus brazos y se apartó lentamente de ella.

—No he terminado aún de entendérmelas con los Hinriads, señora mía.

Artemisa se sobresaltó.

—Le dijiste al autarca que…

Biron apartó la mirada.

—Lo siento, Arta. No hagas caso de lo que le dije al autarca.

Artemisa sintió ganas de gritar que aquello no era cierto, que su padre no había hecho semejante cosa, que de todas maneras…

Pero él se volvió para dirigirse a la cabina y la dejó plantada en el corredor, con los ojos llenos de lágrimas de despecho y de vergüenza.

15. El agujero en el espacio

Tedor Rizzet se volvió cuando Biron entró nuevamente en la cabina. Su cabello era gris, pero su cuerpo era todavía vigoroso y su cara ancha, rubicunda y sonriente.

Cubrió de un paso la distancia que le separaba de Biron y apretó cordialmente la mano del muchacho.

—Por las estrellas —dijo—. No necesito que me lo diga para saber que es el hijo de su padre. Es el viejo ranchero vivo otra vez.

—Quisiera que así fuese —respondió Biron sombríamente.

La sonrisa de Rizzet se desvaneció.

—Así lo quisiéramos todos nosotros. A propósito, yo soy Tedor Rizzet, coronel de las fuerzas regulares de Lingane, pero por aquí no usamos títulos. Incluso llamamos «señor» al autarca. ¡Y eso me recuerda…! —Se puso repentinamente serio—. Aquí en Lingane no tenemos aristócratas, ni siquiera rancheros. Espero que no le ofenderá si de vez en cuando me olvido del título adecuado.

Biron se encogió de hombros.

—Nada de títulos. ¿Qué hay de nuestro remolque? Supongo que tengo que entenderme con usted.

Durante un brevísimo instante miró a través de la cabina. Gillbret estaba sentado, escuchando atentamente. Artemisa le daba la espalda, y sus pálidos y delgados dedos se paseaban distraídamente por los fotocontactos del computador. La voz de Rizzet le sacó de su abstracción.

El linganio echó una mirada penetrante por toda la cabina.

—Es la primera vez que veo una nave tyrannia por dentro. No me gusta mucho. Veo que tiene la esclusa de urgencia a babor, ¿verdad? Me parece que las unidades de propulsión están en la parte central.

—Así es.

—Bien. Entonces no habrá dificultades. Algunas de las naves de modelo antiguo tenían los propulsores a babor, de modo que había que instalar los remolques formando un ángulo, lo cual hacía difícil los ajustes gravitatorios, y prácticamente imposible maniobrar en la atmósfera.

—¿Cuánto tiempo se tardará, Rizzet?

—No mucho. ¿De qué tamaño lo quiere?

—¿Cuál es el tamaño mayor que puedo conseguir?

—El de superlujo, seguramente. Si el autarca lo dice, no hay prioridad mayor. Podríamos conseguir uno que es prácticamente una nave espacial en sí mismo; incluso tendría motores auxiliares.

—Tendrá zonas habitables, me figuro.

—¿Para la señorita Hinriad? Sería mucho mejor que lo que tienen aquí…

Se detuvo abruptamente. Al oír mencionar su nombre, Artemisa había salido de la cabina, deslizándose frente a ellos, fría y lentamente. Biron la siguió con la mirada.

—Me figuro que no debía haber dicho «señorita Hinriad» —dijo Rizzet.

—No, no. No es nada. No haga caso. ¿Qué estaba diciendo?

—Oh, era acerca de las cabinas. Por lo menos dos grandes, con una ducha en el centro. Tiene los servicios de tocador corrientes en las naves de pasajeros. Estaría cómoda.

—Bien. Necesitaremos comida y agua.

—Desde luego. El tanque de agua contiene la suficiente para un mes; algo menos si quiere una piscina a bordo. Y dispondrán de carne congelada. Ahora están comiendo concentrado tyrannio, ¿verdad?

Biron asintió, y Rizzet hizo una mueca.

—Tiene gusto de serrín, ¿verdad? ¿Y qué más?

—Vestidos para la dama —dijo Biron.

Rizzet frunció el entrecejo.

—Sí, claro. Pero de esto tendrá que ocuparse ella.

—No, señor, no se ocupará. Le proporcionaremos las medidas necesarias, y usted podrá suministrarnos lo que pidamos en los estilos que sean corrientes.

Rizzet rio brevemente y movió la cabeza.

—Ranchero, esto no le va a gustar. No le satisfará nada que no haya elegido ella misma, aunque fuesen exactamente las mismas cosas que ella hubiese escogido. Y eso no es una suposición. He tenido experiencia con esas criaturas.

—Estoy seguro de que tiene razón, Rizzet —dijo Biron—, pero así tendrá que ser.

—Muy bien, pero ya le he advertido. Usted tendrá que entendérselas con ella. ¿Y qué más?

—Pequeñas cosas. Una provisión de detergente. Ah, sí…, y cosméticos, perfumes…, lo que las mujeres necesitan. Ya iremos concretando luego. Comencemos con el remolque.

En aquel momento Gillbret salió sin pronunciar palabra. Biron le siguió con la mirada y sintió que los músculos de su mandíbula se le tensaban. ¡Hinriads! ¡Eran Hinriads! No podía remediarlo. Gillbret era uno de ellos, y ella era otra.

—Y, naturalmente —añadió—, tendrá que haber ropa para el señor Hinriad y para mí, pero eso no será difícil.

—Está bien. ¿Le importa que utilice su radio? Valdrá más que me quede a bordo hasta que se hayan hecho los ajustes necesarios.

Biron esperó mientras se dictaban las órdenes iniciales. Luego Rizzet se volvió en su asiento y dijo:

—no puedo acostumbrarme a verle a usted aquí, moviéndose, hablando, vivo. Se parece tanto a él. El ranchero hablaba de usted de vez en cuando. Usted fue a la universidad en la Tierra, ¿verdad?

—En efecto. Me hubiese graduado hace más o menos una semana, si las cosas no hubiesen sido interrumpidas.

Rizzet pareció algo incómodo.

—Por cierto, no tiene que guardarnos rencor porque le enviamos a Rhodia de aquella manera. No nos gustó hacerlo. Que quede esto estrictamente entre nosotros, pero a algunos de los muchachos no les gustó nada. Naturalmente, el autarca no nos consultó. Era natural que no lo hiciera. Francamente, era un riesgo que corría él. Algunos de nosotros, y no voy a citar nombres, incluso no preguntamos si no debíamos detener la nave

en que viajaba y sacarle a usted de allí. Claro está que eso hubiese sido lo peor que hubiésemos podido hacer. Pero, en fin, quizá lo hubiésemos hecho, en último término, sabíamos que el autarca sabía lo que hacía.

—Es hermoso inspirar semejante confianza.

—Le conocemos. No se puede negar lo que lleva ahí dentro. —Se tocó ligeramente la frente con un dedo—. Nadie sabe exactamente qué le hace tomar una determinación, pero siempre parece ser acertada. Hasta ahora, por lo menos, siempre ha sido más listo que los tyrannios, mientras que otros no han conseguido serlo.

—Como mi padre, por ejemplo.

—No estaba pensando precisamente en él, pero en cierto sentido tiene usted razón. Incluso el ranchero cayó. Pero él era una persona diferente; siempre pensaba de una manera recta, sin permitir nunca sinuosidades. Nunca tenía en cuenta el poco valor de los demás. Pero era eso precisamente lo que más nos gustaba de él. Era el mismo para todos.

»A pesar de que soy coronel, soy un plebeyo. Mi padre era un obrero metalúrgico, pero eso para él no tenía importancia. Y no se trataba de yo fuese coronel, no. Si se encontraba con el aprendiz de maquinista en el pasillo se detenía y le dirigía la palabra, y durante el resto del día aquel aprendiz se sentía como si hubiese sido el jefe de máquinas. Era su modo de ser.

»Y no es que fuese blando. Si necesitábamos disciplina la aplicaba, pero sólo la necesaria. Si algo te caía encima era porque lo merecías, y tú lo sabías. Cuando había terminado, no se hablaba más. No seguía echándotelo en cara durante toda una semana. Así era el ranchero.

»El autarca es diferente. Es todo cerebro. No hay manera de acercarse a él, seas quien seas. Por ejemplo, no tiene realmente sentido del humor. Yo no puedo hablarle a él de la manera en que estoy hablándole a usted ahora. En este momento me limito a hablar con usted; me siento tranquilo y descansado: es casi una asociación libre. En el caso de él, dices exactamente lo que tienes que decir, sin palabras de sobras. Y además, utilizas una fraseología formularia, o te diría que eres descuidado. Pero, en fin, el autarca es el autarca, y no hay más que hablar.

—No puedo sino estar de acuerdo en lo que se refiere al cerebro del autarca —dijo Biron—. ¿Sabía usted que había deducido mi presencia a borde de esta nave, antes de haber entrado en ella?

—¿De veras? No lo sabíamos. ¿Ve usted? Esto es precisamente lo que quería decir. Quería ir a bordo del crucero tyrannio, solo. A nosotros nos parecía un suicidio, y no nos gustaba, pero supusimos que sabía lo que hacía, y así era, en efecto. Podía habernos dicho que probablemente estaba usted a bordo; sin duda sabía que hubiese sido una gran noticia saber que el hijo del ranchero se había escapado. Pero es típico de él; no lo hizo.

Artemisa estaba sentada en una de las literas inferiores de la cabina. Tenía que doblarse en una posición muy incómoda a fin de evitar que el armazón de la litera superior se le calvase en la primera vértebra torácica, pero eso poco le importaba en aquel momento.

Deslizaba casi automáticamente la palma de las manos a lo largo de su vestido, y se sentía muy cansada, muy ajada, y muy sucia.

Estaba cansada de frotarse las manos y la cara con trapos sucios, cansada de llevar la misma ropa desde hacía una semana, hasta de un cabello que a aquellas horas parecía burdo y lacio.

Y luego, de repente, estuvo a punto de levantarse, de volverse súbitamente; no quería verle; no le miraría.

Pero era Gillbret. Se dejó caer de nuevo sobre su asiento.

—Hola, tío Gil.

Gillbret se sentó frente a ella. Por un momento su cara mostró ansiedad, pero pronto comenzó a arrugarse con una sonrisa.

—También a mí una semana en esta nave me parece muy poco divertida. Esperaba que tú me podrías alegrar un poco.

—Mira, tío Gillbret —respondió la chica—, no empieces con psicologías… Si crees que vas a hacer que me sienta responsable de ti, te equivocas. Es mucho más probable que te dé un puñetazo.

—Si te va a aliviar en algo…

—Te lo advierto de nuevo; si te empeñas, te lo doy, y si me dices que «te sientes mejor ahora», te lo vuelvo a dar.

—En todo caso, es evidente que te has peleado con Biron. ¿Por qué?

—No veo que sea necesario discutirlo; déjame en paz. —Hizo una pausa y añadió—: Cree que mi padre hizo lo que el autarca dice que hizo. Le odio por creerlo.

—¿A tu padre?

—¡No! ¡A ese estúpido, infantil y melifluo idiota!

—Biron, probablemente. Bien, le odias. Entre el odio que te hace estar sentada aquí de esta manera y lo que a mi cabeza de solterón le parece algo así como un ridículo exceso de amor, poca diferencia hay.

—Tío Gil —dijo la chica—, ¿podría realmente haberlo hecho?

—¿Biron? ¿Hecho qué?

—¡No! Mi padre. ¿Podría mi padre haberlo hecho? ¿Podría haber informado en contra del ranchero?

Gillbret pareció pensativo y muy serio.

—No lo sé. —Miró de reojo a la chica—. La verdad es que entregó a Biron a los tyrannios.

—Porque sabía que se trataba de una trampa —respondió ella con vehemencia—. Y lo era. Este horrible autarca intentaba que lo fuese. Los tyrannios sabían quién era Biron, y se lo enviaron a mi padre a propósito. Él hizo lo único que podía hacer. Eso debería ser evidente para cualquiera.

—Incluso si lo aceptamos así —le volvió a dirigir aquella mirada de reojo—, lo cierto es que trató de persuadirte a un matrimonio poco divertido. Si Hinrik era capaz de hacer aquello…

—Tampoco podía hacer otra cosa —le interrumpió la chica.

—Querida, si es que vas a excusar todos los actos de sumisión a los tyrannios, como algo que no tenía más remedio que hacer, entonces, ¿cómo sabes que no tuvo que insinuarles algo sobre el ranchero?

—Porque no lo hubiese hecho. No conoces a mi padre tan bien como yo. Odia a los tyrannios. De veras; me consta. No se esforzaría en ayudarles. Admito que les teme y que no se atreve a oponerse a ellos abiertamente, pero si pudiese evitarlo de un modo u otro, no les ayudaría nunca.

—¿Y cómo sabes que no pudo haberlo evitado?

La muchacha movió violentamente la cabeza, de modo que su cabello se desparramó por delante, ocultando sus ojos. Y también ocultó algunas lágrimas.

Gillbret la contempló un momento, luego extendió los brazos, en un gesto de impotencia, y se fue.

El remolque fue unido al «Implacable» por medio de un estrecho pasillo unido a la escotilla de emergencia de la parte trasera de la nave. Su tamaño era varias docenas de veces superior al de la nave tyrannia, casi ridículamente grande.

El autarca se unió a Biron para la inspección final.

—¿Encuentra que falta algo? —preguntó.

—No; creo que estaremos cómodos.

—Bien. A propósito, Rizzet me ha dicho que la señorita Artemisa no está bien, o, por lo menos, que no tiene buena cara. Si necesitase atención médica, sería prudente que la enviasen a mi nave.

—Está perfectamente —dijo Biron con sequedad.

—Si usted lo dice… ¿Estará a punto de partir dentro de doce horas?

—Dentro de un par de horas, si lo desea.

Biron avanzó a través del pasillo de conexión (tuvo que agacharse un poco) y entró en el «Implacable».

—Artemisa —dijo, cuidando de que su tono de voz pareciese tranquilo y uniforme—, tienes una cabina privada allí detrás; no te molestaré. Me quedaré aquí la mayor parte del tiempo.

—No me molestas, ranchero —replicó la muchacha con frialdad—. Me tiene sin cuidado donde estés.

Las naves partieron, y al final de un solo salto se encontraron al borde de la Nebulosa. Esperaron algunas horas mientras se efectuaban los cálculos finales a borde de la nave de Jonti. En el interior de la Nebulosa la navegación se haría casi a ciegas.

Biron contemplaba malhumorado la placa visora. No se veía nada. La mitad de la esfera celestial estaba ocupada por una negrura que no se veía mitigada ni por la más mínima chispa de luz. Por vez primera, Biron se

percató de lo acogedoras y amistosas que eran las estrellas, de cómo llenaban el espacio.

—Es algo así como dejarse caer en un agujero del espacio —susurró a Gillbret.

Y saltaron, nuevamente, hacia el interior de la Nebulosa.

Casi simultáneamente, Simok Aratap, comisario del Gran Khan, al frente de diez cruceros armados, escuchó a su piloto y ordenó:

—No importa; sígalos.

Y a menos de un año luz del punto en el cual el «Implacable» había entrado en la Nebulosa, diez naves tyrannias hicieron lo mismo.

16. ¡Perros!

Simok Aratap se encontraba algo incómodo en su uniforme. Los uniformes tyrannios estaban hechos de tejidos bastante burdos y no caían más que medianamente bien. No era propio de soldados quejarse de esos inconvenientes. A decir verdad, formaba parte de la tradición militar tyrannia que un poco de incomodidad en el soldado era bueno para la disciplina.

Pero Aratap pudo adoptar la decisión de rebelarse contra aquella tradición, hasta el punto de decir, malhumorado:

—Este estrecho cuello irrita mi cogote.

El comandante Andros, cuyo cuello estaba igualmente apretado, y al que nadie recordaba haber visto jamás sin el uniforme militar, dijo:

—Cuando esté solo, puede abrírselo, de acuerdo con las ordenanzas. Pero delante de los oficiales o de los hombres, cualquier desviación de las ordenanzas tendría una influencia perturbadora.

Aratap arrugó la nariz. Era el segundo cambio inducido por el carácter casi militar de la expedición. Además de haber sido forzado a llevar uniforme, había tenido que escuchar a un ayudante militar cada vez más seguro de sí mismo. Aquello había empezado incluso antes de salir de Rhodia.

—Comisario, necesitaremos diez naves —le dijo Andros sin rodeos.

Aratap levantó la mirada, francamente molesto. En aquel momento se estaba preparando para seguir al joven Widemos en una sola nave. Dejó a un lado las cápsulas en las que estaba preparando su informe para la oficina colonial del Khan, las cuales debían ser transmitidas en el caso desafortunado de que no regresase de la expedición.

—¿Diez naves, comandante?

—Sí, señor; no pueden ser menos.

—¿Por qué?

—Debo mantener una seguridad razonable. Ese joven va a algún lado. Usted dice que existe una conspiración importante. Probablemente ambos hechos se relacionan.

—¿Y bien?

—En consecuencia tenemos que estar preparados para una conspiración de tal magnitud que se nos pueda enfrentar con una sola nave.

—O con diez, o con cien. ¿Dónde termina la seguridad?

—Es necesario tomar una decisión, y en casos de acción militar el responsable soy yo. Sugiero diez naves.

Aratap enarcó las cejas. Sus lentes de contacto resplandecieron extrañamente a la luz de la pared. Los militares pensaban. Teóricamente, en tiempos de paz, los civiles eran quienes decidían, pero también en eso era difícil dejar de lado la tradición militar.

—Lo tendré en cuenta —dijo Aratap con prudencia.

—Gracias. Si no decide usted aceptar mis recomendaciones, y si mis sugerencias no tienen el carácter de tales, le aseguro que está usted en su derecho. No obstante, en tal caso no me quedaría más remedio que presentar mi dimisión.

Los talones del comandante entrechocaron secamente, si bien tal deferencia ceremoniosa tenía poco valor, y Aratap lo sabía. Tenía que salvar en lo posible la situación.

—No es mi intención obstaculizarle en ninguna decisión que tome sobre cuestiones puramente militares, comandante. Me gustaría saber si se mostraría usted tan acomodaticio con mis decisiones en cuestiones de importancia puramente política.

—¿De qué cuestiones se trata?

—Hay el problema de Hinrik. Ayer usted se opuso a mi propuesta de que nos acompañase.

—Lo considero innecesario —dijo secamente el comandante—. La presencia de extranjeros sería mala para la moral de nuestras fuerzas de acción.

Aratap emitió un débil suspiro, casi inaudible. Y, sin embargo, el comandante Andros era, a su manera, un hombre competente. No serviría de nada expresar impaciencia.

—También en eso estoy de acuerdo con usted —dijo Aratap—. No hago sino rogarle que considere los aspectos políticos de la situación. Como ya sabe, la ejecución del viejo ranchero de Widemos fue políticamente desagradable. Por muy necesaria que fuese, hace que sea conveniente evitar que se nos atribuya la muerte del hijo. Por lo que al pueblo de Rhodia se refiere, el joven Widemos ha raptado a la hija del director y, dicho sea de paso, la muchacha es un miembro popular de los Hinriads, que ha recibido mucha publicidad. Sería muy adecuado, y perfectamente comprensible, que el director dirigiese la expedición punitiva.

»Sería una acción sensacional, muy satisfactoria para el patriotismo rhodiano. Naturalmente, pediría asistencia a los tyrannios, y la recibiría, pero a eso se le daría poca importancia. Sería fácil, y necesario, establecer esta expedición en la mente popular como una expedición rhodiana.

—A pesar de eso —apuntó el comandante—, sería un mal precedente permitir que naves de Rhodia acompañen una expedición militar tyrannia. En una batalla nos estorbarían. Y en ese caso, la cuestión es de orden militar.

—No le he dicho, mi querido comandante, que Hinrik mande una nave. Sin duda, le conoce usted lo bastante para no creerle capaz de mandar, ni de desearlo siquiera. Irá con nosotros, y no habrá ningún otro rhodiano a bordo.

—En tal caso, comisario, retiro mi objeción —dijo el comandante.

La armada tyrannia había mantenido su posición a dos años luz de Lingane durante la mayor parte de una semana, y la situación se iba haciendo cada vez más inestable.

El comandante Andros proponía un inmediato desembarco en Lingane. Dijo:

—El autarca de Lingane se ha esforzado mucho en hacernos creer que es un amigo del Khan, pero no me fío de estos hombres que viajan por el

extranjero; adquieren ideas perturbadoras. Y es raro que en cuanto ha regresado el joven Widemos haya ido a su encuentro.

—No ha tratado de ocultar ni sus viajes ni sus retornos, comandante. Y no sabemos si Widemos ha ido precisamente a su encuentro. Está manteniendo una órbita alrededor de Lingane. ¿Por qué no aterriza?

—¿Y por qué se mantiene en una órbita? Preguntémonos lo que hace, y no lo que no hace.

—Puedo sugerir algo que encaja en los hechos.

—Me alegrará saberlo.

Aratap metió un dedo en el cuello del uniforme, y trató inútilmente de ensancharlo.

—Puesto que el joven está desesperado —dijo—, cabe suponer que está esperando algo o a alguien. Sería ridículo suponer que después de haberse dirigido a Lingane por una ruta tan directa y rápida, un solo salto, por cierto, esté esperando por simple indecisión. Digo, pues, que está esperando que se le una un amigo, o varios amigos. Con este refuerzo, seguirá hacia otro lugar. El hecho de que no desembarque directamente en Lingane parce indicar que no considera que tal acción sea prudente. Y eso, a su vez, indica que Lingane en general, y el autarca en particular, no están relacionados con la conspiración, si bien algunos linganios puedan estarlo individualmente.

—No siempre se puede confiar en que la solución obvia sea la correcta.

—Mi querido comandante; esta solución no es solamente obvia, sino que se ajusta a la estructura de los hechos lógicos.

—Quizá sea así. Pero a pesar de todo, si no ocurre nada en el plazo de veinticuatro horas, no me quedará otra alternativa que ordenar un avance hacia Lingane.

Aratap miró con gesto de disgusto la puerta a través de la cual había salido el comandante. Resultaba perturbador tener que controlar al mismo tiempo no sólo a los inquietos pueblos conquistados sino también a los conquistadores cortos de vista. Veinticuatro horas. Quizás ocurriese algo; de lo contrario, tendría que encontrar alguna manera de detener a Andros.

Sonó la señal de la puerta, y Aratap levantó la mirada con irritación. ¿Sería Andros de nuevo? No, no era él. En el marco de la puerta apareció la alta e inclinada forma de Hinrik de Rhodia, y tras él un atisbo del guarda que siempre le acompañaba a bordo. Teóricamente, Hinrik tenía completa libertad de movimientos, y era probable que él así lo creyese, puesto que nunca prestó atención al guarda.

Hinrik esbozó una turbia sonrisa.

—Espero que no le moleste, comisario.

—En absoluto. Siéntese, director.

Aratap permaneció de pie, pero Hinrik pareció no darse cuenta de ello.

—Tengo algo importante que discutir con usted —dijo Hinrik. Se detuvo, y parte de su ansiedad se desvaneció de su mirada. Añadió en un tono diferente—: ¡Qué grande y hermosa es esta nave!

—Gracias, director.

Aratap sonrió fríamente. Las otras nueve naves de escolta eran típicamente pequeñas, pero la nave insignia en que se encontraban era un modelo mucho mayor, adaptado de los diseños de la extinguida armada de Rhodia. El hecho de que cada vez se añadían más naves como aquélla a la armada tyrannia, era quizá la primera señal del reblandecimiento progresivo del espíritu militar tyrannio. La unidad de combate era todavía el pequeño crucero de dos o tres hombres, pero, cada vez más, lo militares de alto rango encontraban buenas razones para requerir grandes naves para sus cuarteles generarles.

Eso no preocupaba a Aratap. A algunos de los soldados más veteranos, una blandura que iba aumentando de tal manera les parecía una degeneración; pero a él le parecía una mayor civilización. Al final, quizás al cabo de siglos, podría incluso suceder que los tyrannios desapareciesen como pueblo puro, fundiéndose con las sociedades que habían conquistado en los Reinos Nebulares; y eso quizás hasta fuese conveniente.

Naturalmente, nunca expresaba en voz alta tal opinión.

—He venido para decirle a usted algo —dijo Hinrik. Meditó un instante y añadió—: Hoy he enviado un mensaje a mi pueblo. Les he dicho que estoy bien, que el criminal pronto será capturado y que mi hija regresará sana y salva.

—Bien —dijo Aratap.

No era cosa nueva para él. Él mismo había escrito el mensaje, pero no era imposible que a aquellas horas Hinrik se hubiese convencido de que era autor, o incluso de que dirigía la expedición, Aratap sintió cierta compasión. El pobre hombre se estaba desintegrando visiblemente.

—Creo que mi pueblo está muy perturbado por la audaz incursión en palacio de aquellos bien organizados bandidos —dijo Hinrik—. Creo que se sentirán orgullosos de su director, ahora que he obrado tan rápidamente en respuesta al ataque, ¿verdad, comisario? Verán que aún hay energía entre los Hinriads.

Parecía estar lleno de su pequeño triunfo.

—Me figuro que estarán realmente orgullosos —dijo Aratap.

—¿Tenemos ya al enemigo a nuestro alcance?

—No, director, el enemigo sigue donde estaba, muy cerca de Lingane.

—¿Todavía? Ahora recuerdo lo que quería decirle cuando vine. —Se mostró progresivamente excitado, de tal modo que sus palabras brotaban vacilantes—. Es muy importante, comisario. Tengo algo que decirle. Hay traición a bordo. Yo la he descubierto, y hemos de obrar rápidamente. Traición…

Ahora hablaba en susurros.

Aratap se impacientó. Naturalmente, era necesario tener paciencia con aquel pobre idiota, pero iba siendo ya una pérdida de tiempo. Si seguía así, estaría tan loco que resultaría inútil como títere, lo cual sería una lástima.

—No hay traición alguna, director. Nuestros hombres son firmes y leales. Alguien le ha engañado; está usted cansado.

—No, no. —Hinrik apartó el brazo que por un momento había descansado sobre sus hombros—. ¿Dónde estamos?

—Pues… ¡aquí!

—Quiero decir, ¿dónde está la nave? He estado observando la placa visora. No estamos cerca de ninguna estrella, sino en las profundidades del espacio. ¿Lo sabía?

—¡Claro que lo sabía!

—Lingane no está cerca. ¿También lo sabía?

—Está a dos años luz.

—¡Ah! Comisario, ¿no nos escucha nadie? ¿Está seguro? —Se inclinó, acercándose, y Aratap permitió que se aproximase a su oído—. Entonces, ¿cómo sabemos que el enemigo está cerca de Lingane? Está demasiado lejos para poder ser detectado. Nos están informando mal, y eso es traición.

El hombre podría estar loco, pero aquello no carecía de lógica.

—Eso es algo que concierne a los técnicos, director, y no a las personas de alto rango. Apenas si lo sé yo mismo.

—Pero como jefe de la expedición, yo debería saberlo. Porque soy el jefe, ¿no es verdad? —Miró cautelosamente en derredor—. A decir verdad, tengo la impresión de que el comandante Andros no siempre ejecuta mis órdenes. ¿Es de confianza? Como es natural, rara vez le doy órdenes. Parecería extraño mandar sobre un oficial tyrannio. Pero, por otra parte, tengo que encontrar a mi hija. Mi hija se llama Artemisa. Se la han llevado, y yo mando toda esta flota para recobrarla. Bien puede darse cuenta de lo que quiero decir. Tengo que saber cómo conocemos que el enemigo está en Lingane. Mi hija también estará allí. ¿Conoce usted a mi hija? Se llama Artemisa.

Sus ojos miraban suplicantes al comisario tyrannio. Luego los cubrió con la mano y murmuró:

—Lo siento.

Aratap sintió que sus músculos se agarrotaban. Resultaba difícil recordar que aquel hombre era un padre desolado, y que incluso el idiota director de Rhodia podía tener sentimientos paternales. No podía permitir que el hombre sufriese, y dijo pacientemente:

—Trataré de explicarlo. Ya sabe usted que existe un aparato llamado masómetro que detecta las naves en el espacio.

—Sí, sí.

—Es sensible a efectos gravitatorios. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Oh, sí. Todo tiene gravedad.

Hinrik estaba inclinado sobre Aratap, y sus manos se agarraban convulsamente la una a la otra.

—En efecto. Pero ya sabe que el masómetro, como es lógico, solamente puede ser empleado cuando la nave está cerca; a menos de dos millones de

kilómetros, aproximadamente. Y también es necesario que esté a una distancia razonable de cualquier planeta, que es mucho mayor.

—¿Y tiene mucha gravedad?

—Exactamente —dijo Aratap, con lo que Hinrik pareció muy contento. El comisario prosiguió—: Nosotros, los tyrannios, tenemos otro aparato. Se trata de un transmisor que irradia a través del hiperespacio en todas direcciones, y lo que irradia es un tipo de distorsión especial de la estructura del espacio, que no es de tipo electromagnético. En otras palabras, no es como la luz, ni siquiera como la radio subetérea. ¿Comprende?

Hinrik no respondió; parecía estar confuso. Aratap prosiguió rápidamente:

—Pues bien, es algo diferente. No importa la manera. Podemos detectar algo que radia, de modo que podemos siempre saber dónde se encuentra cualquier nave tyrannia, aunque esté a mitad de camino de la galaxia, o del otro lado de una estrella.

Hinrik asintió solemnemente.

—Así pues —dijo Aratap—, si el joven Widemos se hubiera escapado en una nave cualquiera, hubiera sido muy difícil localizarle. Pero como precisamente tomó un crucero tyrannio, sabemos siempre donde se encuentra, si bien él no se da cuenta de ello. Así es como sabemos que está cerca de Lingane, ¿comprende? Y lo que es más, no puede escaparse, de modo que tenemos la seguridad de salvar a su hija.

—Eso está muy bien —dijo Hinrik sonriente—. Le felicito, comisario. Es una treta muy inteligente.

Aratap no se engañaba. Hinrik entendía muy poco de lo que le había dicho, pero no importaba. Se había convencido de que el salvamento de su hija era seguro, y de un modo vago debía darse cuenta de que, de alguna manera, aquello era posible gracias a la ciencia tyrannia.

Se dijo a sí mismo que no se había tomado aquel trabajo exclusivamente por que el rhodiano le parecía digno de compasión. Por evidentes razones políticas, tenía que evitar que aquel hombre se hundiese por completo. Quizá la devolución de su hija mejoraría las cosas. Por lo menos, así lo esperaba.

Se oyó nuevamente la señal de la puerta y esta vez fue el comandante Andros quien entró. El brazo de Hinrik se crispó sobre el sillón y en su cara apareció la expresión de un perseguido. Se levantó y comenzó a decir:

—Comandante Andros…

Pero Andros estaba ya hablando rápidamente, sin hacer caso del rhodiano.

—Comisario —dijo—. El «Implacable» ha variado de posición.

—Sin duda no ha aterrizado en Lingane —dijo Aratap secamente.

—No —respondió el comandante—. Ha saltado apartándose de Lingane.

—Ah, bien. Quizá se le ha unido otra nave.

—Quizá otras muchas. Como usted sabe, solamente podemos detectar a la de Widemos.

—En todo caso, le seguimos de nuevo.

—Ya se ha dado la orden. Pero desearía hacerle notar que ese salto le ha llevado hasta el borde la Nebulosa de la Cabeza de Caballo.

—En la dirección indicada no existe ningún sistema planetario de importancia. No queda más que una conclusión lógica.

Aratap se humedeció los labios y salió rápidamente en dirección a la cabina del piloto, seguido del comandante.

Hinrik permaneció de pie en el centro de la cabina que tan repentinamente se había vaciado, contemplando la puerta durante un par de minutos. Luego se encogió levemente de hombros y se volvió a sentar. Su rostro carecía de expresión, y durante largo rato no hizo sino permanecer sentado.

—Las coordenadas especiales del «Implacable» han sido comprobadas, señor. Están sin duda en el interior de la Nebulosa.

—No importa —dijo Aratap—. Sígale de todos modos.

Se volvió hacia el comandante Andros.

—De modo que ya ve usted la ventaja de esperar. Ahora muchas cosas resultan evidentes. ¿Dónde si no en el interior de la Nebulosa podía estar el cuartel de los conspiradores? ¿Dónde, si no, podíamos haber dejado de localizarlos? ¡Es un esquema verdaderamente hermoso!

Y así fue cómo el escuadrón entró en la Nebulosa.

Por vigésima vez, Aratap lanzó una mirada rutinaria a la placa visora. A decir verdad, aquellas miradas eran inútiles, puesto que la placa visora permanecía negra por completo. No se veía ninguna estrella.

—Esta es su tercera parada sin que aterricen —dijo Andros—. No lo comprendo. ¿Qué se proponen? ¿Qué buscan? Cada una de sus paradas dura varios días; y, no obstante, no aterrizan.

—Es posible que tarden todo ese tiempo en calcular su siguiente salto —dijo Aratap—. No hay visibilidad alguna.

—¿Usted cree?

—No. Sus saltos son demasiado buenos. Cada vez caen muy cerca de una estrella. No podrían hacerlo tan bien sólo con los datos de los masómetros, a menos que supiesen de antemano la situación de las estrellas.

—Y entonces, ¿por qué no aterrizan?

—Me parece que están buscando planetas habitables —dijo Aratap—. Quizás ellos mismos no saben la posición del centro de la conspiración. O, por lo menos, no la saben con exactitud. —Sonrió—. Lo único que tenemos que hacer es seguirlos.

El navegante juntó los talones.

—¡Señor!

—¿Sí? —dijo Aratap levantando la mirada.

—El enemigo ha aterrizado en un planeta.

Aratap llamó al comandante Andros.

—Andros, ¿se ha enterado usted?

—Sí. He ordenado descenso y persecución.

—Espere. Quizás esta vez sea también prematuro, como cuando deseaba precipitarse sobre Lingane. Creo que debería ir solamente esta nave.

—¿Por qué razones?

—Si necesitamos refuerzos, usted estará allí, al mando de los cruceros. Si se trata en realidad de un centro rebelde, poderoso, quizá crean que sólo una nave los ha encontrado por casualidad. De un modo u otro se lo haré saber, y podrá usted retirarse a Tyrann.

—¡Retirarme!

—Y regresar con toda un flota.

—Muy bien —dijo Andros, pensativo—. En todo caso, ésta es la menos inútil de nuestras naves. Demasiado grande.

Cuando descendieron en espiral, el planeta llenó la placa visora.

—La superficie parece totalmente desolada, señor —dijo el piloto.

—¿Ha determinado la posición exacta del «Implacable»?

—Sí, señor.

—Entonces aterrice lo más cerca que pueda sin que le vean.

En aquel momento estaban en la atmósfera. Al deslizarse velozmente por la cara visible del planeta observaron el cielo teñido de púrpura cada vez más brillante. Aratap contemplaba la superficie que se aproximaba. ¡La larga persecución se acercaba a su fin!

17. ¡Y liebres!

Para quienes no han estado nunca en el espacio, la investigación de un sistema estelar en busca de planetas habitables puede parecer algo fascinante, o por lo menos interesante. Para un hombre del espacio, es la más aburrida de las tareas.

Localizar una estrella, que es una masa incandescente de hidrógeno en trance de convertirse en helio, es sumamente fácil. Se evidencia ella misma. Incluso en la negrura de la Nebulosa se trata de una sencilla cuestión de distancia. Basta acercarse a diez mil millones de kilómetros para que se delate a sí misma.

Lo que suele hacerse es más bien adoptar un sistema. Se toma una posición en el espacio a una distancia de la estrella que se investiga, igual a unas diez mil veces el diámetro de la estrella. Se sabe por las estadísticas galácticas que ni una sola vez entre cincuenta mil se encuentra un planeta situado a una distancia mayor de su primario. Además, prácticamente nunca se encuentra un planeta habitable a una distancia de su primario superior a mil veces el diámetro de su Sol.

Esto significa que, desde la posición tomada por la nave, cualquier planeta habitable debe estar situado dentro de los seis grados de la estrella.

Es posible ajustar el movimiento de la telecámara de tal manera que contrarreste el movimiento de la nave en su órbita. En tales condiciones, una exposición prolongada fijará las constelaciones de las cercanías de la estrella, siempre que, naturalmente, se evite el resplandor del sol, lo cual puede realizarse con facilidad. Pero los planetas tienen movimientos propios perceptibles, y éstos aparecerán en la placa en forma de pequeñas rayas.

Cuando no aparecen rayas, existe siempre la posibilidad de que los planetas se encuentren detrás de su primario. Por lo tanto se repite la maniobra desde otra posición del espacio, generalmente desde un punto más próximo a la estrella.

Es un proceso realmente muy aburrido, y cuando se ha repetido tres veces para tres estrellas diferentes, y en cada caso con resultados totalmente negativos, es lógico que se produzca cierta depresión moral.

Así, por ejemplo, la moral de Gillbret hacía bastante tiempo que venía decayendo. Cada vez eran más largos los intervalos entre los cuales encontraba que algo era «divertido».

—Por lo menos cada vez nos encontramos con una estrella —dijo Biron —. Los datos del autarca eran correctos.

—Las estadísticas demuestran que de cada tres estrellas una tiene un sistema planetario.

Biron asintió. Era una estadística bien conocida. Todos los niños la aprendían en su galactografía elemental.

—Lo cual significa —prosiguió Gillbret— que la probabilidad de encontrar tres estrellas escogidas al azar sin un solo planeta es de dos tercios elevado al cubo.

—¿Y bien?

—No hemos encontrado ninguno; debe de haber un error.

—Usted mismo vio las placas. Y, además, ¿qué valen las estadísticas? No sabemos si las condiciones son diferentes en el interior de una Nebulosa. Quizá las partículas de niebla impiden que se formen los planetas, o quizá la niebla es el resultado de planetas que no han cuajado.

—¿Lo dices en serio? —dijo Gillbret asombrado.

—Tiene razón. Sólo hablo para oírme a mí mismo. No sé nada de cosmogonía. Y, ¿para qué se forman los planetas? ¡No sé de ninguno que no esté lleno de problemas! —Biron tenía el rostro desencajado. Seguía escribiendo y enganchando pedazos de papel sobre el tablero de instrumentos—. Por lo menos tenemos los demoledores preparados; alcance, energía y lo demás —añadió.

Era difícil no mirar la placa visora. Pronto saltarían a través de aquella tinta.

—¿Sabe por qué le llaman la Nebulosa de la Cabeza de Caballo? —preguntó Biron distraídamente.

—¿Qué es un caballo?

—Un animal de la Tierra.

—Es una idea divertida, pero para mí la Nebulosa no se parece a ningún animal, Biron.

—Eso depende del ángulo desde el cual se mira. Desde Nefelos parece un brazo humano con tres dedos, pero una vez la observé desde el observatorio de la universidad de la Tierra, y verdaderamente se parecía un poco a una cabeza de caballo. Quizá de ahí le viene el nombre. ¿Quién sabe?

A Biron el asunto le aburría ya; sólo hablaba para oír el sonido de su propia voz.

Hubo una pausa que duró demasiado, pues dio a Gillbret una oportunidad para plantear un asunto que Biron no quería discutir, y sobre el cual no conseguía dejar de pensar.

—¿Dónde está Arta? —preguntó Gillbret.

Biron le lanzó una rápida mirada.

—Está en el remolque. No voy tras ella —respondió Biron.

—Pero el autarca sí. Valdría más que viviese aquí.

—Suerte para ella.

Las arrugas de Gillbret se hicieron más pronunciadas, y sus pequeñas facciones parecieron encogerse aún más.

—Oh, no seas necio, Biron. Artemisa es una Hinriad. No se puede acostumbrar a la manera como la estás tratando.

—Déjelo correr —dijo Biron.

—No. Hace tiempo que tengo ganas de decirlo. ¿Por qué te estás portando así con ella? ¿Por qué Hinrik puede haber tenido la culpa de la muerte de tu padre? Hinrik es mi primo, y no has cambiado respecto a mí.

—¡De acuerdo! —exclamó Biron—. No he cambiado respecto a usted; le hablo como siempre le he hablado. Y también hablo con Artemisa.

—¿Como le has hablado siempre?

Biron permaneció silencioso.

—Se la estás entregando al autarca —dijo Gillbret.

—Es su elección.

—No. Es la tuya. Escucha, Biron —Gillbret adoptó un tono confidencial y puso una mano sobre la rodilla de Biron—, esto es algo en lo que no me gusta meterme, ¿comprendes? Se trata únicamente de que ella es lo único bueno que hay de momento en la familia Hinriad. ¿Te divertiría si te dijese que la quiero? No tengo hijos propios.

—No discuto su cariño.

—Entonces te aconsejo en bien de ella. Para los pies al autarca, Biron.

—Creí que se fiaba usted de él, Gill.

—Como autarca, sí. Como jefe antityrannio, también. Pero como hombre para una mujer, como hombre para Artemisa, no.

—Pues dígaselo a ella.

—No me haría caso.

—¿Y cree usted que me escucharía si se lo dijese yo?

—Si se lo dijeses bien dicho…

Biron pareció vacilar durante un momento y se humedeció con la lengua sus labios secos. Luego se volvió hacia Gillbret.

—No quiero hablar de ello —dijo con voz dura.

—Luego te arrepentirás —concluyó Gillbret tristemente.

Biron no dijo nada. ¿Por qué Gillbret no le dejaba en paz? A él también se le había ocurrido muchas veces que se arrepentiría. No era fácil, pero, ¿qué podía hacer? No había manera de evitarlo. Trató de respirar hondamente para librarse, de un modo u otro, de la oprimente sensación de su pecho.

Después del salto siguiente cambió el panorama. Biron había dispuesto los controles de acuerdo con las instrucciones del piloto del autarca, y dejó las operaciones manuales a Gillbret. Esta vez había decidido dormirse. Pero en seguida Gillbret le agarró un hombre y empezó a sacudirle.

—¡Biron! ¡Biron!

Biron dio media vuelta en la litera, cayó y aterrizó en el suelo, encogido, con los puños crispados.

—¿Qué ocurre?

Gillbret se apartó con rapidez.

—Tómalo con calma. Esta vez hemos topado con una F-2 —dijo Gillbret y respiró hondamente, relajándose.

—No me vuelvas a despertar así, Gillbret. ¿Dices que es una F-2? ¿Supongo que te refieres a la nueva estrella?

—Claro. Me parece que tiene un aspecto muy divertido.

En cierto modo, así era. Aproximadamente el 95 por 100 de los planetas habitables de la galaxia giraban alrededor de estrellas de los tipos espectrales F o G, con un diámetro de un millón a dos millones de kilómetros y una temperatura superficial de cinco mil a diez mil grados. El Sol de la Tierra era G-0, el de Rhodia F-8, el de Lingane G-2, lo mismo que el de Nefelos. F-2 era algo caluroso, pero no excesivamente.

Las primeras estrellas en que se habían detenido eran del tipo espectral K, más bien pequeñas y rojizas. Aunque hubiesen tenido planeta, probablemente éstos no habían sido habitables.

¡Una buena estrella es una buena estrella! En el primer día dedicado a fotografiar localizaron cinco planetas, de los cuales el más cercano distaba unos doscientos millones de kilómetros del primario.

Tedor Rizzet comunicó personalmente la noticia. Visitaba el «Implacable» con tanta frecuencia como lo hacía el autarca, iluminando la nave con su buen humor. Esta vez resoplaba furiosamente debido al esfuerzo que había hecho para pasar de un lado a otro por el cable metálico.

—No sé como se las arregla el autarca —dijo—. Nunca parece importarle. Me figuro que se debe a que es más joven. —De repente añadió—: ¡Cinco planetas!

—¿Para esta estrella? —preguntó Gillbret—. ¿Estás seguro?

—Del todo. Pero cuatro de ellos son del tipo J.

—¿Y el quinto?

—El quinto quizá sea bueno. Por lo menos tiene oxígeno en la atmósfera.

Gillbret soltó un pequeño grito de triunfo.

—Cuatro son del tipo J —dijo Biron—. Pero, en fin, solamente necesitamos uno.

Se daba cuenta de que era una distribución razonable. La mayor parte de los planetas de la galaxia cuyo tamaño era apreciable tenían atmósferas de hidrógeno. Al fin y al cabo, las estrellas consisten principalmente en hidrógeno, y constituyen el material primario de las formaciones planetarias. Los planetas del tipo J tenían atmósfera de metano o de amoníaco; algunas veces también contienen hidrógeno molecular, así como bastante helio. Tales atmósferas son en general profundas y muy densas. Los planetas mismos eran casi invariablemente de unos cincuenta mil kilómetros o más de diámetro, y su temperatura media rara vez superaba los cincuenta grados bajo cero. Eran totalmente inhabitables.

Allá, en la Tierra, le habían dicho que estos planetas recibían el nombre de planetas J, por la inicial de Júpiter, un planeta del sistema solar de la Tierra que era el mejor ejemplo de ese tipo. Quizá tenían razón. Lo cierto era que la otra clase de planetas era la de tipo T, y esa inicial, en efecto, venía de Tierra, los tipos T era, en general, relativamente pequeños, y debido a su menor gravedad no podían retener hidrógeno ni compuestos de ese gas, especialmente porque acostumbraban a estar más cercanos al Sol y eran más calientes. Sus atmósferas eran menos densas y, por lo común, contenían oxígeno y nitrógeno, y a veces, algo de cloro, lo cual era malo.

—¿Hay cloro? —preguntó Biron—. ¿Han analizado a fondo la atmósfera?

Rizzet se encogió de hombros.

—Desde el espacio solamente se pueden juzgar las capas superiores. Si hubiese cloro, se concentraría cerca del suelo. Ya veremos. —Puso la mano sobre uno de los amplios hombros de Biron, y dijo—: ¿Qué me dices de una copa en tu cabina, muchacho?

Gillbret le contempló con inquietud. Con el autarca que cortejaba a Artemisa, y el hombre que era su mano derecha convirtiéndose en compañero de bebida de Biron, el «Implacable» se iba haciendo cada día más linganio. Se preguntaba si Biron sabía lo que estaba haciendo; desde luego pensó en el nuevo planeta y dejó de preocuparse de los demás.

Cuando penetraron en la atmósfera, Artemisa se encontraba en la cabina del piloto. Sonreía levemente y parecía satisfecha. Biron la miraba de reojo de vez en cuando. La chica casi nunca entraba allí, y su presencia

sorprendió a Biron. Él la saludó, pero Artemisa no respondió a su saludo y se dirigió a su tío.

—Tío Gil —dijo con mucha animación—. ¿Es cierto que vamos a aterrizar?

Gil se frotó las manos.

—Eso parece, querida. Quizá salgamos de esta nave dentro de pocas horas, y caminemos sobre superficie sólida. ¿Verdad que es una idea divertida?

—Espero que sea el planeta que buscamos, si no lo es, no será tan divertido.

—Queda todavía otra estrella —respondió Gil, frunciendo el ceño mientras hablaba.

Entonces Artemisa se volvió hacia Biron y dijo con frialdad:

—¿Ha dicho usted algo, señor Farrill?

Biron, cogido nuevamente por sorpresa, se sobresaltó.

—No, no he dicho nada.

—Entonces perdone. Creía que había dicho algo.

La muchacha pasó tan cerca de él que le rozó con el borde su vestido de plástico, y por un momento se sintió envuelto en su perfume. A Biron se le contrajeron los músculos de la mandíbula.

Rizzet estaba todavía con ellos. Una de las ventajas del remolque era que podían invitar a un huésped a pasar la velada.

—Ahora están obteniendo detalles de la atmósfera. Mucho oxígeno, casi un treinta por ciento, nitrógeno y gases inertes. Lo normal. No hay nada de cloro. —Hizo una pausa y añadió—: Humm…

—¿Qué ocurre? —pregunto Gillbret.

—No hay dióxido de carbono. Eso ya no me gusta.

—¿Por qué no? —preguntó Artemisa desde su puesto de observación junto a la placa visora, donde estaba viendo pasar la distante superficie del planeta a una velocidad de tres mil kilómetros por hora.

—Si no hay dióxido de carbono, no hay vida vegetal —dijo Biron secamente.

Ella le miró y sonrió de un modo afable.

Biron, contra su voluntad, le devolvió la sonrisa. Pero ella, sin mostrar ninguna alteración visible en sus facciones, sonreía a algo o a alguien que estaba más allá de Biron, ignorando a éste. Él se dio cuenta de que la suya era una sonrisa estúpida y dejó que se desvaneciera.

Lo mejor que podía hacer era evitar encontrarse con ella, pues de otro modo le era difícil dominarse. Al verla le fallaba la acción anestésica de su voluntad.

Gillbret estaba triste. La nave se deslizaba ahora lentamente. En la parte baja y densa de la atmósfera el «Implacable» con su poco recomendable remolque, era difícil de manejar. Biron luchaba denodadamente con los controles.

—¡Anímese, Gil! —dijo.

No obstante, él no se sentía precisamente optimista. Las señales de radio aún no habían tenido respuesta, y si aquél no era el mundo de la rebelión, entonces no había ninguna razón para esperar más tiempo. ¡Su línea de acción estaba trazada!

—No tiene aspecto de ser el mundo de la rebelión —dijo Gillbret—. Es rocoso y está muerto, y tampoco hay mucha agua. —Se volvió—. ¿Han comprobado de nuevo la presencia de dióxido de carbono, Rizzet?

La cara rubicunda de Rizzet estaba alargada.

—Sí. Hay indicios. Una milésima por ciento, aproximadamente.

—No se puede saber —dijo Biron—. Quizás hayan elegido un mundo así precisamente porque parece desolado.

—Pero he visto granjas —dijo Gillbret.

—De acuerdo. ¿Cree que es posible ver mucho de un planeta sólo con darle unas vueltas? Bien sabe que, quienes quiera que sean, no pueden ser suficientes para llenar todo un planeta. Quizás hayan elegido un valle donde el dióxido de carbono del aire se ha ido acumulando por la acción volcánica, y donde hay agua abundante en las cercanías. Podríamos pasar a treinta kilómetros de distancia y no verles. Naturalmente, no estarían dispuestos a responder a señales de radio sin antes investigar a fondo.

—No es posible acumular una concentración de dióxido de carbono con tanta facilidad —mustió Gillbret. Pero siguió observando la placa visora con gran atención.

Biron deseó repentinamente que aquél no fuese le mundo que buscaban. Decidió que no podía esperar ya más. ¡Tendría que averiguarlo inmediatamente!

La sensación era extraña.

Habían sido apagadas las luces artificiales, y la luz del sol entraba libremente por las ventanillas. Aunque era un método menos eficaz de iluminar la nave, tenía el atractivo de la novedad. Se habían abierto las ventanillas y podía respirarse la atmósfera ambiental del planeta.

Rizzet estuvo disconforme, alegando que la falta de dióxido de carbono alteraría el equilibrio respiratorio del cuerpo, pero Biron creyó que sería soportable por un rato.

Gillbret se les había acercado, y ellos levantaron la mirada y se inclinaron hacia atrás, apartándose. Gillbret rio. Luego miró por la ventanilla, suspiró y exclamó:

—¡Rocas!

—Vamos a establecer un transmisor de radio en la parte más alta. Así tendremos un alcance mayor. En todo caso, deberíamos poder establecer contacto con todo este hemisferio. Y si el resultado es negativo, podremos probar el otro lado del planeta.

—¿Era eso lo que Rizzet y tú estabais discutiendo?

—Exactamente. El autarca y yo lo haremos. Ha sido él quien lo ha propuesto, lo que ha sido una suerte, pues de lo contrario hubiese tenido que proponerlo yo.

Miró de reojo a Rizzet mientras hablaba; Rizzet permaneció impasible. Biron se incorporó.

—Creo que sería mejor si me quitase mi traje espacial y llevase aquél.

Rizzet asintió. Sobre el planeta lucía el sol; en el aire había escaso vapor de agua, y ninguna nube, pero hacía mucho frío.

El autarca se encontraba en la esclusa principal del «Implacable». Su abrigo era de espumilla, y pesaba solemne unos cuantos gramos, a pesar de lo cual proporcionaba un aislamiento perfecto. Llevaba un tubo de dióxido

de carbono sujeto al pecho y ajustado de tal forma que mantenía una tensión de vapor de CO_2 perceptible en las inmediaciones.

—¿Te gustaría registrarme, Farrill? —preguntó. Alzó las manos y esperó, con una expresión divertida en su delgada cara.

—No —dijo Biron—. Y usted, ¿quiere registrarme a mí para ver si llevo alguna arma?

—No se me ocurriría hacerlo.

Estas cortesías resultaban tan frías como el tiempo.

Biron salió a la dura luz del sol sujetando una de las asas de la maleta que contenía el equipo de radio. El autarca cogió la otra.

—No es excesivamente pesada —dijo Biron.

Se volvió y vio que Artemisa estaba de pie, junto a la salida de la nave, silenciosa. El vestido de la muchacha era blanco y liso, y se plegaba plásticamente a impulsos del viento. Las mangas semitransparentes se doblaban hacia atrás, pegándose a sus brazos y tornándolos de plata.

Por un instante Biron se ablandó peligrosamente. Quería volver corriendo, saltar al interior de la nave, coger a Artemisa de tal modo que sus dedos dejasen huellas en los hombros de la chica, y sentir cómo sus labios se encontraban con los de ella…

Pero en vez de hacerlo así, se limitó a saludar levemente; el saludo de la muchacha y el gesto de sus dedos fueron, sin embargo, para el autarca.

Cinco minutos más tarde se volvió, y contempló de nuevo aquel blanco resplandor a la puerta de la nave; luego un desnivel del terreno interceptó la visión. En el horizonte sólo quedaban rocas quebradas y denudadas.

Biron pensó en lo que le esperaba, y se preguntó si nunca volvería a ver a Artemisa… y si a ella le importaría si no regresaba.

18. ¡Libre de las garras de la muerte!

Artemisa observó cómo se iban convirtiendo en pequeñas figuras que avanzaban trabajosamente por el desnudo granito, descendiendo hasta perderse de vista. Por un momento, poco antes de que desapareciese, uno de los dos se volvió. No podía estar segura de cuál había sido, y por un momento su corazón se endureció.

Al partir, él no había dicho ni una palabra. Ni una sola palabra. La chica se apartó del sol y de las rocas, dirigiéndose al reducido interior metálico de la nave. Se sentía sola, terriblemente sola; nunca en su vida se había sentido tan sola.

Era eso quizá lo que la hacía estremecerse, pero hubiese sido una intolerable confesión de debilidad a admitir que no se trataba sencillamente de frío.

—¡Tío Gil! —exclamó malhumorada—. ¿Por qué no cierras las ventanillas? ¡Es suficiente para dejar helada a una!

El termómetro indicaba siete grados, a pesar de que los calentadores de la nave estaban altos.

—Mi querida Arta —respondió Gillbret dulcemente—, si persistes en tu ridícula costumbre de vestir unas prendas tan ligeras, tienes que resignarte a sentir frío.

No obstante, cerró ciertos contactos y, con un acompañamiento de pequeños ruidos, se cerró la esclusa de aire y las ventanillas se hundieron hacia dentro, amoldándose al suave y resplandeciente casco. Las luces de la nave se encendieron y las sombras desaparecieron.

Artemisa se sentó sobre los brazos acolchados del asiento del piloto, jugueteando nerviosamente con los dedos. Las manos de Biron a menudo

descansaban allí, pero se dijo que el calorcillo que le inundó al pensarlo era sólo el resultado de los calentadores que se dejaban sentir.

Pasaron los lentos minutos y no pudo continuar sentada e inmóvil. ¡Bien podía haber ido con él! Reprimió el pensamiento, cambiando el singular «él» por el plural «ellos».

—Después de todo —dijo—, ¿para qué tienen que instalar un transmisor de radio, tío Gil?

Gillbret levantó la mirada de la placa visora, cuyos controles estaba manipulando delicadamente.

—¿Cómo dices?

—Hemos tratado de entrar en contacto con ellos desde el espacio y no hemos alcanzado a nadie —dijo la chica—. ¿De qué puede servir un transmisor sobre la superficie del planeta?

Gillbret se turbó.

—Pues bien, querida, tenemos que seguir probando. Tenemos que encontrar el mundo de la rebelión. —Y entre dientes añadió para sí mismo—: ¡No nos queda más remedio!

Al cabo de un rato, Gillbret habló de nuevo.

—No puedo encontrarles.

—¿Encontrar a quién?

—A Biron y al autarca. La arista me intercepta, por más que varíe la posición de los espejos externos. ¿Quieres verlo?

La muchacha no vio nada más que el deslizamiento de las rocas soleadas.

Entonces Gillbret detuvo los mandos y dijo:

—En cualquier caso, aquélla es la nave del autarca.

Artemisa no le dedicó más que una brevísima ojeada. Yacía más abajo del valle, quizás a unos dos kilómetros, y brillaba al sol de un modo insoportable. En aquel momento le pareció que era el verdadero enemigo, y no los tyrannios. De pronto deseó con toda su alma que no hubiesen ido nunca a Lingane, que hubiesen permanecido en el espacio, los tres juntos. Aquéllos habían sido días divertidos e incómodos, pero cálidos. Y ahora lo único que podía hacer era tratar de herirle. Había algo que le hacía sentir deseos de herirle, a pesar de lo que le hubiese gustado…

—Y ahora, ¿qué querrá aquél?

Artemisa levantó la mirada y vio a Gillbret a través de una húmeda neblina, de modo que tuvo que parpadear rápidamente para volver a enfocarle de modo normal.

—¿Quién?

—Rizzet. Creo que es Rizzet. Pero evidentemente no viene hacia aquí.

Artemisa se situó ante la placa visora.

—Amplíalo —ordenó.

—¿A una distancia tan corta? —objetó Gillbret—. No verás nada. Será imposible mantenerlo centrado.

—Amplíalo, tío Gil.

Gruñendo, conectó el dispositivo telescópico y buscó enormes masas de rocas que aparecían; saltaban más rápidamente de lo que podía seguir la vista, a cada toque de los mandos. Por un instante, la enorme y desdibujada imagen de Rizzet pasó como un relámpago, y en aquel instante su identidad se hizo indiscutible. Gillbret hizo marcha atrás furiosamente y le volvió a captar por un momento.

—Va armado. ¿Te has dado cuenta? —dijo Artemisa.

—No.

—¡Te digo que lleva un demoledor de largo alcance!

Se levantó y abrió rápidamente el armario.

—¡Arta! ¿Qué estás haciendo?

Estaba ya abriendo el cierre del revestimiento de otro traje espacial.

—Voy a salir. Rizzet les está siguiendo. ¿No lo comprendes? Es una trampa para Biron.

Parecía ahogarse, mientras se esforzaba para entrar en el grueso y burdo revestimiento del traje.

—¡Detente! ¡Estás soñando!

Pero la chica contemplaba a Gillbret sin verle, y su cara estaba pálida y desencajada. Debía haberse dado cuenta antes, por la forma en que Rizzet había estado mimando a aquel tonto. ¡Aquel emotivo tonto! Rizzet alabó a su padre, le explicó qué gran hombre había sido el ranchero de Widemos, y Biron se ablandó al momento. Todas sus acciones estaban dictadas por el

recuerdo de su padre. ¿Cómo era posible que se dejase gobernar por una monomanía?

—No sé cómo se maneja la esclusa de aire. Ábrela.

—Arta, no puedes salir de la nave. No sabes dónde están.

—Les encontraré. Abre la esclusa.

Gillbret meneó la cabeza. Pero el traje espacial que la chica se había puesto llevaba una funda.

—Tío Gil: usaré esto. ¡Te lo juro!

Gillbret se encontró ante la perversa boca de un látigo neurónico. Trató de esbozar una sonrisa.

—¡No lo hagas!

—¡Abre la esclusa! —dijo con voz ahogada.

Él así lo hizo, y la chica salió, corriendo de cara al viento, deslizándose a través de las rocas y hacia lo alto de la arista. La sangre le golpeaba en las sienes. Ella había sido tan tonta como él, jugueteando con el autarca sin otro motivo que el de satisfacer su estúpido orgullo. Ahora se daba cuenta, y la personalidad del autarca se iba perfilando con claridad en su mente, como hombre tan estudiadamente frío que no tenía ni sangre ni gusto. Se estremeció de asco.

Llegó a lo alto de la colina, y no había nada delante de ella. Siguió avanzando con determinación, empuñando el látigo neurónico.

Biron y el autarca no habían cambiado ni una sola palabra durante su caminata, y, por fin, se detuvieron en un lugar donde el terreno volvió a hacerse llano. La roca estaba resquebrajada por la acción del sol y del viento en el transcurso de los milenios. Delante de ellos se alzaba una antigua falla, cuyo bordo más apartado había desmoronado, dejando un precipicio de unos treinta metros cortado a pico.

Biron se acercó cautelosamente y miró por encima del borde que se extendía hasta más allá de la vertical; el suelo estaba cubierto de grandes guijarros que las infrecuentes lluvias habían desparramado hasta donde alcanzaba la vista.

—Parece un mundo desolado, Jonti.

El autarca no mostraba ninguna curiosidad por los alrededores.

—Éste es el lugar que encontramos antes de aterrizar. Es ideal para nuestro objeto —dijo sin acercarse al borde.

«Por lo menos es ideal para tu objeto», pensó Biron. Se apartó del borde y se sentó. Escuchó el pequeño silbido de su tubo de dióxido de carbono y esperó un momento.

—¿Qué les dirá cuando vuelva a su nave, Jonti? ¿O quiere que se lo diga yo? —preguntó en voz muy baja.

El autarca se detuvo en la acción de abrir la maleta de dos asas que había llevado.

—¿De qué está hablando?

Biron sintió que el viento le entumecía la cara y se frotó la nariz con su enguantada mano. A pesar de ello se desabrochó el forro de espumilla que le envolvió, el cual quedó aleteando en derredor, a merced de las ráfagas de viento.

—Estoy hablando de una razón para traerme aquí —dijo.

—Desearía instalar la radio en vez de perder el tiempo discutiendo, Farrill.

—Usted no instalará una radio. ¿Para qué? Intentamos ponernos en contacto desde el espacio, sin obtener respuesta. Y tampoco se trata de capas ionizadas en la alta atmósfera, opacas para la radio, porque también probamos el subéter sin resultado. Y ni siquiera somos los expertos de radio de nuestro grupo. De modo que, ¿para qué venir hasta aquí? La verdad, Jonti.

El autarca se sentó enfrente de Biron. Con una mano acarició descuidadamente la maleta.

—Si estas dudas le perturban, ¿por qué ha venido?

—Para descubrir la verdad. Su agente Rizzet me dijo que usted ideaba esta expedición, y me aconsejó que me uniese a ella. Creo que las instrucciones que le dio era decirme que al unirme a usted podría asegurarme que no recibiría mensajes que yo ignorase. Era bastante razonable, salvo que no creo que vaya a recibir ningún mensaje. Pero me dejé convencer, y he venido con usted.

—¿Para descubrir la verdad? —dijo Jonti en son de burla.

—Exactamente. Y ya puedo adivinarla.

—Dígamela entonces. Deje que la descubra yo también.

—Vino para matarme. Estoy aquí solo, con usted, y delante de nosotros hay un acantilado por donde caer sería una muerta cierta. No habrían señales de violencia deliberada. Ni miembros destrozados, ni señal alguna del uso de armas. Sería una bonita y triste historia para llevar a su nave. Habría resbalado y me habría caído. Podía traer consigo un grupo de rescate para recogerme y enterrarme con decencia. Sería todo muy conmovedor, y yo no me cruzaría ya en su camino.

—¿Cree esto y, sin embargo, ha venido?

—Lo espero. De modo que no me cogerá desprevenido. Estamos desarmados, y dudo de que me pueda echar abajo utilizando sólo su fuerza muscular.

Por un instante la nariz de Biron se dilató. Había doblado su brazo derecho, lentamente y con impaciencia.

Pero Jonti se rio.

—Vamos, pues, a ocuparnos de nuestra radio, ya que su muerte es imposible.

—Todavía no; no he terminado. Quiero que admita que iba a intentar matarme.

—¡Oh! ¿Insiste en que desempeñe mi propio papel en este drama que ha improvisado? ¿Cómo espera forzarme a que lo haga? ¿Intenta arrancarme una confesión? Y ahora escúcheme, Farrill. Usted es joven y estoy dispuesto a tenerlo en cuenta, y además a considerar su nombre y su rango. Pero tiene que admitir que hasta ahora me ha servido más de estorbo que de ayuda.

—¡Desde luego; al conservarme vivo, a pesar de sus esfuerzos!

—Si se refiere al peligro que corrió en Rhodia, ya lo he explicado; no voy a volver a empezar.

Biron se levantó.

—Su explicación no fue correcta. Tiene un fallo que es evidente desde el principio.

—¿De veras?

—¡De veras! Levántese y escúcheme, o le haré levantar a la fuerza.

Los ojos del autarca se cerraron hasta parecer hendiduras, y se levantó.

—No le aconsejaría intentar la violencia, jovenzuelo.

—Oiga —la voz de Biron resonaba con fuerza, mientras su capa ondulaba al viento—. Dijo que me había enviado a una posible muerte en Rhodia solamente para comprometer al director en la conspiración antityrannia.

—Eso sigue siendo cierto.

—Eso sigue siendo una mentira. Su objeto primordial era que me matasen. Usted informó de mi identidad al capitán de la nave rhodiana, desde el primer momento. No tenía ninguna razón real para creer que se me iba a permitir siquiera ver a Hinrik.

—Si hubiese querido matarle, Farrill, podía haber puesto en su habitación una auténtica bomba de radiación.

—Evidentemente, era mucho mejor maniobrar para que los tyrannios cometiesen el asesinato en su lugar.

—Podía haberle matado en el espacio cuando entré por primera vez en el «Implacable».

—Desde luego, vino equipado con un demoledor, y en un momento dado me estaba apuntando con él. Había esperado encontrarme a bordo, pero no se lo había dicho a su tripulación. Cuando Rizzet llamó y me vio, ya no fue posible desintegrarme. Entonces cometió un error. Me dijo que había dicho a sus hombrees que yo estaba probablemente a bordo, mientras que Rizzet, algo más tarde, me dijo que no se lo había dicho. ¿Es que no instruye a sus hombres acerca de sus exactas mentiras, a medida que las va pronunciando, Jonti?

La cara de Jonti, blanca a causa del frío, pareció palidecer aún más.

—Sin duda debería matarle ahora por decir que he mentido. ¿Pero qué fue lo que hizo que no disparase antes de que Rizzet apareciese en la placa visora y le viese?

—La política, Jonti. Artemisa oth Hinriad estaba a bordo y, de momento, era un objeto más importante que yo mismo. Reconozco que cambió sus planes con rapidez. Haberme matado en presencia de ella hubiese echado a perder un juego más importante.

—¿Tan rápidamente me había yo enamorado?

—¡Amor! Si la muchacha en cuestión era un Hinriad, ¿por qué no? Primeramente intentó transferirla a su nave y, cuando eso falló, me dijo que Hinrik había traicionado a mi padre. —Quedó silencioso durante un momento y luego prosiguió—: De modo que la perdí y le dejé el campo libre. Me figuro que ahora ya no importa. Está firmemente de parte de usted, y ya puede seguir adelante con su plan de matarme sin ningún temor de que al hacerlo pueda perder su posibilidades en la sucesión de los Hinriads.

Jonti suspiró.

—Farrill, hace cada vez más frío —dijo—. Me parece que el sol se está ocultando. Usted es increíblemente necio, y me fatiga. Antes de que terminemos esta sarta de imbecilidades, ¿querrá decirme por qué tengo interés en matarle? Es decir, si es que su evidente manía persecutoria requiere alguna explicación.

—Hay la misma razón que la indujo a matar a mi padre.

—¿Qué?

—¿Pensó usted que por un solo momento le creí cuando dijo que Hinrik había sido el traidor? Pudiera haberlo sido, de no ser porque su reputación de débil y despreciable está tan bien establecida. ¿Cree usted que mi padre era completamente idiota? ¿Acaso podía nunca haber tomado a Hinrik por algo diferente de lo que es? Si no hubiera conocido su reputación, ¿es que cinco minutos en su presencia no le hubiesen dicho a Hinrik algo que pudiera ser utilizado para poyar una acusación de traición en contra de él? No, Jonti. El hombre que traición a mi padre debe haber sido uno en quien tenía confianza.

Jonti dio un paso atrás y apartó la maleta de un puntapié. Se aprestó a resistir un ataque.

—Comprendo su vil insinuación —dijo—. La única explicación que puedo encontrar es la de que usted es un loco criminal.

Biron estaba temblando, y no precisamente de frío.

—Mi padre era popular entres sus hombre, Jonti. Demasiado popular. Un autarca no puede permitir un competidor en el oficio de gobernante. Usted se las arregló para que no siguiese siendo un competidor. Y su tarea siguiente fue hacer que yo tampoco permaneciese vivo para sustituirle o

vengarle. —Su voz se elevó hasta convertirse en un grito, que reverberó por el frío aire—. ¿No es cierto?

—No.

Jonti se inclinó sobre la maleta.

—¡Puedo demostrarle que se equivoca! —Abrió la maleta de par en par —. Equipo de radio. Inspecciónelo. Mírelo bien.

Arrojó las piezas al suelo, a los pies de Biron. Éste se quedó mirándolas.

—¿Y eso qué prueba?

Jonti se levantó.

—No prueba nada. Pero ahora mire bien esto.

Tenía en su mano un demoledor, y sus nudillos estaban blancos de tensión. La frialdad había desaparecido de su voz.

—Estoy cansado de usted —dijo—. Pero no tendré que estarlo por mucho tiempo.

—¿Escondió un demoledor en la maleta, junto al equipo? —dijo Biron con voz neutra.

—¿Creyó que no lo iba a hacer? ¿Es cierto que ha venido aquí creyendo que le iba a tirar por un acantilado, y pensó que iba a intentarlo con mis propias manos como si fuese un cargador de muelle o un minero? Soy el autarca de Lingane —sus facciones se animaron y con su mano izquierda hizo un gesto cortante delante de sí—, y estoy cansado de la hipocresía y del fatuo idealismo de los rancheros de Widemos. —Avanzó unos pasos y ordenó—: Muévase hacia el acantilado.

Biron, con las manos en alto y la mirada fija en el demoledor, retrocedió.

—¿Entonces fue usted quien mató a mi padre?

—¡Sí, yo maté a su padre! —dijo el autarca—. Se lo digo para que en los últimos momentos de su vida pueda saber que el mismo hombre que se las agenció para su padre fuese aniquilado en una cámara desintegradora será quien haga que usted le siga, y quien se quedará con la muchacha Hinriad y todo lo que va con ella. ¡Piénselo! ¡Le concedo un minuto para que lo piense! Pero tenga las manos quietas, o le haré pedazos con el demoledor, arriesgándome a que mis hombres pregunten lo que les parezca.

Era como si al resquebrajarse su frío barniz, no hubiese dejado a la vista más que una pasión ardiente.

—Antes ya trató de matarme, como he dicho.

—Es cierto. Tenía razón en todo lo que adivinó. ¿Le sirve de algo ahora? ¡Atrás!

—No —exclamó Biron. Bajó las manos y dijo—: Si va a disparar, hágalo ahora.

—¿Cree que no me atreveré? —preguntó el autarca.

—Le he pedido que dispare.

—Y voy a hacerlo.

El autarca apuntó cuidadosamente a la cabeza de Biron y, a una distancia de poco más de un metro, cerró el contacto de se demoledor.

19. ¡Derrota!

Tedor Rizzet avanzaba en círculos y con precaución por la pequeña meseta. No estaba aún preparado para que le viesen, pero permanecer escondido no era fácil en aquel pequeño mundo de rocas desnudas. Se sentía más seguro en aquel trozo de rocas cristalinas amontonadas. Fue trazando su camino por entre ellas, y de vez en cuando se detenía para pasar por su cara el blanco dorso de los esponjosos guantes que llevaba. Aquel frío seco era engañador.

Ahora les veía entre dos monolitos de granito que se juntaban formando una V. apoyó el demoledor en su antebrazo. Tenía el sol a su espalda y sentía cómo le penetraba su débil calor, lo cual le satisfacía. Si miraban en su dirección, tendrían el sol en los ojos, y él sería mucho menos visible.

Las voces resonaban claramente en sus oídos. La comunicación por radio estaba funcionando, y se sonrió. Hasta entonces, todo sucedía de acuerdo con sus planes. Como es natural, su propia presencia no era parte del plan, pero así era mejor. Aquel plan reflejaba quizás excesiva confianza, y, al fin y al cabo, la víctima no era del todo estúpida. Quizá su propio demoledor fuese aún necesario para decidir la cuestión.

Esperó. Sin alterarse observó cómo el autarca levantaba su demoledor, mientras Biron permanecía de pie, inconmovible.

Artemisa no vio cómo se alzaba el demoledor, ni vio a las dos figuras sobre la llana superficie de las rocas. Cinco minutos antes había visto dibujarse por un momento contra el cielo la silueta de Rizzet, y desde entonces le había ido siguiendo.

Pero Rizzet se movía demasiado aprisa; las cosas se oscurecieron y vacilaron frente a ella, y por dos veces se encontró en el suelo. No recordaba haberse caído. La segunda vez se alzó vacilante, y una de sus muñecas sangraba en el lugar donde un agudo canto la había arañado.

Rizzet había vuelto adelantarse y la chica tenía que seguirle vacilante. Cuando desapareció en la resplandeciente selva de rocas, la muchacha sollozó desesperada. Se apoyó en un peñasco, completamente agotada, ajena al hermoso color rosado de carne de la roca, como antiguo recuerdo de una época volcánica primitiva.

Lo único que podía hacer era luchar contra la sensación de ahogo que la invadía.

Y entonces le vio, empequeñecido entre la formación rocosa, presentándole la espalda. Con el látigo neurónico por delante, corrió tambaleándose por la dura superficie. Rizzet estaba apuntando su rifle, preparándose, concentrando su atención en la operación.

La chica no iba a llegar a tiempo.

—¡Rizzet! —exclamó—. ¡Rizzet! ¡No dispare!

Tropezó de nuevo. El sol se desvanecía, pero su conciencia permanecía aún despierta, y duró lo suficiente para que sintiese cómo el suelo se conmovía a sus pies; para oprimir el gatillo de contacto del látigo y para que pudiera darse cuenta de que estaba fuera de su alcance.

Sintió sobre ella unos brazos que la alzaban. Trató de ver pero sus párpados no se abrieron.

—¿Biron? —dijo con voz que era un leve murmullo.

La respuesta fue un confuso rumor de palabras, pero la voz era la de Rizzet. La chica trató de seguir hablando, pero de repente abandonó. ¡Había fracasado! Todo se desvaneció.

El autarca permaneció inmóvil durante el tiempo que se tardaría en contar levemente hasta diez. Biron se le enfrentaba igulamente inmóvil, vigilando el cañón del demoledor que acababa de ser diparado contra él a bocajarro. Mientras lo contemplaba, el cañón decendió lentamente.

—Parece que su demoledor está estropeado —dijo Biron—. Examínelo.

La cara de exangüe del autarca se volvió alternativamente de Biron a su arma. Había disparado a una distancia de menos de dos metros; todo debía haber terminado. El asombro congelado que le mantenía inmóvil se quebró de repente, y con un rápido movimiento desarticuló su demoledor.

Faltaba la cápsula energética. Donde debía haber estado, no había sino una inútil cavidad. El autarca lanzó un aullido de rabia al mismo tiempo que tiraba a un lado aquel trozo inútil de metal. Rebotó una y otra vez, como una negra mancha que destacaba al sol, chocando contra las rocas con un vago ruido metálico.

—¡De hombre a hombre! —dijo Biron. Su voz temblaba de anhelo.

El autarca retrocedió un paso y permaneció callado. Biron se adelantó.

—Podría matarle de muchas maneras, pero no todas ellas serían satisfactorias. Si le desintegrase, significaría que sólo una millonésima de segundo separaría su vida de la muerte. No se percataría de que moría. Eso no estaría bien. Me parece que en vez de eso sería mucho más satisfactorio emplear el proceso algo más lento del esfuerzo muscular humano.

Los músculos de sus muslos se tensaron, pero la embestida que preparaban no acabó de completarse. El grito que lo interrumpió fue débil y agudo, lleno de pánico.

—¡Rizzet! ¡Rizzet! ¡No dispare!

Biron se volvió a tiempo de ver el movimiento tras las rocas a unos cien metros de distancia y el resplandor del sol sobre el metal. Y en aquel instante cayó sobre su espalda el peso de un cuerpo humano lanzado. Se inclinó bajo su impacto, doblando las rodillas.

El autarca había caído con precisión, y sus rodillas sujetaban con fuerza la cintura del otro, mientras su puño golpeaba la nuca de Biron. La respiración de éste se escapaba silbando sordamente.

Biron luchó contra la negrura que se cernía sobre él hasta conseguir hacerse a un lado. El autarca saltó, desprendiéndose de él, mientras Biron se extendía en el suelo sobre su espalda.

Tuvo justo el tiempo necesario para replegar sobre sí mismo las piernas mientras el autarca saltaba nuevamente sobre él. El autarca rebotó, y esta vez quedaron juntos, con el sudor que se les congelaba en las mejillas.

Giraban lentamente. Biron apartó a un lado su cilindro de dióxido de carbono. El autarca también se desprendió del suyo, lo suspendió un instante por su funda de malla metálica, y se lanzó hacia delante haciéndolo oscilar. Biron se dejó caer, y ambos oyeron cómo silbaba por encima de su cabeza.

Ya estaba otra vez de pie, saltando sobre el otro antes de que el autarca lograse recuperar el equilibrio. Uno de sus grandes puños se cerró sobre la muñeca de su contrario, mientras el otro puño estallaba en la cara del autarca. Dejó que éste cayese y retrocedió un paso.

—Levántese —dijo Biron—. Le espero para otra dosis de lo mismo. No hay prisa.

El autarca se tocó la cara con su mano enguantada y contempló mareado la sangre que la cubría. Su boca se contrajo y buscó disimuladamente el cilindro metálico que había dejado caer. El pie de Biron cayó pesadamente sobre su mano y el autarca aulló con voz agónica.

—Está demasiado cerca del borde del acantilado, Jonti. No tiene que ir en aquella dirección. Levántese, que ahora le lanzaré hacia el otro lado.

Pero la voz de Rizzet resonó en el aire.

—¡Espere!

—¡Dispare contra ese hombre, Rizzet! —aulló el autarca—. ¡Dispare ahora mismo! Primero a sus brazos, luego a sus pies, y lo dejaremos.

Rizzet alzó su arma apoyándosela contra el hombro.

—¿Quién hizo que su propio demoledor estuviese descargado Jonti?

—¿Qué?

El autarca miraba a Rizzet sin comprender.

—No fui yo quien tenía acceso a su arma, Jonti. ¿Quién fue? ¿Quién le está apuntando ahora con un demoledor, Jonti? No a mí, Jonti, ¡si no a usted!

El autarca se volvió hacia Rizzet y gritó:

—¡Traidor!

—Yo no, señor —dijo Rizzet en voz baja—. El traidor es el hombre que traicionó al ranchero de Widemos llevándole a la muerte.

—¡No fui yo! —gritó el autarca—. Si él se lo ha dicho, miente.

—Es usted mismo quien nos lo ha dicho. No sólo vacié su arma, sino que también manipulé el interruptor de su comunicador, de modo que todas sus palabras han sido recibidas por mí y por todos los miembros de la tripulación. ¡Ahora todos sabemos lo que es usted!

—¡Soy vuestro autarca!

—¡Y también el mayor traidor!

Por un momento el autarca permaneció silencioso, y los contempló alternativamente, mientras los otros dos le observaban con caras sombrías e indignadas. Luego se levantó, y haciendo un esfuerzo puramente nervioso consiguió volver a tomar las riendas de su dominio de sí mismo. Su voz hasta parecía tranquila.

—Y si todo eso fuese cierto, ¿qué importaría? No os queda más remedio que dejar las cosas tal como están. Queda por visitar el último planeta intranebular. Tiene forzosamente que ser el mundo de la rebelión. Y yo soy el único que sabe sus coordenadas.

Había conseguido conservar la dignidad. Una de sus manos colgaba inútil de una rota muñeca, su labio superior se había hinchado de una manera ridícula, y la sangre se le estaba coagulando sobre la mejilla, pero a pesar de todo ello irradiaba la altives del que ha nacido para gobernar.

—Nos las dirá —dijo Biron.

—No se engañe creyendo que lo haré. Hay por término medio sesenta años luz cúbicos por estrella. Sin mí y procediendo por aproximación, las probabilidades de que lleguéis a menos de un billón de kilómetros de cualquier estrella son de una entre doscientos cincuenta mil billones.

—Llévale al «Implacable» —dijo Biron. Se le había ocurrido algo.

—Señorita Artemisa… —dijo Rizzet en voz baja.

Biron le interrumpió.

—¡Entonces era Ella! ¿Dónde está?

—Está bien. Está a salvo. Salió sin cilindro de dióxido de carbono. Naturalmente, a medida que fue eliminando anhídrido carbónico de su sistema, el mecanismo automático de respiración del cuerpo se fue haciendo cada vez más lento. Trataba de correr, no acertó a respirar profundamente, y se desmayó.

Biron frunció el ceño.

—¿Es que trataba de entorpecerle a usted? ¿Quería asegurarse de que no iba a hacer daño a su amigo?

—¡Sí! —exclamó Rizzet—. Pero ella creí que yo estaba de parte del autarca y que iba a disparar contra usted. Me llevaré esta rata inmunda y… Biron…

—¿Sí?

—Vuelva lo antes que pueda. Todavía es el autarca, y quizá sea necesario convencer a la tripulación. Cuesta romper el hábito de obediencia de toda una vida… Artemisa está detrás de aquella roca. Vaya antes de que se muera de frío. Ella no se moverá.

La cara de la muchacha estaba casi oculta en la capucha que cubría su cabeza, y su cuerpo aparecía, sin forma, entre los pliegues del revestimiento del traje espacial. Los pasos de Biron se aceleraron al acercarse a ella.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Mejor, gracias —respondió la muchacha—. Siento haber causado molestias.

Quedaron mirándose el uno al otro, y pareció como si la conversación se hubiese agotado con aquellas dos frases.

—Ya sé que no podemos hacer retroceder el tiempo —dijo Biron al cabo un rato—, deshacer lo que se ha hecho, desdecir lo que se ha dicho. Pero quisiera que comprendieses.

—¿Por qué todo este empeño en comprender? —Los ojos de la chica brillaban—. Desde hace semanas que no hago sino comprender. ¿Quieres volver a hablarme de mi padre?

—No. Sabía que tu padre era inocente. Sospechaba del autarca desde el primer momento, pero no tenía más remedio que averiguarlo con certeza. Y solamente podía probarlo, Arta, obligándole a que confesase. Creía que le haría confesar tendiéndole una celada para que tratase de asesinarme, y no había más que una manera de conseguirlo. —Se sentía desgraciado, pero prosiguió—. Lo que hice estaba muy mal hecho, casi tan mal hecho como lo que él hizo con mi padre. No espero que me lo perdones.

—No te sigo —dijo la chica.

—Sabía que te deseaba, Arta —dijo Biron—. Políticamente serías un perfecto partido matrimonial. Para sus intenciones, el nombre de Hinriad sería más útil que el de Widemos. De modo que una vez que te hubiese conseguido, ya no me necesitaría más. Por ello deliberadamente le fui forzando hacia ti, Arta. Obré en la forma en que lo hice creyendo que te inclinarías hacia él. Cuando lo hiciste, creyó que había llegado la hora de librarse de mí, y Rizzet y yo le tendimos la celada.

—¿Y me amabas todo ese tiempo?

—¿Puedes llegar a dudarlo, Arta?

—Y como es natural, estabas dispuesto a sacrificar tu amor en aras de la memoria de tu padre y del honor de tu familia. ¿Cómo reza aquel antiguo dicho? «¡No podría amarte ni la mitad de lo que te amo, si no amase el honor todavía más!».

—¡Por favor, Arta! —dijo Biron tristemente—. No me siento orgulloso de mí mismo, pero no se me ocurrió otra cosa.

—Podrías haberme explicado tu plan, considerarme tu aliada y no convertirme en tu instrumento.

—No era una batalla para ti. Si fracasaba, lo cual bien pudo suceder, tú hubiese quedado al margen. Si el autarca me hubiese matado, y tú no estabas de mi parte, te dolería menos. Incluso podías haberte casado con él y haber sido feliz.

—Como has sido tú el que has ganado, podría suceder que sintiese su pérdida.

—Pero no es así.

—¿Cómo lo sabes?

—Por lo menos trata de ver mis motivos —dijo Biron desesperadamente—. De acuerdo con que fui un necio criminal, pero, ¿no puedes comprenderlo? ¿Es que no puedes intentar no odiarme?

—He intentado no amarte —dijo la muchacha con dulzura—. Y, ya ves, he fracasado.

—Entonces me perdonas.

—¿Por qué? ¿Por qué lo comprendo? ¡No! Si se tratase de una cuestión de simple comprensión, de ver tus razones, entonces no podría nunca

perdonar tus acciones. ¡Si fuese eso, y nada más! Pero te perdonaré, Biron, porque no podría soportar no hacerlo. ¿Cómo podría pedirte que volvieses a mí si no te perdonara?

La muchacha estaba en sus brazos y sus helados labios se volvían hacia los de él. Estaban separados por una doble capa de gruesas vestiduras, y sus manos enguantadas no podían sentir el cuerpo que abrazaban, pero lo labios de Biron percibían la suavidad de la cara blanca y lisa de la muchacha.

—El sol se está poniendo; va a hacer más frío —dijo al fin, algo preocupado.

—Es raro, pero no me doy cuenta —respondió ella suavemente.

Y juntos regresaron a la nave.

Biron se enfrentaba ahora a la tripulación, con un aire de descuidada confianza que no sentía. La nave lingania era grande, y la tripulaban cuarenta hombres. Estaban ahora sentados frente a él. ¡Cuarenta caras! Todos ellos habían sido educados desde su nacimiento en una obediencia ciega a su autarca.

Algunos habían sido convencidos por Rizzet; otros, por lo que habían oído de las palabras del autarca a Biron, aquel mismo día. Pero, ¿cuántos otros estaban aún indecisos, o eran quizá francamente hostiles?

Hasta aquel momento las palabras de Biron no habían servido de mucho. Se inclinó hacia delante, y su voz se hizo confidencial.

—Y vosotros, ¿para qué estáis luchando? ¿Para qué arriesgáis vuestras vidas? Creo que por una galaxia libre. Una galaxia en la que cada mundo decida a su manera lo que le parezca mejor, produzca su propia riqueza para su propio bien, y no sea esclavo ni amo de nadie. ¿No es cierto? —Se oyó un leve murmullo que podía parecer de asentimiento, pero al que le faltaba entusiasmo. Biron prosiguió—: Y el autarca, ¿para qué luchaba? Para sí mismo. Es el autarca de Lingane. Si ganase, sería autarca de los Reinos Nebulares. Sustituiríais a un Khan por un autarca. ¿Y qué se saldría ganando? ¿Acaso vale la pena morir por eso?

—Sería uno de nosotros, y no un cochino tyrannio —gritó uno de la audiencia.

—El autarca estaba buscando el mundo de la rebelión para ofrecer sus servicios. ¿Era eso ambición? —dijo otro.

—La ambición debería ser más intensa, ¿verdad? —gritó Biron irónicamente—. Pero llegaría al mundo de la rebelión con una organización tras él. Podría ofrecerles todo Lingane; podría ofrecerles, y así lo creía, el prestigio de una alianza con los Hinriads. Estaba seguro de que al final el mundo de la rebelión sería suyo y podría hacer con él lo que quisiese. Sí, eso era ambición.

»Y cuando la seguridad del movimiento iba en contra de su propios planes, ¿es que vaciló en arriesgar vuestras vidas en aras de su ambición? Mi padre era para él un peligro. Mi padre era honrado, y amigo de la libertad. Pero era demasiado popular, de modo que fue traicionado. Con aquella traición el autarca pudo haber arruinado por completo la causa, y a todos vosotros. ¿Quién de vosotros está a salvo bajo un hombre dispuesto a negociar con los tyrannios siempre y cuando le conviene? ¿Quién puede estar seguro al servicio de un cobarde traidor?

—Eso va mejor —murmuró Rizzet—. Sigue con ello.

Nuevamente la misma voz de antes se dejó oír desde una de las últimas filas.

—El autarca sabe dónde está el mundo de la rebelión. ¿Es que usted lo sabe?

—Luego hablaremos de eso. Entretanto pensad que bajo el autarca íbamos todos a una ruina completa; que todavía queda tiempo para salvarnos si nos apartamos de su dirección en un sentido mejor y más noble; que todavía es posible sacar de las garras de la derrota…

—Sólo derrota, mi querido y joven amigo —interrumpió una voz suave.

Biron se volvió horrorizado.

Los cuarenta hombres se levantaron murmurando, y por un instante pareció como si fuesen a lanzarse hacia delante, pero habían acudido desarmados a la reunión; Rizzet así lo había dispuesto. En aquel momento un pelotón de guardias tyrannios se dirigía hacia las diversas puertas, con las armas a punto.

Y el propio Simok Aratap, con un demoledor en cada mano, se alzaba tras Biron y Rizzet.

20. ¿Dónde?

Simok Aratap sopesaba cuidadosamente las personalidades de los cuatro a los que se enfrentaba y sintió que se despertaba en él cierta excitación. Aquello sería jugar fuerte. Los hilos de la trama iban terminando su tejido. Se alegraba de que el comandante Andros ya no estuviese con él y de que los cruceros tyrannios también su hubiesen ido.

Se había quedado solo con su nave capitana, su tripulación y él mismo. Serían suficientes. Odiaba lo que no se podía manejar. Habló con suavidad:

—Permitan que les ponga al corriente, señora mía y caballeros. La nave del autarca ha sido abordada por un pequeño destacamento y es ahora escoltada a Tyrann por el comandante Andros. Los hombres del autarca serán juzgados de acuerdo con la ley, y si son condenados recibirán castigo a su traición. Son conspiradores de rutina, y serán tratados por procedimientos rutinarios. Pero, ¿qué haré yo con ustedes?

Sentado a su lado estaba Hinrik de Rhodia; sus facciones arrugadas expresaban una desolación total.

—Considere que mi hija es una muchacha —dijo—. La arrastraron sin que se diese cuenta. Artemisa, diles que fuiste…

—Su hija será probablemente puesta en liberta —interrumpió Aratap—. Al parecer, un noble tyrannio de elevado rango desea casarse con ella, y es evidente que eso será tenido en cuenta.

—Me casaré con él, si dejáis en libertad a los demás.

Biron se levantó a medias, pero Aratap le hizo señas de que se sentase.

—¡Por favor, señorita! —dijo sonriendo el comisario tyrannio—. Reconozco que acepto los regateos. Pero yo no soy el Khan, sino sólo uno de sus servidores. De modo que cualquier regateo que acepte tendrá que ser

ampliamente justificado en mi patria. Así, pues, ¿qué es exactamente lo que ofrece?

—Mi consentimiento al matrimonio.

—No es usted quien debe ofrecerlo. Su padre lo ha otorgado ya, y eso es suficiente. ¿Tiene usted algo más?

Aratap estaba esperando la lenta erosión de sus voluntades de resistencia. El hecho de que no le gustase su papel no le impedía desempeñarlo con eficiencia. Así, por ejemplo, era posible que en aquel momento la muchacha comenzase a llorar, lo cual ejercería efectos saludables sobre el joven. Era evidente que habían sido amantes. Se preguntaba si el viejo Pohang todavía la quería en tales circunstancias. Por fin pensó que probablemente la aceptaría. La transacción aún favorecería al viejo. Pensó que la muchacha era muy atractiva.

La chica mantenía su entereza. No se hundía.

«Muy bien —pensó Aratap—; además tiene fuerte voluntad. No todo será diversión para Pohang».

—¿También desea pedir clemencia para su primo? —preguntó Aratap a Hinrik.

—Que nadie lo haga —gritó Gillbret—. No quiero nada de ningún tyrannio. Proseguid. Ordenad que me fusilen.

—¿Está usted histérico? —dijo Aratap—. Ya sabe que no puedo ordenar que le fusilen sin previo juicio.

—Es mi primo —murmuró Hinrik.

—También eso será tenido en cuenta. Ustedes, los nobles, tendrán que aprender algún día que no pueden presumir demasiado de su utilidad para nosotros. No sé si su primo ha aprendido ya su lección.

Las reacciones de Gillbret le satisfacían. Aquel individuo, por lo menos, deseaba sinceramente la muerte. La frustración de su vida le era demasiado penosa. Había, pues, que mantenerle vivo, lo cual sería suficiente para quebrantarle.

Se detuvo pensativamente ante Rizzet. Éste era uno de los hombres del autarca, y ante tal idea se sintió levemente embarazado. Al principio de la persecución había prescindido del autarca como factor a considerar, en virtud de lo que parecía una lógica irrefutable. Pues bien, resultaba

estimulante equivocarse a veces; así, la confianza en sí mismo se mantenía dentro de ciertos límites, y no se caía en la arrogancia.

—Es usted un necio que sirvió a un traidor —dijo Aratap—. Hubiese estado mejor con nosotros.

Rizzet se sonrojó.

—Si hubiese usted tenido una reputación militar —prosiguió Aratap—, me temo que esto le hubiese destruido. No es usted un noble, y las consideraciones de Estado no intervendrán en su caso. Se le juzgará en público, y se sabrá que ha sido el instrumento de un instrumento. ¡Lástima!

—Pero supongo que estaba a punto de proponer un trato —dijo Rizzet.

—¿Un trato?

—Evidencia para el Khan, por ejemplo. Sólo tiene usted un cargamento. ¿No le interesaría conocer el resto del mecanismo de la revuelta?

Aratap movió ligeramente la cabeza.

—No. Tenemos al autarca; será suficiente como fuente de información. Incluso sin él, sólo necesitamos hacer la guerra a Lingane; estoy seguro de que después quedará bien poco de la revuelta. No habrá ningún trato de esa especie.

Ahora le tocaba el turno al joven. Aratap le había dejado para el final porque era el más inteligente de todos. Pero era joven, y los jóvenes con frecuencia resultaban ser poco peligrosos. Les faltaba paciencia.

Biron fue el primero en hablar.

—¿Cómo nos siguió? ¿Es que trabaja para ustedes?

—¿El autarca? En este caso, no. Me parece que el pobre hombre estaba tratando de hacer doble juego, con el éxito acostumbrado en los inexpertos.

—Los tyrannios tienen una invención que permite seguir a las naves por el hiperespacio —terció Hinrik con una absurda ansiedad infantil.

Aratap se volvió rápidamente.

—Si su excelencia se abstiene de interrumpir, le quedaré agradecido.

Hinrik se encogió de hombros al oír sus palabras. En realidad no importaba. De ahora en adelante, ninguno de los cuatro sería peligroso, pero no tenía ningún deseo de reducir incertidumbres de la mente del joven.

—Bien —dijo Biron—. Consideremos los hechos. No nos tiene aquí porque le gustemos. ¿Por qué no estamos en camino hacia Tyrann con los

demás? Porque no sabe cómo arreglárselas para matarnos. Dos de nosotros son Hinriads. Yo soy Widemos. Rizzet es un oficial de renombre de la armada lingania. Y el quinto que tiene entre sus manos, su querido y favorito cobarde traidor, es aún autarca de Lingane. No puede matar a ninguno de nosotros sin escandalizar los Reinos, desde Tyrann hasta el mismo borde la Nebulosa. Tiene que intentar llegar a alguna especie de acuerdo con nosotros, porque es lo único que puede hacer.

—No está del todo equivocado —dijo Aratap—. Permítame que le muestre el proceso. Le seguimos, y ahora no importa cómo. Me parece que puede descartar la imaginación excesivamente activa del director. Se detuvieron ustedes cerca de tres estrellas sin desembarcar en ningún planeta. Llegaron a una cuarta estrella, y encontraron un planeta en donde desembarcar. Nosotros también desembarcamos, les observamos y esperamos. Pensamos que habría algo que mereciese la espera, y no nos equivocamos. Usted se peleó con el autarca, y ambos transmitieron sin limitación. Ya sé que lo hacía por razones propias, pero también nos sirvió a nosotros. Les oímos.

»El autarca dijo que sólo quedaba por visitar el último planeta intranebular, y que aquél debía ser el mundo de la rebelión. Ya ve que eso es interesante. Un mundo de rebelión. Comprenderá que se haya despertado mi curiosidad. ¿Dónde se debe encontrar ese quinto y último planeta?

Dejó que el silencio perdurase. Se sentó y les contempló de modo desapasionado, primero a uno, luego al otro.

—No existe tal mundo de rebelión —dijo Biron.

—Entonces, ¿no buscabais nada?

—No buscábamos nada.

—Eso es ridículo.

Biron se encogió de hombros con un gesto de cansancio.

—Usted sí que es ridículo si espera otra contestación.

—Fíjese en que ese mundo de rebelión debe ser el centro del pulpo —dijo Aratap—. Encontrarlo es la única razón de conservarles vivos. Cada uno de ustedes tiene algo que ganar. Señora, podría liberarla de su matrimonio. Señor Gillbret, podríamos montarle un laboratorio, y dejarle que trabaje en paz. Sí, sabemos de usted más de lo que se figura. —Aratap

se volvió apresuradamente; la cara de aquel hombre hacía extrañas muecas, y se iba a echar a llorar, lo cual sería desagradable—. Coronel Rizzet, le evitaríamos la humillación del consejo de guerra y la certeza de su convicción, y el ridículo y la pérdida de prestigio que conllevaría. Y usted, Biron Farrill, sería nuevamente ranchero de Widemos. En su caso podríamos incluso revocar la sentencia de su padre.

—¿Y darle nuevamente la vida?

—¡Restaurar su honor!

—Su honor está en las mismas acciones que llevaron a su convicción y a su muerte —dijo Biron—. No está en poder de ustedes aumentarlo ni disminuirlo.

—Uno de ustedes cuatro me dirá dónde encontrar este mundo que buscan —dijo Aratap—. Uno de ustedes será razonable. El que sea ganará lo que le he prometido. Los demás serán cazados, apresados, ejecutados, lo que sea peor para cada uno. Debo advertirles que si tengo que ser sádico también puedo serlo. —Esperó un momento y preguntó—: ¿Quién será? Si no habla, lo hará el otro. Lo habrán perdido todo y yo tendré igualmente la información que deseo.

—No sirve de nada —dijo Biron—. Lo está preguntando todo muy meticulosamente, pero de nada le servirá. No existe tal mundo de rebelión.

—El autarca afirma que existe.

—Entonces pregúnteselo al autarca.

Aratap arrugó la frente. Aquel joven llevaba su audacia más allá de lo razonable.

—Me siento inclinado a tratar con uno de ustedes —dijo.

—Ya ha tratado usted con el autarca en otras ocasiones. Hágalo nuevamente. No deseamos comprar nada de lo que usted puede vendernos. —Biron miró en derredor y preguntó—: ¿No es así?

Artemisa se le acercó aún más y su mano se cerró lentamente sobre el hombre del muchacho. Rizzet se limitó a asentir, y Gillbret murmuró:

—¡Así es!

—Ustedes mismos lo ha decidido —dijo Aratap, y apretó con un dedo el botón adecuado.

La muñeca derecha del autarca estaba inmovilizada por medio de una ligera funda metálica, sujeta magnéticamente a la banda metálica situada alrededor de su abdomen. La parte izquierda de su cara estaba hinchada y era de un color azulado, salvo por una cicatriz irregular mal curada que le cruzaba y formaba una costra rojiza. Después del primer movimiento que había liberado su brazo sano de la presión del guarda que estaba a su lado, permaneció inmóvil delante de ellos.

—¿Qué quiere?

—Se lo diré dentro de un momento —dijo Aratap—. Primero quiero que piense usted en su audiencia. Fíjese en quienes tenemos aquí. Por ejemplo, aquí está el joven a quién quiso usted matar, y que, no obstante, vivió lo bastante para lisiarle y destruir su planes, a pesar de que usted era un autarca y él no era sino un exiliado.

Era difícil saber si la mutilada cara del autarca se había ruborizado; no movió ni un solo músculo. Aratap prosiguió sin tratar de averiguarlo.

—Éste es Gillbret oht Hinriad, quien salvó la vida del joven lo llevó a usted —dijo con calma y casi indiferencia—. Y ésta es la señorita Artemisa, a quien según me dicen hizo usted la corte de una manera encantadora y, sin embargo, le traicionó a usted por amor al joven. Éste es el coronel Rizzet, su ayudante militar de más confianza, quien también le traicionó. ¿Qué debe a esas personas, autarca?

—¿Qué quiere? —repitió el autarca.

—Información. Démela y volverá a ser autarca. En la corte del Khan se tendrán favorablemente en cuenta sus relaciones anteriores con nosotros. De lo contrario…

—¿De lo contrario?

—De lo contrario la obtendré de ellos, ¿comprende? Ellos se salvarán y usted será ejecutado. Por eso le pregunto si les debe algo, para que tenga la oportunidad de salvar sus vidas empeñándose obstinadamente.

La cara del autarca se torció dibujando una sonrisa.

—Ellos no pueden salvar su vida a mi costa. No saben la situación del mundo que usted busca; pero yo sí.

—No he dicho cuál es la información que busco, autarca.

—Sólo hay una cosa que pueda usted buscar. —Su voz hizo más opaca, casi desconocida—. Si decido hablar, ¿dice usted que entonces mi autarquía quedará como antes?

—Mejor guardada, naturalmente —dijo Aratap con deferencia.

—Si le cree, no conseguirá sino añadir traición sobre traición, y al final le matarán igualmente —gritó Rizzet.

El guardia se adelantó, pero Biron se le anticipó, lanzándose sobre Rizzet y arrastrándole hacia atrás a la fuerza.

—No seas necio —musitó—. No puedes hacer nada.

—No me importa ni la autarquía ni yo mismo, Rizzet —dijo el autarca. Se volvió a Aratap—: ¿Morirán éstos? Por lo menos debe prometérmelo. —Su horriblemente desfigurada faz se retorció de un modo salvaje. Señaló a Biron y añadió—: Sobre todo, ése.

—Si éste es su precio, trato hecho.

—Si yo pudiese ser su verdugo, le eximiría de toda otra obligación para conmigo. Si mi dedo pudiese controlar su desintegración, sería una compensación parcial. Pero si eso no puede ser, por lo menos le diré lo que él no quisiera que le dijese. Le daré ro, zeta y fi en parsecs y radianes: 7352,43, 1,7836, 5,2112. Estos tres puntos determinan la posición del mundo en la galaxia. Ahora ya los tiene.

—Así es, en efecto —dijo Aratap mientras tomaba nota.

Rizzet consiguió desasirse y gritó:

—¡Traidor! ¡Traidor!

Biron, sorprendido, perdió su presa sobre el linganio y cayó al suelo.

—¡Rizzet! —gritó inútilmente.

Rizzet, con las facciones distorsionadas, luchó un instante con el guardia. Otros guardias iban entrando ya, pero Rizzet tenía ahora el demoledor. Con manos y rodillas luchaba contra los soldados tyrannios. Biron se lanzó contra aquel montón de cuerpos uniéndose a la lucha; asió a Rizzet por la garganta, ahogándole, arrastrándole hacia atrás.

—¡Traidor! —exclamó Rizzet con voz ahogada, tratando de seguir apuntando, mientras el autarca procuraba desesperadamente apartarse a un lado.

¡Al fin disparó! Lugo le desarmaron y lo arrojaron al suelo, donde quedó boca arriba.

Pero el hombro derecho y la mitad del pecho del autarca habían desaparecido. Su antebrazo pendía grotescamente del pecho de su funda magnetizada. Los dedos, la muñeca y el codo terminaban en una negra ruina. Por un instante pareció como si los ojos del autarca centelleasen, mientras que el cuerpo conservaba aún un absurdo equilibrio, luego se apagaron, y cayó al suelo, donde no quedó sino un residuo carbonizado.

Artemisa sollozaba ocultando la cara en el pecho de Biron. Éste hizo un esfuerzo para mirar una vez, con firmeza y sin vacilación, el cuerpo del asesino de su padre, y luego apartó la mirada. Hinrik, desde un distante rincón de la habitación, musitaba y se reía solo.

Aratap era el único que conservaba la calma.

—Llévense el cadáver —dijo.

Así lo hicieron, y luego chamuscaron el suelo con un rayo calorífico suave para eliminar la sangre. Sólo quedaron algunas marcas aisladas de carbonización.

Ayudaron a Rizzet a levantarse. Los apartó con ambas manos y, furioso, se volvió a Biron.

—¿Qué estaba haciendo? ¡Casi me hizo errar el tiro!

—¡Ha caído en la celada de Aratap! Dijo Biron con voz cansada.

—¿Celada? ¿Es que no maté al bandido?

—Ahí estaba la celada. Le hizo un favor.

Rizzet no respondió, y Aratap tampoco dijo nada. Escuchaba con cierta complacencia. El cerebro de aquel joven funcionaba bien.

—Si Aratap oyó lo que nos dijo haber oído —dijo Biron—, sabía que solamente Jonti tenía la información que quería. Jonti así lo dijo, y con énfasis, cuando se enfrentó con nosotros después de la lucha. Era evidente que Aratap nos estaba interrogando para quebrantarnos, hacer que obrásemos alocadamente cuando llegase la hora. O estaba preparado para enfrentarme con el impulso irracional con que él contaba. Usted no lo estaba.

—Había supuesto que sería usted quien lo hiciese —interrumpió Aratap con suavidad.

—Yo le hubiese apuntado a usted —dijo Biron. Se volvió nuevamente a Rizzet—: ¿No ve que él no quería vivo al autarca? Los tyrannios son como serpientes. Quería la información del autarca; no quería pagar por ella; no se podía arriesgar a matarle. Usted lo hizo por él.

—Correcto —dijo Aratap—. Y tengo la información.

De improviso resonó un clamor de timbres.

Rizzet comenzó a hablar.

—Bueno. Si le hice un favor, también me lo hice a mí mismo.

—No del todo —dijo el comisario—, puesto que nuestro joven amigo no ha llevado lo suficientemente lejos el análisis. Verá; se ha cometido un nuevo crimen. Si su único crimen hubiese sido traición a Tyrann, eliminarle a usted hubiese sido cuestión delicada desde el punto de vista político. Pero ahora que el autarca de Lingane ha sido asesinado, podrá usted ser juzgado, condenado y ejecutado por la ley de Lingane, y no será necesario que Tyrann tome parte alguna en ello. Eso será muy conveniente, pues…

Entonces se interrumpió, ceñudo. Había oído el clamor de los timbres, y se dirigió hacia la puerta. Con un pie hizo funcionar el mecanismo de apertura.

—¿Qué ocurre?

Un soldado saludó.

—Alarma general, señor. Compartimentos de almacenaje.

—¿Fuego?

—No se sabe aún, señor.

—¿Dónde está Gillbret?

En aquel momento se dieron cuenta de la ausencia de Gillbret.

—Le encontraremos —dijo Aratap.

Lo encontraron en la sala de máquinas, escondido tras las gigantescas estructuras, y le llevaron medio a rastras a la cabina del comisario.

—No se puede uno escapar de una nave —dijo secamente Aratap—. No le sirvió de nada hacer sonar la alarma general. Incluso así el tiempo de confusión es limitado. Me parece que ya basta. Hemos conservado con nosotros el crucero que usted robó, Farrill, mi propio crucero, a bordo. Será

utilizado para explorar el mundo de la rebelión. Tan pronto como se haya calculado el salto partiremos hacia los puntos de referencia proporcionados por el llorado autarca. Será una aventura de una clase como no es corriente que se presente en el transcurso de una tranquila generación como la nuestra.

En su mente se presentó de repente la imagen de su padre al mando de un escuadrón, conquistando mundos. Se alegraba de que Andros se hubiese ido. La aventura sería exclusivamente suya.

Después de aquello fueron separados. A Artemisa la dejaron con su padre, y a Rizzet y Biron los enviaron en direcciones opuestas. Gillbret se debatía y chillaba.

—¡No quiero quedarme solo! ¡No quiero estar incomunicado!

Aratap suspiró. Los libros de historia decían que el abuelo de aquel hombre había sido un gran gobernante. Resultaba degradante tener que presenciar una escena así.

—Pónganle con uno de los otros —dijo de mal talante.

Pusieron a Gillbret con Biron. No hablaron entre sí hasta que llegó la «noche» a bordo de la nave del espacio, cuando las luces se tornaron de un color púrpura oscuro. Era lo suficientemente claro para que se les pudiese vigilar por medio del sistema televisor de los guardas, pero lo bastante oscuro para que pudiese dormir.

Pero Gillbret no dormía.

—Biron —murmuró—. Biron.

—¿Qué quiere? —preguntó Biron, saliendo de un semisueño.

—Biron, ya lo he hecho. Está arreglado, Biron.

—Trate de dormir, Gil —dijo Biron.

—Pero es que lo he arreglado, Biron. Aratap puede ser listo, pero yo lo soy más. ¿Verdad que es divertido? No tienes por qué preocuparte, Biron. No te preocupes. Lo he arreglado.

Mientras hablaba sacudía febrilmente a Biron. Éste se irguió y se sentó.

—¿Qué le ocurre?

—Nada, nada. Lo he arreglado.

Gillbret sonreía pícaramente, como un muchacho que ha hecho una travesura.

—¿Qué es lo que ha arreglado? —Biron se levantó, y cogiendo al otro por los hombros hizo que también se levantase—. Contésteme.

—Me encontraron en la sala de máquinas. —Las palabras le salían a borbotones—. Creían que me escondía, pero no era así. Hice sonar la alarma del almacén porque tenía que estar solo unos cuantos minutos, muy pocos. Biron: he puesto en cortocircuito los hiperatómicos.

—¿Qué?

—Fue sencillo, tardé un minuto. Y no se darán cuenta. Lo hice con mucha astucia. No se enterarán hasta que traten de dar el salto, y entonces todo el combustible se convertirá en energía gracias a una reacción en cadena, y la nave, nosotros, Aratap y todo lo que se sabe del mundo de la rebelión no será sino una tenue expansión de vapor de hierro.

Biron retrocedía, abriendo los ojos.

—¿Hizo eso?

—Sí. —Gillbret ocultó la cabeza entre las manos y se balanceó hacia delante y hacia atrás—. Moriremos, Biron. Y no temo morir, pero no quiero morir solo. Solo no. Tenía que ser con alguien. Me alegro de estar contigo. Quiero estar con alguien cuando muramos. Pero no sufriremos. Será rápido… no hará daño. No hará… daño.

—¡Idiota! ¡Loco! —estalló Biron—. De no haber sido por esto, todavía podríamos haber triunfado.

Gillbret no le oyó. Sus oídos estaban llenos de sus propias lamentaciones. Lo único que Biron pudo hacer fue precipitarse hacia la puerta.

—¡Guardia! —gritó—. ¡Guardia!

¿Quedaban horas o solamente minutos?

21. ¿Aquí?

El soldado llegó ruidosamente por el pasillo.

—¡Métase ahí dentro! —ordenó con voz agria y dura.

Estaban frente a frente, contemplándose. En las pequeñas cabinas inferiores, que también servían de celdas para prisioneros, no había puerta, sino un campo de fuerza que se extendía de un lado a otro, y de arriba abajo. Biron podía sentirlo con la mano. Al principio ofrecía escasa resistencia, algo así como una goma que se tensa hasta casi el límite, y que entonces deja de ceder, como si aquella presión inicial la convirtiese en acero.

Biron la sintió en su mano, y sabía que si bien detendría por completo la materia, sería tan transparente como el espacio al haz energético de un látigo neurónico. Y el guardia sostenía uno.

—Tengo que ver al comisario Aratap —dijo Biron.

—¿Y por eso está alborotando? —El guardia no estaba de muy buen humor. El servicio nocturno no era muy estimado y, además, estaba perdiendo en las cartas—. Lo haré saber cuando se enciendan las luces.

—No es posible esperar —dijo Biron desolado—. Es importante.

—Tendrá que esperar. ¿Se echa para atrás o quiere un poco de látigo?

—Mire —dijo Biron—, este hombre que está conmigo es Gillbret oth Hinriad. Está enfermo, quizá moribundo. Si se muere un Hinriad en una nave tyrannia porque no me quiere dejar hablar con el que manda, no lo pasará muy bien.

—¿Qué tiene?

—No lo sé. ¿Quiere apresurarse? ¿O está cansado de vivir?

El guardia musitó algo y se fue.

Biron le siguió con la mirada hasta donde lo permitió la oscura luz purpúrea. Aguzó el oído, tratando de captar el aumento de pulsación de las máquinas, el cual indicaría que la concentración de energía iba aumentando para llegar al punto álgido preliminar de un salto, pero no pudo oír absolutamente nada.

Se dirigió a Gillbret, le cogió por el cabello y le inclinó suavemente la cabeza hacia atrás. Los ojos le miraron desde una cara contorsionada. No había en ellos señal alguna de reconocimiento. Sólo había miedo.

—¿Quién es usted?

—Soy yo, Biron. ¿Cómo se encuentra?

Gillbret permaneció silencioso durante un rato, como si las palabras tardaran en llegarle. Al fin habló en un tono inexpresivo.

—¿Biron? —Le recorrió un estremecimiento y pareció animarse un poco—. ¡Biron! ¿Van a saltar? ¡La muerte no hará daño, Biron!

Biron dejó caer aquella cabeza. No podía estar enojado con Gillbret. Dada la información que tenía, o que creía tener, había sido un gran gesto, ya que le estaba perjudicando.

Pero él se sentía agitado por una intensa frustración. ¿Por qué no le dejaban hablar con Aratap? ¿Por qué no le dejaban salir? Se encontró junto a una pared, y la golpeó con los puños. Si hubiese habido una puerta, la hubiera podido demoler; si hubiese habido barras, las hubiese podido apartar, o arrancarlas de sus encajes.

Pero lo que había era un campo de fuerza que nada podía destruir. Volvió a gritar.

Se oyeron nuevamente pisadas. Se abalanzó hacia la puerta abierta pero infranqueable. No podía mirar para ver lo que se acercaba por el pasillo. Lo único que podía hacer era esperar. El guardia apareció de nuevo. Le acompañaba un oficial.

—Apártese del campo —aulló—. Retroceda con las manos por delante.

Biron se retiró. El látigo neurónico del otro le apuntaba firmemente.

—El hombre que está con usted no es Aratap —dijo Biron—. Quiero hablar al comisario.

—Si Gillbret oth Hinriad está enfermo, no necesita ver al comisario —dijo el oficial—. Lo único que necesita es ver a un médico.

El campo de fuerza había desaparecido. Al abrirse el contacto se produjo un chispazo azul. El oficial entró y Biron pudo ver en su uniforme la insignia del grupo médico.

Biron se plantó delante de él.

—Está bien. Ahora escúcheme. Esta nave no tiene que saltar. El comisario es el único que puede disponerlo, y tengo que hablarle. ¿No lo comprende? Usted es un oficial; usted puede hacer que le despierten.

El doctor extendió un brazo para apartar a Biron, y éste lo abatió de un puñetazo. El doctor dio un agudo grito.

—Guardia, saque de aquí a este hombre —ordenó.

El guardia se adelantó, y Biron se lanzó contra él. Ambos cayeron al suelo; Biron se arrastró junto al cuerpo del guardia, mano sobre mano, sujetando primero el hombro y luego la muñeca del hombre que trataba de golpearle con el látigo.

Durante un instante permanecieron inmóviles, tensos, el uno junto al otro, hasta que Biron pudo ver de reojo un movimiento: el oficial médico se separaba apresuradamente de él para hacer sonar la alarma.

Biron, con su mano libre, agarró al oficial por un tobillo. El guardia se debatía y casi se liberó, mientras el oficial pateaba furiosamente a Biron, pero éste, con las venas del cuello y de las sienes hinchadas, tiraba desesperadamente con ambas manos.

El oficial se desplomó, gritando con voz ronca. El látigo del guardia cayó al suelo con un ruido áspero.

Biron se lanzó sobre él, rodaron juntos y acabó por levantarse sobre sus rodillas apoyándose en una mano; en la otra tenía el látigo.

—¡Ni una palabra! —dijo con voz ronca—. Ni una palabra. Suelte todo lo que lleva encima.

El guardia, al mismo tiempo que se levantaba, con la túnica hecha jirones, lanzó una mirada de odio y dejó caer un corto bastoncillo de plástico reforzado de metal. El doctor iba desarmado. Biron recogió el bastón.

—Lo siento, pero no tengo con qué amordazarles, ni tiempo para hacerlo.

El látigo restalló levemente una vez, dos veces. Primero el guardia y luego el doctor quedaron rígidos en agónica inmovilidad, y cayeron con las piernas y los brazos grotescamente doblados, proyectados fuera del cuerpo, en la misma actitud en que estaban cuando fueron alcanzados por el látigo.

Biron se volvió a Gillbret, que le observaba con sorda indiferencia y vacuidad.

—Lo siento —dijo Biron—, pero usted también, Gillbret.

El látigo chasqueó por tercera vez. Aquella vacua expresión quedó congelada cuando Gillbret cayó y quedó tendido sobre un lado.

El campo de fuerza seguía interrumpido y Biron salió al pasillo. Estaba vacío. Era la «noche» de la nave espacial, y solamente la guardia nocturna estaría levantada.

No tenía tiempo para encontrar a Aratap. Tendría que ir directamente a la sala de máquinas. Comenzó a avanzar hacia la parte de proa.

Un hombre en traje de mecánico pasó apresuradamente por su lado.

—¿Cuándo es el próximo salto? —preguntó Biron al pasar.

—Dentro de media hora —respondió el mecánico por encima del hombro.

—¿Voy bien para la sala de máquinas?

—Sí. Suba por la rampa. —El hombre se volvió repentinamente y preguntó—: ¿Quién es usted?

No respondió. El látigo chasqueó por cuarta vez. Biron siguió avanzando. Quedaba media hora.

Mientras subía por la rampa oyó ruido de hombres. La luz que había delante era blanca y no púrpura. Vaciló. Luego se guardó el látigo en el bolsillo. Estarían ocupados y no habría razón para que sospechasen de él.

Entró rápidamente. Los hombres parecían pigmeos que se afanaban entre los grandes convertidores de materia en energía. La sala estaba llena de aparatos esféricos, cien mil ojos que proclamaban su información a todo aquel que mirase. Una nave de aquel tamaño, casi del tipo de las grandes naves de pasajeros, era muy diferente del pequeño crucero tyrannio a que se había acostumbrado. Allí las máquinas eran casi automáticas. Aquí eran lo suficientemente grandes como para suministrar energía a una ciudad, y requerían considerable vigilancia.

Se encontraba en un balcón con barandilla que rodeaba la sala de máquinas. En un rincón había una pequeña cabina donde dos hombres maniobraban con rápidos dedos las computadoras.

Se apresuró en aquella dirección, mientras los mecánicos pasaban junto a él sin mirarle, y cruzó la puerta.

Los dos que estaban junto a las computadoras le miraron.

—¿Qué ocurre? —preguntó uno que ostentaba las insignias de teniente—. ¿Qué está usted haciendo aquí arriba? Vuelva a su puesto.

—Escúcheme —dijo Biron—. Han producido un cortocircuito en los hiperatómicos. Tienen que ser reparados.

—Espere —dijo el otro—. Yo he visto a este hombre. Es uno de los prisioneros. Sujétalo, Lancy.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta externa. Biron saltó por encima de la mesa y de las computadoras, agarró el cinturón de la túnica del hombre que estaba ante los controles y le empujó hacia atrás.

—Exacto —dijo—. Soy uno de los prisioneros. Soy Biron de Widemos. Y lo que digo es verdad. Ha sido establecido un cortocircuito en los hiperatómicos. Si no me cree, compruébelo.

El teniente se dio cuenta de que estaba contemplando un látigo neurónico.

—No es posible hacerlo, señor —dijo con cautela—, sin orden del oficial del día, o del comisario. Eso supondría alterar los cálculos del salto, y nos retrasaría bastantes horas.

—Consiga, pues, la autorización. Comunique con el comisario.

—¿Puedo usar el comunicador?

—Apresúrese.

El brazo del teniente se dirigió hacia la boca del intercomunicador, pero cuando había llegado a mitad de camino se precipitó con rapidez sobre la hilera de botones en el extremo del banco. Resonaron los timbres por toda la nave.

El bastón de Biron llegó demasiado tarde. Descendió con dureza sobre la muñeca del teniente. Éste la apartó rápidamente, sujetándola y gimiendo, pero las señales de alarma seguían sonando.

Por todas las entradas se precipitaban los guardas en dirección al balcón. Biron salió apresuradamente de la sala de mandos, mirando en ambas direcciones, y al fin saltó por encima de la barandilla.

Descendió a plomo, aterrizó con las rodillas dobladas y cayó dando vueltas. Rodó lo más rápidamente que pudo a fin de evitar convertirse en un blanco. Oyó el suave zumbido de un fusil de aguja junto a su oído, pero un instante después se encontraba a la sombra de una de las máquinas.

Se levantó medio encorvado. La pierna derecha le dolía agudamente. En un punto tan cercano al casco de la nave, la gravedad era elevada, y la caída había sido larga. Se había causado un serio esguince en la rodilla; eso significaba que la carrera había terminado. Si ganaba, tendría que ser desde donde se encontraba.

—¡No disparéis! —gritó—. Estoy desarmado.

Primero el bastón y luego el látigo que había quitado al guardia cayeron al centro de la sala de máquinas. Allí quedaron, proclamando su impotencia a la vista de todos.

—¡He venido a preveniros! Hay un cortocircuito en los hiperatómicos. Un salto significaría la muerte de todos nosotros. Os pido solamente que comprobéis los motores. Quizá perderéis unas cuantas horas, si es que estoy equivocado; pero salvaréis vuestras vidas si tengo razón.

—Bajad y agarradle —dijo alguien.

—¿Es que vais a vender vuestras vidas en vez de escuchar? —aulló Biron.

Oyó el ruido cauteloso de muchas pisadas y retrocedió. Luego escuchó un ruido por encima de él. Un soldado descendía por la máquina y se estaba acercando a él. Biron esperó. Todavía podía usar sus brazos.

En aquel instante se oyó una voz que venía de arriba, tan potente que penetraba hasta el último rincón de aquella enorme sala.

—Vuelvan a sus puestos. Detengan los preparativos para el salto. Comprueben los hiperatómicos.

Era Aratap, que hablaba por medio del sistema de comunicación general. Luego llegó la orden:

—Tráiganme a ese joven.

Biron permitió que le agarrasen. Había dos soldados a cada lado, los cuales le sujetaban como si esperasen que fuese a estallar. Trataron de hacerle andar de un modo natural, pero cojeaba mucho.

Aratap estaba a medio vestir. Sus ojos parecían diferentes, desvaídos, penetrantes, desenfocados. A Biron se le ocurrió entonces que aquel hombre llevaba lentes de contacto.

—Ha armado usted un jaleo terrible, Farrill —dijo Aratap.

—Era necesario para salvar la nave. Haga salir a esos guardias. Con tal de que examinen las máquinas, no tengo intención de hacer nada más.

—Se quedarán de momento. Por lo menos hasta que tenga noticias de los maquinistas.

Esperaron, silenciosamente, mientras transcurrían los minutos, hasta que se iluminó con luz roja el círculo de vidrio deslustrado encima del resplandeciente letrero que decía «Sala de máquinas».

Aratap abrió el contacto.

—¡Informen!

Las palabras llegaron tajantes y rápidas:

—Los hiperatómicos del banco C están completamente en cortocircuito. Se están efectuando las reparaciones.

—Vuelvan a calcular el salto para dentro de seis horas.

Se volvió a Biron y dijo tranquilamente:

—Tenía Tazón.

Hizo un ademán y los guardas saludaron, giraron sobre sus talones y salieron con una suave precisión.

—Los detalles, por favor —dijo Aratap.

—Durante su estancia en la sala de máquinas, Gillbret oth Hinriad pensó que sería una buena idea establecer un cortocircuito. Ese hombre no es responsable por sus acciones y no debe ser castigado por ellas.

—Hace años que no se le considera responsable —asintió Aratap—. Esta parte de los hechos quedará entre usted y yo. No obstante, siento interés y curiosidad por conocer sus razones para evitar la destrucción de la nave. ¿Seguro que usted no teme morir por una buena causa?

—No existe tal causa —dijo Biron—. No existe el mundo de la rebelión. Ya se lo he dicho antes, y lo repito. Lingane era el centro de la rebelión, y eso ha sido ya comprobado. Lo único que me interesaba era encontrar al asesino de mi padre, y que la señorita Artemisa escapara de un matrimonio que no deseaba. En cuanto a Gillbret, está loco.

—Y, sin embargo, el autarca creía en la existencia de ese misterioso planeta. ¡Las coordenadas que me dio deben ser de algo!

—Su creencia se basa en los sueños de un loco. Gillbret soñó algo hace veinte años. Tomando eso como base, el autarca calculó cinco posibles planetas como emplazamiento de ese mundo irreal. No son más que tonterías.

—A pesar de ello —dijo el comisario—, hay algo que me perturba.

—¿Qué es?

—Que esté usted procurando convencerme con tanto afán. Evidentemente, ya descubriré todo eso una vez haya dado el salto. Piense que es posible que en su desesperación uno de ustedes haya comprometido la seguridad de la nave, y que el otro la haya salvado, como un complicado método para convencerme de que no es necesario que siga buscando el mundo de la rebelión. Yo podría llegar a la conclusión de que si tal mundo realmente existe, usted hubiese dejado que la nave se volatilizase, puesto que es joven y románticamente capaz de morir de un modo que hubiera considerado heroico. Puesto que ha arriesgado su vida para evitar que eso sucediese, Gillbret está loco, no existe el mundo de la rebelión, y puedo regresar sin investigar nada más. ¿Le resulta todo esto demasiado complicado?

—No le comprendo.

—Y como nos ha salvado la vida, recibirá la consideración debida en la corte del Khan. Y habrá salvado su vida y su causa. No, querido joven, no estoy dispuesto a creer tan fácilmente lo que es tan evidente. A pesar de todo, daremos el salto.

—No tengo nada que objetar.

—Tiene usted sangre fría —dijo Aratap—. Es una lástima que no haya nacido uno de los nuestros. —Lo decía como un cumplido. Prosiguió—:

Ahora volveremos a llevarle a su celda, y conectaremos nuevamente el campo de fuerza. Es, simplemente, una precaución.

Biron asintió con un movimiento de cabeza.

Cuando regresaron a la cabina de los prisioneros, el guardia que había sido derribado por Biron ya no estaba allí, pero el doctor sí. Se hallaba inclinado sobre el cuerpo todavía semiinconsciente de Gillbret.

—¿Está aún sin sentido? —preguntó Aratap.

Al oír aquella voz, el doctor se levantó de un salto.

—Los efectos del látigo han desaparecido, comisario, pero ese hombre no es joven y ha estado muy agitado. No sé si se recobrará.

Biron se sintió horrorizado. Se puso de rodillas, sin hacer caso de su agudo dolor, y extendió una mano hasta tocar delicadamente el hombro de Gillbret.

—Gil —murmuró. Y observó con ansiedad aquella húmeda y pálida cara.

—¡Apártese, hombre! —dijo el oficial médico mirándole con malhumor. De su bolsillo interior sacó su negra cartera de médico—. Por lo menos la aguja hipodérmica no se ha roto —gruñó. Se inclinó sobre Gillbret, manteniendo en su mano la jeringa llena de un fluido incoloro. La aguja penetró hasta el fondo y el émbolo presionó automáticamente. El doctor la apartó y esperó.

Los ojos de Gillbret parpadearon y luego se abrieron. Por unos instantes miraron sin ver. Cuando al fin habló, su voz no era más que un susurro.

—No puedo ver, Biron, no puedo ver.

Biron volvió a acercarse.

—Está bien, Gil. Descanse.

—No quiero descansar. —Trató de alzarse—. Biron, ¿cuándo van a dar el salto?

—¡Pronto! ¡Pronto!

—Entonces, quédate conmigo. No quiero morir solo.

Sus dedos se agitaron levemente y luego se relajaron. La cabeza cayó hacia atrás. El médico se inclinó un momento y se incorporó de nuevo.

—Llegamos demasiado tarde; ha muerto. Los ojos de Biron se llenaron de lágrimas.

—Lo siento, Gil —dijo—, pero usted no lo sabía. No lo comprendió.

Los otros no le oyeron.

Aquéllas fueron horas difíciles para Biron. Aratap se había negado a permitirle que asistiese a la ceremonia de entierro de un cuerpo en el espacio; sabía que en algún punto de la nave, el cuerpo de Gillbret sería desintegrado en un horno atómico, y lanzado al espacio, donde sus átomos irían a mezclarse para siempre con las tenues nubéculas de materia interestelar.

Artemisa e Hinrik estarían allí. ¿Comprenderían? ¿Comprendería ella que sólo había hecho lo que no tenía más remedio que hacer?

El doctor le había inyectado un extracto cartilaginoso que aceleraría la curación de los desgarrados ligamentos, y apenas si notaba ya el dolor en su rodilla, pero en todo caso aquello no era sino dolor físico, y podía despreciarlo.

Sintió aquella perturbación interna que indicaba que la nave había saltado, y comenzaron para él sus peores horas.

Antes había tenido la seguridad de que su análisis era correcto. Tenía que serlo. Pero, ¿y si se había equivocado? ¿Y si ahora se encontraban en el centro mismo de la rebelión? Se informaría a Tyrann y la armada se reuniría. Y él moriría sabiendo que pudo haber salvado la rebelión, y que en cambio arriesgó su vida para perderla.

Fue durante aquellas negras horas cuando volvió a pensar en el documento, el documento que en otra ocasión no había conseguido obtener.

Era rara la manera como la cuestión del documento aparecía y se desvanecía. Se le mencionaba y luego se le olvidaba. Se buscaba alocadamente el mundo de la rebelión, y en cambio no se hacía nada por encontrar el misterioso documento.

¿Se daba quizá menos importancia a lo que debía importar más?

Biron pensó que por lo visto Aratap estaba dispuesto a acercarse al centro de la rebelión con una sola nave. ¿Por qué tenía tanta confianza?

¿Podía desafiar a un planeta con una sola nave?

El autarca había dicho que el documento había desaparecido hacía años, pero si era así, ¿quién lo tenía?

Quizá los tyrannios. Quizá tuviesen un documento cuyo secreto permitiese a una nave destruir un mundo.

Si era así, poco importaba dónde estuviese el mundo de la rebelión, ni tampoco si existía o dejaba de existir.

Pasó el tiempo y luego entró Aratap. Biron se levantó.

—Hemos llegado a la estrella en cuestión —dijo Aratap—. Efectivamente, allí hay una estrella. Las coordenadas que nos dio el autarca estaban bien.

—¿Y qué?

—Pero no hay necesidad de explorarla en busca de planetas. Mis investigadores astrales me dicen que esa estrella fue una nova hace menos de un millón de años. Si entonces tenía planetas, fueron destruidos. Ahora es una enana blanca, y no puede tenerlos.

Biron le miró sorprendido.

—De modo que…

—De modo que tenía usted razón. El mundo de la rebelión no existe.

22. ¡Allá!

Toda la filosofía de Aratap no podía hacerle olvidar por completo su sentimiento de decepción. Por un tiempo no había sido él mismo, sino su padre de nuevo. Durante las últimas semanas también él había mandado una escuadrilla de naves contra los enemigos del Khan.

Pero éstos eran días degenerados, y donde podía haber habido un mundo en rebelión resultaba que no había nada. Al fin y al cabo, los enemigos del Khan no existían; no había mundos que conquistar. No era más que un comisario, condenado todavía a aplacar pequeñas perturbaciones. No obstante, las lamentaciones no conducían a nada.

—De modo que tenía usted razón. El mundo de la rebelión no existe —dijo.

Se sentó e hizo una señal a Biron para que también se sentara.

—Quiero hablarle.

El joven le contemplaba solemnemente, y Aratap se sintió levemente asombrado al pensar que apenas hacía un mes que se habían conocido. El muchacho era ahora mayor, mucho más de lo que podía haber sido en un solo mes, y había perdido su miedo. «Me estoy volviendo decadente —pensó Aratap—. ¿Cuántos de entre nosotros empezamos a estimar a algunos individuos entre nuestros dominados? ¿Cuántos de entre nosotros les deseamos el bien?».

—Voy a poner en libertad al director y a su hija —declaró el comisario—. Naturalmente, es lo más inteligente que se puede hacer desde un punto de vista político. A decir verdad, es políticamente inevitable. Pero me parece que les voy a poner en libertad ahora y enviarlos de vuelta en el «Implacable». ¿Le gustaría pilotarlo?

—¿Es que me pone en libertad? —preguntó Biron.

—Sí.

—¿Por qué?

—Usted salvó mi nave, y mi propia vida.

—Dudo de que la gratitud personal influya en sus acciones, en cuestiones de Estado.

Aratap estuvo a punto de reírse a carcajadas. ¡De veras que aquel muchacho le era simpático!

—Entonces le daré otra razón. Mientras estaba persiguiendo una gran conspiración contra el Khan, usted era peligroso. Al no haberse materializado aquella gigantesca conspiración, cuando todo lo que hay es una cábala lingania cuyo jefe ha muerto, usted ya no es peligroso. La verdad es que sería peligroso juzgarle a usted o a cualquier otro de los cautivos linganios.

»Los juicios tendrían lugar ante los tribunales linganios, y, por lo tanto, no estarían del todo bajo nuestro control. Inevitablemente se discutiría el llamado mundo de la rebelión. Y aunque no exista, la mitad de los sujetos de Tyrann pensarían que quizá sí existe, ya que no hay humo sin fuego. Les habríamos proporcionado un concepto en torno al cual agruparse, una razón para rebelarse, una esperanza para el futuro. Habría rebelión en el reino tyrannio por el resto del siglo.

—Entonces, ¿nos libera a todos?

—No será exactamente una libertad, ya que ninguno de ustedes puede ser del todo leal. Arreglaremos lo de Lingane a nuestra manera, y el próximo autarca se encontrará más ligado al Khanato. No será ya un Estado asociado, y de ahora en adelante los juicios contra linganios no tendrán que celebrarse forzosamente ante los tribunales linganios. Los que han intervenido en la conspiración, incluso los que ahora están en nuestras manos, serán desterrados a mundos más próximos a Tyrann, donde resultarán bastante inofensivos. Usted mismo no podrá regresar a Nefelos, y tampoco espere ser reinstaurado en su ranchería. Se quedará en Rhodia, con el coronel Rizzet.

—Me satisface —dijo Biron—, pero, ¿qué hay del asunto del matrimonio de la señorita Artemisa?

—¿Desea que se suspenda?

—Ya debe usted saber que desearíamos casarnos. En otra ocasión dijo que podría haber manera de anular la cuestión del tyrannio.

—Cuando lo dije trataba de conseguir algo. ¿Cómo dice aquel viejo refrán? «Las mentiras de los amantes y de los diplomáticos, les deben ser perdonadas».

—Pero existe una manera, comisario. Basta indicar al Khan que cuando un poderoso cortesano desea casarse con un miembro de una importante familia de entre los dominados, podría estar inspirado en motivos de ambición. Una revolución de dominados puede ser dirigida por un tyrannio ambicioso lo mismo que por un ambicioso linganio.

Esta vez Aratap rio de veras.

—Razona como uno de nosotros, pero no serviría. ¿Quiere mi consejo?

—¿Cuál sería?

—Cásese con ella, pronto. En las circunstancias presentes, una vez hecho sería difícil de deshacer. Ya encontraremos otra mujer para Pohang.

Biron vaciló. Luego extendió la mano.

—Gracias, señor.

—Además, no me gusta demasiado Pohang. Y hay algo más que debe usted saber: no se deje engañar por la ambición. Aunque se case con la hija del director, usted no será nunca director. No es el tipo que necesitamos.

Aratap contempló por la placa visora cómo se iba achicando el «Implacable» y se alegró de haber tomado aquella decisión. El joven estaba en libertad; en camino de Tyrann había ya un mensaje a través del subéter. Sin duda, al comandante Andros le daría un ataque de apoplejía, y no faltaría en la corte quien pidiese su destitución como comisario.

Si fuese necesario, iría a Tyrann. De un modo u otro vería al Khan y se haría escuchar. Una vez conociese todos los hechos, el Rey de Reyes vería con claridad que no había otro camino a seguir y que, a partir de entonces, podía desafiar cualquier coalición enemiga.

El «Implacable» no era ya más que un punto resplandeciente que apenas podía distinguirse de las estrellas que empezaban a rodearle, ahora que salían de la Nebulosa.

Rizzet contempló por la placa visora cómo se iba achicando la nave capitana de Tyrann.

—¡De modo que nos ha soltado! —exclamó—. La verdad es que si todos los tyrannios fuesen como él, quién sabe si me uniría a su armada. En cierto modo me perturbaba. Tengo ideas definidas acerca de lo que son los tyrannios, pero él no encaja en ellas. ¿Cree que puede oír lo que estamos diciendo?

Biron fijó los mandos automáticos y se volvió en la silla del piloto.

—No, claro que no. Puede seguirnos a través del hiperespacio como lo hizo antes, pero no creo que pueda establecer un rayo espía. Recuerdo que cuando nos capturó todo lo que sabía de nosotros era lo que había oído sobre el cuarto planeta, y nada más.

Artemisa entró en la cabina del piloto con el dedo sobre sus labios.

—No hablen demasiado alto —dijo—. Creo que ahora está durmiendo. Ya no falta mucho para que lleguemos a Rhodia, ¿verdad, Biron?

—Podemos hacerlo en un solo salto, Arta. Aratap hizo que nos lo calculasen.

—Tengo que lavarme las manos —dijo Rizzet.

Esperaron a que se hubiese ido, y un instante más tarde Artemisa estaba en brazos de Biron. Él la besó ligeramente en la frente y sobre los ojos, luego le buscó los labios, y sus brazos se tensaron alrededor de ella. El beso terminó lentamente, perdido el aliento.

—Te quiero mucho —musitó la chica.

—Te quiero más de lo que sabría decirte —dijo él.

La conversación que siguió fue tan satisfactoria como poco original.

—¿Nos casará antes de que aterricemos? —preguntó Biron al cabo de un rato.

Artemisa frunció un poco las cejas.

—Traté de explicarle que es director y capitán de la nave, y que aquí no hay tyrannios. Pero no sé. Está muy agitado. No parece el mismo, Biron. Cuando haya descansado, lo volveré a probar.

—No te preocupes. Le convenceremos.

Los pasos de Rizzet resonaron con fuerza cuando regresó.

—Me gustaría que todavía tuviésemos el remolque. Aquí apenas hay sitio para respirar.

—Llegaremos a Rhodia dentro de un par de horas —aseguró Biron—. Pronto saltaremos.

—Ya lo sé —dijo Rizzet malhumorado—. Y nos quedaremos hasta el fin de nuestros días; no es que me queje demasiado, me alegra estar vivo. Pero es un fin bastante tonto.

—No ha terminado aún —dijo Biron lentamente.

Rizzet alzó la mirada.

—¿Quiere decir que podemos volver a empezar? No, no lo creo. Usted, quizá; pero yo no. Soy ya demasiado viejo, y no queda nada para mí. Lingane formará con los demás, y nunca más volveré a verlo. Creo que eso es lo que más siento. Nací allí, y allí viví toda mi vida. En cualquier otro lugar, no seré sino la mitad de lo que soy. Usted es joven y se olvidará de Nefelos.

—Hay algo más en la vida que el planeta natal, Tedor. Nuestro mayor defecto en los siglos pasados ha sido que no hemos sabido reconocer ese hecho. Todos los planetas son nuestros planetas.

—Quizá, quizá. Si realmente hubiese habido un mundo de rebelión, entonces tal vez hubiese sido así.

—¡Pero es cierto que hay un mundo de rebelión, Tedor!

—No estoy de humor para eso, Biron —dijo Rizzet secamente.

—No miento. Tal mundo existe y sé dónde está localizado. Pude haberlo sabido hace semanas, lo mismo que cualquiera de nuestro grupo. Todos los hechos estaban allí; estaban golpeándome la mente sin conseguir entrar, hasta aquel momento en el cuarto planeta en que usted y yo tuvimos que derribar a Jonti. ¿No se acuerda usted nunca de cuando estaba allí de pie diciendo que no podríamos nunca encontrar el planeta sin su ayuda? ¿Recuerda sus palabras?

—Exactamente, no.

—Yo creo que las recuerdo. Dijo: «Hay por término medio sesenta años luz cúbicos por estrella. Sin mí, y procediendo por aproximación, las probabilidades de que lleguéis a menos de un billón de kilómetros de

cualquier estrella son de una entre doscientos cincuenta mil billones». Creo que fue en aquel instante que los hechos entraron en mi mente. Lo noté.

—Pues yo no noto nada en mi mente —dijo Rizzet—. Vamos a ver si se explica usted un poco.

—No veo lo que quieres decir, Biron —dijo Artemisa.

—¿No os hacéis cargo de que son precisamente esas probabilidades las que, al parecer, Gillbret venció? Recordad su historia. El meteoro dio en el blanco, desvió el curso de la nave y al final de sus saltos se encontró realmente en el interior de un sistema estelar. Eso sólo pudo haber ocurrido en virtud de una coincidencia tan increíble que no merece crédito alguno.

—Entonces era realmente la historia de un loco, y no existe el mundo de la rebelión.

—A menos de que exista una condición dada la cual las probabilidades de ir a parar al interior de un sistema estelar sean menos increíbles, y tal condición existe. La verdad es que hay un juego de circunstancias, y sólo uno, bajo las cuales hayamos tenido que llegar a tal sistema. Hubiese sido inevitable.

—¿Y bien?

—Recordad el razonamiento del autarca. Las máquinas de la nave de Gillbret no resultaron afectadas, de modo que la energía de los impulsos hiperatómicos, o, en otras palabras, las longitudes de los saltos, no fueron modificadas. Sólo se alteró su dirección, de tal manera que se llegó a una de entre cinco estrellas en un área increíblemente grande de la Nebulosa. Tal interpretación, en sí misma, parece improbable.

—¿Y cuál es la alternativa?

—Pues que no se alteró ni la energía ni la dirección. No hay razón real alguna para suponer que fuese modificada la dirección del impulso. Sólo era una hipótesis. ¿Y si la nave hubiese seguido sencillamente su dirección original? Fue dirigida a un sistema estelar, y llegó a un sistema estelar. No hay que tener en cuenta ninguna clase de probabilidades.

—Pero el sistema estelar al cual fue dirigida…

—Era el de Rhodia. De modo que fue a Rhodia. ¿Acaso es tan evidente que resulta difícil de comprender?

—¡Pero entonces el mundo de la rebelión debe de estar en casa! —exclamó Artemisa—. ¡Eso es imposible!

—¿Por qué imposible? Está en algún lugar del sistema de Rhodia. Hay dos maneras de ocultar un objeto; se puede poner en un lugar donde nadie pueda encontrarlo, como, por ejemplo, en el interior de la Nebulosa de la Cabeza de Caballo. O bien se puede colocar donde a nadie se le pueda ni siquiera ocurrir irlo a buscar, delante de los ojos, a la vista de todos.

»Pensad en lo que le ocurrió a Gillbret después de desembarcar en el mundo de la rebelión. Fue devuelto a Rhodia. Su teoría era que eso fue para evitar que los tyrannios organizasen una búsqueda por la nave que les llevase demasiado cerca del mundo mismo. Pero en tal caso, ¿por qué le dejaron con vida? Si la nave hubiese regresado con Gillbret muerto, hubieran conseguido lo mismo sin peligro de que Gillbret hablase, como finalmente hizo.

»Eso sólo puede ser explicado suponiendo que el mundo de la rebelión se encuentre en el sistema de Rhodia. Gillbret era un Hinriad, ¿y en qué otro lugar podría darse tal respeto por la vida de un Hinriad, sino en Rhodia?

Las manos de Artemisa se crispaban espasmódicamente.

—Pero si lo que dices es verdad, Biron, entonces mi padre está en terrible peligro.

—Y lo ha estado desde hace veinte años —afirmó Biron—, pero quizá no de la manera que te figuras. En cierta ocasión, Gillbret me dijo lo difícil que resultaba pretender ser un *dilettante* y no servir de nada, pretenderlo tanto que uno tenía que fingir su papel incluso entre amigos, y hasta cuando estaba solo. En su caso, naturalmente, se trataba en gran parte de una autosugestión dramática. No vivía realmente su papel. Su personalidad real aparecía con facilidad cuando estaba contigo, Arta, o con el autarca. Incluso le fue necesario mostrarse conmigo como era realmente a pesar del poco tiempo que hacía que nos conocíamos.

»Pero es posible, me figuro, vivir tal vida de un modo total, si las razones para ello son lo suficientemente importantes. Un hombre podría convertirse en una mentira viviente incluso para su hija, estar dispuesto a verla casada de un modo terrible, antes que comprometer el trabajo de toda

una vida, que dependía de una completa confianza tyrannia, estar dispuesto a aparecer medio loco…

Artemisa recobró el habla, y dijo con voz ronca:

—¡No es posible que creas lo que estás diciendo!

—No cabe otra explicación posible, Arta. Ha sido director desde hace veinte años. Durante ese tiempo Rhodia ha sido continuamente reforzada con territorios que le han otorgado los tyrannios, porque han pensado que estarían seguros en sus manos. Durante veinte años ha estado organizando la rebelión sin que se metiesen con él, precisamente porque parecía ser tan inofensivo.

—No son más que conjeturas, Biron —dijo Rizzet—, y esta clase de conjeturas son tan peligrosas como las que hemos hecho antes.

—No se trata de simples conjeturas. En mi última discusión con Jonti le dije que él, y no el director, debió haber sido el traidor que asesinó a mi padre, puesto que mi padre nunca hubiese sido lo suficientemente necio para confiar al director ninguna información que pudiese comprometerle. Pero la cuestión es, y yo ya lo sabía entonces, que eso fue precisamente lo que mi padre había hecho. Gillbret se enteró del papel de Jonti en la conspiración por lo que oyó de las discusiones entre mi padre y el director. No había otra manera en que pudiese haberse enterado.

»Pero una aguja apunta en dos sentidos distintos. Creíamos que mi padre estaba trabajando para Jonti, y que trataba de conseguir el apoyo del director. ¿Por qué no ha de ser igualmente probable, o incluso más probable, que trabajase para el director y que su papel en la organización de Jonti fuese el de un agente del mundo de la rebelión que intentaba evitar una explosión prematura en Lingane la cual hubiese echado a perder dos décadas de cuidadosa preparación? ¿Por qué creéis que me pareció tan importante salvar la nave de Aratap cuando Gillbret estableció el cortocircuito en los motores? No fue por mí. Entonces no creía que Aratap fuese a liberarme en ningún caso. Ni tampoco fue precisamente por ti, Arta. Fue para salvar al director. Él era la persona importante entre todos nosotros. El pobre Gillbret no lo comprendió.

Rizzet meneó la cabeza.

—Lo siento, pero no me resulta posible creerlo.

—Pues puede creerlo, es verdad.

El director se hallaba de pie, al lado de la puerta, alto y con la mirada sombría. Era su voz, y al mismo tiempo no era del todo su voz. Era una voz tajante y segura.

Artemisa corrió hacia él.

—¡Padre! Biron dice…

—Ya oí lo que dijo Biron. —Acariciaba el cabello de su hija con suaves y lentos gestos de la mano—. Y es cierto. Incluso hubiese permitido que se celebrase el matrimonio.

La muchacha retrocedió, casi con timidez.

—Pareces tan diferente. Pareces casi como si…

—Como si no fuese tu padre —dijo con tristeza—. No será por mucho tiempo, Arta. Cuando lleguemos a Rhodia, seré tal como me conoces, y tienes que aceptarme así.

Rizzet le contemplaba con asombro, y su cara, generalmente tan rubicunda, era ahora gris como su cabello. Biron contenía la respiración.

—Ven aquí, Biron —dijo Hinrik.

Puso una mano sobre el hombro de Biron.

—Hubo un momento, joven, en que estuve dispuesto a sacrificar tu vida. Quizá la ocasión se presente nuevamente en el futuro. Hasta que llegue cierto día no puedo proteger a ninguno de vosotros dos. Sólo puedo ser lo que siempre he sido. ¿Lo comprendéis?

Los dos asintieron.

—Desgraciadamente —dijo Hinrik—, se han causado daños. Hace veinte años no estaba tan endurecido en mi papel como lo estoy ahora. Tenía que haber dispuesto la muerte de Gillbret, pero no pude hacerlo. Por no haberlo hecho, hoy se sabe que existe el mundo de la rebelión y que yo soy su jefe.

—Solamente lo sabemos nosotros —dijo Biron.

Hinrik sonrió con amargura.

—Eso lo crees porque eres joven. ¿Te figuras que Aratap es menos inteligente que tú? El razonamiento en virtud del cual has determinado la localización y la jefatura del mundo de la rebelión se basa en hechos que él conoce, y puede razonar tan bien como tú. La única diferencia estriba en

que es más viejo, más cauteloso; tiene graves responsabilidades. Tiene que estar seguro.

—¿Crees que te ha liberado por razones sentimentales? Me figuro que has sido liberado por la misma razón que lo fuiste ya anteriormente: para que le guíes a lo largo del camino que conduce hasta mí.

Biron palideció.

—Entonces, ¿tendré que salir de Rhodia?

—No. Eso sería fatal. No se vería otra razón de tu partida sino la verdadera. Quédate conmigo y seguirán en la incertidumbre. Estoy ultimando mis planes. Quizás antes de un año…

—Pero, director, hay factores que usted quizá desconozca. Hay el asunto del documento…

—¿El que tu padre buscaba?

—Sí.

—Tu padre, muchacho, no lo sabía todo. No es prudente que nadie conozca todos los hechos. El viejo ranchero descubrió la existencia del documento independientemente, por las referencias que encontró en mi biblioteca, y tuvo el talento de percatarse de su significado. Pero si me hubiese consultado le hubiese dicho que ya no estaba en la Tierra.

—Precisamente de eso se trata, señor. Estoy seguro de que está en poder de los tyrannios.

—¡Seguro que no! Soy yo quien lo tiene. Lo tengo desde hace veinte años. Fue lo que inició el mundo de la rebelión, pues cuando lo tuve supe que una vez hubiésemos vencido podíamos conservar lo conquistado.

—¿Es, pues, un arma?

—Es el arma más poderosa del universo. Nos destruirá a nosotros, lo mismo que a los tyrannios, pero salvará a los Reinos Nebulares. Sin ella, quizá podríamos derrotar a los tyrannios, pero no habríamos hecho sino sustituir un despotismo feudal por otro despotismo, y así como se conspira contra los tyrannios, se conspiraría contra nosotros. Tanto ellos como nosotros debemos ser arrojados al cubo de la basura de los sistemas políticos pasados de moda. Ha llegado el tiempo de la madurez, como ya llegó una vez sobre el planeta Tierra, y habrá una nueva forma de gobierno

que no se ha ensayado aún en la galaxia. No habrá khanes ni autarcas ni directores ni rancheros.

—¡En nombre del espacio! —rugió Rizzet—. ¿Pues, qué habrá?

—El pueblo.

—¿El pueblo? ¿Y cómo puede gobernar? Debe haber alguna persona que tome decisiones.

—Hay una manera. El plan que tengo se refería a una pequeña sección de un planeta, pero puede ser aplicado a toda la galaxia. —El director sonrió—. Venid, chicos. Valdrá más que os case. Ahora ya no puede hacer mucho daño.

La mano de Biron sujetó fuertemente la de Artemisa, que le sonreía. Sintieron en su interior una sensación extraña cuando el «Implacable» dio su único salto, que había sido previamente calculado.

—Antes de empezar —dijo Biron—, ¿querría decirme algo sobre el plan que ha mencionado, de modo que mi curiosidad quede satisfecha y pueda dedicarme a Arta sin distraerme?

—Valdrá más que lo hagas, padre —rio Artemisa—. No podría soportar un novio distraído.

Hinrik sonrió.

—Conozco el documento de memoria; escuchad.

Y mientras el sol de Rhodia resplandecía brillantemente en la placa visora, Hinrik comenzó con aquellas palabras que eran más antiguas, mucho más antiguas que ninguno de los planetas de la galaxia, con excepción de uno solo:

> *«Nosotros, el pueblo de los Estados Unidos, a fin de formar una unión más perfecta, establecer la justicia, asegurar la tranquilidad doméstica, proveer para la defensa común, estimular el bienestar general y asegurar los bienes de la libertad para nosotros y para nuestra posteridad, ordenamos y establecemos esta Constitución para los Estados Unidos de América».*